

MI VIDA

FRANCISCA
JOSEFA DEL
CASTILLO

BC
Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



MI VIDA

FRANCISCA JOSEFA
DEL CASTILLO

BC
- literatura -

Castillo y Guevara, Francisca Josefa del, 1671-1742

Mi vida [recurso electrónico] / Francisca Josefa del Castillo ; [presentación, Ángela Inés Robledo]. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

1 recurso en línea : archivo PDF (333 páginas). – (Biblioteca básica de cultura colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

Publicado originalmente: Vida de la venerable madre sor Francisca Josefa de la Concepción escrita por si misma de mandato de sus confesores. Filadelfia : T.H. Palmer, 1817.

ISBN 978-958-8827-58-2

1. Castillo y Guevara, Francisca Josefa del, 1671-1742 - Biografías 2. Literatura religiosa colombiana - Siglo XVIII 3. Vida espiritual I. Robledo Palomeque, Angela Inés, 1954- II. Título
III. Serie

CDD: 922.2861 ed. 20

CO-BoBN- a974971



Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Felipe Cammaert
COORDINADOR EDITORIAL

Javier Beltrán
ASISTENTE EDITORIAL

David Ramírez-Ordóñez
RESPONSABLE PROYECTOS DIGITALES

María Alejandra Pautassi
EDITORA DE CONTENIDOS DIGITALES

Paola Caballero
APROPIACIÓN PATRIMONIAL

Taller de Edición Rocca
SERVICIOS EDITORIALES

Hipertexto
CONVERSIÓN DIGITAL

Pixel Club
COMPONENTE DE VISUALIZACIÓN Y BÚSQUEDA

Adán Farías
DISEÑO GRÁFICO Y EDITORIAL

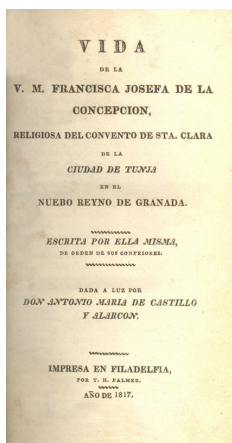
ISBN:
978-958-8827-58-2
Bogotá D. C., diciembre de 2015

Primera edición: T. H. Palmer, Filadelfia, 1817

Presentación: © Ángela Inés Robledo

Licencia Creative Commons:
Atribución-NoComercial-Compartirigual,
2.5 Colombia. Se puede consultar en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/co/>

ÍNDICE



Edición impresa en
Filadelfia, 1817

▪ PRESENTACIÓN	7
▪ CAPÍTULO I	17
▪ CAPÍTULO II	23
▪ CAPÍTULO III	27
▪ CAPÍTULO IV	31
▪ CAPÍTULO V	35
▪ CAPÍTULO VI	39
▪ CAPÍTULO VII	45
▪ CAPÍTULO VIII	51
▪ CAPÍTULO IX	53
▪ CAPÍTULO X	57
▪ CAPÍTULO XI	61
▪ CAPÍTULO XII	67
▪ CAPÍTULO XIII	77
▪ CAPÍTULO XIV	81
▪ CAPÍTULO XV	85
▪ CAPÍTULO XVI	89
▪ CAPÍTULO XVII	97
▪ CAPÍTULO XVIII	103
▪ CAPÍTULO XIX	107
▪ CAPÍTULO XX	111
▪ CAPÍTULO XXI	117
▪ CAPÍTULO XXII	123
▪ CAPÍTULO XXIII	129

▪ CAPÍTULO XXIV	135	▪ CAPÍTULO XLVIII	281
▪ CAPÍTULO XXV	141	▪ CAPÍTULO XLIX	287
▪ CAPÍTULO XXVI	153	▪ CAPÍTULO L	293
▪ CAPÍTULO XXVII	161	▪ CAPÍTULO LI	297
▪ CAPÍTULO XXVIII	169	▪ CAPÍTULO LII	301
▪ CAPÍTULO XXIX	177	▪ CAPÍTULO LIII	307
▪ CAPÍTULO XXX	181	▪ CAPÍTULO LIV	315
▪ CAPÍTULO XXXI	187	▪ CAPÍTULO LV	321
▪ CAPÍTULO XXXII	193		
▪ CAPÍTULO XXXIII	199		
▪ CAPÍTULO XXXIV	205		
▪ CAPÍTULO XXXV	211		
▪ CAPÍTULO XXXVI	215		
▪ CAPÍTULO XXXVII	219		
▪ CAPÍTULO XXXVIII	225		
▪ CAPÍTULO XXXIX	229		
▪ CAPÍTULO XL	235		
▪ CAPÍTULO XLI	239		
▪ CAPÍTULO XLII	245		
▪ CAPÍTULO XLIII	253		
▪ CAPÍTULO XLIV	257		
▪ CAPÍTULO XLV	263		
▪ CAPÍTULO XLVI	269		
▪ CAPÍTULO XLVII	275		

▪ PRESENTACIÓN

Francisca Josefa del Castillo y Guevara, religiosa tunjana (1671-1742), autora de una autobiografía, que algunos han llamado *Mi vida* y otros *Su vida* y *Afectos espirituales*, ha sido considerada un «avis rara», como la llamó Elisa Mújica. Esa rareza fue señalada por los censores eclesiásticos José Antonio Torres y Peña y Nicolás Cuervo, quienes en 1815 acreditaron la ortodoxia católica del manuscrito de la autobiografía espiritual, que hoy reposa en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá. Los sacerdotes indicaron que la madre del Castillo «... ignorando toda literatura humana, alcanzó la inteligencia de la Santa Escritura como cualquiera de los padres más iluminados». En el siglo XIX José María Vergara y Vergara al referirse a esta escritora se preguntó: «¿Dónde aprendió a manejar con tanta soltura el idioma; dónde adquirió ese purísimo estilo?». A fines de esa centuria, en 1890, Rafael María Carrasquilla y después, en 1938, Antonio Gómez Restrepo también se maravillaron por el estilo de la monja, comparable al de los mejores prosistas del Siglo de Oro. Para Gómez Restrepo, «... la madre del Castillo fue uno de los cuatro grandes

escritores coloniales latinoamericanos con Juan Ruiz de Alarcón, sor Juana Inés de la Cruz y el Inca Garcilaso de la Vega». Todos esos críticos y lectores se sorprendieron porque la religiosa clarisa hubiera escrito en Tunja, ciudad, según ellos, alejada de los centros letrados, pero, sobre todo, porque estuviera encerrada en los muros de un convento, el de Santa Clara la Real. Estas dos últimas aseveraciones han sido rebatidas en las últimas décadas, desde miradas y estudios que revelan facetas desconocidas de esos espacios de oración y reclusión y, a la vez, acercan el mundo colonial al nuestro. Las políticas del coloniaje y de género con su controlar de los cuerpos femeninos, sin duda, perviven.

Señalemos que desde el siglo xvi y a comienzos del xviii Tunja fue decisiva para el desarrollo económico e intelectual del Nuevo Reino. Allí nacieron y vivieron, antes de Francisca Josefa, Juan de Castellanos (1522-1607) y fray Andrés de San Nicolás (1617-1666). De otro lado, el poeta Hernando Domínguez Camargo (1606-1659), santafereño, pasó algún tiempo en la ciudad. Varios de los confesores de la madre del Castillo, sin duda miembros de la élite letrada tunjana, publicaron textos edificantes e historias de las órdenes religiosas. Basta revisar las biografías de Pedro Calderón, Pedro García, Francisco de Herrera, Matías de Tapia, Juan de Tobar, Juan Martínez Rubio, Juan Manuel Romero, Mateo Mimbela y Diego de Tapia, Tomás Casabona y Diego de Moya para comprobar la prestancia intelectual de los guías espirituales de la madre del Castillo. Ello nos demuestra que la religiosa clarisa, integrante de la familia fundadora de Tunja y tres veces abadesa de Santa Clara, no estaba aislada, sino que era parte de esa

red de ensayistas, teólogos y maestros que debían compartir lecturas y actividades intelectuales. Cómo se configuraron esas redes es una tarea pendiente e indispensable para trazar la historia cultural de la nación.

Los conventos de mujeres en la Colonia neogranadina, todos de clausura, según lo establecido en el Concilio de Trento, no eran como son hoy. Los monasterios no sólo albergaron a religiosas de velo negro y blanco, sino que hicieron las veces de escuelas para niñas, refugios de mujeres diversas y hasta cárceles, como nos cuenta Mariló Vigil. Sin contar con que muchas de las novicias y profesas tenían criadas y esclavas. Las ocupaciones de las monjas no estaban limitadas a lo que el siglo XIX llamó la «esfera aparte» de las relaciones domésticas y privadas y nadie, sostiene Giulia Calvi, «... habría colocado a la familia, a las relaciones familiares y a la profesión religiosa o el sentimiento de lo divino en el ámbito de la privacidad y la elección individual». El monasterio de Santa Clara la Real estaba inmerso en las tretas de poder de la ciudad de Tunja, como se observa en la autobiografía.

Desde hace algunos años, los estudios sobre la vida cotidiana que consideran que los lugares no relacionados con el poder y los quehaceres domésticos son primordiales para comprender la sociedad y la historia, y los planteamientos sobre la escritura femenina que sacan a la luz lo no-dicho, lo no-contado desde las mismas mujeres, han indagado en los claustros religiosos femeninos. Se ha demostrado que estaban en el centro de la vida política y social de la Colonia, como he afirmado y, además, que fueron sitios en los cuales las mujeres podían apoyarse unas a otras, educarse y manifestar sus talentos. En una

cultura que consideraba que lo femenino era devaluado, y a las mujeres como frágiles y propensas al pecado, las monjas, cuyo estado supone una negación de la sexualidad, eran las únicas que tenían el privilegio de ocuparse de asuntos espirituales e intelectuales. Lo anterior convirtió a los conventos en espacios que permitieron la escritura. ¿Cómo escribían las monjas coloniales? ¿Qué escribieron? ¿Qué podían escribir?

Desde la Edad Media algunas señoras piadosas, no todas religiosas, entre las que se cuenta Hildegarda de Bingen; Isabel de Schönau; santa Gertrudis y santa Brígida de Suecia; Margarita y Christina Ebner; Catalina de Siena y Ángela de Foligno, escribieron sobre lo único que les estaba permitido: sobre la mística, que es la parte de la Teología que trata de la unión del ser humano con la divinidad y el conjunto de doctrinas y prácticas para llegar a ese conocimiento. Sus relatos siguen los pasos de ese proceso: revelan el doloroso camino para alcanzar a Dios, es decir, la noche oscura del alma o los padecimientos que hay que sobrellevar, su incertidumbre; muestran cómo Dios se les manifiesta de diversas maneras. Las narraciones incluyen datos de las vidas reales de las autoras y sus prácticas de perfección.

Esas obras, como la vida de la madre del Castillo, fueron redactadas por orden de los confesores quienes estaban obligados a vigilar a aquellos que afirmaran haber tenido visiones o sentido la presencia de Dios. De esa suerte, esas narraciones se pueden pensar como largas confesiones. Al contar las vivencias de las autoras comparten los rasgos de los relatos autobiográficos. Pero, además, tales narraciones debían ajustarse a las normas literarias de las vidas de santos. A partir de allí y usando la retórica y las imágenes poéticas de la mística y de las

formas literarias al uso en la Colonia, se crearon modelos de mujer y de vida que reunían lo deseable para casadas, doncellas y viudas pero, sobre todo, para las religiosas. Las monjas hacían votos de obediencia, de silencio y, ante todo, de castidad. Para las clarisas, que son franciscanas y han sido llamadas «Las Damas Pobres» la escasez económica era ineludible. Las esposas de Cristo debían refrenar sus cuerpos, que se pensaban como inferiores al alma, adecuarlos a las reglas de una sociedad en la cual el buen comportamiento exterior era indicador de virtud interior: se maltrataban de maneras insólitas para purificarse y complacer al esposo inalcanzable, al Dios lejano y amadísimo.

La autobiografía espiritual de la madre del Castillo responde a otro concepto: la idea del «discernimiento de los espíritus», propia de la ortodoxia católica, que permite determinar qué fuerzas, buenas o malas, mueven la voluntad humana. Y dónde está el límite entre lo que es de Dios y lo que es del demonio. Desde fines del siglo xv, cuando se incrementó la presencia del diablo en las mentalidades religiosas europeas, circularon muchos tratados con el fin de definir cuáles visiones o posesiones eran obras de Dios y cuáles del demonio. Los místicos fueron confrontados con ese problema esencial: saber el origen de su inspiración. La madre del Castillo se angustia porque no siempre puede distinguir las complejas fronteras entre uno y otro, y recurre a sus confesores para aclarar la procedencia de sus visiones y sentimientos. Los sacerdotes estaban obligados a establecer con los penitentes el origen de sus revelaciones y decidir si una visión era una inspiración divina, una inspiración diabólica o una simple fabulación.

El relato autobiográfico de la madre del Castillo no es un texto aislado, como hemos visto, sino que sigue la tradición creada en el mundo hispánico por santa Teresa de Jesús. Esta obra no existiría sin *El libro de la vida*, la autobiografía de la reformadora del Carmelo. Hay otras místicas latinoamericanas que imitaron a santa Teresa: Antonia Lucía del Espíritu Santo (1646-1709) del Perú; las mexicanas Mariana de la Encarnación (1571-1657), la venerable María Magdalena (1576-1636), María de San José (1656-1719), María Anna Agueda de San Ignacio (1695-1756) y la neogranadina Jerónima Nava y Saavedra (1669-1727) clarisa, al igual que la madre del Castillo. También Francisca Josefa siguió los pasos de santa Rosa de Lima y Magdalena de Pazzi.

A partir de lo anterior la madre del Castillo produce una imagen ejemplar y ejemplarizante, la suya, que se ajusta, por supuesto, a las reglas de la orden de Santa Clara y a la *Biblia*. Francisca también leyó libros de oración y meditación religiosa como el *Tercer abecedario espiritual* (1541) de Francisco de Osuna; los *Sentimientos y avisos espirituales* (1672) del padre Luis de La Puente; los *Ejercicios espirituales de las excelencias... de la oración mental* (1614) de Antonio de Molina, el *Breviarum Romanum* y el libro de la *Devoción y patrocinio de san Miguel príncipe de los Ángeles* (1643) del padre Juan Eusebio Nieremberg. Como era costumbre, la religiosa tuvo su propio devocionario, elaborado y encuadernado por ella misma; allí reunió diversas oraciones, escritos suyos, hojas impresas y manuscritos de otras personas como el escritor colonial neogranadino Juan Bautista de Toro.

La narración autobiográfica de la madre del Castillo es, como vemos, una historia compleja inserta en una genealogía

literaria, pero la monja tunjana hace un aporte a esa tradición: crea un relato de supremo dolor. Es el sufrimiento, casi siempre desmedido, propio de la vía purgativa, que implica la conciencia de ser impura y la decisión de eliminar los obstáculos que impiden la unión con la divinidad, el que lo define y distingue. La autobiografía de Francisca es un túnel doloroso, un *via crucis* inspirado en Cristo que va camino de la muerte. Dios humanizado que al ser pasivo, desvalido, pobre y, por lo tanto, feminizado, atrae su confianza; Cristo herido y en necesidad, tan vulnerable como ella. Es una historia de pasión en todos los sentidos de la palabra.

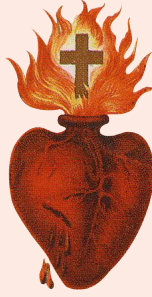
El lector o lectora de la vida de la madre del Castillo sin duda, se detendrá hoy en los pormenores de ese arrebatado desbordado y trágico escrito con un lenguaje que ya no existe, el de un mundo no desligado de lo teológico y del terror al infierno que exige destruir el pecado que se ancla en todos, y más que nada, en el cuerpo de una monja que obedece. La madre del Castillo crea un paradigma de vida y un texto ejemplarizante que en la Colonia leyeron no sólo las compañeras de claustro, las muchachas que querían entrar al convento, sino otras mujeres virtuosas, y que siguió siendo leído en el siglo XIX, después de ser impreso.

El manuscrito de esta obra pasó por varias manos desde la muerte de la madre del Castillo. Tras muchos azares, Antonio María del Castillo y Alarcón, sobrino de la autora, lo publicó en 1817, en Filadelfia, Estados Unidos. El sobrino no sólo quería incluirse en los linajes fundadores de la patria, sino que propuso un ideal de mujer que resultó apropiado para la construcción de la nación y sus valores.

▪ Presentación ▪

Leer esta autobiografía nos pone en contacto con ese modelo que, aunque nos cueste creerlo, no ha caducado todavía, y nos lleva a reflexionar sobre algunos rasgos de nuestra memoria nacional, que es impensable sin el amor a Dios y el control a los cuerpos femeninos.

ÁNGELA INÉS ROBLEDO



**VIDA DE LA VENERABLE MADRE
SOR FRANCISCA JOSEFA
DE LA CONCEPCIÓN**

**ESCRITA POR SÍ MISMA DE MANDATO
DE SUS CONFESORES**

▪ CAPÍTULO I

Su nacimiento, puericia y educación en la casa paterna.

Padre mío: hoy, día de la Natividad de Nuestra Señora, empiezo en su nombre a hacer lo que Vuestra Pater-
nidad me manda y a pensar y considerar delante del Señor todos los años de mi vida en amargura de mi alma, pues todos los hallo gastados mal, y así me alegro de hacer memoria de ellos, para confundirme en la divina presencia y pedir a Dios gracia para llorarlos, y acordarme de sus misericordias y beneficios, y uno de ellos he entendido fue el darme padres cristianos y temerosos de Dios, de los cuales pudiera haber aprendido muchas virtudes, pues siempre los vi temerosos de Dios, compasivos y recatados; tanto, que a mi padre jamás se le oyó una palabra menos compuesta, ni se le vio acción que no lo fuera; siempre nos hablaba de Dios, y eran sus palabras tales, que en el largo tiempo de mi vida aún no se me han olvidado; antes, en muchas ocasiones, me han servido de consuelo y aliento, y también de freno. En hablando de Nuestra Señora —de quien era devotísimo— o de la pasión de Nuestro Señor, siempre era con los ojos llenos de lágrimas, y lo mismo cuando daba limosna

a los pobres que se juntaban todos los de la ciudad en casa los viernes, y yo lo veía, porque lo acompañaba a repartir la limosna, y veía la ternura, humildad y devoción con que la repartía, besando primero la que daba a cada pobre; y aun con los animales enfermos tenía mucha piedad, de que pudiera decir cosas muy particulares. Asimismo, mi madre era tan temerosa de Dios, cuanto amiga de los pobres, y enemiga de vanidades, de aliños ni entretenimientos, y de tanta humildad, que habiendo enviudado y estando casi ciega, le dio una criada muchos golpes en una iglesia porque se quitara del lugar donde estaba, lo cual llevó con mucha mansedumbre, y se quitó medio arrastrando; y me lo refería alabando a Dios y bendiciéndolo, porque la había traído de tanta estimación a tiempo en que padeciera algo; de esto pudiera decir mucho, y de los buenos ejemplos que veía en mi niñez; sino que yo como las arañas volvía veneno aun las cosas saludables.

Padeció mucho mi madre cuando yo hube de nacer al mundo, hasta que llamando a su confesor, que era el Padre Diego Solano, de la Compañía de Jesús, para confesarse y morir, que ya no esperaba otra cosa, confesándose y teniéndose del bordón del padre, nació yo; y lo que al decir esto siente mi corazón, sólo lo pudieran decir mis ojos hechos fuentes de lágrimas. Nací, Dios mío, Vos sabéis para qué, y cuánto se ha dilatado mi destierro, cuán amargo lo han hecho mis pasiones y culpas. Nací, ¡ay, Dios mío!, y luego aquel santo Padre me bautizó y dio una grande cruz, que debía de traer consigo, poniéndome los nombres de mi padre San Francisco y San José; dándome Nuestro Señor desde luego estos socorros y amparos, y el de los Padres de la Compañía de Jesús, que tanto han trabajado

para reducirme al camino de la verdad. Quiera Nuestro Señor que entre por Él, antes de salir de la vida mortal.

Nací el día del bienaventurado San Bruno, parece quiso Nuestro Señor darme a entender, cuánto me convendría el retiro, abstracción y silencio en la vida mortal, y cuán peligroso sería para mí el trato y conversación humana, como lo he experimentado desde los primeros pasos de mi vida, y lo lloro, aunque no como debiera. A los quince o veinte días, decían que estuve tan muerta, que compraron la tela y recados para enterrarme, hasta que un tío mío, sacerdote, que después me aconsejó —sólo él, que en los demás hallé mucha contradicción—, que entrara monja; este me mandó, como a quien ya no se esperaba que viviera, aplicar un remedio con que luego volví y estuve buena. En esto sólo la voluntad de Dios me consuela, pues ¿a quién no pareciera mejor que hubiera muerto luego quien había de ser como yo he sido? Y me daba vida y casi resucito; esto me da esperanza de que me ha de conceder la enmienda, y llorar tanto mis culpas, que mediante su misericordia queden borradas. Solía mi madre referir, que teniéndome en brazos, cuando apenas podía formar las palabras, le dije con mucho espanto, y alegrías, que una imagen de un Niño Jesús —que fue sólo lo que saqué de mi casa cuando vine al convento—, me estaba llamando, y que le sirvió de mucho pesar y susto, porque entendió que me moría luego, y que por esto me llamaba el niño.

Decían que, aun cuando apenas podía andar, me escondía a llorar lágrimas, como pudiera una persona de razón, o como si supiera los males en que había de caer ofendiendo a Nuestro Señor y perdiendo su amistad y gracia. Tuve siempre una

grande y como natural inclinación al retiro y soledad; tanto, que desde que me puedo acordar, siempre huía la conversación y compañía aun de mis padres y hermanos; y Nuestro Señor misericordiosamente me daba esta inclinación, porque las veces que faltaba de ella, siempre experimenté graves daños.

Siendo aún tan pequeña, que apenas me acuerdo, me sucedió que uno de los niños que iban con sus madres a visita —como suele acaecer, según después he visto—, me dijo había de casarse conmigo, y yo sin saber qué era aquello, a lo que ahora me puedo acordar, le respondí que sí; y luego me entró en el corazón un tormento tal, que no me dejaba tener gusto ni consuelo; parecíame que había hecho un gran mal; y como con nadie comunicaba el tormento de mi corazón, me duró hasta que ya tendría siete años; y en una ocasión hallándome sola en un cuarto donde habían pesado trigo, y quedado el lazo pendiente, me apretó tanto aquella pena, y debía de ayudar el enemigo, porque luego me propuso fuertemente que me ahorcara, pues sólo este era remedio; mas el Santo Ángel de mi guarda debió de favorecerme, porque a lo que me puedo acordar, llamando a Nuestra Señora, a quien yo tenía por madre y llamaba en mis aprietos y necesidades, me salí de la pieza asustada y temerosa; y así me libró Nuestro Señor de aquel peligro, cuando no me parece que tendría siete años. Hasta esta edad, y algún tiempo adelante, todo mi recreo y consuelo era hacer altares y buscar retiros; tenía muchas imágenes de Nuestro Señor y de Nuestra Señora y en componerlas me pasaba sola y retirada; aunque esto topaba sólo en lo exterior, porque me parece era poco lo que rezaba ni tenía consideración; si bien Nuestro Señor me despertaba grande temor de las penas

eternas, y aprecio de la eterna vida, y viendo algunas imágenes de la pasión, pedía con tanta ansia a Nuestro Señor me hiciera buena y me diera su amor, y lloraba tanto por esto, hasta que me rendía y cansaba. Pues el temor que digo despertaba Nuestro Señor en mí; algunas noches en sueños veía cosas espantosas. En una ocasión me pareció andar sobre un entresuelo hecho de ladrillos, puestos punta con punta como en el aire, y con gran peligro, y mirando abajo, veía un río de fuego, negro y horrible, y que entre él andaban tantas serpientes, sapos y culebras, como caras y brazos de hombres que se veían sumidos en aquel pozo o río; yo desperté con gran llanto, y por la mañana vi que en las extremidades de los dedos y las uñas tenía señales del fuego: aunque yo esto no pude saber cómo sería. Otras veces, me hallaba en un valle tan dilatado, tan profundo, de una oscuridad tan penosa, cual no se sabe decir, ni ponderar, y al cabo de él estaba un pozo horrible de fuego negro y espeso; a la orilla andaban los espíritus malos haciendo y dando varios modos de tormentos a diferentes hombres conforme a sus vicios. Con estas cosas y otras me avisaba Dios misericordioso para que no le ofendiera, del castigo y pena de los malos; mas nada de esto bastó para que yo no cometiera muchas culpas, aun en aquella edad.

Leía mi madre los libros de Santa Teresa de Jesús, y sus fundaciones, y a mí me daba un tan grande deseo de ser como una de aquellas monjas, que procuraba hacer alguna penitencia, rezar algunas devociones, aunque duraba poco.

Entre otros recibí de Nuestro Señor un beneficio que me hubiera valido mucho, si me hubiera aprovechado de él: este fue una grande inclinación y amor a las personas virtuosas,

y que trataban de servir a Nuestro Señor; y así conversaba mucho con una esclava de mi madre que trataba mucho de servir a Nuestro Señor; de ella me valía para algunos ayunos, y cosas que eran bien pocas; y asimismo de un esclavo que tenía opinión de muy bueno, y penitente; pero ¿quién podrá decir el daño de algunas compañías que no eran buenas para mí, o yo no era buena para ellas?, que es lo que más siento. Aun en aquella pequeña edad, y tomándolas muy de paso, que a otra cosa no daba lugar, ni mi inclinación, ni el recato con que mi madre nos criaba; con todo eso, he tenido toda la vida que llorar y sentir.

Criábame muy enferma, y esto, y el grande amor que mis padres me tenían, hacía que me miraran con mucho regalo y compasión, y aunque me habían puesto el hábito de Santa Rosa de Lima, que se lo prometieron a la santa porque me diera salud Nuestro Señor; mi madre se esmeraba en ponerme joyas y aderezos, y yo era querida de toda la casa, y gente que asistía a mis padres. Con todo eso, jamás tuve contento, ni me consolaba cosa ninguna de la vida, ni los entretenimientos de muñecas y juegos que usan en aquella edad; antes me parecía cosa tan sin gusto, que no quería entender en ello. Algunas veces hacía procesiones de imágenes o remedaba las profesiones y hábitos de las monjas; no porque tuviera inclinación a tomar ese estado, pues sólo me inclinaba a vivir como los ermitaños en los desiertos y cuevas del campo.

▪ CAPÍTULO II

Prosigue la relación de su puericia, distracciones que tuvo en este tiempo, y llamamientos de Dios a buena vida.

A sí llegué a los ocho o nueve años, en que entró en casa de mis padres el entretenimiento o peste de las almas con los libros de comedias, y luego mi mal natural se inclinó a ellos, de modo que sin que nadie me enseñara aprendí a leer, porque a mi madre le había dado una enfermedad, que le duró dos o tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme, y me había dejado sólo conociendo las letras. Yo pues, llevada de aquel vano y dañoso entretenimiento, pasaba en él muchos ratos y bebía aquel veneno, con el engaño de pensar que no era pecado; y así debe de ser en naturales que no son como el mío, que no sacarán de todo males y culpas. Yo bebí mi mal, aunque no lo conocí tan breve; mas andando así, me castigó Nuestro Señor con una enfermedad o pena tal, que ahora me espanta, porque eran unas congojas y penas tales, que despedazaban mi alma, y me traían en un horror y sombra de muerte; unas aprensiones tan vivas de cosas temerosas y horribles, que ni me dejaban comer ni dormir, y así andaba flaca y traspasada; lo más de la noche despierta por la casa, sin poder tener sosiego, llorando continuamente, sin saber

decir lo que sentía, ni haber quién lo entendiera. En viendo la comida era morir; en viendo gente, me metía debajo los colchones dando gritos, y a veces casi desmayada. No sentía ningún dolor en el cuerpo, a lo que me puedo acordar; antes no sentía sino era aquella pena en el alma, y aquella imaginación que me consumía y desmayaba. Cuanto veía, y a dondequiera que iba, me parecía que eran hombres quemados y ardiendo, y a dondequiera me seguían, con un modo de tormento y ansia en el corazón, con una congoja y apretura tal, que parece no veía la luz ni vivía más que para sufrir tan horroroso mal. Algunas personas de mi edad, que era como digo de ocho a nueve años, hacían burla de mí, viendo que algunas veces necesitaba de bordón para caminar; otras se compadecían, y mi padre sentía amargamente ver que me iba consumiendo, sin saber de qué, ni poderme consolar; aunque con halagos y juegos me pedía le dijera qué me afligía, y prometía llevarme a las imágenes milagrosas en novenas; mas ni yo la sabía, ni podía decir mi pena, ni había cosa que me sacara de ella. Como era la mano poderosa de Dios la que me afligía con aquella enfermedad y tormento, y a lo que ahora pienso, en castigo de algunas culpas que había cometido; mas como ciega, y yo no conocía de dónde procedía mi mal, y todas las criaturas, parece me servían de verdugos, el aire, la tierra, etc., el canto de las aves, el agua, etc., y sobre todo el fuego, como verdugo de la divina justicia. Así pasé, no sé si uno o dos años, y en este espacio se fue aplacando aquella pena; ahora pienso que sería con haberme confesado, cuando vinimos a la ciudad, no me acuerdo con qué, ello se fue quitando, y yo tratando de divertirme, y poniendo más cuidado en las galas y aliños; de modo que ya no trataba

de otra cosa que de cuidar el cabello, andar bien aderezada, aunque no con intención de cosa particular, sino sólo con aquella vanidad y estimación de mí misma, que me parecía todo el mundo poco para mí; a que ayudaban las vanas alabanzas y adulaciones. Nuestro Señor no dejaba nunca de darme recuerdos, y ponerme temores desde el principio. Una noche, estando durmiendo, veía en sueños, que una multitud de espíritus malos, en formas humanas espantables, andaban como toreando a una persona, y que dándole muchas heridas cayó muerta; yo desperté con el susto y pavor que me causó, y a la mañana llegó una esclava de mi madre a avisarle; que esa noche había muerto aquel sujeto; yo no dije nada, aunque después oía contar que había vivido en mal estado, escandalosamente, y después de mucho tiempo, corrió, que se había aparecido y dicho: que estuvo para condenarse, y que por la devoción que tuvo a Nuestra Señora, se le había conmutado la pena eterna, en temporal, hasta el día del juicio; y esto ha sido, y fue muy corriente. Pues en estas vanidades y miserias que digo, gastaba yo el tiempo; y la vida, aprendiendo música, leyendo comedias y cuidando de galas y aliños; mas algunas veces mirándome al espejo me ponía a llorar en él, acompañando a aquella figura que miraba en él, que también me ayudaba llorando; otras se me proponía. ¡O, si yo me condeno; qué tal arderán mis ojos y mi cara; qué espantosa estaré! Y así me quedaba mirando, y me salía del cuarto; mas no por eso trataba de más enmienda; aunque algo me debía de servir para mirar sin tanta estimación las cosas en que andaba divertida. Mi madre siempre nos llevaba a la Compañía porque allí se confesaba, y nos hacía confesar, y en este tiempo, veía yo a Vuestra Paternidad que

había entrado, siendo ya sacerdote, y estaba de novicio, y luego que lo veía, sentía en mi corazón una reprensión de mis locuras, una compunción y respeto tal que luego me llenaba de temor y vergüenza, y tapaba con el manto; pero duraba poco esta enmienda, que luego volvía a lo de antes: así llegué a los doce o catorce años.

▪ CAPÍTULO III

Llega a los doce años de edad, recibe otros nuevos y señalados auxilios, y entre ellos una visión particular.

Padre mío: además del enojo que mostró Vuestra Paternidad porque no proseguía, no podré resistir a la fuerza interior que siento, que me obliga y casi fuerza a hacerlo.

En este tiempo entraban en casa de mi madre algunos parientes muy inmediatos, que a otros no se daba entrada, por el gran recato y cuidado con que nos criaban; y entre ellos, uno se aficionó tanto a mí, que en cualquiera ocasión que hallaba me ponderaba su amor, y decía que aunque fuera a Roma había de ir por dispensación. Yo, como loca y vana, y como que mi corazón no había encontrado su centro, andaba vagando por despeñaderos, aunque sin más intento que la vanidad de ser querida; mas sin aquel recato que debiera; leía sus papeles, que eran vanísimos; y aunque no respondía a su intento, no huía las ocasiones de verlo y hablarle; mas breve atajó Nuestro Señor el mal en que pudiera haber caído, movido de su infinita misericordia, y quizá mirando alguna ignorancia que acompañaba a mi malicia. En breve lo atajó por medio de mi buen padre, que como tan recatado

y advertido, reparó en la demasiada familiaridad; con severidad se lo advirtió a mi madre, y luego cayó sobre mí la reprensión; y supe de las criadas cómo mi padre se lo había reñido. Entró con esto en mi corazón tanta confusión y vergüenza, que comencé a cobrarle a aquel sujeto un grande horror, y a mirarlo como a una sombra de muerte; y con el ceño que mi padre le mostró, se retiró, aunque buscaba modos de verme y escribirme: mas andaba ya mi corazón tan disgustado de todas las cosas de la vida que no hallaba a dónde hacer pie, ni encontraba cosa que no le diera disgusto. El día que más cuidado ponía en las galas y aderezos, solía arrojarlos, diciendo: ¿Qué he sacado de esto; qué fruto he cogido; qué sustancia tiene? Habíame sucedido en este tiempo, que como mi padre visitara a una tía mía religiosa de este convento, de mucha fama de virtud; ella le dijo no nos permitiera leer comedias, y le dio dos libritos de meditaciones de mi Padre San Ignacio, a quien siempre había yo tenido un amor y respeto grande; de modo que en oyéndolo nombrar, me parecía era lo mismo que oír o ver, camino espiritual, vida eterna, enmienda de vida. Pues como leyera en aquel libro, en recogéndome a dormir, veía delante de mí dos hombres atados a unas sillas de hierro ardiendo, y ellos tan quemados, que estaban ya como bronce encendido, con unos rostros de tanta confusión y dolor, que con haber tantos años que esto me pasó, me da horror. Mirábame con una vista, bastante a dar tormento su memoria; y el uno me decía: «*Surge, surge*»; y el otro repetía con una voz lamentable y horrorosa: «*Ergo erravimus a via veritatis*». Yo no entendía aquellas palabras; mas fue tanto el horror que no me pude

contener, y pasé dando voces a la cama de mis padres, llorando amargamente y contándoles mi espanto; y ellos me tuvieron allí, consolándome y se compungieron mucho, mas mi padre no me dijo qué contenían o querían decir aquellas palabras. ¡Yo quedé tan fuera de mí, tan llena de espanto y temor, que no podía entender cómo vivían, ni cómo podían reírse y procurar bienes de esta vida, ni dejar de llorar, ni tener reposo los hombres sujetos a caer en tan horrorosa desdicha! Sólo con aquella contingencia, me parecía no había ya de haber contento en el mundo, y que todos se habían de ir a los desiertos, y gastar la vida en penitencias, y llantos, implorando y rogando a la divina clemencia. Mas esto ha sido siempre mi corazón inconstante, vil y olvidadizo, como los brutos más rudos, y esto es lo que me llena de temor de mí misma, pues para el mal, y con la ceguedad de mis pasiones, he entrado por espadas, aunque sea viendo a los ojos la de la divina justicia; pues lo que dije, y los efectos que quedaron en mi corazón de aquella vista, bastaran a enmendar a cualesquiera. Salíame a los ríos y soledades a llorar, que esto me pasó en una hacienda de campo, adonde habíamos ido; andaba espantada y como fuera de mí, mas no sé qué enmienda tuve ni me acuerdo si aquello fue antes o después de las locuras que he dicho. En viniendo a la ciudad oí un sermón del Padre Pedro Calderón, en la Compañía de Jesús, donde declaró las palabras, que yo había oído, y hallé sin pensar declarado del todo lo que me había sucedido. También me dio Nuestro Señor otro aviso, porque retirándome a leer una novela entró una esclavita que me acompañaba dando voces, diciendo: que a la puerta estaba un hombre negro, que yo creí

ser el enemigo que a aquello me incitaba, y lo dejé; aunque todos decían no era pecado leer aquellas cosas; yo lo pregunté al Padre con quien me confesaba, y me respondió: «No es pecado, pero muchos no estuvieran en infierno, si no hubieran comedias»; era el Padre Pedro García.

▪ CAPÍTULO IV

Entra en la edad de catorce años; recibe el sacramento de la confirmación. Se siente íntimamente tocada por la gracia. Se resuelve a una santa vida. Hace una confesión general. Desprecia todo adorno y vanidad, y sufre varias contradicciones.

En este tiempo, que ya yo tendría catorce años, dispuso Nuestro Señor que fuera mi padrino de confirmación el Padre Pedro Calderón, que era Rector, a quien mi padre veneraba y amaba mucho; y el Padre iba algunas veces a ver a mi madre, y preguntaba por su ahijada, haciendo que saliera a verlo, y quitándome algo el mucho temor que le tenía. Decíale a mi madre me llevara a la Compañía. En fin, Nuestro Señor, con aquel amorosísimo pecho y corazón de Dios y de Padre, que tanto sabe perdonar y hacer bien, no despreciando las obras de sus manos, y teniendo cuidado de las hormigas y gusanitos, puso en mí sus misericordiosos ojos, y dio tales vueltas a mi corazón, que totalmente lo volvió a sí, con todos sus deseos e intentos. Púsome una determinación y ansia de imitar a los santos, que no me parece dejaría cosa por hacer, aunque fuera la más ardua y dificultosa del mundo. Parecíame que todo lo más era lo exterior, y así dejé todas las galas, y me vestí una pobre saya. Hacía muchas disciplinas con varios instrumentos, hasta derramar mucha sangre. Andaba cargada de cilicios y cadenas de hierro, hasta que sobre algunas crecía

la carne. Dormía vestida, o sobre tablas. Tenía muchas horas de oración, y procuraba mortificarme en todo. Veía algunas veces al Padre Pedro Calderón, y él me alentaba y consolaba. Padebí en este tiempo una grande contradicción, porque mis padres sentían mucho el que anduviera mal vestida, y me tratara con tanto desprecio. Había hecho una confesión general de toda mi vida con el Padre Pedro García, con quien siempre me había confesado; mas no podía frecuentar el ir a la Compañía, por el grande encerramiento con que mi madre nos criaba, que ni aun a su hermana fiaba el que nos llevara a misa. Costábame grande trabajo la vez que conseguía el que mi prima, a quien mi padre quería mucho por su virtud, me llevara; y ella y yo padecíamos harto con los dichos y murmuraciones de los parientes, que eran muchos, en particular el que dije que me había mostrado aquel amor, como vio mi mudanza tan de golpe, se volvió contra mí, y poniéndose en las ventanas de las calles, por donde pasaba a la Compañía, me gritaba y mofaba, llamándome santa, santimoñera y otras cosas, que a mí me consolaban harto interiormente, porque me parecía era un gran bien padecer algo por Nuestro Señor, y que con eso imitaría a los santos, y así sufría con gusto los apodos, mofas y burlas; y las contradicciones que todos me hacían, y el disgusto que traían conmigo. Yo tenía poca conveniencia de tener oración, y así la había de tener en los gallineros, que era lo más secreto, por la mucha gente que vivía en casa; y cuando estaba en el campo, en los zarzos, o debajo de los árboles, o en una cuevecita secreta que hallé entre unos altos, cerca de la casa. Allí puse una imagen de Nuestro Señor crucificado, a quien procuraba traer siempre en mi memoria, y algunos libros de

oración y enseñanza, que me había dado mi prima. Eran grandes los deseos que tenía de Dios, y continuamente procuraba estar amando a Su Divina Majestad. Sólo a las noches que se recogía toda la gente a lo alto de la casa, podía yo entrar en la capilla, u oratorio de ella; mas era tanto lo que padecía, de espantos y repugnancia a entrar allí, y los tormentos que interiormente empecé a padecer, que cuando veía ir cayendo el sol, temía y temblaba; y me acuerdo que tenía envidia a los gañanes y criados de la casa porque ellos no habían de padecer el tormento que yo. Preparaba mi consideración en un libro llamado *Molina*, de oración, y procuraba ajustarme al modo que enseñan los ejercicios de San Ignacio en la meditación, mas nada podía, más que padecer aquel horroroso tormento, que siempre fue el mayor que he padecido en toda mi vida.

▪ CAPÍTULO V

Entra en los dieciocho años de su edad. Lucha y tormentos interiores en que es sostenida por Dios, con especial providencia y espirituales socorros.

Pues como digo, era grande mi padecer interior; y era tal, que leyendo algunas veces las penas de las potencias de los condenados, me parecía aquello lo que yo padecía; y aunque el tiempo, que asistían mis padres en la ciudad, tenía el consuelo de ir algunas veces a la Compañía, adonde hallaba alguna respiración en mis penas, mas esto era pocas veces, y con el trabajo que digo; y fuera de eso, yo no me podía o no sabía explicarme con mi confesor. Mas en el campo todo me faltaba, aunque allí recibía a Nuestro Señor los días de fiesta que decían misa; y en uno de ellos, me hizo Nuestro Señor el beneficio de que fuera a decir la el Padre Matías de Tapia, a quien entrando a reconciliarme para comulgar, dije algo de mis fatigas y tormentos que pasaba, y quiso Nuestro Señor que me entendiera y alentara tanto, que yo quedé con aliento y esfuerzo para sufrir mis tormentos, y con mayores deseos de servir a Nuestro Señor. En este tiempo conocí, cómo todo mi refugio había de ser, y todo mi vivir, Nuestro Señor Sacramentado; porque una noche me hallaba en sueños perseguida y acosada de muchos enemigos que me daban grita, y seguían, y yo llena

de aflicción y espanto, buscaba algún refugio, y sólo hallaba una custodia en que estaba el Santísimo Sacramento, y llegándome allí, quedaba consolada y segura, y huían todos mis enemigos, y yo quedé desde aquel día con más aliento y consuelo. Ya el Padre Pedro Calderón había hablado a mi padre, y reduciéndolo, a que en estando en la ciudad me dejara salir en compañía de mi prima a oír misa y comulgar, y mi padre vino luego en ello con mucho gusto, porque era bueno y temeroso de Dios. Yo supe luego que el Padre acababa su Rectorado y se iba, con que quedé con mucho desconsuelo: aún no sería un año el que me confesó. Proseguía en mi modo de vida, y proseguían mis penas: yo había determinado dejar todo lo criado, y hacer cuanto alcanzaran mis fuerzas por hallar a Dios, y cuando lo buscaba en la oración, me parecía era alejarme más; porque allí sólo hallaba tan horrorosos pensamientos, que no podía valerme, ni persuadirme que estar allí era servicio de Dios; antes tenía fijo, que estaba peor que los condenados, y que semejantes cosas ni aun a ellos se les habían propuesto. Había puesto Nuestro Señor en mi alma un grande conocimiento y aprecio de Su Divina Majestad sobre todas las cosas, y veía como imposible los caminos de llegar a Él, que era la oración; pues en ella hallaba a mi parecer el mal de los males, que es la culpa. Era tan horrible mi temor, y el tormento que me daban aquellas cosas, que a los lugares donde tenía oración, los miraba con tanto horror, como miran el suplicio los sentenciados a muerte; y aún más, porque aquello para mí tenía visos de muerte eterna. No me daba contento nada de esta vida, y quería buscar en Dios el corazón su centro, porque no se podía consolar con ninguna criatura; mas con el ansia e ímpetu que iba a Él, encontraba

un mar de fuego, más horrible que todo el fuego material, una noche de tinieblas tan pesadas que oprimía lo más íntimo del alma. No tenía más consuelo que la penitencia exterior, porque allí tomaba un género de venganza de mí misma, y me parecía que sólo en aquello no ofendía a Dios. Corrían siempre lágrimas de mis ojos en tanta abundancia, que mojaban la ropa, y a mi padre servían, la vez que me veía, de pena y cuidado: así pasé cuatro años.

En este tiempo padecí otra pena horrible, que fue de parecerme que hacía los más horrorosos pecados del mundo, y tales que ahora veo, que sólo la astucia del enemigo podía, con permisión de Dios, por mis culpas, poner apariencias tales, y turbar y oscurecer la razón; de modo que era como traerme en una rueda de navajas, vendados los ojos, sin que a ningún lado tuviera descanso. La vergüenza que padecía en confesar o decir aquellas cosas era intolerable. En acabando de pasar aquel tormento, que me apartaba del confesionario, me parecía que por tal circunstancia que dejé de declarar, era fuerza repetirlo todo, y así empezaba sin acabar mi tormento. Conocí que aquella fue también pena que Dios permitió por mis culpas, y así se acabó cuando Su Majestad quiso; porque un día, estando en la Compañía con mi pena, repartieron los santos que dan cada mes, y decía la sentencia del que a mí me tocó en suerte: «No desamparéis, Señor, a los que os buscan». Luego se quitó un velo de los ojos de mi alma, y se desató mi corazón de aquellas pesadas cadenas; y me hallé de repente libre de aquella enfermedad y azote tan sensible. Mas no se quitó la pena que dije arriba, porque en tratando de más oración, entraba en más tormentos; mas no por eso la dejaba, ni tenía otro alivio para mí

que el recurrir allí a Nuestro Señor y darme mucho a la meditación, aunque era como digo. Ahora me espanta la gran piedad de Dios, que en medio de tanto padecer, no me dejó que lo dejara. Me tenía Su Divina Majestad con una mano, y me azotaba con otra, a modo de decir. Yo procuraba ejercitarme en todo aquello que entendía sería agradable a Nuestro Señor, y Su Divina Majestad me daba unos grandes deseos, y esperanzas de ser siempre suya, aunque por mi mal natural, sentía y pasaba muchas tentaciones, y contradicciones.

▪ CAPÍTULO VI

Entrégase más a los ejercicios espirituales. Depárale Dios un confesor. Vocación extraordinaria a la religión; y concluye con una devotísima y fervorosa elevación a Dios.

Por librarme y dar alguna salida a las murmuraciones y reprensiones que me daban por el traje humilde y pobre que traía, solía decir, que trataba de ser monja; cosa que miraba con horror; y como mis padres sentían tanto el oírme decir que quería ser monja, me dieron lugar para todo lo que yo quisiera, en orden al retiro, a salir todos los días a comulgar, y andar pobrementemente vestida; y así me acomodó y compuso mi padre, un aposento apartado y solo, y me hizo hacer un hábito o sotana, como la traen las beatas de la Compañía, y me dio licencia para todo, porque le había dicho una hermana mía, que sentía también mucho mi entrada, que ella sabía, que con esto no trataría de ser monja. En este tiempo me confesaba con el Padre Rector, que había seguido en el oficio al Padre Calderón, porque visitando a mi madre le dijo: que sabía mi desconsuelo, que me llevara el día siguiente, y que él tendría cuidado de mí; y así lo hacía con mucha caridad; pero Dios, que tenía dispuesto otra cosa, por medio de Vuestra Paternidad hizo que entrara un día acaso, a su confesonario a reconciliarme, y no se me olvidan las primeras palabras que me dijo, que fueron «Ea,

amiga, ánimo, que ahí nos alentaremos a servir a Dios». Hicieron tal impresión en mi corazón, que de allí a adelante, me dejé toda a su disposición, y puse mi alma en sus manos, para que la encaminara a Dios, no pudiendo ni queriendo apartarme de su parecer. La voz de que quería ser monja se fue extendiendo por las casas de los parientes y conocidos, y todos sentían mal de mis intentos, y me reprendían, y decían el pesar que daba a mis padres, que les costaría la vida. Poníanme delante la distracción que había en algunos conventos, la inquietud, los chismes, la variedad de pareceres y naturales. La quietud de mi casa, la conveniencia para todo lo que fuera servicio de Dios, y consuelo de mis padres, hermanos y criados; y que en entrando una vez, no tenía remedio. Yo tenía tanto horror a este convento, que no había menester que me dijeran nada; mas callaba y disimulaba mi corazón, buscando razones para desvanecer las suyas, y así me iba convenciendo a mí misma. Me acuerdo que era tanto el horror que tenía, que aun las campanas del convento, que se oían en mi aposento, me daban pena; tanta, que a veces no la podía tolerar, y me iba al cuarto de mi madre por no oírlas. Mi padre, en hablando en eso, empezaba a llorar, con ser hombre muy serio; y si estaba en la mesa, hacía quitar la comida. Parece que aquellos últimos tiempos que estuve en su casa, me cobró mayor amor, o me mostraba más el que me tenía. Solía esperar mucho tiempo a la puerta de mi aposento, hasta que yo acababa mi ocupación, y abría. Entonces entraba, saludándome con palabras muy tiernas, y se estaba oyéndome leer algún libro espiritual. Algunas veces me decía: que si yo no estuviera en casa, no entrara él en ella, porque no tenía otro consuelo. Por pequeño mal que tuviera, me hallaba cercada de

mis padres, hermanos y criados, a cuidarme y mirar por mí. El que más esfuerzo ponía en que no fuera monja, era un cuñado mío, que me quería mucho, y me proponía algunos casamientos con parientes suyos, ponderándome sus prendas. En fin, no hubo persona que, o por dar contento a mis padres, o porque Dios lo debía de disponer, no me desaprobara y contradijera el ser monja. Religiosos y seglares, hombres y mujeres, propios y extraños; y todo no pesaba tanto como la contradicción que yo tenía en mí misma. De otra traza usó el enemigo, y fue el que algunas religiosas de aquí, a quien vine a ver un día, por tomar alguna noticia del modo con que se pasaba o vivía, me dijeron que los Padres de la Compañía les habían dicho que yo, por callejear, me había hecho beata, y que huyeran de mí si entrara monja. Esto fue una grande turbación para mí por muchas causas, y quedé con más horror a ser monja, y así iba pasando en mi retiro, saliendo sólo a la Compañía; confesaba y recibía a Nuestro Señor Sacramentado todos los días, por habérmelo mandado así el Padre Rector. Tenía cinco horas de oración cada día. Proseguía en mis penitencias, y hacía la limosna que podía; y podía hacerla, por haber abundancia de todo en casa de mi padre, y no negárseme nada. ¡No sé para qué digo estas cosas, Dios mío! Ni sé cómo proseguir adelante, porque ni mis padres querían, ni yo quería, ni había quién no me lo contradijera, ni se proponía ninguna razón de conveniencia en la entrada; y yo entré, no sé cómo. Sin duda, Dios mío, tu infinita bondad, no me dejaría errar en una cosa en que tanto me iba, en que tanto me atropellaba a mí misma, y todo lo que podía tener o querer en la vida. Con todo eso, me daba Nuestro Señor luz de que sería mayor servicio suyo entrar religiosa;

que muchas Santas a quien deseaba imitar, habían huido de la casa de sus padres, y contra el gusto de ellos habían sido religiosas. Dábame un grande aprecio de los votos de la religión, y de la dicha que tienen de vivir, donde a todas horas está el Santísimo Sacramento, y lo tienen de puertas adentro, su real y verdadera presencia, que tantos bienes puede y quiere hacer a las almas que se le llegan. También me inclinaba con grande fuerza a rezar el oficio divino, aunque no tenía más noticia que haber leído en la vida de Santa María Magdalena, que era llevada por los ángeles, siete veces al cielo, a imitación de las siete horas canónicas. Pero todas estas razones eran sólo para mayor guerra, porque unas y otras venían como olas sobre mi corazón, y lo quebrantaban y aturdían, y se avivó en mí tanto el amor de mis padres y hermanos, que hasta las piedras de la casa me tiraban, y detenían como unos fuertes lazos y cadenas. En la oración pasaba con las penas que dije, porque luz o consolación en ella, no me acuerdo que la tuviera, ni hubiera jamás tenido. Sólo tenía cierto en mi corazón que los días de vida que le faltaban a mi padre eran pocos, que breve moriría: mas no sé yo cómo entendía aquello, ni quién me lo decía con tanta certeza, que no podía dudarle. Tomar estado de casada, no lo miraba posible, porque deseaba y había determinado darme toda a Nuestro Señor, sin que ninguna cosa que pareciera más perfecta dejara de hacer. Ni aun cuando más metida estaba en cosas de esta vida, por mi natural altivo y malo y soberbio; me parecía, que por ninguna cosa del mundo sujetaría mi voluntad a otra criatura; y más cuando leía el premio y corona que se da a los que se consagran a Dios, sin tener otro esposo. Esto arrebatava mi corazón y mi afición. Cuando leía que las vírgenes

seguían al Divino Cordero y Esposo Jesús, estaba firme en mi corazón, que primero me dejaría martirizar, y pasaría por el fuego y cuchillo, que venir en otra cosa, que ser toda suya. ¡Oh, Dios y amor limpísimo; estas misericordias tuyas acordáis a mi corazón y a mi alma, para que se deshaga en agradecimiento, y en confusión de mi ingratitud a este beneficio! ¡Oh, único esposo de mi alma, y parte dichosísima de mi herencia! ¿Quién más te rogó por mí, que por otras? ¿No veías, Señor mío, quién yo era y había de ser? Qué más premio de trabajos, afrentas y desprecios, que ser tuya, Señor mío, y haberme nombrado esposa tuya, aunque después no me hubieras de dar la gloria. También me hacía mucha fuerza el ser afuera inexcusable el salir a la calle para la misa, etc.

▪ CAPÍTULO VII

Confírmala el Señor en sus santos propósitos de vida retirada. Obedece ciegamente el consejo del confesor para entrar en religión. Refiere su salida de la casa paterna, y entrada en Santa Clara, con varias circunstancias edificantes. Obstáculos y tentaciones que le ocurrieron. Entra en ejercicios espirituales, y allí conoce la próxima muerte de su padre.

Pues, como iba diciendo, esta guerra sentía en mí misma, y como desde que llegué a los pies de Vuestra Pater-
nidad hallé el amparo y caridad que se ha visto, y yo no sabré decir, me parece hallaba ya en mi camino compañia, con que pasaba con más aliento las soledades, espinas y noches de mi interior. No sé qué cosas de las que llevo referidas le debía de decir; sé que me mandó que viniera a ser monja, y que esto era lo que convenía; y yo, luego, sin pensar más en ello, traté de ponerlo en ejecución, aunque sintiendo los horrores y repugnancia que he dicho. Fue grande el sentimiento de mi naturaleza aquellos días antes de salir de casa; y la noche antes, recogida en mi aposento, me acuerdo que le pedí con cuanto afecto pude a Nuestro Señor crucificado, no permitiera que otra cosa que su puro amor, me hiciera hacer una acción tan dificultosa. Aquella noche casi toda gasté en mis ejercicios que solía hacer, y a la mañana, tomando aquella imagen del Niño Jesús, entré al cuarto de mis padres... Las palabras que me dijeron, la ternura con que me miraron, sin saber lo que yo intentaba, y el sentimiento que tuvo mi corazón al volverles

las espaldas, sólo Nuestro Señor lo sabe. Yo salí, como quien se arranca las entrañas, y viene con la repugnancia que si viniera al suplicio. Las religiosas me esperaban, y yo tuve vehementísimos impulsos de volverme, mas así entré. Yo venía sin saber qué sucedería de mí acá dentro: pensaba quedaría esa noche en los claustros, o en algún zaguán, hasta que alguna religiosa me albergara en su celda, porque ya mi tía había muerto; mas Dios dispuso que una amiga suya muy sierva de Nuestro Señor, me recibió, y trajo a comulgar a la grada, porque entré antes de haber comulgado. Sería disposición de Nuestro Señor, para mostrarme que acá él había de ser mi refugio. Fue increíble el sentimiento y llanto de mis padres y hermanos, cuando tuvieron la noticia de mi entrada, y las nuevas que me daban de esto. Mi padre estuvo tres días sin que hubiera quién le hiciera ni beber un trago de agua, ni lo quitara de llorar en la puerta de mi aposento. Mi madre enfermó mucho de gota coral, y así todo. Yo estaba aquí harto confusa con algunas cosas que iba experimentando, y con lo que me decían las religiosas mozas; a los tres días ya no cabían en mi corazón las penas, y lo que había disimulado, y así me fui donde el Santísimo Sacramento hecha un mar de dolor y llanto, no sé yo lo que le decía. Aquel día vino mi padre a verme, como si lo levantaran del sepulcro; mas con su mucha virtud que le dio Nuestro Señor, se vencía y esforzaba, y me hizo una plática, y exhortación a que siguiera y oyera a Dios, que admiró e hizo llorar a todas. Era muy capaz, y había estudiado mucho, y lo que más es muy buen cristiano. Mi madre tenía más recia condición, y así estuvo mucho tiempo enojada; esto me fue causa de muchas aflicciones, porque no tenía acá ni aun cama en qué recogerme, y mi

cortedad era tanta, que no sabía qué hacer de mí. Con la novedad de mi entrada, se me allegaban muchas, y yo empecé a ver y oír cosas que me descontentaban mucho, y por no descontentarlas —que este ha sido siempre vicio mío—, no reparar en descontentar a Dios, por no dar disgusto a las criaturas; así me lo han pagado, y llevado mi merecido, que jamás he acertado a tenerlas contentas; decía algunas cosas con llaneza e ignorancia, y todo se notaba, y de todo se hacía misterio. Fue cobrando mi corazón un tedio y aborrecimiento a todo, que me parecía estaba en el infierno, o en una cárcel de Inquisición: ni aun el día me alumbraba. Habían solicitado que me quitara la sotana o hábito que traía, y me vistiera de gala; hícelo también con el pretexto de dar gusto. Con el hastío y tormento que me daba todo, tenía por alivio el salir al locutorio, y allí, con una tristeza mortal, me pasaba los más días; y hallaba mi corazón tan mudado, tan frío y tan sin aliento, que ya yo no me conocía. No daba paso de donde no se levantara un chisme; iban a escuchar lo que hablaba con mi padre, y cuando salía del locutorio, sobre una palabra que les pareciera, se ardía la casa, y yo no hallaba dónde parar; porque si alguna, viéndome triste, me preguntaba la causa, y yo como imprudente y poco mortificada, decía alguna palabra, luego sobre aquella se acrecentaban otras, y la iban a decir; con que yo andaba como en el aire, sin poder entrar por camino ni hallarlo. Pues como ya otra vez con mi traje seglar y el corazón en la mala disposición que digo, estuviera tan continuamente en visitas de afuera, porque con mis padres y hermanos venían otras muchas personas; un sujeto de importancia venía también, y el enemigo para armar un lazo, que casi duró toda la vida, le puso que me escribiera

muchas veces, y solicitara para conmigo, esto que llaman devociones, que había entonces muchas. Yo hice mal, pues que a la primera, entendiendo lo que contenían, recibí la segunda y la tercera, aunque siempre respondí que no alcanzaba por qué me escribía a mí, pues si alguna cosa se le ofrecía, podía hacerlo en mi casa, pues para mí no era el salir al locutorio. O porque se cargó con la respuesta, o porque ya comunicaba una monja, se levantó contra mí una persecución tal, que cuando me veían pasar, me escupían, me decían cosas muy sensibles, y como eran muchas las amigas y criadas, por todas partes me hallaba acosada y afligida, y más cuando veía mi interior, tan lejos de lo que siempre, o el tiempo antes había pretendido. No es decible mi desconsuelo; parecíame que buscando la vida había hallado la muerte: que buscando a Dios había errado el camino, y encontrado mi perdición: miraba mis males como irremediables, y por todas partes sólo encontraba penas; si alguna quería trabar conversación o consolarme, paraba en que no había de mirar, ni hablar con otra. Todo esto era veneno para mí, y en huyendo, se hacían unos duelos y sentimientos, que se volvían contra mí, reprendiéndome y despreciándome en público, y en secreto; y lo que en ellas no era falta ni culpa, para mí era muerte y aflicción. Si me retiraba a pasar a solas mis desconsuelos, hallaba mi interior hecho un mar amargo, y decían que no habían visto virtud que menos entendieran; decían bien, porque en mí lo que había sólo eran confusiones y culpas.

Tenía en medio de tantos ahogos el consuelo de que venía Vuestra Paternidad cada ocho días, mas yo estaba tal, que ni para admitir consuelo estaba. Oía sus palabras y muchas veces

se me pasaba gran rato sin poder hablar, porque todo lo que no era remediar el haber entrado, me parecía cosa sin consuelo; y como el volver a salir no lo imaginé jamás como posible, aunque algunas veces se lo proponía, miraba mis males como sin remedio. Con todo eso, sólo el rato que estaba en el confesionario sentía yo alivio, y así contaba los días hasta que volviera; mas aun esto permitió Nuestro Señor que me faltara, pues se fue Vuestra Paternidad de la ciudad, y yo me quedé sola, como en un desierto, y noche oscura. Luego aquella monja amiga de mi tía, que me recibió en su celda, me apartó de ella, aunque con buen modo, porque era muy santa, mas tenía otras personas inmediatas a quienes debía atender, y ellas no podían tolerar mi compañía. Aquí fueron mayores mis desconsuelos y necesidades, porque aunque mi padre me enviaba alguna cosa, no tenía modo de disponerla para poder comer, ni las criadas que mandaron traer de mi casa servían más que de darme fatiga en verlas padecer. Por este tiempo entré en ejercicios, y en ellos conocí claramente que breve moriría mi padre; así fue que dentro de cuatro meses se lo llevó Nuestro Señor.

▪ CAPÍTULO VIII

Asístela con más frecuencia el confesor. Recibe ciencia infusa de las Santas Escrituras, y especialmente de los Salmos. Resiste los estímulos del amor paterno para dejar el claustro. Nuevos padecimientos espirituales. Muerte de su padre.

Hízome Nuestro Señor el beneficio de que Vuestra Paternidad volviera a esta ciudad, porque quedara en lugar de mi padre cuando él murió. Yo, en todo este tiempo, no había dejado de recibir a Nuestro Señor cada día, y asistir al coro como las monjas, aunque no había tomado hábito. Allí me hizo Nuestro Señor el beneficio de que entendiera el latín, como si lo hubiera estudiado, aunque ni aun lo sabía leer bien; mas eran tan a medida de las aflicciones y desconsuelos que padecía las cosas que entendía en los salmos, y las imprimían tan dentro de mi alma, que no podía cerrar los oídos a ellas, aunque quisiera.

Cuando le dio la enfermedad a mi padre, una señora que sabía mis penas, y como se presumía que mi venida lo había entristecido hasta llegarlo a aquel estado, puso mucho en persuadirme me volviera a casa, y que con esto se alentaría mi padre, y saldría yo de inquietudes. Levantóse determinada a irlo a solicitar y disponer, y me escribió que estuviera pronta, que a la noche vendrían mis tíos, y me llevarían a donde mi padre, que no dudaba se alentaría con verme. Yo sentí no sé

qué fuerza interior, que me movía a responderle que trataba de entrar esa noche a ejercicios. Entré en ellos en aquella celda estrecha y lóbrega donde me había puesto aquella monja amiga de mi tía, cuando me apartó de sí. Fue tanto lo que aquí padecí en la oración, que con tenerle yo a mi padre el mayor amor que pienso cabe en lo natural, y saber que estaba sin esperanza de la vida, y que en faltándome faltaba todo en lo humano, y que él repetía muchas veces: «Hija de mi alma, que entendí tener el consuelo de morir en tus brazos», y ya casi sin aliento me escribía que pidiera a Dios su salvación, cuando apenas podía formar ya las letras. Con todo esto, y con hallarme cercada de tantas tribulaciones, hecha la piedra de escándalo y con tanta pobreza, y desconsuelos; todo esto era nada y todo se me olvidó, a vista de lo que padecía en la oración; todo lo demás parecía un rasguño en comparación de grandes y penetrantes heridas. Hacía cuanta penitencia alcanzaban mis fuerzas, y despedazaba mi cuerpo hasta bañar el suelo, y ver correr la sangre, etc. Era casi nada lo que pasaba de sustento, y sólo tenía alivio con los dolores corporales, etc. Así pasé aquellos días en los ejercicios de mi Padre San Ignacio, y a la hora que salí de ellos, lo primero que oí fue doblar por mi padre, que había muerto a esa hora.

▪ CAPÍTULO IX

Padece una soledad absoluta y abandono de todas las criaturas. Sufre terribles enfermedades con circunstancias intolerables. Sostiénela María Santísima con un favor singularísimo. Habla interior y nuevas luces que le da el Señor. Amor de la santa pobreza.

Yo quedé sin más amparo que la caridad que Nuestro Señor puso en el corazón de Vuestra Paternidad, porque de mi madre no volví a saber más, de que se hizo ciega de llorar, etc., y así pasaba en mi retiro y soledad grandes aflicciones interiores, y tantas necesidades y falta de lo necesario, que algunas veces me veía obligada a comer flores, y otras cosas que me pasaban, que fuera largo de decir; aunque aquella santa monja, que digo, me hacía algún socorro. Yo sentía más lo que padecían las dos criadas que habían hecho venir de casa. Aun la ropa que traje, con el tiempo se había ya gastado, y como entre los demás vicios, tuve siempre un natural delicado y vano, y también tenía mucha cortedad, cada cosa de estas padecía con mucha pena; y más a vista de tantas que me miraban con mal rostro y con horror, como después lo dicen. Enfermé mucho, y se pasaban algunos tiempos sin poderme levantar de la cama. Dábame mal de corazón muy recio, y entonces las personas que estaban enojadas conmigo, me echaban agua bendita, y decían que estaba endemoniada, y otras cosas, que en oyéndolas yo, me

servían de mayor tormento. No cesaban los cuentos, y cosas muy pesadas que me decían; en particular algunas que me parecían deshonoras, como decir: que me enamoraba de sus devotos, y los solicitaba, etc. Esto me parecía lo más pesado de llevar en lo exterior, porque estaba tan puesta en la honra vana, que parece la tenía entrañada en los huesos y entre el corazón; y aquellos mis deseos de ser santa eran tan por encima y tan sin fundamento, que no alcanzaba o no advertía que el camino cierto para vivir en Dios era morir a mí misma; y que el Señor que mortifica, también vivifica; pues experimenté, en medio de mi orfandad y desamparo, algunos efectos de la Divina Providencia, que a otra cualquiera hubiera servido de adelantarse mucho en el amor de Dios, y desprecio propio. Un día de aquellos, estando en mi retiro, procurando tener mi oración, en una breve suspensión, que no puedo saber cómo fue, vi a la Santísima Virgen junto a mí, con un niño recién nacido, y muy amable, que poniéndolo en el suelo, me decía: «Mira, este niño ha nacido para ti». Consolóme, y me enforzó esto, lo que no sabré decir; y el ver que mi Señora y Madre Santísima tenía el mismo vestido que solía traer mi madre natural, cuando yo estaba en su casa. ¡Oh, Señora mía, quién pensara, que después de tanta inconstancia y yerros míos, te habías de mostrar como madre! Cada vez que me acuerdo, que es siempre, se renueva el consuelo, el aliento la ternura, y esperanza en mi corazón.

Yo trataba lo menos que podía con ninguna criatura, y pasaba a mis solas, mis consuelos y desconsuelos, miedos, temores, espantos y decaecimientos. Algunas veces repetían en los oídos de mi alma, cuando más ocasiones de desprecios se

ofrecían: *Ego autem humiliatus sum nimis*; y entendía aquello como si dijera: «De mí se dijo esto, y así me has de seguir».

Esta luz que digo recibía para entender el oficio divino, no era de todo junto, ni cuando yo quería, ni porque lo escudriñaba; sólo era de algunas palabras que hacían al propósito de la necesidad, que mi alma tenía presente; y así encendían mi corazón, y reducían mi voluntad, como daban luz a mis dudas y congojas; y sentía una cosa rara, y es que aunque los hombres más sabios y santos del mundo me hablaran en aquello mismo, no pienso que me podrían convencer, consolar y fortalecer, como aquellas palabras que entendía, unas veces eran breves a medida de mi necesidad presente: como cuando hablando con algunas personas con sana intención, se levantaban ruidos y me decían cosas que yo no quisiera oír; entonces repetían entre mí misma, me parece: *Cum loquebar illis impugnabam me gratis*; como si dijera: «A mí me pasó esto; no debes extrañar que te suceda».

Algunas veces que conocía algunas voluntades adversas, y me acordaba de oprobios que me habían dicho, era exhortada con estas palabras: *Cum his que hoderum pasem erat pacificus*; y así en otras muchas cosas. En particular, cuando más atribulada me hallaba, que parecía llegar a lo último, me consolaba con aquel verso de un salmo, que dice: *Patientia pauperum non perivit in finem*. Así con estos socorros de Nuestro Señor, pasaba los desconsuelos que digo. Unas veces entendía sólo en una palabra tantos misterios, que si hubiera de escribirlos, no cupieran en mucho papel; aunque pasada aquella luz, me quedaba a oscuras con mi parecer, y luego me parecía que con aquellos engaños de mi imaginación había de dar en mayores males, cosa

que siempre temía mucho, y ha sido una de las cosas porque no me atrevía a pasar sin confesor particular que me guiara y alumbrara; y aun de aquí me han nacido otros trabajos bien grandes. Luego que me vi en tanto trabajo por la muerte de mi padre, pedí a Nuestro Señor me hiciera el bien de que no me faltara algún Padre de la Compañía que me guiara en mi destierro y peregrinación, y así he experimentado en esto muchas misericordias de Dios.

En este tiempo me daba Nuestro Señor un tan grande amor a la pobreza, poniéndome, asimismo, por ejemplo, que llegué a tener gran consuelo cuando me faltaba todo; mas mi corazón siempre ha sido inconstante, y más para lo bueno. Había traído una imagen de Nuestro Señor con la cruz auestas, y estando en ejercicios me apretaban tanto aquellas palabras: «No me dejes solo en esta cruz», que prorrumpía en llanto, diciendo: No te dejaré, Dios mío, y proponía con todas veras tomar el hábito y profesar y morir aquí. Así pasé un año, después de la muerte de mi padre, y ya había dos que había entrado al convento.

▪ CAPÍTULO X

Toma el hábito en edad de veinte años. Abstracción total. Nuevos favores celestiales. Doctrinas místicas admirables. Repiten los combates interiores, alternándose con las luces superiores. Asegúrala el santo Patriarca Francisco, en su especial vocación, a la religión de Clarisas. Reflexiones importantes. Humildad profunda.

Como Nuestro Señor había puesto a Vuestra Paternidad en lugar de mi padre, solicitó, con el trabajo que sabe, que me dieran el hábito, y lo tomé a los dos años. Una de las cosas que me había descontentado era ver el tocado que traían las monjas, y lo mucho que se pasaba en prenderse, y así pedí a la Maestra licencia para ponerme las tocas llanas; ella me la dio, y la Madre Abadesa, que era entonces, sintió muy mal de mí, porque hacía singularidades; decía que no era yo de su genio; que no había de darme la profesión, y siempre me miraba con ceño, y llamaba santa soberbia, y así, yo no tenía arrimo fuera de Dios. Su Divina Majestad me quitó de todo aquel primer año de noviciado, porque me dio un modo de sueño; que todo el día estaba como quien duerme; todo cuanto veía me parecía entre sueños, y así nada hacía impresión en mi alma. Procuraba hacer cuanto me mandaba la Maestra, y tenía mucho desconsuelo los días que por sus ocupaciones no iba al noviciado, porque allí me parecía, que estando a voluntad ajena hacía mejor la de Dios. Cuando se recogía toda la gente me venía al coro, adonde Nuestro Señor

Sacramentado, y allí recibía tantas misericordias, como dije en aquellos papeles que escribí por mandato del Padre Francisco de Herrera. Así pasé dos años de novicia, en los cuales empezó mi alma a ver la luz después de tan largas tinieblas; porque aunque el padecer nunca me ha faltado, más a tiempos ha sido Nuestro Señor servido, de quitarme por sí mismo aquellos grandes desconsuelos y tinieblas. Deseaba mucho en aquellos tiempos hacerme ciega, porque me parecía que no viendo las cosas de esta vida, podría más bien darme a la contemplación de Dios, y a su amor. Rezaba todos los días el oficio de difuntos por mi padre, y en todos sus salmos, lecciones, etc., era tanto lo que Nuestro Señor me enseñaba y consolaba, que otra cualquiera hubiera sacado enseñanza para toda su vida, y consuelo para todos los trabajos. No sé cómo podía un día tan claro, volverse noche tan pesada y triste, que ni aun memorias de la luz no quedaban; mas ahora, dándome esto confusión, he entendido que a esto está respondido con el Santo Job, cuando se le preguntó: *Indica mihi, si nosti omnia in qua via lux habitet et tenebrarum quis locus sit: ut ducas unumquodque ad terminos suos, etc.*, y que así decía él: «Si viniere a mí no lo veré, y si se fuere, no lo entenderé». Así que contra la mano del Omnipotente nadie puede ir, ni saber los caminos de la luz, ni de las tinieblas. El yerro mío siempre ha estado en no llevar, como los bienes, los males; poniendo sólo la mira en no descontentar al Señor de todo, y dejándose guiar del soberano guiador. Enviaba, pues, a tiempos tan pesadas tinieblas sobre mi alma, que ninguno lo podía entender; parecíame imposible perseverar ni aun una hora, cuando más toda la vida en aquel tormento y desconsuelos. Llovían sobre mí como lanzas los pensamientos de aflicción y

desconsuelo; la soledad era un infierno; buscar alivio en ninguna criatura, ni lo admitía ya mi corazón, ni ellas me daban lugar. No me osaba acordar de las cosas con que Nuestro Señor me había consolado, porque decía entre mí; ¡Ay, desdichada: en estas ilusiones has venido a parar, por no haber andado rectamente delante de Dios! Ponderábanse mis trabajos, acordábanse mis pecados tantos y tales, dudaba en la intención de mis obras, creía lo que decían de mí: que estaba endemoniada; que todo hacía de hipocresía y soberbia, etc.; quería remediar estos males, y no sabía cómo, clamaba a Nuestro Señor, y todo se volvía azote y castigo; sólo un bien hallaba seguro en mi tribulación, que era declararle a Vuestra Paternidad como podía, mi corazón, y procurar ajustarme a sus consejos, y así volvía la luz, y me daba Nuestro Señor en aquel tiempo tantos deseos de ser buena, que no obstante mi tibieza, y rebeldía de mi corazón, no dejaba cosa por hacer de las que entendía ser más conforme al gusto de Dios, e imitación de los santos. Esto digo para confusión mía; pues veo, y ve Vuestra Paternidad cuánto he descaecido de aquellos deseos y determinaciones. ¿Quién no pensara que aquellos principios eran para ser muy buena; y quién se persuadiera a que pararían en nada, y en la tibieza presente, etc.? Así pasé los dos años que estuve en el noviciado, y a tiempos con grandes temores de profesar; no porque el ser religiosa me descontentara, sí por las contradicciones que aquí había hallado, y porque mi deseo era ser carmelita, pareciéndome que allí no había más, que como la Madre Santa Teresa dejó sus conventos, entrar y morir a todo, y vivir para Dios, unidas en caridad, etc. Una noche de este tiempo que me recogí con estas penas, veía en sueños, aunque

con efectos que no parecía sólo sueño, un fraile Francisco, de mediana estatura y delgado, con la capilla puesta, y que de sus manos, pies y costado salían unos rayos de luz, como fuego suavísimo, que encendían el alma en amor de Dios, y venían a dar a mí, y que mirándome amorosamente me decía: «Hija, ¿por qué no eres muy devota de mis llagas?».

Diome también Nuestro Señor amor y conocimiento de los muchos y grandes santos que había en esta santa religión, y parecía entenderlo en un salmo que dice: «Yo te confesaré en la iglesia grande, y en el pueblo grave te alabaré». Conocí cómo los santos en la gloria están unidos en Dios, y todos son un espíritu con Él, y entre sí, más y más, conforme al mayor amor que en la vida mortal tuvieron a Dios, y lo que trabajaron por Su Majestad: y que allí no hay diferencia de hábitos, ni las cosas materiales que en la tierra; que los que más se parecieran a los santos fundadores en el espíritu y guarda de los votos, serían más cercanos a ellos, y más amados de Dios; y que Su Majestad me hacía el bien de entrarme en esta santa y grande congregación de la religión de mi Padre San Francisco, a quien quedé con un grande amor y ternura, desde lo que digo que vi en sueños, y me valía y hallaba gran consuelo, con sus llagas participadas de las de Nuestro Señor Jesucristo, y su memoria encendía en mi corazón el amor a Nuestro Señor.

Cualquiera que supiera esto podía pensar que yo había de ser buena religiosa, pues así me animaba Nuestro Señor. ¿Y qué dirá quien ve que sólo he sido, y soy, un inútil estorbo? ¡Oh, Dios mío; pues no he sido para ningún bien de nadie; antes quizá para mucho mal! Haced misericordiosamente que no se pierda en mí el valor de tu sangre santísima.

▪ CAPÍTULO XI

Ofrécense al parecer grandes dificultades para su profesión; todo se vence, y la hace con gran fervor. Auséntase su confesor; aflígese por ello y la remedia el Cielo. Mándale el Padre Francisco de Herrera que escriba los sentimientos espirituales. Recibe conocimiento de las virtudes de este religioso.

Cuando se ajustaron dos años que había estado de novicia, hizo salir el Arzobispo lo más de la gente seglar que ocupaba el convento, y mandó en la visita que a mí me profesaran breve, o me echaran fuera; yo estaba tan sin susto en mi corazón, y tan cierta de que no saldría, como si ya estuviera profesada, aunque veía la dificultad que había en lo humano para darme la profesión. Mis parientes vinieron entonces con mucha instancia a sacarme, y el enemigo avivaba en mí la memoria de lo que había padecido, y movía aquellas personas, que me habían mortificado a que hicieran algunas cosas que me renovaban las penas; mas yo, con el favor de Dios, volví de nuevo a ponerme en manos de Vuestra Paternidad, y consultándolo con otro Padre grave de la Compañía, como me dijo, vieron que convenía que profesara, y lo solicitó, y dispuso con el trabajo que sabe. Yo salí los tres días de requerimientos adonde una imagen de Nuestro Señor crucificado, que está en esta iglesia, y viendo sus pies clavados y sus rodillas llenas de cardenales, le decía: Por Vos, Señor mío; y por lo que por mí padecisteis; por esos cardenales y llagas, quiero entrar en esta

clausura a padecer todo el tiempo de mi vida; y así, sin salir a otra parte, volví a entrarme. Hice mi confesión general de aquel tiempo con Vuestra Paternidad y con el consuelo que vino a decirle misa a aquel Santo Niño Jesús, que yo había traído conmigo; y recibiendo a Nuestro Señor Sacramentado de su mano, hice mis votos con grande consuelo y alegría de mi alma. Ya el convento se había puesto en más religión, silencio y recogimiento, y acabándose las comunicaciones de fuera, y las religiosas mozas trataban de una vida muy fervorosa y recogida, y de darse todas a Nuestro Señor. Yo estaba con grande alegría, contenta con mi dicha, y alabando a Dios, que oye los deseos de los pobres, en orden a que la religión estuviera más ajustada, que el trabajo de las que salieron lo sentía yo mucho. Luego Nuestro Señor me envió uno de los mayores trabajos que para mí pudo haber, y que he padecido: que fue el irse Vuestra Paternidad, y me pareció que se me caía el cielo encima y quedaba como en una noche oscura, como el que pierde su guía en un áspero camino por donde anda ciego: veía que perdía todo el amparo que podía tener en lo espiritual y temporal; parecíame que aun la luz material no veía, etc. Nuestro Señor usó de algunas providencias para ayudarme en este grande trabajo. Un día, en la oración, me parece se recogía mi alma, no sé cómo, y veía a mí misma, que andaba por un camino muy áspero, en compañía de Nuestro Señor; yo llevaba un bordón que me ayudaba a pasar los pasos dificultosos, y estribaba en él; a un lado y otro del camino había grandes árboles, y yo entendía de Nuestro Señor, que si me faltara aquel bordón sería fácil para Su Majestad acomodarme otro, y en faltando este, otro, y otro, de aquellos árboles, y que lo cortaría y haría a medida de mi

necesidad, y llegando a un paso, u hoyo profundo, me parecía que Nuestro Señor, pasando a la otra parte, me daba la mano para pasar de allí. Este hoyo o paso peligroso no sé si ha llegado en alguno de los trabajos interiores que he padecido, o si será la muerte, porque ello era muy al fin del camino, dado que lo que digo fuera Nuestro Señor quien lo mostraba a mi alma; ello me sirvió de aliento para pasar aquel gran trabajo. Luego se llevó Nuestro Señor aquella santa monja que digo me sirvió desde que entré, de madre y maestra, con que quedé en mucha soledad y desamparo.

En este tiempo vino a confesarme el Padre Francisco de Herrera, a quien Vuestra Paternidad le dejó encomendado, y yo procuré darme del todo al trato interior con Nuestro Señor, de quien recibía tanta luz; y me parece tenía tan embebida en sí mi alma, como si no viviera en esta vida. El Padre me trataba con severidad, y hacía que trabajara de manos lo más del día, y si alguna vez le pedía licencia para gastar el mediodía en oración, me la daba, con condición que a la tarde doblara el trabajo. Mandóme muchas veces, que escribiera, y le mostrara los sentimientos que Nuestro Señor me daba; fue grande mi pena y vergüenza en eso; mas al fin lo hice. Tenía mi vivienda en una tribuna junto a Nuestro Señor Sacramentado, por ser sacristana; salía sólo a lo forzoso del coro y de mi oficio, y me volvía allí como a mi centro. Pocas noches podía irme a acostar, detenida de aquella fuerza de mi alma; parecíame que tenía en lo íntimo de mi corazón una brasa viva, que me enseñaba sin palabras, y encendía en un fuego más dulce que la vida. Yo no hacía nada, todo era recibir, y muchas veces me acordaba de aquellas palabras: «Venid y comprad sin plata ni

otra conmutación, vino, leche y miel». Así pasé casi dos años, pareciéndome todas las cosas de esta vida un sueño, y cosa de risa. Un día, estando recogida con Nuestro Señor, me parecía ver a mí misma con una vestidura encarnada que cogía del cuello a los pies, y que los cabellos tenía tan dilatados que llegaban hasta el suelo; dos espíritus malos andaban por allí en forma humana, acechando y queriendo trabar de las puntas de aquellos cabellos, para enredarlos; yo me quedé confusa, sin saber qué sería aquello. De ahí a unos días le dijeron al Padre algunas cosas de mí, que le causaron un grande enojo: decíame cosas muy sensibles, y me dejaba en el confesonario y se iba sin oírme, hasta que paró en dejarme de confesar, y yo, como quien no tiene fundamento en cosa buena, no hacía sino llorar y desconsolarme de muerte, y darme por engañada, pues mi confesor así me echaba de sí, y me daba por errada; bien veo ahora que el camino hubiera sido rogarle con humildad me enseñara y ayudara a la enmienda de aquellas faltas, y entrar por el camino que me mostrara; mas lo que hice fue disculparme y dar mis razones, y a cuatro o cinco veces que me reprendió, callar y retirarme.

Entró por esto mucho desconsuelo en mi alma, y tíveme por perdida o errada, verdad es que Nuestro Señor me consoló y alentó con algunas cosas que escribí entonces, y el Santo Padre, para irse de esta ciudad, me visitó y dijo cosas de mucho consuelo, y después me escribía con mucha caridad, y decía deseaba volver acá, por sólo atender y cuidar de mi alma; y así me lo escribía con palabras muy llenas de caridad y compasión. Así, pues, el enemigo se valió de algunas personas, que le dijesen a él cosas que sospechaban de mí, y las dieron por

hechas, causándole aquel enojo, y a mí me dijeron otras que me hicieron no andar para con mi confesor con aquella seguridad y consuelo que antes, y yo, como inadvertida, di lugar a perder o no lograr como pudiera el bien que en él tenía, que sólo la pureza de su alma, que me parece me daba Nuestro Señor a conocer en los efectos que sentía en la mía cuando lo comunicaba, me era grande bien. En una ocasión se me representó vestido de una sobrepelliz blanquísima, y su pecho con una vidriera muy pura, donde estaba encerrado y se veía el Santísimo Sacramento. Esto causaba en mi alma tales afectos, que casi me sacaban de mí, y así sentí lo que he dicho.

▪ CAPÍTULO XII

Proporciónale Dios nuevo director por ausencia del Padre Herrera. Temores que tuvo de errar en el camino espiritual. Asegúrala el Señor, y le da instrucciones admirables para amar el retiro y total abstracción de criaturas. Elevación a Dios. Aprobación que da el director a lo que escribe.

Cuando vino por Rector el Padre Juan de Tovar, me envió a decir el Padre Francisco de Herrera que ya no podría venir a confesarme, porque el Padre Rector nuevo mandaba que no vinieran a conventos de monjas; yo me recogí con aquella pena, y luego vi en sueños al Padre Rector, aunque no lo conocía ni había visto, mas era el mismo que vi después, que se llegaba a mí y me decía: «Hija, yo vengo a confesarla, porque el Padre Francisco se va a Santa Fe». Pasado algún tiempo se fue el Padre Francisco, y parecía imposible que el Padre Rector viniera a confesarme, porque yo no tenía de quién valerme, y porque algunas religiosas de gran cuenta habían hecho muchos empeños para que viniera a confesarlas, valiéndose de sujetos de importancia, y de varias diligencias, y no habían podido recabar que viniera en un año que había estado aquí, cosa que yo no trataba de eso, ni lo miraba posible; mas luego que se fue mi confesor, el Padre Francisco, trajo Nuestro Señor al Padre Rector, sin saber cómo, que casi salió del mismo Padre decir que me confesaría. La mañana siguiente a que me dieron esta noticia, habiendo comulgado,

entendí claro, que vendría y sería mi Padre y guía de mi alma, y entendí a este propósito aquel versito de un salmo, que dice: *Orietur in diebus ejus justicia, et abundantia piasis*. Luego vino el Padre Rector, y cinco años que estuvo me confesó y cuidó de mi alma con grande caridad.

No he dicho algunas tentaciones que padecí los dos años antes, que fueron los primeros de mi profesión. Yo tenía un grande temor de lo que había oído decir engañaba el enemigo algunas personas en la oración, y vida espiritual, y que habían quemado un beato, que empezó bien, y acabó en herejías; y también de otros que les había sucedido esta desgracia, de hacer las cosas por mostrarse santos, y otras mil cosas que me hacían temblar. Decíanme también mis tíos, en particular uno, que era de recia condición, y otras muchas me lo decían, cuando mudé de traje en casa y me retiré de todos, que yo daría en las ilusiones de tal y tal beata, y contaban a este propósito muchas cosas. Poco me había yo menester para tener miedo, y fue mucho que esto no me hubiera hecho luego no más, dejarlo todo. Cuando entré aquí encontré también con aquella religiosa, que era muy espiritual, y tenía grande fama de virtud, ella era temerosísima, tanto que ni quería leer, ni oír cosas de oración que tocaran en algo sobrenatural, o no fuera lo muy ordinario. Yo tenía la estimación que era justo de sus virtudes; pensaba si llegara a la mitad de lo que ella me parecía, me tendría por dichosa; pues, como deseaba esto y le veía aquel temor, me parecía que mientras más lo arraigara yo en mi alma, sería mejor, y como yo lo tenía ya tan grande, me confirmé en él. Por otra parte, sentía en mi alma mucha alegría y gusto de ver que podían las almas, aun en esta vida, negar

a unirse y estrecharse con Dios, y las dulzuras, suavidades y hermosura de este Divino Esposo de las almas, y centro suyo; y como veía en mí esto, y que mi alma sólo se inclinaba al amor, como las cosas a su centro, aunque estaba atada con cadenas de tanto temor, me hacía temer más, haciendo un juicio de que no iba segura; pues no temía como veía temer a aquella alma tan buena; y con esto procuraba doblarme las prisiones, y aplicarme a todo lo que fuera temer y recelar. Tanto debí de cavar en esto, que ya mi alma se acostumbró a estar en su prisión, como los pájaros, que aunque los suelte su dueño, suelen volver a la jaula. Ayudábame a arraigar este temor, lo uno, mi facilidad en caer y ofender a Dios, y lo otro, las cosas que siempre han dicho y sentido de mí los que me han conocido, por tenerme dentro de su casa y convento; pues muchas veces han dicho a voces: que desde que este demonio entró en este convento, no se puede sufrir: que soy revoltosa, cizañera, fingidora; que no sé quién es Dios; que hasta los huesos de los muertos desentierro con la lengua; me hacía y he hecho esta cuenta: aunque por la misericordia de Dios no me remuerde la conciencia, más que sé yo si me engaña el amor propio, teniendo tanto, más fácil y más creíble es que yo me engañe, que no tantas que veo cómo sirven a Dios, etc. Estas y otras causas he tenido, así de solicitar siempre algún Padre que me guíe y enseñe, como de temerlo todo; porque aunque aquellas misericordias que he recibido de Nuestro Señor, como dan más conocimiento de su bondad y demás grandezas, hacen temer más el perder o desagradar a tan buen Señor; y así, en recibiendo aquellas misericordias que digo, los dos años después que profesé, quedaba con tanto temor que algunas veces me

parecía oír en mi alma esta pregunta: *Quid faciemus sorori nostra?* ¿Qué haremos con esta alma, que si la consolamos se aflige, y si la afligimos se desconsuela? Y es la causa, que este conocimiento de Dios, que allí recibía el alma, le daba tanto deseo de hacer y padecer por Él, que se afligía de verse consolada, y más con el temor de que aquello no iba bien, ni al agrado de Dios por lo que he dicho; y así, con aquella pregunta, me parece respondía la infinita piedad de Dios a mis dudas y ansias de mi corazón. ¿Quién, pues, viendo esta benignidad y mansedumbre de su Señor y Criador, y aquel rigor y aspereza de las criaturas, no tendría la vida por un amargo destierro, y el trato humano por un tormento inexcusable? ¿Quién no se iría tras el olor suavísimo de aquel pecho amoroso, lleno de caridad? Aquí se verá quién ha sido Dios para conmigo, y yo para con Él, y más con lo que diré adelante.

En este tiempo, en que quedé con gran desconsuelo y lágrimas, por lo que me había pasado con mi confesor, el Padre Francisco de Herrera, me consoló Nuestro Señor con estas cosas, que trasladaré aquí, y me hacía entender esto para que huyera del trato de las criaturas, y no buscara en ellas el consuelo de aquel trabajo; sí que callara, esperara y sufriera hasta que Dios desengañara a mi confesor, o me diera otro, que me guiara, sin disculparme ni volver por mí, ni afligirme de la mala opinión en que yo quedaba. Mi amado para mí, yo para él, mi secreto para mí en la soledad, y en lo escondido del corazón: mi amado a mí en los agujeros de la piedra, en las cavernas del cercado. Mira que dicen es símbolo de la imprudencia el pelícano, que anida en las eras más trilladas, y allí los labradores cercan el nido con heno o paja, y le prenden fuego, él viendo

el riesgo de sus pollitos, baja a ponerse sobre ellos, viendo que el fuego se va acercando, bate las alas para apagarlo, pero esto sirve para encenderlo, hasta que, comprendido en su ignorancia, el fuego le quema las plumas y allí muere cogido de los cazadores, él y sus hijuelos.

Mira que el principio de su mal fue falta de cautela, no evitó los riesgos, y así cayó en ellos; no guardó ni celó su secreto para sí; no fue como las águilas, anidando en lo alto de las peñas, no fue como el pájaro que halló su casa, ni como la tórtola, que puso su nido en las cavernas del cercado, mientras pasa el invierno de esta vida, y oye la voz de alegría: porque el Señor hizo habitar a la estéril con alegría en la casa donde halló sus hijos. Llevamos nuestros tesoros por el camino trillado de pasajeros, y los malignos espíritus son como ladroncillos que lo asechan. En el campo de la vida mortal estaba el tesoro que dijo el Señor, pero escondido. A su esposa la nombra con semejanzas, que significan secreto: huerto cerrado, fuente sellada. Por preciosa que sea la casa, si a todas horas da paso franco, presto se acabará su hermosura. La gloria de la hija del rey está escondida; está en secreto. Imagina a las criaturas si con desorden las tratas como al viento cierzo, que seca, aja y deshoja, no porque ellas sean malas; porque el fuego bueno es, pero no para tratado de todos modos; el aire bueno es, pero tanto puede darte que te ahogue y deje yerta; el agua es recreación y refrigerio, pero muchos en ella han perecido. Si descubres tus bienes, o te los han de soplar con la lisonja, o morder con la envidia, o arrojar con el menosprecio. Guarda, pues, los sentimientos que Dios te diere, aprende de la tórtola, no del pelícano, no saques a luz los hijos pequeñitos, que cualquiera airecico los matará. Hijos

tienes, pero guarda, ten cuenta, no los fíes; no des tu corazón al halago de ninguna criatura, mira no sean abrasados y vueltos en ceniza, con ese heno o paja que les haces nido. Teme más y recélate de sus aficiones de ser querida, o quererlas, que del cuchillo que ha de cortar tu brazo. El brazo hará falta al cuerpo, el corazón al amor de Dios y a su servicio, sin brazo podréis vivir la vida del cuerpo, sin corazón, no podrás vivir la vida del espíritu. Las cosas inanimadas te enseñan este recato; la tierra oculta en su seno el oro y piedras preciosas, el agua inclina todo su peso a esconderse, el aire parece que siempre huye, el fuego ansía con toda su fuerza por subir y alejarse. ¿Pues qué las criaturas en cada elemento? Los leones y fieras de las selvas tienen sus lugares apartados, donde se ocultan; el erizo busca su refugio en la piedra; el ciervo en lo alto de los montes, y así el cabritillo, y los hijos de los ciervos. El águila anida en lo más alto y tajado de la peñas; la paloma se aleja, huye y descansa en la soledad; la tórtola se esconde en los agujeros de la piedra, en las cavernas del cercado; el pájaro hecho solitario, busca lo alto de los techos; la lechuza se oculta entre las ruinas; los peces se sepultan en los senos del mar; aun el sol conoce su ocaso y su escondrijo; las flores nacen cubiertas y dan así oculto su fruto siempre guardado entre cortezas y cáscaras; y cuando crecen más los árboles, profundan más sus raíces y se ocultan: las fuentes traspasan por medio de los montes para salir a lo profundo de los valles. Si fueres como el gusano, entrando al corazón de la yedra en la consideración, en breve espacio caerá seca la vanidad e inconstancia de la vida. Entonces te asentarás entre los príncipes, cuando edifiques en la soledad tu sepulcro, y él será glorioso.

Dos cosas pueden moverte a derramar tu corazón en las criaturas, o tener que hacer con ellas, o no tener que hacer contigo: si lo primero, mira lo que dice el Santo Rey. «Todos declinaron y fueron hechos inútiles. ¿Cómo podrá ser provechoso para otro, pues dijo que en su corazón no había Dios? Corrompido se han, abominables se han hecho, porque como jumentos se pudrieron en el estiércol de las cosas de la tierra». Por cierto que no sacó el divino esposo al alma santa a las plazas, a ordenar en ella la caridad; antes la introdujo a mayor secreto, y quedó tan contento de que su amado fuese en su secreto, que cuando lo halló, dijo: «Téngole y no le dejaré hasta que lo entre a la casa de mi madre, allí lo esconderé, porque de las plazas y calles donde lo buscaba traje sólo castigo y dolor». Poco estima su tesoro quien lo expone a la común vista: si Dios no vive en ti y tú en Él, ¿cómo has de estar en caridad para con las criaturas? Si el corazón es fuente de la vida y Dios es vida del corazón, faltándole la vida, ¿cómo obrarán aquellas manos inocentes con que has de subir al monte de la caridad? ¿Por qué te juzgas provechosa para otras, en lo que desaprovechas a ti? ¿Pues no nace de tu corazón la caridad de tus obras? ¿Qué les quieres? ¿Qué les buscas? ¿Qué hay para ti en los caminos de Egipto? La sed de tus deseos, no la saciarás si no es en el que es fuente de agua viva.

¿Qué utilidad hay en tu sangre cuando desciende a la corrupción? Si te estimas como muerta, escóndete, porque no causes hastío y horror inficionando a las otras con el horror de tus vicios, imperfecciones y faltas: no sea como sepulcro patente tu garganta, dando mal ejemplo con la vanidad de tus palabras, como los que dijeron: «Con nuestra lengua seremos

engrandecidos, nuestros labios son para nosotros. ¿Quién es nuestro Dios, o quién es Dios para nosotros? Cuando se disminuyen en tu corazón las verdades eternas, luego hablas vanamente a las otras, porque de los labios dolosos del corazón, sale en palabras dañosas tu corazón por los labios, y como él es veloz en sus afectos, así en sus palabras. Pues si el corazón es fuente de la vida, y en ti se vuelve lengua y veloz para la vanidad, ¿qué será tu vida, y qué tus obras, sino viento y nada? Pues teme que como la pluma puesta al viento, si no te ocultas te despeñes, por lo menos en muladares inmundos, o en el abismo de la eterna muerte. En el día en que había de ser hablada su esposa, previno Dios sobre sus muros torres, y a sus puertas cerraduras. Si fueres fuerte para sufrir el desconsuelo, no saldrás con ligereza a buscar o aposentarte en los alivios humanos; serán tus muros como de hierro y de bronce: entonces dará Dios sus palabras en tu boca, cuando fueres como ciudad cercada de secreto, que en silencio será tu fortaleza. Sabe sufrir callando y padeciendo, sea tu muro como de hierro, que así será prisión para los enemigos interiores, y resistencia para los exteriores. Pon tu rostro, como piedra durísima, para recibir el golpe de cualquiera vejación, imita el no moverse, ni para huir, que asegunde el castigo, ni a mostrar que lo sientes, ni con palabras, ni con acciones: sea sólo el dolor tuyo en tu secreto, y cuando tu amado te visite, como hacecito de mirra, en la tribulación escóndelo en tu pecho, y sea para ti sola, y tú para él solo, que si la vara de su corrección te hiriere, dará la piedra agua con que se riegue la tierra siempre sedienta, que esta agua, como lluvia voluntaria, perfeccionará Dios con ella su heredad cuando está enferma, y tu alma hecha ciudad de Dios, será alegre con el ímpetu de

estas aguas. Ten silencio para no reprobar lo que te aflige, ni mostrar con razones que la tienes. Sea sólo tu secreto para tu amado, queriendo tener a él solo contento, y si le está patente los secretos del corazón, no te turben los juicios humanos, que ya desearás contentar a otro, cuando no te satisfaces que Dios lo esté. El Señor te prueba y te conoce, Él conoce cuándo dejas de ser, y cuándo resucitas, y todos tus caminos los tiene previstos. Por esto no ha de haber palabras en tu lengua que digan a los hombres, Él conoce el principio y el fin, y no aparta su mano ayudadora, pero los ojos de carne andan a ciegas; como sus tinieblas, así es su luz. En el camino de esta vida ha de ser tu honor y gloria, llevar el peso de la cruz, y las señales de Jesús en el padecer: ¿pues por qué lo quieres disminuir comunicándolo con quejas a las criaturas? ¿Por qué das tu honor a los extraños? Enciérrate en el secreto de la tribulación, que entonces se amansó el mar, cuando sus olas sepultaron al Profeta; y en la escondida y estrecha tribulación le preparó Dios casa de refugio. Sellado estaba entre los leones al que administró sustento y guardó libre. Oíste la paciencia de Job, que condujo el Señor a fin próspero y en ella no habló con estulticia contra Dios. Vistes el fin del Señor, que no abrió sus labios, como mudo estuvo entre sus penas, entre espinas de tribulaciones, que como abejas cercan al alma, se conserva con la limpieza de lirio. Como fuego la limpian, y como abejas labran en ella panal, para que su querido con la miel que procede de su boca, y está escondida debajo de su lengua, diga: «Comeré mi panal con mi miel». ¡Oh, alma mía!, en esta camita estrecha del silencio y retiro, descansa Dios como en lecho florido de virtudes. ¡Oh, si estas puertas de la justicia se abrieran para mí! Entrando

en las virtudes confesará al Señor. ¡Oh, Señor!: esta puerta es tuya y el justo entrará en ella. Dadme que sea como niño en la inocencia y silencio, para que entre a los tabernáculos de los justos donde hay voz de alegría y salud.

Este papel como va aquí vio mi confesor el Padre Francisco, cuando había pasado su enojo; y me respondió, que aunque más lo miraba, no hallaba en él las señales que suele dejar la serpiente en las cosas por donde anda; que antes a todo su entender era Dios: que sólo lo que me aconsejaba era, que aunque más el confesor me azotara e hiriera, no huyera de él, etc.; y así, con la gracia de Dios lo he procurado hacer en lo que después he vivido, pasando por esto grandes trabajos.

▪ CAPÍTULO XIII

Nuevos y más fuertes temores de andar errada. Duda por lo mismo continuar escribiendo según orden del director. Anímalas una visión a seguir. Favor singularísimo de Jesús Sacramentado.

Padre mío: pues que Vuestra Paternidad me lo manda, y es voluntad de Nuestro Señor, prosigo hoy día de San Mateo diciendo las causas, aunque no todas, de mis temores. Había también sucedido el que un sacerdote muy nombrado por su virtud, y las veras con que se ejercitaba en todas buenas obras, había perdido el juicio, y luego corrió, que eran espíritus malos los que lo atormentaban, y que esto sucedió por un pensamiento de soberbia. Contábanme esto las monjas, que lo oían a los de fuera, y como temerosas de Dios, me decían el daño que hace la soberbia, y peligro grande que hay de errar y perderse. Había en este tiempo aquí una seglara, que hacía cosas extraordinarias, y contaba siempre a todos que tenía revelaciones de Dios, y andaba de celda en celda contando estas cosas, hasta que un día se huyó del convento y se fue. Esto además de poner en mi alma un pavor y tedio grande, me llenaba de recelos de mí misma, y estas cosas que Dios ponía a mi vista para escarmiento y aviso, a mí me servían por mi imprudencia de lazo y tropiezo y también de oprobio, porque las religiosas que he dicho, cuando me veían tan retirada en aquella tribuna

que he dicho, se reían y decían: que no habían visto cosa más parecida que yo y aquella moza, y solían llamarme a mí con su nombre de ella. Todo esto me hacía temblar y horrorizarme de mí misma, mirándome como a embustera e hipócrita; que aun la otra yo no juzgué más de que le faltaba algo de juicio: esto junto con lo que habían dicho a mi confesor, me fue poniendo en un estado de suma miseria y oscuridad, y acrecentando mis temores de que por mi soberbia oculta permitiría Nuestro Señor que cayera en cosas espantosas, y así andaba para con mi Dios desleal, por poco confiada en su fidelidad y bondad: para conmigo misma llena de tormento y cobardía; y para con las otras de vergüenza y recelo. Así sembraba mi enemigo en la tierra inútil de mi corazón estas semillas, para que creciendo en el tiempo de mis tentaciones y caídas, ahogaran los buenos deseos que Dios había puesto en mi alma —como adelante diré—, si su mano poderosa obradora de bien, no me sacara de los lazos, ni dejaba de prevenirme misericordioso, para que conociera que el bien que no podía esperar de mí, lo tenía seguro en su amoroso pecho. Y así un día, como yo rehusara mucho escribir lo que el Padre Francisco me mandaba, me parecía que veía escribirse en el corazón de Nuestro Señor con su misma sangre, aquellos sentimientos que Él mismo daba a mi alma, y los afectos que contenían aquellos papeles; aunque por entonces yo no entendí lo que esto significaba. Habíase acabado el comulgar todos los días, porque se mandó así en la visita del Arzobispo, que dije, luego que profesé: yo llevé esto bien, porque me daba Nuestro Señor a conocer que mientras más desnuda estuviera de mi propio parecer, y más dejada a su voluntad en la de los superiores, más cerca estaría de mí, y más dispuesta

mi alma para recibir cualquiera impresión que en ella quisiera hacer su divino dueño; pues muchas veces en pasando, aunque fuera de prisa, por donde está el Santísimo Sacramento, sentía en lo más escondido de mi alma estas suavísimas palabras, como que salían de Su Divina Majestad: *Quis nos separavit?* Eran estas palabras, como si dijera: «Ninguno será poderoso a apartarnos». Eran tan dulces, tan tiernas y tan suaves, que no sé yo quién, si no es mi corazón de tierra ingrato y vil, pudiera volver a tener gusto en cosa que no fuera Dios; ni sé por qué gasto el tiempo corto de la vida en otra cosa que en llorar mis culpas e ingratitudes. Asimismo, me advirtió que Él solo debía ser mi consuelo; porque un día como hubiera venido mi confesor, y se fuera sin consolarme, yo quedé con pena y tristeza por esto, y luego entendí estas palabras: *Cur fles, et quare non comedis, et quare ob rem affligitur cor tuum: numquid non ego melior enim tibi sum quam decem filiis?* Fueron estas palabras sentidas en mi alma, que me hicieron casi salir de mí con la alegría y amor que habían infundido en mi alma. No entendí, yo, que dejara de buscar el asilo y la enseñanza en el confesor, sino que el consuelo lo buscara en Dios. No bastaron estas cosas y otras muchas para que fiara del todo en una tan grande benignidad, y amara del todo a un tan buen Señor, antes prevalecieron las yerbas viles de desconfianza y tibieza, que el enemigo sembró en mi amor propio; ni bastó otro modo de aviso en medio de aquella luz, que dije recibí a aquel tiempo, este era repetirse continuamente entre mí estas palabras: «Pobre, sola, despreciada y simple».

▪ CAPÍTULO XIV

Pierde la presencia de Dios. Experimenta grandes necesidades espirituales y corporales; socorre Dios estas por medios especiales. Se deja con más veras a la dirección del Padre Tovar. La vuelven a hacer sacristana, y sufre muchas incomodidades. Entiende sobrenaturalmente el riesgo de un alma y lo remedia.

Pues, como digo, llegué a experimentar esta prevención de Nuestro Señor, porque me hallé pobre de aquellos sentimientos, luces y afectos, y como entregada en manos de mi tibieza y temores; sola porque escondió Nuestro Señor su presencia, mi confesor me faltó, Vuestra Paternidad se alejó más de esta ciudad, y aun en lo temporal experimenté esta soledad, porque se fue de mi compañía quien asistía a mis necesidades y enfermedades, y así volví a padecer en lo espiritual y temporal. Y pues Vuestra Paternidad me manda que lo diga todo, y esto queda entre los dos, diré algo de las providencias que Nuestro Señor usó conmigo aun en cosas temporales, para que por una u otra cosa que diré, saque lo demás y quede mi desconfianza más sin disculpa, y se conozca más. Tenía sólo aquella celda apartada del coro, y con otras incomodidades, que para las enfermedades que sabía Nuestro Señor que había de padecer, y algunas pasaba ya, era duro de llevar, y no había de poder; pues en este tiempo, una mañana me envió a llamar una monja muy de prisa; diciéndome, que no había podido dormir aquella noche con el deseo de darme su celda, que tenía junto al

coro y con tribuna a la iglesia; que con cualquiera cosa que le diera por ella, me la daría. Yo lo rehusé, porque no pensaba en eso, ni tenía qué dar, mas tanta prisa me dio, y tanta instancia puso, que me hizo pasar a ella, aunque otras le reñían su determinación, y se la habían querido comprar, y jamás la quiso vender a ninguna; ni era persona a quien yo conocía de cerca ni trataba. Así remedió Nuestro Señor por sí mismo esta necesidad que yo no advertía. Había pasado en una ocasión mucho tiempo sin tener con qué desayunarme, y como estuviera un día recogida con Nuestro Señor, se me ofreció que ya no podría pasar adelante con aquel modo de padecer; me parece que le propuse a Nuestro Señor simplemente mi necesidad, y cuando salí de allí, me llamaban de fuera y me enviaba una persona de quien no se podía esperar, aquello mismo que yo necesitaba, como si se lo hubieran avisado. Así cuidaba Nuestro Señor aun del pobre jumentillo del cuerpo, y jumento tal y tan rebelde, que muchas veces ha tirado a echar a la pobre alma en el infierno. Otras muchas cosas pudiera decir en esto, que fuera no acabar.

Luego proveyó de que viniera el Padre Juan de Tovar a confesarme por el modo que dije, y yo traté de olvidar todo lo pasado, y ponerme en las manos de este Santo Padre, para ser encaminada, haciéndome esta cuenta; en el estado que estaba de soledad y pobreza en mi alma, de temores y tedios. Aunque yo hasta aquí haya ido errada, y mi camino no haya sido bueno, me dejaré toda al juicio y disposición del Padre, y declarándole toda mi alma, creeré y haré sólo lo que me dijere, y la infinita piedad de Dios no se negará a quien desea entrar por las puertas de su misericordia. Empezaré ahora un camino nuevo como él me lo enseñare, con la gracia de Dios, que no se niega a quien lo desea y llama.

Por este tiempo me volvieron a hacer sacristana, poniéndome por superiora en aquel oficio a una de aquellas religiosas mozas que estaba mal con mis cosas. Ella era verdaderamente buena y fervorosa, y yo en todo le debía de dar disgusto, porque aun las cosas que yo hacía para servicio de la iglesia, mandaba delante de mí que las tiraran con la basura al muladar; si me había de dar algunas llaves, era arrojándolas, y así en todo mostraba el enojo que traía conmigo. Yo, como veía que no servía de nada, y que todo se me iba en deseos, pasaba mis amarguras, mas con la determinación que tenía y deseo de acertar a obedecer a mi confesor, todo lo llevaba. En este tiempo empecé a enfermar más de dolores agudos, que parecía me despedazaban. Aunque los había padecido casi toda la vida sin decirlo, mas ahora eran más recios; y aunque tenía ya una buena criada que con caridad acudía a mis cosas, mas tales persuasiones le hicieron las otras a que no me asistiera, que se hubo de ir, y dejarme, y otra vez quedé sola.

Por este tiempo padecí un gran trabajo, y fue la noticia del peligro de su salvación en que estaba un deudo mío, a quien siempre había tenido amor y compasión; no me acuerdo cómo tuve este aviso; sólo que ni reposar, ni descansar me dejaba su memoria. Traía en los oídos de mi alma, como gemidos dolorosos, que me acordaban y lamentaban su desdicha, la cual me hacía llorar tantas lágrimas; que casi de ordinario traía mojado el escapulario y mangas del hábito. No podía consolarme de aquella pena si no era rogando y pidiendo a Nuestro Señor el remedio, ni me atrevía a comunicarla a mi confesor, como tocaba a culpa de otro, que en esto por su infinita misericordia me dio Dios un gran temor siempre, y así pasaba mi

pena, hasta que un día me vino a ver el sujeto por quien yo lloraba, a mí me causó confusión, porque no me venía a ver, y así lo extrañé aquel día. Ya Dios le debía de haber dado algunos recuerdos, por intersección de la Santísima Virgen María, de quien él era devoto, para que quebrara aquellos fuertes lazos y cadenas, y así, con dos o tres palabras que Nuestro Señor puso en mí que le dijera, empezó a temblar y a deshacerse en lágrimas, y luego me declaró su trabajo, y sin volver más a la casa donde vivía en aquel tropiezo, anduvo pasando trabajos corporales por huir de la culpa. Luego no más, fue donde el Padre Rector; hizo su confesión general, y el Padre le dio santos avisos, y cuidó mucho. A mí me mandó que lo asistiera en todo lo posible; yo lo hacía con harta incomodidad y quebrantos, mas lo llevaba con consuelo, porque veía le aprovechaba Nuestro Señor con aquellas cosas.

▪ CAPÍTULO XV

Sueño misterioso y consolador. Encomiéndanle la portería. Lleva los libros de cuentas del convento, desde su profesión. Goza la presencia de Dios y abstracción de sentidos, y pierde estos bienes repentinamente. Comulga con la frecuencia posible, y el confesor le prohíbe lo más de la penitencia exterior.

No se me olvida ni deja de causarme ternura y consuelo lo que me pasó una noche de este tiempo. Veía en sueños a Nuestro Señor como cuando andaba en el mundo, mas ninguna criatura humana podrá decir cómo era su hermosura y gracia en medio de traer una vestidura pobre y humilde, ni aquel mirar amoroso y suave, ni la hermosura y apacibilidad de sus ojos, con los cuales, puestos en mí, caminaba, todo lo que hace el claustro, sin quitar los ojos de su pobre esclava, vil y despreciable. Cualquiera creyera que con estas misericordias y ayudas, no había de quedarse mi corazón inconstante y ruin, mas esta he sido siempre, y esto es lo que me hace temer y temblar de la dureza de mi corazón.

Acabada la sacristía, me mandó la Madre Abadesa ser portera, y como el deseo que Dios me daba, de servir de algo en la religión era grande, derramó allí sobre mí sus misericordias, como ríos caudalosos, teniendo en medio de todo mi corazón tan recogido en sí, como si estuviera en los desiertos más retirados. Acudía con consuelo a escribir lo que se ofrecía en el convento, que me nombraron para eso luego que profesé, y

cuidaba de lo que tocaba al oficio que me habían mandado hacer, y en todo hallaba a Nuestro Señor; hasta que lo perdí por mi culpa. En particular me acuerdo que una noche que era Miércoles Santo, estando yo recogida en un rincón, mientras se cerraba la portería, lo sentí tan cerca de mí, que casi tenía mi cabeza en sus rodillas reclinada —porque yo estaba sentada por estar allí las compañeras—; parecíame que le comunicaba a mi alma los tormentos que había de padecer el día siguiente, y las fatigas y congojas de su corazón, como si esto pasara en aquel tiempo en que sucedió la pasión, y como si hablara y descansara un amigo con otro: así parecía que depositaba en mi pecho de víbora y basilisco sus cuidados y penas, y que mi corazón se partía y ardía en amor y compasión de tan benignísimo y amorosísimo dueño. ¿Quién podrá decir lo que el alma sentía, ni el trabajo y dolor con que volvió a entrar en los sentidos, que estaban como muertos? Diome también una muy dulce inteligencia de la oración del Padre Nuestro, aplicada a su Santísimo Cuerpo Sacramentado, como largamente la escribí y entregué al Padre Juan de Tovar, mi confesor. Hízome Nuestro Señor el bien de que desde ese tiempo se cerró temprano la portería, y acudíamos a maitines y al coro. Si tenía algunas tribulaciones o sequedades en mi alma, respondía a ellas; como en una ocasión, que viéndome seca y estéril estaba pensando en eso, y si sería por haber yo desagradado mucho a Nuestro Señor; y luego entendí estas palabras: *Et aridam fundaberunt manus ejus*. Entendiendo en ellas cosas de mucho consuelo.

Recibía en aquel tiempo a Nuestro Señor Sacramentado con toda la frecuencia que se permitía, y allí era mi alma anegada en el mar de su amoroso pecho y grandes misericordias.

Ayudábame mucho la santa compañía de las dos religiosas que me eran superiores en la portería, en especial la una, que era de grandes virtudes, y aunque no me decía nada, sólo su presencia me hacía mucho bien. Había sido Abadesa, y puede ser diga después lo que me pasó cuando murió. Ello me era de grande alivio estar donde ella estaba, que esto, entre otras cosas, tienen los buenos, como quien está en gracia del Señor de todos los bienes útiles, y deleitables.

Habíame quitado el Padre Rector lo más de la penitencia exterior, que solía hacer, como quien conocía que lo más necesario era mortificar mis pasiones y vicios, tantos y tales, que en faltando aquella presencia de Nuestro Señor, volvía a ser la de siempre. Nuestro Señor me envió los trabajos que iré diciendo.

▪ CAPÍTULO XVI

Enferma su madre, y llena de piedad filial consigue con mucho trabajo llevarla al convento, manteniéndola de su trabajo. Le insinúa Dios que aprueba esta acción. Padece una enfermedad rara, sensible, en los lugares de las llagas de Jesús crucificado. Se agolpan muchos padecimientos, y el Señor se los detalla en una visión. La hacen enfermera. Muere su madre a los dos años, profesando religiosa.

Como mi madre había cegado y tullídose, y mis hermanos habían ídose de la ciudad con las obligaciones precisas de su estado, yo tuve noticia del desamparo en que se hallaba, y la dificultad de frecuentar los Santos Sacramentos: esto trajo mucho desconsuelo a mi corazón, y una natural compasión y deseo de aliviarla. Comunicándolo con mi confesor, me mandó que hiciera todas las diligencias que pudiera para traerla a cuidar y servir; no poniendo la consideración más que en su pobreza, enfermedad y desamparo en que se hallaba, y que hiciera cuenta que Nuestro Señor me enviaba aquella cruz, que la llevara por su amor; díjome también que podían los Padres, en caso de tanta necesidad, pedir sus hijos a la religión para que los socorrieran y sirvieran. A mí también me hacía mucho el ver que después de aquellos tres mandamientos que pertenecen inmediatamente a Dios Nuestro Señor, entra el de honrar a los padres, y así procuré licencia del Arzobispo para que mi madre se recogiera al convento; mas traída la licencia, hallé grande contradicción en los Prelados de acá,

porque temían que sería necesario darle algún sustento o ración, y asimismo, el que yo faltaría a las ocupaciones de la religión. Mas asegurados de que la mantendría de mi trabajo y labor, y que no faltaría a nada que me mandaran, y fuera obligación, o estilo de la religión. Con la intervención de un sujeto piadoso que se hallaba en esta ciudad, y había sido amigo de mi padre, y con el consejo y parecer en todo de mi confesor, después de llevadas algunas pesadumbres y humillaciones, me dieron licencia y la hice traer; y bastara aquel desengaño que Dios puso a mis ojos en mi madre, para conocer lo poco o nada que son los bienes de este mundo, que sólo dejan pena cuando se pierden; y como yo no había hecho mucho en dejar unas cosas que son como soñadas. Esto y el ver la paciencia y humildad con que llevaba mi madre tan amargo padecer, pudiera haberme sido de mucho provecho para mi alma. Ahora se me acuerda que el primer día que estuvo dentro, cuando yo la dejé en la celda, lo mejor acomodada que pude, y me fui a rezar maitines, no sé qué palabras entendí, en que me parecía llamarme Nuestro Señor «amiga»; y haciéndome mucha novedad se me declararon con otras que dicen: «Vosotros sois mis amigos, si hiciéreis lo que contienen mis preceptos». Con esto quedé muy consolada, pareciéndome que había sido del agrado de mi Señor y Dios amantísimo el traer a la enferma. Yo padecía gran trabajo en lo corporal, y espiritual; en lo espiritual porque me dio Nuestro Señor un modo de padecer que parecía me ahogaban interiormente, y aquel modo de pena era sensible, de modo que resultaba al cuerpo, principalmente los pies, las manos y el corazón me dolían y atormentaban con un desasosiego y apretura, que pasaba muy amargamente: en lo corporal padecía; porque

la enferma estaba ciega, que ni aun los bultos, ni nada de luz veía; estaba tullida de pies y manos, de modo que ni moverse del lado que la echaba podía por sí; el sentarla, moverla, y darle la comida, había de ser todo por mano ajena, y eran menester muchas fuerzas; yo tenía pocas, y algunas veces queriéndola alzar, caíamos entrambas. Estaba sola porque la criada que había buscado para esto, en viendo el mucho trabajo, se fue. Para mantenernos era menester doblar el trabajo de manos, y ya me hallaba cansada con las enfermedades, y lo que había trabajado para pagar la celda que me había dado aquella monja que dije. En llegando la noche, que era la hora de recogerme a algún descanso, le daban a la enferma unas ansias, que lo más de la noche estaba dando gritos y llamándome; esto era lo que más me quebrantaba, porque no tenía fuerzas para llevar los trabajos del día, ni para levantarme con aliento a la hora que solía a mi oración, a buscar en Nuestro Señor la fortaleza y remedio, que yo para mí hallaba imposible. Al coro y demás no había de faltar por la prevención que me habían hecho los Prelados. Así se iban sucediendo los trabajos del día a los de la noche, sin dar treguas. Todo esto me previno Nuestro Señor con lo que diré. Hallábame una noche bajando por una calle estrecha y llena de piedras, que por su desigualdad me daban mucho trabajo, porque yo llevaba los pies descalzos y sobre mis hombros un muchacho como de doce años; él llevaba los brazos tendidos al aire y puestos en cruz; yo acabé de bajar toda la calle y la empecé a subir otra vez, mas ya tan rendida y cansada, que no pude en pie, y subía de rodillas. Decíale a aquel que me servía de cruz y me oprimía: que no llevara extendidos los brazos, porque así me parecía que sería menos el peso, y él

me respondía: «Así voy por no manchar tu frente llegando las manos a ella». Yo miraba que aquellas religiosas que he dicho se reían de mi camino, y decía con admiración: ¡Válgame Dios! ¿Por qué se reirán de esto? ¿No verán que Nuestro Señor Jesucristo llevó por nosotros la cruz?

Con estas y otras cosas alentaba Nuestro Señor mi cobardía y tibieza para llevar aquel trabajo. Mas en particular se me acuerda un día, que estando muy fatigada y rendida y habiéndome reñido mucho la enferma, porque ella padecía grandes ansias y apreturas de corazón, me recogí a pedir a Nuestro Señor favor y su gracia en mis angustias, y no sé cómo me hallaba en un prado todo sembrado de azucenas y veía a Nuestro Señor como cuando andaba en el mundo, que andaba por allí, con mucho gusto. Veía también que estaban en su compañía muchos santos, en particular conocí a Santa Catalina de Sena, y entendí que aquellas azucenas eran los trabajos que estaba padeciendo, y así volví en mí con mucho consuelo y aliento.

Ya iba para dos años que pasaba así, y el uno de ellos me había la Madre Abadesa nombrado por enfermera. Este oficio tomé yo con todo mi corazón y alma, deseando aplicarme cuanto me fuera posible a servir en aquello. Allí fue Nuestro Señor servido llevarse para sí a mi madre, habiéndole las religiosas dado el hábito y profesión como se hace en artículo de muerte, y con una disposición admirable, a lo que todos y el religioso que la asistió decían; acabó sus trabajos, y empezaron los míos. Ella había frecuentado mucho aquel tiempo los sacramentos, y tenía tanto deseo de agradar a Dios, que solía preguntarme: «¿Qué haría para padecer algo por Nuestro Señor?». Acabada aquella mi cruz tan amable, y en que yo

pudiera haber ganado mucho, quedé sola, y a lo que me acuerdo, con un corazón muy tibio. Luego el enemigo que me veía en tan mala disposición, levantó contra mí la mayor guerra que le fue permitida, por mi ingratitud a los beneficios de Dios. Esta fue por medio de algunas personas que con halagos y demostraciones de grande amor, se fueron introduciendo, de suerte que no me daban lugar de descanso; fue esto causa de grandes tormentos míos, porque con color y pretexto de agradecida, y de no hacerme incomunicable ni extraordinaria, perdía mucho tiempo y daba lugar a sus aficiones; y como cada una la movía el enemigo a que sintiera el que me viera la otra, traían entre sí guerras y discordias. Todo esto era para mí muerte y tormento; quería huir de todas, y no había cómo. Traía en mí corazón un remordimiento y tormento tal, que ya me parecía nada todo cuanto hasta allí había padecido. Las amigas que ellas tenían, sentían y se enojaban, hasta hacer extremos públicos porque iban donde yo estaba; yo me veía hecha el escándalo del convento. Hacían y decían contra mí cosas intolerables. Si leía en el coro un libro, que trata de las amistades particulares y el daño que hacen, decían que yo fingía aquello para quitarles sus amigas, y que me fueran a ver a mí. Echábanlas de su celda en sabiendo que me iban a ver, y con esto el enemigo les ponía más espuelas para que en ninguna parte me dejaran, con quejas e historias. Ahora me da horror acordarme de este modo de tormento, y lo poco que podía para librarme de él, y como andaba temblando y temiendo sin saber dónde esconderme, porque yo era el asunto de todas las conversaciones y pleitos, y la irrisión de toda la casa. Lo más peligroso fue una que se introdujo con mi confesor, y así se armaron para mí

lazos que yo no podía vencer ni desenredar; aquí fue donde el enemigo hizo crecer en mi corazón y amor propio aquellas semillas que había sembrado siempre. Parecíame la vida que hasta allí había pasado, intolerable, llena de afrentas y desprecios, de incomodidades y trabajos: que bien me habían dicho que iba errada siguiendo con tanta soledad un camino imposible y engañada, que otras que eran mejores —y esto yo no lo podía dudar, porque sin duda lo eran—, pasaban teniendo quién mirara por ellas, y estaban libres de aquellas ilusiones, sueños y engaños que a mí me habían sucedido; que no estaba en convento donde se usara el servirse las religiosas por sí mismas, que se me ofrecerían tantas y tales cosas por donde hubiera menester valerme de aquellas, que con tanto cuidado miraban por mí. A esto se llegaba el venir ellas llorando a decirme que pasaban trabajos y penas por asistirme en mis necesidades y enfermedades; que las padecía ya mayores porque además de aquellos fuertes dolores que había sufrido en pie toda la vida, me habían dado unos dolores de estómago agudísimos, y con tantos desmayos y tormentos en todo el cuerpo, que no me podía valer ni estar en mí; pues como yo veía todo esto, y sabía que era cierto que pasaban los trabajos que ellas decían, y que les daban de bofetadas y arrojaban las camas a los patios, y era yo la causa, me afligía por consolarlas y nada podía hacer sin grande tormento y trabajo, porque de todo levantaba el enemigo nuevas llamas y cuentos. Así creció aquella mi cobardía y desconfianza en el Señor Dios mío, que tiene cuidado de los hijos de los cuervos, y en quien esperan los ojos de todos, desde el gusano y mosquito, hasta el león y el águila, y el hombre racional para que les dé a cada uno lo que necesitan; y él los cuida y provee

en tiempo oportuno. Pasaba este tiempo con tal angustia interior y tantos remordimientos en mi corazón, que ahora me da pena acordarme. Andaba tan sin consuelo, que buscaba a las criaturas para consolarme, y de cada conversación quedaba peor. No consultaba con Dios rectamente mi corazón, y así no encontraba con la luz, en tanta confusión. El Padre Rector en mucho tiempo no vino, porque el día que enterraron a mi madre, viéndome llorar, me dijo: «No llore, por la cruz que le faltó, que aseguro que yo le he de dar tanto en qué padecer, que no la eche menos». Había en la enfermería donde yo estaba un Santo Crucifijo a quien mi alma se inclinaba como las cosas a su centro, y cada vez que lo miraba era con tanta confusión y vergüenza, que no me atrevía a levantar los ojos, aunque más mi alma se iba a él.

Yo, en este tiempo y en todos, cuando me veía en semejantes aflicciones, me entraba en ejercicios de mi Padre San Ignacio; y me parecía el entender retirada en aquellas santas meditaciones, como el caminante que se pone a descansar para tomar más aliento y proseguir su jornada, y sentado considera: qué le falta por andar, y se anima con los motivos que tiene para su viaje, y hacerlo rectamente, atropellando los riesgos y malos pasos; a pasar por nieves, fuegos y hielos, con la memoria de lo que importa el proseguir y no quedarse; y mirando despacio el principio y fin de su viaje, de donde pretende alejarse, y adonde va, las varias sendas y despeñaderos; tantea y mide sus jornadas, y toma aliento, como digo, para proseguir, etc. Esta misericordia usó Dios conmigo, por medio de mi santo y querido Padre San Ignacio, que como me viera en confusiones y aprietos, luego me entraba en ejercicios con toda la frecuencia

que me permitían mis confesores. Pues como yo me viera en las congojas y descaecimientos que he dicho, entré en ellos, y allí me animó y alumbró Nuestro Señor los ojos ciegos de mi alma. Solían entrar otras religiosas conmigo en estos santos ejercicios, y en muchas vi grandes mudanzas de bien, en mejor. Ellas empezaron y acabaron bien y breve, y sin tantas inconstancias como yo.

▪ CAPÍTULO XVII

Sufre persecuciones horribles de una seglara, tanto que se ve reducida a no salir de la celda y humedecer el tintero con sus lágrimas para escribir. Ve al demonio en figura de la dicha. Aparición de un muerto, y fineza del Niño Jesús. Otra visión en que se le denotan los efectos de la discordia.

Pues como en los ejercicios fortaleciera Nuestro Señor mi alma, y me diera luz de muchas cosas, y ya hubiera venido el Padre Rector, al cabo de tres meses, traté de huir todo lo que pude, en particular de una de aquellas personas que me era la más dañosa, por muchas causas; mas esto fue para irritarla tanto contra mí, que se volvió en odio, lo que el enemigo le había pintado amor, y a mí me fue de grande tormento. Hacía y decía cosas que ella propia venía después a decirme, que las hacía por darme pesadumbre y por irritarme. Así es el amor que no se funda en Dios, que mejor se puede llamar odio disfrazado con aquel velo que el enemigo pone, y más es amor propio de cada uno, pues en faltando el gusto, o entretenimiento de aquella vana conversación, se vuelven en furor y venganza contra quien imaginan o ven que se lo quita. ¡Oh, Dios y Señor mío; cuán diferente es tu amor, y el de las personas que lo fundan en Vos, y en las cosas que han de durar; y quieren el bien, y bien que es verdadero, para las personas que quieren bien!

Esta, pues, se había arrimado a mi confesor, como dije, y esto me fue causa de grandes trabajos e inquietudes. En una ocasión me sucedió que como me recogiera con grandes deseos de amar y servir a Nuestro Señor, veía en sueños un espíritu malo en figura de aquella que he dicho, y con grande furor me amenazaba, diciendo: que le mirara a la cara, que el miércoles se la pagaría. Yo, aunque me causó asombro, lo olvidé luego; mas en llegando el miércoles, me envió a avisar el Padre Rector que había de venir esa tarde, cosa que yo extrañé, porque no venía sino era cada mes una vez, y había pocos días que había estado acá. Venido que fue, me mandó que le llamara a aquella que digo; yo, mientras las otras se confesaban, la vine a llamar, mas fue soltar una víbora, porque dando gritos y patadas, me decía: «Iré, iré sólo a decirle al Padre Rector quién ella es; hasta aquí he callado, mas ya no, sabrá el Padre Rector quién es ella, y no volveré más a confesarme con él». Corría a un lado y otro, y daba grandes voces. Yo estaba medio muerta, porque con lo que me había pasado con el Padre Francisco de Herrera, temía mucho que el Padre Rector me despidiera y arrojara de su confesonario, y más temía el que ella no fuera, porque el Padre no juzgara que yo se lo impedía, y así le rogaba que fuera y se quietara. En esto se pasaba el tiempo y yo no sabía qué hacerme; fuime adonde la Madre Abadesa, llena de turbación y congoja; le pedí le mandara a aquella seglara que fuera al confesonario. Ella fue dando voces, y repitiendo: «Ahora sabrá el Padre Rector quién es ella». Yo me quedé esperando, y cuando llegué a los pies del Padre iba medio muerta, ella había estado mucho hablando con él, y así yo sólo esperaba su enojo, y que me despidiera; mas como vio que no acertaba a hablar ni a

confesarme, me preguntó la causa, y le dije algo de la causa de mi turbación. Quiso la piedad de Dios que me hablara con caridad, y me dijo: que estuviera cierta, que aquello lo hacía por instigación del demonio, porque ella lo había enviado a llamar, etc. Con esto volví en mí, y me subí a mi celda consoladísima y con firme determinación de hacer cuanto alcanzara ser voluntad de Dios, que así me había sacado de aquel trabajo; mas apenas llegué, cuando entró donde yo estaba, con la misma y mayor furia que antes, ultrajándome cuanto pudo, y amenazándome con la Madre Abadesa. Entonces me acordé de aquella amenaza que el enemigo me había hecho para el miércoles, y así ni le respondí, ni tomé pena. También había tomado Nuestro Señor otro medio para sacarme de aquellas conversaciones, y este fue, en medio de ellas ver yo a Vuestra Paternidad junto a mí, no sé si dormida o despierta, reprendiéndome con severidad y caridad, y acordándome lo que debía a Dios; con esto tomé más horror a aquellas cosas, aunque yo se lo tenía grande, y tanto, que para escribirle a Vuestra Paternidad —que ya había vuelto a Santa Fe— el desconsuelo en que me hallaba; me acuerdo que me puse a llorar sobre el tintero, para mojarlo con las lágrimas que lloraba, porque estaba seco, y temía yo tanto el abrir la celda, ni pedir nada, para no dar lugar a que entraran, que más quise mojarlo con mis lágrimas y escribir con ellas; cosa que podía hacer con facilidad, por lo mucho que lloraba.

Una cosa se me acuerda, que me pasó en este tiempo, que estaba en la enfermería. Habiendo muerto una monja moza, de aquellas que cuando entré me fueron causa de algunos desconsuelos, había sucedido, que vino un Padre misionero de San

Agustín, que hacía muchas conversiones y fruto en las almas; como me vido por estar yo en esta ocasión en la sacristía, preguntó; ¿por qué no traían todas las religiosas las tocas llanas como yo las traía? La compañera le dijo: que porque a mí me había costado mucho el quitarme aquellos prendidos y estorbos. Él llamó a la Abadesa, que era una santa religiosa, y le dijo: que era más conforme a religión excusar aquellos aliños, y que lo hicieran así: luego todas lo hicieron como unos ángeles, sin repugnar nada; sólo esta monja de quien voy hablando regañó y lloró, e hizo enfadar a la Prelada, más luego me envió a llamar a que le compusiera sus tocas como las mías; yo lo hice y la consolé lo mejor que pude, porque la hallé llorando, mas no me volví a acordar más de esto, ni imaginé que se le tomara en cuenta. Pasado algún tiempo murió, y la vi en sueños con la toca casi sobre los ojos, que tapaba toda la frente y muy ajustada a la garganta que la cubría toda, díjome: «Vengo a avisarle a Fulana —nombrando una amiga suya— que ya me he desengañado, que están bien así las tocas». Entendí que tenía grandes penas debajo de aquellas tocas, y que aunque fue cosa al parecer tan nada, el defecto que en eso pudo tener, los ojos de Dios hallaron tres causas de darle aquella penitencia. La primera, el disgusto en lo que mandaba la Prelada; la segunda, el mal ejemplo; la tercera, el repugnar lo que era más conforme a la regla. Yo quedé con gran temor, viendo cuán menudamente se miran allá las cosas, y cuántos defectos se hallan en lo que acá no reparamos, y ahora me confunde el ver que teniendo yo tan larga cuenta que dar, y no sabiendo cuánto me restará de tiempo, para que me la tomen, lo gasto vanamente en los temores y disparates que Vuestra Paternidad sabe, etc. Esta

monja murió muy moza, y poco antes que le diera la enfermedad, me había dicho llorando: «Estoy en tratar de buscar a Dios de veras»; y me contó: que recogíendose con deseos de comulgar, había visto entre sueños en un altar del coro un niño desnudo hermosísimo y llorando, y que viendo ella que era el Niño Jesús, quiso abrazarlo, y el niño se retiró diciendo: «No puede ser, que soy de Francisca». Ella era tan buena, que pienso le sirvió esto de mirar más por su interior; y estoy en que me dijo: que había luego hecho confesión general. Ella vivía muy recogida, y con persona muy espiritual que guiaba su alma. Para conmigo estaba ya muy caritativa en su modo de tratar; yo las veces que la veía no se me ajustaba hablarle en otra cosa, que en la brevedad de la vida; no porque entendiera ni pensara que tan breve moriría.

Pues hablé de este Padre misionero, diré otra cosa que me pasó entonces. Andaba toda la ciudad haciendo penitencias, restituciones, confesiones, etc.: pues estando yo una tarde en un huertecito, y viendo una imagen de Nuestro Señor Crucificado, sentía un desmayo, como que todos los huesos me los desencajaban, y mi alma me parecía se iba deshaciendo, entendiendo el gran tormento que causó a Nuestro Señor cuando lo clavaron, el desencajarse los huesos de sus lugares y que fue una de las penas y dolores que más lo atormentaron; así, por el intensísimo dolor que sintió en el cuerpo, como por lo que significaba: que es la división y desunión de las personas espirituales, y más de los que son como los huesos en que se sustenta toda la armonía del cuerpo, esto es, los predicadores y prelados. Yo estuve toda la tarde, y aun parte de la noche, como durmiendo, sintiendo una pena con grande intención, pero con

▪ Francisca Josefa del Castillo ▪

grande regalo: luego, inmediatamente sucedió aquella división y disensión que hubo, en que el predicador se fue, y el fruto se frustró; entonces entendí más lo que me había pasado.

▪ CAPÍTULO XVIII

Sufre un formidable combate de la potestad de las tinieblas, por el tiempo de un año. Sostiénela el Señor con varios y oportunos socorros; concluye esta tentación, que fue en materias de fe, y no vuelve a sentirla más, en el tiempo de su vida.

En estos tiempos que voy diciendo, padecí un trabajo y tentación de los que más me han dolido en esta vida; porque como me hallara con tantos deseos de Dios, en una ocasión, que ni despierta ni dormida dejaba el alma de estar anhelando por su Dios, y totalmente me hubiera despedido de todo lo que en la vida podía querer o buscar; me empezó un tormento que sentía yo más que la muerte. Este fue permitirle Nuestro Señor al enemigo que me affligiera con representarme cuantas herejías e infidelidades se han inventado entre los hombres; y sin cesar todo el día en cualquiera ocupación que tuviera, sonaban aquellos silbos de la serpiente infernal en los oídos de mi alma, con tanta sutileza y astucia, tornándome a su propósito, cuanto había, oía y leía, que sólo en la malicia y condenada astucia de Satanás cabía. En recogíendome a oración retirada a buscar a mi Dios, escondido entre noche tan oscura y temerosa, me daba un modo de sueño, que aun puesta de rodillas estaba como emborrachada, o medio fuera de mí, y parece que cuantos herejes, o los que los enseñaron, que son los enemigos malos, daban voces en mis oídos relatando sus sectas,

herejías y maldades; y aquello me parece sonaba en los oídos del cuerpo, y dejaba así aturdida la cabeza, como atormentada el alma. Bien se puede echar de ver qué género de tormento sería este, en que ni del cielo, ni de la tierra tenía descanso, luz, ni alivio; y en todo aquel día claro de luz, amor y conocimiento que Dios había dado a mi alma, que siempre fueron aclarándose y entrañándose más las verdades de la fe santa y firme, y de su ley inmaculada y limpia. En todo este claro día, hallaba vertidas tinieblas de noche espantosa, pero después de ellas esperaba la luz, y hallaba alientos en repetirle a Nuestro Señor aquel verso del salmo, que dice: *Narraberunt michi inique fabulationes sed non ut lex tua*. Duró este mi tormento espantoso para el alma casi un año. Tenía sólo el alivio de recurrir a mi confesor, el Padre Juan de Tovar, lamentando mi pena, porque a veces me faltaban las fuerzas; pues al paso que habían sido grandes los deseos y ansias de llegar a Dios, se alejaba tanto de mí, que ni aun las huellas de su conocimiento parecían ya; mas Dios ponía en el Padre palabras y consejos que me consolaban. En una ocasión que me había apurado más mi tribulación, me acuerdo que me envió este versito:

*Sin penas, no hay merecer;
sin trabajos, no hay gozar.
Vengan dolores y penas,
que tanta gloria han de dar.*

Con esto me aliviaba, y llevaba con paciencia aquel trabajo, con entender por lo que el Padre me decía, que en él no ofendía a Dios. También me consoló Su Divina Majestad dándome a

entender en unos ejercicios: que el edificio de mi alma no había de ser de mi mano sino de la suya —como lo escribí en aquellos papeles—, y que por más desolada y derrocada, más débil y sin fuerzas que me viera, Su Divina Majestad podría edificarme y levantarme. En uno de estos días, habiendo esperado hasta cerca de medio día, para recibir a Nuestro Señor Sacramentado, porque no había habido quién diera la comunión ese día, hasta que acaso vino un Padre dominico; pues llegando a recibir a Nuestro Señor veía con los ojos del alma, que de mi garganta salía mucha sangre, y que la recogían los Santos Ángeles en una toalla o paño que tenían puesto delante de mi pecho. Yo se lo dije al Padre Tovar, y me respondió: «¿Quién duda que serían ángeles los que recogieran aquella sangre derramada por Dios?». Con esto me alentaba a llevar mi padecer, entendiendo, por lo que mi confesor me decía que era aceptable a mi Señor. Por último, Su Divina Majestad fue servido que se acabara este tormento y no volviera más; paréceme fue por el medio que diré. Corrió por entonces que entraban a estas tierras herejes, y a este tiempo habían traído al coro una imagen de Nuestro Señor, como cuando andaba en el mundo; tenía los ojos muy parecidos —aunque ya se ve la diferencia— a los que dije con que me miraba cuando en esa misma forma andaba por el claustro; en viendo yo aquellos ojos, se me acordaron los que había visto, con tales efectos en mi alma, y tal dolor de lo que oía decir, que podía haber quien faltara a la fe de este Señor; que como fuera de mí, solía decirle a mi confesor —con simpleza—: No sabía yo, Padre, qué tanto quería a Nuestro Señor; no sabía que lo quería tanto, etc. Fue Nuestro Señor servido, que nunca me volvió aquel modo de padecer; aunque

▪ Francisca Josefa del Castillo ▪

las otras penas y tribulaciones y tentaciones que he dicho, y diré, aunque su fuerza sea por tiempos, luego vuelven más o menos, conforme Nuestro Señor lo permite por mis pecados.

▪ CAPÍTULO XIX

Oposición y aborrecimiento que tuvo desde su niñez a la impureza, y embates que sufrió por la inmarcesible castidad.

Elogio de esta cándida virtud. Visión sobre esta materia.

Entiende el salmo In domino confido. Acto de humildad.

Padre mío: si no fuera porque Vuestra Paternidad me lo manda, y sólo es quien lo ha de ver, y no llegará a noticia de otro, no sé yo cómo pudiera animarme a decir estas cosas; y más lo que ahora diré, que es de mucho recelo acertar a entenderme, o darme a entender.

Desde muy niña me puso Nuestro Señor un horror grande en mi corazón a cosas que tocaban a impureza; no porque no le haya yo ofendido mucho en esto, mas debíalo de hacer para que quedara mi soberbia más abatida y confusa. Era tanto el tormento que sentía con las malas representaciones que el enemigo debía de traerme en aquella edad, que me acuerdo que deseaba estar en el infierno, sin más advertencia que esta cuenta que me hacía: estando yo ardiendo en aquel fuego, y con aquellos dolores rabiosos, no tendrá lugar mi imaginación de traerme estas cosas, etc. Después me dijeron que en el infierno había pecados de este género, y empecé a temer más el condenarme, y se lo pregunté a mi confesor antes de ser monja; él me consoló diciendo: que no era así. Bien veo yo, que esto no nacía de mirar la ofensa de Dios, o yo no sé cómo lo diga;

debíame de poner Nuestro Señor aquel horror viendo mi mala inclinación; y era de modo que aunque estuviera en el mayor gusto, y divertimento que podía tener en esta vida, en acordarme que había cosas semejantes me caía en el corazón una tristeza mortal, y todo se me cubría de luto; ya digo, que esto debía de permitir Nuestro Señor sabiendo mi mal natural. Después entrando en más razón, tenía un amor siempre grande a la purísima Virgen María Nuestra Señora, y creía que este vicio era de grande enojo suyo, y que no podía haber devoción a la Virgen Santísima, ni que ella mirara con ojos de madre al alma manchada con tal fealdad. Asimismo, aquel purísimo esposo había de huir de toda mancha de estas. Parecíame también, que el Espíritu Santo, no había de hacer asiento ni morada en alma impura; y asimismo ella quedaba sin luz, dones y frutos, llena de los males y vicios contrarios a ellos. Temía mucho el vicio de la soberbia, porque había leído, y oído, que la castiga Dios con este vicio y caídas en él, etc.

Dios me daba un gran deseo de este Santísimo Espíritu y Dios verdadero, tercera persona de la Beatísima Trinidad, y veía la dicha —nunca bastantemente comprendida, de todas las criaturas— del alma, que lo aposenta y tiene en sí; cuán rica está, cuán dichosa, y cuán llena de bienes.

¿Pues cómo diré, Dios mío, los males y profundidades en que me vi, con tentaciones horrorosas en esto, ni las cosas que movía el enemigo en lo exterior e interior, ni la guerra que yo tenía en mí misma? Poco o nada pueden las fuerzas humanas contra este maldito vicio, tan llegado a nosotros mismos en esta carne vilísima, saco de podredumbre, si Dios se aparta. El altísimo don de castidad y pureza, que hace a las almas esposas

del altísimo Dios, descende de arriba del Padre de las lumbres. Despedazaba mi carne con cadenas de hierro: hacíame azotar por manos de una criada; pasaba las noches llorando; tenía por alivio las ortigas y cilicios; hería mi rostro con bofetadas; y luego me parecía que quedaba vencida a manos de mis enemigos. Andaba llena de pavor y horror de mí misma, sin atreverme a alzar los ojos a Dios, ni a su Santísima Madre, y en ella me faltaba el consuelo y la vida. Consultaba continuamente a mi confesor, y ponía esfuerzo en tomar los medios que me daba; mas yo no conocía que el altísimo y limpiísimo Dios quería así humillar mi soberbia, y que me aborreciera a mí misma, como a un costal de estiércol. Así no daba paso en que no hallara un lazo. No sé si a este propósito me había Nuestro Señor mostrado algún tiempo antes que empezara a pasar esto, a mi misma alma en forma de un caminante que subía un monte, pobre y desnudo, y tan flaco, que parece se tenía y andaba en unas pajas o canillas delgadas, e iba encorvado, porque cargaba sobre sus hombros un costal de estiércol, entre el cual iban muchos animales inmundos; de un lado y otro de aquel monte le disparaban saetas, que hiriendo en aquellos animales, levantaban tal gritería y gruñían con tal fuerza, que el pobre trabajador se veía en grande trabajo y fatiga; no sé si a veces por no oír aquel gruñido tan enfadoso aparaba en sí mismo las saetas, o si yo conocía que podría suceder esto así; lo que me acuerdo es, que con aquellas heridas quedaban aquellos animales más débiles y flacos, y daban menos trabajo, aunque gritaban: entonces entendí aquel salmo que dice: *In Domino confido. Quomodo dicitis animae mae transmigra in montem sicut paser, etc.* Esto fue tiempo antes de esta tribulación, y ahora aquí se me acuerda.

Cuando Nuestro Señor, compadecido de mí, quiso moderar mi trabajo, buscándole continuamente en la soledad, y poniendo más guarda en los sentidos. Estando un día en oración, sentía que mi alma se deshacía y ardía, y luego me parecía sentir junto a mí una persona amabilísima vestida toda de blanco, cuyo rostro yo no veía; mas ella echando los brazos sobre mis hombros cargaba allí un peso aunque grande, tan dulce, tan suave, tan fuerte, tan apacible, que el alma sólo quisiera morir y acabar en él, y con él: mas no podía hacer más que recibir y arder en sí misma.

Aunque yo, así por el consejo de mis confesores a los principios apartaba la vista cuanto podía, y por mis temores siempre, mas ellas dejaban el alma con fortaleza para sufrir los trabajos, y con inclinación a las virtudes. Mas al cabo de tanto tiempo veo, y lo ven todas, cuán lejos estoy de toda virtud y ejercicio de ellas; y esto es causa de que cada día temo más, y sólo me consuela la infinita piedad de Dios, y que estribando sólo en ella, en la sangre que derramó por mí y en la intercesión de su Santísima Madre, será servido de sacarme con bien de este mi largo y trabajoso camino y destierro.

▪ CAPÍTULO XX

La hacen Maestra de Novicias: propónese por modelo a Santa María Magdalena de Pasis. Muere una religiosa que era, en su concepto de gran virtud. Hácele el Señor conocer en una terrible visión el juicio particular de aquella alma. La hacen Escucha. Caridad con que la dirigió el Padre Juan de Tovar en el tiempo de cinco años.

De la enfermería me mandó la Madre Abadesa venir al noviciado a ser Maestra de las novicias; yo encomendé este oficio a la bendita Santa María Magdalena de Pasis, de quien sin haber leído su vida, tema yo un grande amor, y la había tomado por mi maestra y señora. Tenía yo consuelo en verme entre las novicias, y allí hallaba defensa en la tribulación que acabo de decir, que duró en su rigor casi todo el año. Había quejádose conmigo la Madre Abadesa, de algunas cosas que no iban bien en el noviciado el año antes yo procuré con el consejo de mi confesor remediarlas, mas pasé hartos trabajos, porque la maestra que había salido, que era una señora muy virtuosa, decía: que yo la quería reformar, y se enojaba. Las novicias extrañaban y se quejaban, y no bastaba el halago para entrarlas en consuelo; en particular una, que tomó conmigo un modo de enojo, que me afligía harto: ella quería volverse al siglo; mas fue Nuestro Señor servido, que entrando en ejercicios se desengañó, y con algunos avisos que Nuestro Señor le dio. En este tiempo me sucedió una cosa particular, que se me acuerda; y fue, que una noche vi al

enemigo malo, amenazándome muy furioso, y que se iba llegando a mí; yo repetía los nombres de Jesús y de María, y con esto se apartaba algo, hasta que de alguna distancia me decía, haciendo demostraciones con las manos: «Agradece a aquel que le nace la palma en el corazón, que si no fuera por él, ni de día, ni de noche, te había de dejar». Yo volví a ver quién era este a quien le nacía la palma en el corazón, y veía junto a mí un peregrino, con el rostro pálido y algo delgado. No supe con claridad quién era, mas luego se ofrecieron hartas cosas, y me acusaron a la Prelada del descontento que traía la novicia; aun sobre aquello mismo que ella se quejaba antes, ahora sentía el que se remediara, y decía: que sólo la consolaba, que no me nombró maestra por su gusto. Yo sentí el disgusto de la Prelada, y oía hartas pesadumbres hasta de las criadas, mas tenía tanto en qué pensar entre mí misma, que todo lo exterior era poco. En unos ejercicios que entré con las novicias, me parecía que iba como el perrito, que viéndose acosado de todos, se va a esconder donde su amo. Así entré yo, y allí me hizo Nuestro Señor mil misericordias, dándome a entender lo claro y llano del camino de agradarlo, y muchas cosas particulares en que debía ejercitarme para el ejercicio de las virtudes y el sufrimiento en los trabajos, y el desamor a todo lo criado, y cómo debía esconderme a los ojos humanos, no queriendo aceptación de ninguna criatura, para que mis obras y deseos fueran agradables a sus ojos, etc.

En este tiempo murió aquella santa religiosa, con quien dije fui portera, y cuya compañía me servía de tanto bien, por sus muchas virtudes. En un año que viví con ella en la portería no la vi impaciente, ni una vez, ni le oí hablar una palabra de

murmuración, ni tener enemistad, ni aun muy leve con nadie: todas quería que estuvieran contentas, y a todas las deseaba y procuraba bien: había cuarenta años que no comía carne; frecuentaba cuanto se permitía los sacramentos: era gran asistente al coro, y todo el día estaba en su labor y rezando. El día que conoció que se moría, dispuso con mucha alegría unas misas que le habían de decir, y hablaba en su partida y muerte, como que fuera ir a un convite. Pues no sé si la noche después, o antes que muriera, me hallaba como viendo su juicio y cuenta; que cierto, no sé cómo no morí con la fatiga. No era como acá lo solemos considerar, mas por unas significaciones, que sólo el alma podía entenderlas, queriéndolo Dios. Estaba en presencia de una Majestad terrible, omnipotente y sapientísima, de un espíritu majestuoso escudriñador y rectísimo, y estaba aquella alma allí como una pequeña lucecita: venían sobre ella las acusaciones y cargos, como unos vientos grandes y espaciosos; a cada uno me parecía que la habían de apagar, y en ocasiones llegaba a estar, como consumida y extinguida, y pasado aquel viento, volvía a levantar aquella pequeña llama, y volvía otro viento. No es imaginable los sustos y desmayos de mi corazón a cada aprieto de aquellos, como si fuera mi misma alma la que pasaba el pavor y temor de aquellas contingencias, y aunque vi, que pasados todos aquellos vientos, no se había apagado, quedé tan fuera de mí, con tanto temblor y desmayo del susto y pavor que había tenido, que hube de llamar como pude a las novicias, y no dejarlas ir de conmigo; aunque no les dije nada de lo que sentía. Mas quedé conociendo cómo aquel solo es el negocio importante, y que todo lo de acá es burla; que sólo en mi locura cabe tomar las

cosas de esta vida tan de veras como Vuestra Paternidad sabe que tomo cada paja. Esta monja que digo, había sido Abadesa en aquellos tiempos que se permitían conversaciones de fuera, o devociones que llaman.

En este tiempo se acabó mi oficio de maestra, y yo tuve grande sentimiento; no sé si de verme sola sin las novicias que me servían de consuelo y defensa en mis tribulaciones que he dicho, y en otras que pasé en ese tiempo, tales que sólo cuando me apretaban mucho los dolores del cuerpo sentía algún tanto de descanso el alma.

En Capítulo llevé algunos menosprecios, y me hizo la Prelada, Escucha. En este tiempo se fue el Padre Juan de Tovar, mi confesor, a la Provincia de Quito por Provincial, y yo quedé en mucha soledad y desconuelo, porque en los cinco años que me confesó, aunque pasé muchas tentaciones, contradicciones, oscuridades en mi alma, etc., mas en él hallaba remedio para todo, y como siempre he creído que sólo en lo que el confesor —bien informado— dice, hay seguridad tomando sus consejos, y el Santo Padre había tomado con tanta caridad el enseñarme el camino verdadero, aunque veía mis caídas, no se cansaba, antes me animaba y aseguraba en mis miedos y descaecimientos, y solía decirme cosas de gran consuelo, para que viera que con el favor de Dios, no iba errada. Yo hacía cada año confesión general con el Santo Padre, y el día que se despidió me dijo: «Yo me voy tan lejos como ve, mas con una noticia que me llegue suya, estaré consolado, y es, que vive sola, sola con su Dios». Desde allá me escribía y consolaba, no obstante la mucha distancia y sus grandes cuidados; mas tanta caridad puso Dios en el corazón de su siervo. Con este Padre mío me

sucedió un día que como yo tuviera un tormento interior que no sabía explicar ni entender, y me lamentara mucho con él, me dijo: que no podía alcanzar ni sabía aquella mi pena, y que serían aprensiones mías; yo le pedí a Nuestro Señor se la diera a entender, y a ese otro día lo apuró tanto aquel desconsuelo, que le dio Nuestro Señor a experimentar, que lo rindió: estoy en que a la cama. Cuando volvió acá me decía; que se había acordado de mí, y que se decía a sí mismo: «Ven acá, hombre, si has de pasar las amarguras de la muerte, ¿por qué no sufres esto?».

▪ CAPÍTULO XXI

Va de Rector a Tunja el Padre Juan Martínez Rubio, y la asiste con frecuencia. Tolera varias afrentas por parte de las criaturas. Hácele ver el Señor en una visión el precio y los frutos que en ellas se encuentran. Elevación sobre esto.

Pues como yo hubiera quedado en la soledad y desconuelo que digo, quiso Nuestro Señor enviarme algunas afrentas exteriores, y reprensiones de mis Prelados, aunque yo no las llevé como debía, ni estimé este don y dádiva de la mano de mi Dios. Había venido el Padre Juan Martínez Rubio por Rector, y como algunos de mis Padres me habían prometido, que al Padre que viniera le pedirían me confesara, cuando supe que había venido le envié un recado saludándolo. Los Prelados míos cuando lo supieron, así el Padre Vicario como la Madre Abadesa —que estaban en la reja de la iglesia por ser Miércoles Santo—, tomaron tanto enfado, porque decían: que ahora quería la loca enviar adonde el Padre Rector, que si pensaría la loca, que un hombre como él la había de confesar, y otras cosas, etc. Después de esto Nuestro Señor dispuso que el Padre viniera casi sin más diligencia mía, y con tanta continuación y caridad, que aunque cayeran grandes aguaceros el día que tenía señalado para venir, que era una vez cada semana atropellaba con todo y se venía; que admiraba a los que lo veían. También dispuso Nuestro Señor que una

religiosa antigua en los claustros siendo yo Escucha tomara tanto furor contra mí, —sin saber yo la causa—, que dando voces y dándome palmadas junto a los oídos repetía a grandes voces: «Perra loca, perra loca santimoñera, que has de ser aquí eterna, para tormento de todas: comulgadora, que te he de quitar de la gráticula y del confesonario: ¿por qué me deshonras, santa?». Pues como yo vi que no acababa de decir estas cosas, y otras —aunque procuraba apaciguarla— me arrodillé y quise besarle los pies, pero fue peor, porque alzando más la voz y dando grandes gritos, decía: «Que me mata esta; que me azota, que me azota»; y así entraba y salía en las gradas y locutorios, diciéndolo a las personas de fuera. Por donde se platicó en los conventos, que yo había azotado a aquella monja. Mas Nuestro Señor usó de tanta piedad conmigo, que aunque sentí las afrentas y derramé muchas lágrimas, no me quedó enojo en el corazón; antes lo contrario.

Asimismo dispuso mi Dios y todo mi bien, que por el oficio de Secretaria que tenía me dijeran las Madres que ajustara los papeles del archivo, y unos que faltaron se los preguntaron al Padre Vicario en mi nombre, de lo cual él tomó tanto enojo, que toda la plática que hizo a la comunidad, desde antes de las tres, hasta más de las cinco de la tarde, fue dando a entender el enojo que tenía conmigo, y cómo podría vengarlo y castigarlo, y quién era yo, y la pobreza a que había venido mi casa, y la ración, que como hambrienta, etc. Yo sentí grande afrenta al principio y mucho temor, mas después consolaba a algunas monjas que habían quedado muy afligidas y temerosas de un auto, que prometió enviar el día siguiente, para que me lo hicieran leer, y lo envió, aunque yo no supe lo que

contenía porque el Padre Rector Juan Martínez lo apaciguó. Estas, Dios mío, para un alma buena hubieran sido flores de suave olor, pero en ocasiones, hasta de eso se vale el enemigo para afligir más; unas veces con representar que todo se ha perdido, el gusto, la quietud, la honra y el alma, y que pues todos lo dicen, y en todas las bocas he estado reprobada, que no se puede creer que todos se engañen. Con esto me ha afligido mucho en ocasiones, y como estas cosas así de las criaturas se han continuado por toda mi vida, nunca ha faltado esta causa de temor; pero ahora llegando aquí se me acuerda una cosa que Nuestro Señor me había mostrado algún tiempo antes, que no pensé escribirla. Hallábame una noche en sueños en una ciudad, que andaba toda alborotada y confusa, y toda aquella multitud y concurso de gente se preparaba para concurrir a la afrenta de un hombre, parecía que hasta el aire estaba lleno de su deshonra y menosprecio, y él era mirado como reo despreciable y manchado; todos andaban como admirados de su deshonra, huyendo de él. Yo estaba temblando tanto que no me podía tener en pie con la tristeza y dolor que esperaba ver en aquel espectáculo, cuando fue saliendo por una de las calles de aquella ciudad una gran procesión de variedad de gente, unos a caballo con plumas y tocados en los sombreros, y otros a pie, que todos se daban prisa a adelantarse por no ir cerca del reo, después venía la gente de la plebe, y todos volvían de rato en rato a mirar atrás, con horror y desprecio. Entre los verdugos y alguaciles venía un hombre centro de las injurias y trabajos, retrato de las deshonoras y oprobios, pobre, humilde, despreciado y aborrecido, tenido por oprobio y menosprecio, con una pobre túnica, atadas las manos atrás y el rostro

cubierto con un vil paño, como que no querían ver su cara, y la cubrían por mayor desprecio. Fue pasando aquella procesión a hacer justicia en aquel reo, y cuando llegó cerca, vi su corona de espinas, porque no sé quién alzó aquel paño que lo cubría. Al ver esto con el asombro desperté, mas tan fuera de mí, que en tres días no pude saber lo que me hacía, asombrada y llorando con el conocimiento de aquel gran menosprecio que sufrió y a que se sujetó el Hijo de Dios por sanar mi vanidad y soberbia. Entendí claro que fue en lo que más padeció su real y nobilísimo corazón, y el de su Santísima Madre; la afrenta y deshonra; pues se ve sufrir los hombres grandes dolores y trabajos por la honra y crédito; ¿pues quién, a vista de esto, extrañará el padecer unos cortos desprecios —no porque yo lo viera despierta o dormida, sí porque ello pasó así en la realidad—, mereciéndolos tanto?; y ¿quién no los estimará como unas preciosas joyas por parecer en algo a su Señor y esposo? ¡Oh, Señor mío, si como conozco que esto es sólo de lo que tengo que alegrarme en esta vida, pudiera reducir mi corazón de tierra a alegrarse de ser la objeción y menosprecio! No es, Dios mío, porque Vos no me lo enseñaste; siempre y desde el principio inclinasteis mi corazón a seguir este camino, a amarlo y desearlo; sólo es mi vileza, mi vanísima vanidad y ruindad la que lo estorba. Mas, Dios mío, aunque mi naturaleza reviente, no apartéis de mí tu rostro, ni quitéis de mí tu santo espíritu. Llevadme siempre por el camino de los desprecios, que es el que Vos anduvisteis; el seguro y seguido de todos los que te aman de veras. Mas yo conozco y confieso que la sensibilidad de mi corazón en estas pequeñas afrentas que he pasado, porque por mí ninguna virtud y poquísimo espíritu, no las he

sabido estimar, ni merecido mayores estos dones de tu divina mano; mi sensibilidad, pues, en ellas conozco, que nace de mi amor propio, soberbia y vanidad.

▪ CAPÍTULO XXII

Raptos, suspensiones y deliquios que experimenta desde los dos años después de su profesión, por el término de catorce años, aunque no los conoce, en fuerza de su profunda humildad. Sufre después de estos raptos dolores corporales y otros efectos exteriores, que atribuyen a diferentes causas las criaturas.

Ahora diré un trabajo y pena que pasé por tiempo de catorce años, sin tener en él más de unas pocas intermisiones, y es cierto que no sé cómo lo he de acertar a decir, sin quitar ni poner a lo que me pasaba. En aquellos años que estuve de seglara y de novicia había leído en un libro del Padre Osuna, que las almas, como las palomas en sus nidos y palomares, se recogían a descansar y dormir al pecho de Nuestro Señor. Esto me daba mucho consuelo y gusto, y también mucho deseo y envidia de las almas dichosas que a tanta felicidad llegaban. Yo vivía cerca de un huertecito, y así oía, cuando se ponía el sol, volar las aves a sus nidos a recogerse. Esto enternecía tanto mi corazón, y me acordaba lo que he dicho, que me daban unas ansias y deseos, que yo no sé decir lo cierto cómo era. Pues a los dos años, o uno de profesa, en yendo cayendo el sol, me iban faltando las fuerzas y mi alma se iba como desmayando o deshaciendo, de modo que yo no podía tenerme, si no es arrojándome o echándome, y como luego se seguía el ir a maitines y a oración al coro, me costaba mucho trabajo porque era como gobernar un cuerpo muerto. Yo no

sé si era el alma o el cuerpo el que se dormía. Muchas causas tuve para pensar que era enfermedad corporal, y muchas al contrario, que se verán en lo que fuere diciendo. Mas fuera lo que fuera, ello me servía de un trabajo grande, porque no es decible lo que en todo este tiempo oí y vi, y la pena que daba a las religiosas. Unas decían que si supieran esto de mí no me hubieran recibido, otras me decían ejemplos de santos y castigos que Dios ha hecho a los que faltan, o no están como deben en el oficio divino. Las Preladas me reprendían, y una llevaba ortigas al coro para amenazarme con que me darían con ellas; otras se reían y burlaban, y yo me apuraba más que todas, aunque no me dejó Nuestro Señor impacientar con este trabajo. Hacía todas mis diligencias; me clavaba alfileres en la boca y no los sentía; tiraba a arrancarme los cabellos de la cabeza, y me quedaba con la mano pendiente y sumida en aquel letargo. Ponía los nudos del cordón debajo las rodillas cuando me arrodillaba, y nada sentía. Tomaba verbena y otras cosas amargas en la boca, y me las echaba en los ojos untándolos de tabaco, y nada de esto era remedio. Hacía a las novicias que mientras rezábamos el oficio, me estuvieran torciendo y apretando los dedos de las manos; mas no aprovechaba, aunque ellas lo hacían con harta fuerza, como yo se lo mandaba.

No podía entender cómo era aquello, porque como leyera siempre a la comunidad lección espiritual, antes y después de la oración mental que se tenía, yo leía muy bien —a lo que todas decían—, mas esto yo no lo sentía ni entendía cómo podía ser. Lo mismo era en el rezo, que muchas veces preguntando si había rezado, me respondían que sí, que muy bien, mas yo no me acordaba de esto, ni de lo que había leído, ni sabía qué

contenía. Algunas veces solían las otras ponderar tal o tal cosa que había leído, y yo no sabía cuándo. En la oración estaba de rodillas sin caerme, mas sin estar en mis sentidos ni acuerdo. Solían acabar las demás y yo me quedaba así, si no me avisaban o tiraban del hábito. Cuando tocaban la campanita, no la oía, y oía para responder al otro coro cuando rezaba, aunque algunas veces se debía de echar de ver, y por esto había aquellas reprensiones que dije al principio.

Tomé cuantos medios pude en tanto tiempo, valiéndome de personas espirituales que me daban varios medios, algunas me decían que podía ser flaqueza, que tomara alguna cosa a aquella hora; así lo hacía, y era peor; otras, que tomara remedios para el estómago cercenando la comida; yo lo hacía y no me valía. Mandábanme hacer también varias devociones a los santos, llevar agua bendita, etc., y yo mojada en agua bendita y cargada de cruces, me quedaba como he dicho.

No eran estas suspensiones como otras que experimenté algunas veces, que en hablando mis confesores y oyéndoles hablar de Dios, se encendía mi alma en su amor y alegría, y se suspendían los sentidos, o se embarazaban.

En esto sentía varios accidentes; unas veces quedaba tan molida como si me hubieran deshecho los huesos, otras con tantos dolores en el cuerpo, que me daba un temblor en pasando aquello, que era necesario que las personas que se hallaban cargaran sobre mí toda su fuerza, con esto sentía algún alivio mas esto era en viniendo a la celda; pasaba mucho trabajo, mas quedaba con más deseos de Dios.

En todo aquel tiempo que duraba el oficio de maitines y oración, fuera largo o corto, estaba así; mas en acabando

volvía en mi acuerdo y empezaba a sentir los accidentes que digo. Sólo me acuerdo que en empezando a caer el sol, me hallaba como el perrito que busca a su amo por toda la casa y no lo halla; así me parecía que sentía mi alma por su Dios, y se iban aniquilando para ella todas las cosas. Algunas veces me daba calentura.

Esto duró, como digo, casi catorce años; unos tiempos más o menos, conforme Dios lo permitía, y sólo en teniendo algún trabajo que me inquietara interiormente, cesaba esto que he dicho.

En unos tiempos me sucedía que en yendo volviendo, veía figuras muy espantosas, un poco apartadas de mí. Mas como el padecer esto era por tiempo limitado, lo demás del día, y en pasando el tormento, que para mí lo era, volvían mis deseos de hacer cuanto pudiera por agradar a Nuestro Señor, y sentía en mi corazón grande amor a Su Divina Majestad. Consultaba esto con mis confesores, y, como digo, me decían varias cosas y daban muchos medios. El Padre Juan de Tovar, que fue al que más menuda cuenta di de mi padecer en esto, cuando volvió de Quito, viendo que todavía duraba y que también duraban las reprensiones, me dijo que le dijera a la Madre Abadesa que el Padre lo echaba sobre su conciencia la culpa que había, y que él daría cuenta a Dios de eso. Él me decía que era Dios, y que el enemigo también me atormentaba. Algunos médicos decían: ¿que qué tenían los humores con las campanas del coro para volver a aquella hora en mi acuerdo?

Mas, con todo eso, ni por ser grande el achaque que padecía, ni por otros muchos que he pasado, ha querido Nuestro Señor que falte al coro; antes experimentaba en otras enfermedades

que he tenido, que aunque parecía que ya acababa, en llegando la hora del coro, me hallaba alentada y me iba a él, aunque allí solían apretarme después los dolores; mas era cosa que podía sufrir, y muchas veces para los males del cuerpo me ha servido de remedio, y siempre para los del alma; porque si lo que allí ha dado Nuestro Señor a conocer y sentir se hubiera de decir, no cupiera en muchos libros. Y en grandes tentaciones y tribulaciones que he padecido, en llegando a rezar los salmos, y más en comunidad, me he hallado defendida de los horrores del enemigo, y alentada a pasar cualquier desconsuelo.

Padre mío: yo entendí acabar en sólo un cuadernito de darle cuenta de toda mi vida y tribulaciones, y las causas que tengo de temer y temblar, si habré ido, bien o mal, y en qué parará una voluntad tan dura e inconstante para con Nuestro Señor y Dios; pero mientras más voy escribiendo más se me acuerdan, aun cosas que tenía sepultadas en el olvido, y aunque sabe lo que padezco en obedecerlo en esto, por otra parte no puedo hacer otra cosa; sólo me consuela que es sólo para que Vuestra Paternidad vea las inspiraciones que Dios me ha dado, y por el estado presente de mis culpas y tibieza eche de ver cuánto he vuelto atrás, a ver si con el favor de Dios y de su Santísima Madre, mi Señora, podemos poner alguna enmienda.

▪ CAPÍTULO XXIII

Vuelve con gran consuelo a la sacristía: goza sin interrupción de la presencia de Dios. Padece por cinco meses una nueva tribulación, inexplicable y terrible. Visión consoladora. Conoce la proximidad de la muerte de la Abadesa. Socorros que recibe de ella y otra religiosa. Lágrimas continuas.

A sí pues que esta enfermedad o letargo que acabo de decir fue un trabajo que por largo tiempo acompañó a los otros trabajos, conforme a la condición o calidad de ellos, suspendiéndose o aumentándose.

Pues como yo llegase a los treinta y dos años que había vivido, y me mandara la Madre Abadesa volver a la sacristía, fui allí con grande consuelo, por el deseo que tenía de servir de alguna cosa, aunque fuera en aquello poco, y con la memoria de lo mucho que había debido a Nuestro Señor las veces que allí había estado. Se aumentaba más este mi gusto, pensando me entregaría del todo a Su Divina Majestad. Por este tiempo me dio un modo de presencia suya, que en todas las cosas y criaturas lo hallaba, y el alma amaba y reverenciaba a aquella Majestad que hinche los cielos y la tierra. Pues como un día estuviera considerando en la oración, cuando azotaron a Nuestro Señor, y pensando que en desatándolo de la columna caería en tierra, se hallaba mi alma movida a llegar a Él y procurar ayudarlo a levantar. Entonces sentía su cuerpo con un peso tan grande que la oprimía, y pareciera más fácil

alzar todo el mundo. Yo sentí gran fatiga entonces, pero después entendí que había sido prevenirme Nuestro Señor para uno de los mayores trabajos que en toda la vida he pasado, el cual yo no sé cómo lo acierte a decir, por no depender Él de ninguna cosa que yo pueda explicar con comparaciones de cosas exteriores, así como distan tanto las cosas y penas del alma de las del cuerpo. Así me parece que no hallaré modo de darme a entender; mas diré cómo empezó. Andaba el alma, con aquellas ansias y deseos de Dios, y con aquella presencia suya que he dicho, y una tarde pidieron las llaves del sagrario para componerlo; yo salí a adorar a Nuestro Señor Sacramentado, y luego sentí un alboroto interior, una ansia, y un salir de mí, que los pasos que daba eran como en el aire, y así estuve, que para saber si había rezado maitines lo pregunté a otra, y me dijo había rezado muy bien. No sé cómo prosiga. Pasada pues la Semana Santa, que esto fue una cuaresma, empezaron a caer sobre mi alma unas nubes como de plomo. Cada viernes de Espíritu Santo, sobre la nube y apretura que ya tenía, caía otra, y así se fueron doblando por todas aquellas siete semanas, y conforme crecía la pena, crecía y se avivaba el conocimiento de la majestad de Dios: yo no sé cómo era; sólo pienso será a ese modo la pena de daño de los condenados. Llegué a cobrarme a mí misma un horror tan grande, que me era grave tormento el estar conmigo misma. Me faltó del todo el sueño, y cada instante se me hacía una eternidad. Pasaba las noches mirando y clamando a las imágenes de la Virgen Santísima, como el que lucha con las angustias de la muerte, y cuando el gran trabajo de la noche se había pasado, empezaba a temblar y estremecerme de nuevo de los instantes y

momentos del día. Tenía un horror a mi cuerpo, que cada dedo de las manos me atormentaba fieramente, la ropa que traía vestida, el aire y luz que miraba. Fui con esto quedando imposible de comer ningún bocado, y sentía tal tormento, que sobre la comida derramaba amargo llanto. Todo el día y la noche traía un temblor y pavor que no se puede decir cómo era. Parecíame que era inmortal y que jamás tendría fin mi tormento, ni habría para mí muerte, sino aquella muerte inmortal que estaba viviendo. Me iba alejando y entrando en una región de muerte y horror sempiterno. Todas las cosas que miraba estaban muertas y llenas de pavor. La música que solía oír en la iglesia aumentaba mi tormento.

A todas las personas a quien forzosamente había de tratar o ver, les tenía tanto temor, y me llenaban de un pavor y tristeza tan extraordinarios, que más me atormentaban las que me querían aliviar; y en viéndolas entrar me daba un susto que me quedaba como desmayada y temblando; lo mismo era en llamando los padres al torno, o cualquiera persona de fuera.

Había pasado cerca de cinco meses estos tormentos, sin decir nada, ni dar a entender a las religiosas mi mal, aunque como en él no se podían encubrir los efectos que hacía en el cuerpo, me hicieron curar por enfermedad corporal, y quedaba peor con cada remedio. No era cosa que yo pudiera explicar a mi confesor, y aunque pudiera, había perdido del todo el oído el Padre que me confesaba. Solía valerme de otro, y como no era cosa que yo podía decir, me respondía que eran melancolías, que me divertiera, y yo quedaba peor.

En este tiempo conocía yo cuán poco es lo que se puede comprender en esta vida de las penas del infierno, porque

aunque pensemos, hornos, caleras, azotes, etc., nada es como las penas del alma, y así solía en aquel tiempo decirle llena de dolor y llanto a la compañera de sacristía que había sido mi novicia: «Temed mucho a Dios, temedlo mucho, que puede y sabe dar más horribles tormentos que podemos imaginar». No me dolía nada, antes si algún alivio llegara a imaginar, sólo fuera el que con agudas espadas me atravesaran e hicieran piezas. Todo el mundo lo veía como una sombra y sueño, y así, aunque después que se supo algo de lo que yo pasaba, decían que estaba loca, no me hacía más cuidado que si oyera el zumbido de los mosquitos.

Solía pensar, y se lo decía a mi compañera —cuando se supo algo—: ¡Oh, si yo me viera en el estado que tienen las que no están como yo, qué penitencia haría! ¡Cómo andaría vestida de un saco, hecha el estropajo de la casa! ¡Oh, cómo emplearía la vida! Y si acaso vuelvo en mí, ¡oh, qué vida me parece que haré! Llegó a tanto mi tormento que hubo de salir fuera, y así me arrojaba en el suelo o me escondía en los rincones más desechados y solos, y andaba como los perros por la casa.

Pues llegando el día de mi Padre San Ignacio hice cuanto esfuerzo pude para ir a sus maitines, y así temblando y cayéndome fui, y tal debía de estar en lo exterior, que algunas me tenían miedo, y otras compasión. Pues estando allí me parecía, que desde el sagrario hasta el lugar en que yo estaba en el coro, había un mar de sangre, y que Nuestro Señor Jesucristo descubría sus pies y brazos, como para entrar en él; y entendía yo, que para ir a Su Divina Majestad se había de pasar por el padecer; pues Él pasó el mar de su pasión para ir a su Padre, y que como los egipcios en el mar Rojo,

así quedaban ahogadas nuestras culpas en el padecer unido con su sangre y pasión. Paréceme medio a entender, que si fuera menester volver a entrar en el mar de su pasión por el alma, lo haría, y la sacaría de todo lo que a ella le parecía un mar sin fin.

Ahora se me acuerda una prevención que me parece me hizo Nuestro Señor antes de empezar todos estos trabajos y tentaciones que he dicho. Estaba un día oyendo misa, y deseando recibir a Nuestro Señor Sacramentado; me parecía que mi Padre San Ignacio, con los ornamentos o vestiduras sacerdotales me daba la comunión, diciendo: «El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma hasta la vida eterna». Esto decía como viendo los riesgos y trabajos en que me había de hallar. Yo quedé suspendiendo mi pensamiento, encomendándome muy de corazón a mi Santo Padre; y cuando me vi en las mayores confusiones y aprietos acordándome de esto, me entraba un poco de luz y aliento. Pues volviendo a mi trabajo fue prosiguiendo con tanto rigor, que ya era imposible encubrirlo entre mí, y así saliéndome a llorar y a ver si podría huir de mí misma, puso Dios tanta caridad en aquella mi compañera de sacristía, que me recogió en su celda y trataron de volver a curar mi achaque. Era Abadesa una de aquellas religiosas que dije se aprovecharon mucho en los ejercicios de mi Santo Padre; hacíame mucha caridad y así en todas hallaba mucho amparo. Yo tenía cierto que esta Madre Abadesa había de morir breve, mas no sé cómo lo entendía, ello sucedió así, que murió luego. Pues, como digo: había yo menester toda aquella caridad de las religiosas para lo exterior, aunque para lo interior nada bastaba.

En esta celda, vi una noche con los ojos del cuerpo una religiosa difunta que traía una vela en la mano, de tal modo que con ella se alumbró, y vi lo que había en la celda, que era de noche, y no había otra lumbre. Duró poco, y no me dijo nada, ni supe qué fuera esto.

Allí recibí una carta de Vuestra Paternidad, en que me decía algunas cosas, como si viera mi padecer, y algo me abrió los ojos a conocer venía de la mano de Dios. Pues aunque proseguía así, como si estuviera buena, asistía a todo lo que se ofrecía en la sacristía, a disponer la fiesta de Nuestra Madre y a escribir las cuentas del convento; mas eran tantas a veces las lágrimas que lloraba, que necesitaba poner un paño sobre los libros para poder escribir. El Padre Rector no dejaba de venir, aunque yo podía decirle poco; mas en oyéndome solía decir y responderme: *Mirabiliter me crutias*. ¡Oh, Señor, maravillosamente atormentas!

▪ CAPÍTULO XXIV

Concluye su tribulación. Sueño prodigioso. Previene a una religiosa para su muerte. Representación que tuvo muerta esta. Conoce el mal estado de una alma, que luego se remedia. Varias revelaciones y conocimientos, entre ellos del estado de gloria de la última Abadesa que murió en aquel tiempo.

A sí duré en este tormento hasta la víspera de San Agustín, que habiendo estado toda la noche dando dolorosos gemidos, al amanecer me quedé dormida y cuando desperté, hallé puesta sobre mi pecho una imagen de Nuestro Señor Crucificado, que siempre he tenido entre la cama, procurando entregarle el alma para dormir. Pues como yo no supiera cómo se había desatado, y puéstose sobre mí, me volví a quedar dormida dejándola como se estaba; y entonces me hallé en la grada que sale a la iglesia, donde había mucho concurso de gente, que parecían los más, hombres de religión y gravedad: allí me avisaban que me esperaban para que hiciera profesión en el altar mayor, donde estaba una Santa Cruz cercada de algunas luces, y puesta en tierra a modo de como la ponen para la adoración el Viernes Santo; pero era más grande, y estaba cubierta con un velo negro. A mí me daban prisa que fuera, que esperaba todo aquel acompañamiento, yo tenía gran temor, y más cuando me veía a mí misma, que me hallaba rota, pobre, y casi desnuda; tenía gran temor y vergüenza de parecer así delante de tanta gente noble y grave, hasta que tomando de mano de

una religiosa un velo grande me cubría con él; y luego me animaban con mostrarme al que había de ser mi padrino, que era a lo que ahora pienso mi Padre San Francisco, porque estaba en su hábito, cruzados los brazos y algo cubierto el rostro, con grande compostura y modestia, y tal amabilidad y gravedad, que con sólo su vista, estando en sumo silencio, me hallaba con ánimo y consuelo grande; y así caminamos hasta la Santa Cruz mi padrino y yo, y en llegando, me advirtieron que hiciera allí mis votos. Yo me postré, y no sé si igualándome con la cruz, o besando su pie, comencé a decir: *Santísima Cruz: yo te prometo que mis pies han de estar ya clavados en vos; mis manos fijas en vuestros brazos, etc.* Esto decía con tantos ímpetus en el corazón, con tales arroyos de lágrimas, y con tantas veras, que me hallé despierta y tan otra, como el que vuelve de la muerte a la vida. Empecé a ver la luz como la veía antes, pude comer aquel día, y en el recibir a Nuestro Señor me sentía otra vez como viva; atendía y miraba ya a las criaturas racionales, como ordinariamente las vemos, y yo estaba como uno que viene de tierras lejas, al cabo de mucho tiempo, que en llegando va reconociendo las cosas que dejó cuando se fue.

Mas aquí entran mis mayores temores, porque parece que lo que se seguía sería hacer una vida muy perfecta, y tal cual se requería, a quien había sido ayudada con tantos beneficios, y castigada y avisada con tales azotes. Parece que había de poner en ejecución aquellos propósitos y dictámenes que tenía en la fuerza de la tribulación. Mas no fue así, porque así es la vileza del corazón humano, y así ha sido siempre la inconstancia y vanidad del mío; así mi dureza e ingratitud para con Dios. Así yo proseguí una vida bien tibia y floja, cuidándome y

entreteniéndome en algunas cosas exteriores, y consolándome algunas veces con las criaturas, mas poco podía hallar en ellas, y así hallé lo que diré después.

Había muerto por este tiempo una religiosa moza, de aquellas que dije cuando entré en el convento. A esta le daba Nuestro Señor grandes deseos de una vida muy santa, y en mucha parte la ponía en ejecución, aunque algunas visitas de fuera no la dejaban, ella tenía muchas virtudes. Las veces que yo la veía, siempre solía hablarle de Nuestro Señor, y de desengaños de esta vida, y de la memoria de la muerte. Pues casi repentinamente, porque fue en breve su accidente, murió. Estando yo recogida, por haber estado enferma, estoy en que no fue dormida, mas me dio un accidente y descomposición en el cuerpo, que no estaba en mí, y vi que pasaban a la religiosa que digo había muerto, por la puerta de la celda, y en estando frente de mí, la paraban y detenían, ella me hablaba largo, aunque con grande fatiga y pena, a lo que ahora me acuerdo: lo más era dándome a entender el mal que le habían hecho aquellas visitas, y que se volviera cierta cosa, que le había dado un religioso, a su dueño: mas no la dejaron proseguir, antes me parecía que con violencia la pasaron de allí. De allí a algún tiempo, la vi en sueños con la cabeza blanca de canas, y que repetía muchas veces: «Conversaciones sólo con usted. ¡Conversaciones! ¡Conversaciones!, sólo con usted». Acordéme que me solía decir en vida: que sentía provecho con oírme las cosas que tratábamos. Dijéronme que aquellas canas significaban que a esa edad hubiera llegado, si en el todo hubiera aprovechado las inspiraciones que Dios le daba.

Pues volviendo a tratar de mis inconstancias y variedades en buscar a mi Dios y Señor, y queriendo acordarme, qué principios tuvo aquella tribulación que he dicho. Yo puse algún cuidado en lo que corría a mi cargo en la sacristía, y aquello debió de llevar más vanidad que deseo de agradar a Dios. También había venídose a vivir a la celda conmigo una persona que ponía mucho cuidado en asistir y cuidar de mis enfermedades; y el enemigo debía de ponerle tal extremo, que si me veía hablar con otras, hacía locuras de sentimiento. A mí me había dado Nuestro Señor muchas veces a entender el gran mal que es tener el corazón preso con las criaturas, y con esto veía que le había cobrado a esta algún afecto, y que si me faltaba me entristecería; y esto me causaba grande pena el sentirlo en mi corazón; mas Dios dispuso que en dándome aquella enfermedad, en cuanto me vio algo mejor, se fue, y yo quedé libre, y con esto más consolada. También había venido a la sacristía una persona de fuera, que estaba en estado de mucho trabajo con público escándalo, había más de trece años; y como yo le dije muchas cosas —porque era persona a quien podía—, y lo veía suspirar y estar como reventado, sin poder quebrar sus cadenas, con todo el mal que conocía en ellas; fue tal el horror que me dio, con el conocimiento de la fuerza que tiene contra las almas la mala costumbre en los vicios, y cuán tirana y cruel es la servidumbre del pecado y del demonio, que quedé como traspasada de cuchillos —este que digo, se remedió de ahí a poco—. A esto se juntó el haber visto unas pinturas de los ladrones entre quienes murió Nuestro Señor, y fue tan claro el conocimiento de la desdicha del uno, que me entró una pena en el alma, que cada día fue creciendo.

Pasada, pues, aquella tribulación, armó el enemigo contra mi alma algunos lazos muy peligrosos; mas la grandeza y piedad nunca vencida de mi Dios y Señor, sacó de ellos mayor bien para el sujeto de quien se había valido el enemigo.

En este tiempo murió aquella Madre Abadesa que dije me hacía tanta caridad, y en su lugar entró una religiosa de grande virtud y apacibilidad, y muy pacífica; parecía que podría vivir muchos años, mas una noche, veía venir muchas religiosas coronadas de rosas y flores, con extraordinaria alegría. Una, me acuerdo, que había yo conocido aquí, que era muy sierva de Nuestro Señor, y otras que no había conocido; estas decían que venían por la Madre Abadesa; y entrando yo a la enfermería baja, la veía con su corona de rosas ya difunta, y una mano caída en el suelo, y la otra puesta sobre el pecho. Venía por otro lado de aquellas que dije venían coronadas de rosas, otra religiosa que yo había visto morir luego que entré, esta no traía ningún aliño, antes estaba como confusa, y las manos las tenía pegadas en los codos, lo cual entendí que era por haberse ocupado mucho en hacer colaciones y bodas para los seglares; aunque no con mal fin; mas que por esto traía así las manos. Yo no hice caso de esto, mas dentro de uno o dos meses murió la Madre Abadesa, porque le dio un accidente, que al principio no parecía nada; mas ella desnudándose para acostarse, dijo: «Ya no me levantaré, porque la Santísima Virgen me ha avisado que me muero». Así fue que murió, y entrando yo a la enfermería baja, la hallé como la había visto, con su corona de rosas, y una mano caída al suelo, y otra sobre el pecho. Entonces me acordé de lo que he dicho, y luego, casi

a un mismo tiempo, murió una amiga de la que he dicho traía las manos pegadas en los codos.

Esta Madre Abadesa no hacía al parecer más que las otras: ¡mas, válgame Dios, cuánto vale la unión y caridad en las religiones y comunidades! Jamás se supo que tuviera disgusto con ninguna, aunque toleraba muchas cosas; mas era con tal serenidad en el rostro y en las acciones, que sólo verla causaba consuelo. Con todas estaba en paz; con todas contenta y risueña; debía de nacer aquello de alguna grande virtud que Dios había puesto en su alma, porque en lo exterior sólo se le veía seguir la vida común. De ahí a poco, me parecía verla en las nubes del cielo con una bandera blanca en la mano. Tenía grande caridad, aun con las personas más inferiores.

Estas cosas y otras semejantes escribo, Padre mío, porque me lo manda Vuestra Paternidad, y por darle más claramente cuenta de todo, no porque yo esté firme en otra cosa, más de en lo que nos enseña nuestra Santa Fe, ni tenga más determinación, que estar al juicio y orden de mis confesores y prelados, que he conocido siempre ser el camino seguro.

▪ CAPÍTULO XXV

Consolaciones sensibles alternadas de desolaciones. Defectos en que incurre por el trato con las criaturas. Propende con caridad a la entrada en religión de una sobrina suya. Se le dan respecto de esta conocimientos particulares. Ve claramente a Satanás y síguese una persecución espantosa de las criaturas, con graves enfermedades y otras circunstancias notables. Visiones que le confortan.

Pues prosiguiendo en cómo se ha pasado mi vida: había ya año y medio que había tenido esta grande tribulación y azote interior que yo jamás sabré explicar, y este tiempo se había pasado con aquellos mis deseos que Dios me daba de ser muy buena, experimentando en este tiempo una consolación tal, que como tratara con mi confesor algunas cosas de Nuestro Señor, casi se suspendían mis sentidos, y algunas veces, por dos o tres días estaba como fuera de mí, embebida el alma en aquella consolación y amor sensible, aunque no faltaron en este tiempo cosas que decían de mí, y es cierto que aun una palabra simplemente dicha la solían tomar por un gran delito. Algunas criadas vinieron entonces a decirme las perdonara, que habían levantado algunas cosas; y había ocasión de esto, porque ya dije que en este tiempo trataba más con las criaturas, pareciéndome mejor no estar tan retirada, sola y trabajosa, y que así se seguía un camino llano y seguro, que era lo que yo deseaba; a que se juntaban hallar alivio y consuelo en algunas personas. Mas como mi corazón siempre ha sido malo e inconstante, caía más en faltas y culpas, y en viendo yo que

se descaminaba mi corazón en el afecto a alguna cosa particular, sentía una fuerza interior que me hacía retirarme a hacer los ejercicios de mi Padre San Ignacio, y en ellos recibía más copiosamente aquella consolación sensible que digo; aunque también padecía grandes trabajos interiores en la oración, que a veces quisiera más morir.

Pues al cabo de este año y medio que pasé así, me avisaron traían una sobrina mía a ser monja. Yo aunque temí, más considerando cuánto bueno sería que se consagrara a Nuestro Señor, porque me escribían sus grandes deseos, hice cuanto pude por ayudar a ellos; porque uno de los martirios que ha tenido mi corazón en este mundo es el no poder yo hacer nada en servicio de Nuestro Señor, porque según los deseos que Su Divina Majestad me ha dado, hubiera hecho mucho en bien de otros; mas siempre Su Divina Majestad, por humillar mi soberbia, y por otras causas justísimas en su acertado gobierno, me ha tenido con las manos atadas, porque puesta en la ocasión, todo lo viera con propia estimación y amor propio, y quizá, y sin quizá quitara la vista de dar gusto a Su Divina Majestad, por darlo a las criaturas; que a esto de darles gusto me he inclinado con demasiado extremo. Así que viendo cuán misericordiosamente lo ha hecho Nuestro Señor con esta vilísima criatura suya, me acuerdo de aquel verso del salmo, que dice: «Alegrado nos hemos por los días en que nos humillaste, por los años en que vimos males». Y siempre me dio luz en lo que dice: *Bonum michi quia humiliasti me, ut discant justificationes tuas*. Pues volviendo a lo que iba diciendo, me pareció que en ayudar a la entrada de aquella religiosa, hallaba ocasión de hacer algo en servicio de Nuestro Señor y de mi trabajo compuse lo más de

lo necesario, por ser ella huérfana de padre: también para el dote me prometió aquel sujeto —que dije ayudó a la entrada de mi madre— daría a la profesión, para ayuda de ella, quinientos pesos. Hubo grandes contradicciones e impedimentos para su entrada, y se levantaron cosas, que yo no entendía que sucedieran así: todo cargaba sobre mí.

Pues el día que la trajeron para que la vieran las monjas, yo no vi en ella sino a Nuestro Señor Crucificado; no por ninguna imagen que se representara, sino por un conocimiento del alma, que era como una espada de dos filos que la atravesaba de parte a parte, y me hacía derramar un mar de llanto: y por todos aquellos días en viendo el Santo Cristo Crucificado, que está en el coro, veía en Él a la que venía a entrar, y me dividía el corazón un dolor que me traía deshecha en lágrimas: yo no sé cómo era esto, ello era cosa tan clara y tan fuerte, que se lo dije a mi confesor el Padre Juan Martínez, y me respondió: que traería Nuestro Señor a aquella alma a que fuera muy buena y padeciera en la cruz de la religión, y así yo no podía dejar de ayudar, y sufrir en orden a su entrada, las muchas cosas que se levantaron.

Después que estuvo a acá, estaba yo un día en mi retiro, considerando en el paso de los azotes que dieron a Nuestro Señor, y pareciéndome caía al desatarlo de la columna, sentía lo mismo que la vez pasada, aquella ansia y deseo de ayudarlo a levantar, pero ahora, al contrario de lo que me sucedió la otra vez; sentía al llegar mi alma a Él, que se desaparecía su cuerpo, porque se hacía como espiritualizado, o yo no sé cómo me dé a entender: parece que se desaparecía de los ojos o conocimiento del alma, y la hacía quedar con gran pena. Esto me parece fue

prevenirme para el trabajo, y trabajos que me vinieron. También me sucedió, que habiendo entrado en ejercicios con la novicia, a quien yo deseaba encaminar lo mejor que pudiera; estando una tarde en oración, vi pasar al enemigo en hábito de religioso por la puerta de la celda, y que mirando con unos ojos que daba horror, hacia donde estábamos, se entró en la celda de otra religiosa que estaba junto a la mía; yo no entendí qué sería aquello, mas quedé llena de pavor y tristeza.

Pues por aquel tiempo, yo veía mi alma tan mudada, y tan renovados en ella los buenos deseos que en otro tiempo Nuestro Señor me había dado, que yo misma no me conocía, ni sabía con que así me había encendido Nuestro Señor el alma. Estaba lo más del día retirada previniendo mi confesión general de aquel año; cuando una noche a las oraciones, que no se habían dicho maitines, viene a la celda aquella religiosa en cuya celda vi entrar al enemigo, tan llena de furor, y dando gritos contra mí, que yo me quedé pasmada; hízome muchas amenazas diciendo: que no era la novicia mi criada, que ahora vería lo que hacía la Madre Abadesa. Dio tantas voces, y se levantó tal murmullo de criadas y gritos, que yo me hallé cortada, y no tuve más alivio que meterme en una tribuna, mas desde allí oía tales voces en el coro, tal algazara y cosas que se decían de mí, que estaba medio muerta de oírlas, y no saber en qué pararía aquel furor y gritos; cuando fueron a buscarme la Madre Vicaria, la religiosa que he dicho, y un tropel de criadas, con linternas y luces. Las cosas que allí me dijeron fueron sin modo, y la cólera con que iban: ello paró, o se le dio principio —que no se acabó con eso— en venir todas aquellas criadas a la celda, y sacar la cama de la novicia, y no dejar cosa de las

necesarias. El alboroto y ruido que traían era como si hubieran cogido un salteador. Las cosas que me levantaron no son para dichas, yo no hallaba dónde acogerme, porque la celda había quedado llena sólo de pavor, y con el susto no me podía tener ya en pie. Mis criadas habían levantádose también contra mí; con que hube de acogerme a las puertas de una religiosa a quien le habían dicho cosas que la pudieran enojar mucho contra mí; mas viéndome en tan miserable estado, se movió a compasión, y fue la única que en toda la casa la tuvo de mí en mis trabajos. Luego caí enferma de una enfermedad tal, que el sudor que sudaba me dejaba las manos como cocidas en agua hirviendo. La boca se me volvía a un lado, y me daban unos desmayos tan profundos que duraban tres y cuatro horas largas. En estos desmayos tiraba a ahogarme una criada que había allí, amiga de aquellas religiosas que digo, porque me tapaba la boca y las narices con toda fuerza; y si su ama, que era en cuya celda yo estaba, no lo advirtiera, según me decía después, no sé qué hubiera sido. Yo pienso que no tiraría a ahogarme, sino sólo a mortificarme. No había día que no se me dieran dos o tres pesadumbres. Una niña hija de mi hermano que estaba conmigo, la echaron a la calle con tanta violencia, que no permitió la Madre Abadesa se cerrara el convento sin que ella saliera. Después me echaron las dos criadas, una a empellones y otra, que era pequeña, se la entregaron a su madre. Llamaron al Vicario del convento y le dijeron tales cosas que no sé yo cómo las diga aquí. Algunas eran que comía de balde la ración del convento, que me salía con cuanto quería. Las otras fueron tales que él fue a la Compañía a consultar con el Padre Juan Martínez, qué se haría de mí, y el Santo Padre, aunque más

pasos daba, no podía apagar aquel fuego. Un día vino a examinar a aquella monja que me hacía bien, porque le enviaron a informar por medio del Vicario que yo fingía aquellas enfermedades, y que lo hacía para tener abierto a deshoras el convento, y que entraran los Padres. Yo, como no hallaba en mí causa presente para aquellos rigores, me daba una congoja tal que me agravaba el mal, y cuando se lo avisaban a la Madre Abadesa, que había tantas horas que estaba sin sentido, respondía: «Darle unos cordeles bien fuertes, que la hagan reventar». Otras veces decía: «Ya he estado amolando muy bien un cuchillo para enviárselo que se lo meta, y le enviaré sogas para que se ahorque». Yo, en volviendo en mí de los desmayos, lloraba amargamente, y les preguntaba: Señoras mías, madres mías, ¿qué motivo, qué causa les he dado?; y alguna que era rara, la que entraba a verme, así por lo mal que estaban todas conmigo, como por no experimentar los enojos de la Madre Abadesa y de aquellas religiosas, porque a las que veían entrar afligían también mucho. Alguna pues que veía mi padecer y oía mis preguntas, me respondía: «Dice la Madre Abadesa que como usted le tiene dada alma al diablo, ya deben los diablos de venir por su alma». Con esto crecían mis desconsuelos, y crecía mi mal, y como aquella religiosa que me amparaba le pareciera que ya expiraba, se vio obligada en dos ocasiones a enviar por Padres; de aquí nació el acusarme que me fingía enferma para tener a las diez de la noche el convento abierto, y los Padres dentro. Yo procuraba en sintiéndome con tantito aliento levantarme de la cama, mas luego volvía a caer y me daba aquel temblor y desmayos que duraban lo más del día. Había venido antes de esto algunas veces a confesarme un

Padre que era guardián de San Francisco, de mucho crédito de virtud y religión, y es cierto que lo era, a mi entender, muy siervo de Dios: pues con este Padre me confesaba algunas veces, porque el Padre Rector había perdido en este tiempo tan del todo el oído, que algunas cosas que tratábamos las oía yo referir después por el convento muy mudadas de lo que se habían dicho. Pues luego envió la Madre Abadesa por los Padres de San Francisco, y les dijo cosas de mí para que se las dijeran a su guardián, que a él lo admiraron, y me decía después: que lo que había sentido era la publicidad de aquellas acusaciones, y que no se lo dijeran a él, que algunas veces me confesaba y me conocía; pero no faltó esto después, porque le dijeron contra mí cosas que llegó a decir: que más que estimación y caridad tenía de mi alma, pues con los horrores que mi Prelada y mis monjas habían dicho de mí, proseguía en confesarme. Y rogándole yo me los advirtiera para enmendarme, porque pues siendo mi confesor no se los había yo misma dicho, sería porque los ignoraba; pues no deseaba perderme ni engañarme yo misma; a que me respondió: «Todos han sido encaminados a que no la confiese, y ellas han sido cosas que he tenido por bien echarlas al muladar, porque decires tales, etc. Para lo que ha de estar prevenida es para padecer mucho en el Capítulo que tienen el lunes, porque me han prometido que allí la han de hacer acabar de reventar. Estoy en que nos negarán también las llaves de la iglesia para confesarla; mas tener ánimo, que Dios siempre mira la inocencia».

Al Padre Rector, me dijeron las mismas, que fue tal lo que le enviaron a decir con el Vicario, que le preguntó a un Padre de allá: ¿qué sería bueno hacer conmigo?, y le dijo a un hermano

mío: que el Padre lo que pensaba era que moriría yo a fuerza de pesadumbres; porque el mudarme a otro convento como mis hermanos lo pretendían, sería desacreditar este.

Las veces que yo salía al confesonario, o a esconderme en una parte muy sola y retirada de la casa, las criadas que me topaban o me atropellaban, y otras me ponían nombres muy afrentosos y ridículos, diciéndomelos con gritos y repetidas veces a mí misma. La Madre Abadesa prometía cada día en comunidad, que me había de poner en un cepo, y brearme a azotes, que era una loca y que ella me haría cuerda. Hizo poner a otra religiosa en el lugar que me había puesto a mí en el coro, y envió a quitarme la tabla y libros del rezo que yo cuidaba, y llave que me había dado. Como yo sabía que aquí no se oía nombrar azotes, ni cepos, ni aun para las criadas, poníame esto en mayor confusión; como también el saber que mi sobrina, que era la novicia que digo, decía: que ella sería religiosa y haría cuanto le mandaran, con tal que no la obligaran a verme, ni ir donde yo estaba, y otras cosas que me causaban harta confusión. Dos monjas que habían sido mis novicias, entraban a verme, mas les costaba caro, como también a aquella mi amiga, que llevó extraordinarias pesadumbres porque cuidaba de mi enfermedad.

Pues como llegara el lunes, en el Capítulo se dijeron contra mí tales cosas por tiempo de dos horas, que como yo por un temor grande que me había ocupado el corazón, y por la enfermedad que me apretó, no pudiera ir a él, dieron tras aquella amiga y religiosa que me tenía en su celda, a decirle cuanto tenían contra mí; y fue de modo que algunas, aun de las más adversas, me lo referían, llorando del rigor que la Prelada

mostró contra mí, y lo que afligió a la que me hacía bien, a ella la envió a la enfermería, y a mí me puso por lega o criada para que estuviéramos allí aquel año, y aquella religiosa que digo fue el principio de esto, y en cuya celda vi entrar al enemigo, la nombró por maestra de novicias.

Es cierto que me levantaban cada día cosas que no imaginé —debía de ponerles el enemigo a las criadas que inventaran muchas cosas—, y que mi mayor tormento era que esto pasaba entre gente santa, y así no me podía persuadir a que padecía por Dios, ni que Su Divina Majestad se agradaba en él; mas no dejaba por esto de valerme mucho de la Virgen Santísima, leyendo los ratos que podía un libro de Nuestra Señora de la Manta, y su milagrosa aparición, porque Nuestro Señor me había enseñado —en otros trabajos que había tenido y desconsuelos grandes que había pasado—, un remedio y consuelo, que era peregrinar con mi alma y espíritu a los templos en que se veneran en la cristiandad las imágenes milagrosas de su beatísima Madre, cuyas historias yo había leído; y poniéndome en su presencia como la más enferma en lo espiritual, como la más pobre de virtudes, como la más ciega, baldada y llagada, llena de enfermedades incurables, sentía una grande consolación, esperando por mano de la Madre de las misericordias el remedio de mi alma, como por ella lo han recibido tantos. Aunque en esta ocasión que voy contando a Vuestra Paternidad estaba yo tan llena de turbación, confusión y congoja, que no me entendía.

En medio de uno de aquellos desmayos que digo me daban, me hallé en un lugar, como una sala o zaguán de algún templo grande y clara, donde estaban unos Padres de Santo Domingo

cantando en sus arpas muy dulcemente, unos versos que entendía yo ser sacados de aquel salmo que dice: *Quem admodum deciderat servus at fontes aquarum, etc.* Ellos cantaban dulcísimamente y con gran paz y reposo, y por allí andaban unos muchachos pequeños, de malísima figura, como suelen pintar al enemigo, haciendo visajes y dando saltos, como que contradecían aquella música; mas los religiosos proseguían con grande paz y suavidad. La letra era muy dilatada y dulcísima, mas cuando se me quitó el desmayo sólo me quedaron en la memoria estos dos versos, que decían así:

*Ven alma peregrina,
en alas del amor;
sierva herida al descanso
del pecho de tu Dios.*

*Llega ya a las corrientes,
que gloria y vida son,
de aquel río de deleites
de la ciudad de Dios.*

Por este mismo tiempo, estando en aquella profundidad de desconsuelos interiores, que los tenía grandes, y de enfermedades, sin descaecer la persecución y pesadumbres exteriores, bastó a volverme en mí y darme ánimo lo que diré.

Estaba una tarde llena de congojas, cuando se pusieron a la vista de mi alma unos niños, como suelen pintar acá o vestir a los ángeles: bien vi yo que no eran ángeles, sino niños, que habían pasado pequeños a la bienaventuranza, y me pareció

ser entre ellos dos sobrinos míos que habían muerto aquellos días, y al uno había yo hecho enterrar y amortajado, por no estar aquí sus padres; y muchos días andaba como fuera de mí, porque me parecía que aquella dichosa alma andaba junto a la mía. Pues como digo: aquellos niños se pusieron a los ojos de mi alma, y era tal su hermosura y gracia, tal su aliño, que no cabe en ningunas palabras, ni en ninguna imaginación: era cosa que confortó mi corazón, y llenó de alegría mi alma. Ellos iban como incensando, vueltos a un palio —que no vi que iba debajo—. Tenían representación de cuerpos humanos, mas aquella carne era como glorificada, transparente o resplandeciente sin fastidio; mas de un color tan agradable, claro y puro, que por más que diga, antes será oscurecerlo, que darlo a entender. Asimismo era la gracia y riqueza de las vestiduras que traían, y sus colores, que ni ellas ni las flores de que estaban coronados es cosa que se ve en este mundo. Fue tanta la mudanza que sentí en mi corazón, que no pude dejar de decírselo a mi confesor —no obstante el temor que he tenido siempre de arrimarme o estribar en estas cosas—, y diciéndole que llevaban los rostros hacia el palio, él me respondió: «La inocencia que se vuelve a Dios».

▪ CAPÍTULO XXVI

Continúan las persecuciones de las criaturas y las graves enfermedades. Enferma y muere la Abadesa. Singulares circunstancias que intervienen. Intentan sus hermanos pasarla a otro monasterio. Ella lo impide y el Cielo aprueba esta resolución por varios modos. Elevación a Dios. Apariciones muy notables. Gran virtud de la Bula.

Pues volviendo a lo que decía: yo recibí con mucho consuelo aquel castigo y penitencia de ir en lugar de lega a la enfermería, porque había leído en la vida de Santa Magdalena de Pasis —a quien con toda mi alma había deseado tomar por maestra—, que era muy amante de las enfermas, y me parecía que por ser la enfermería lugar retirado, hallaría allí algún alivio, porque era grande la vergüenza y confusión con que andaba delante de las religiosas, y también de la demás gente de casa, que aunque fuera en el coro me decían las criadas cosas muy afrentosas; en particular una seglara a quien despedí de mi comunicación, me decía a gritos: que callara, que era yo quien no conocía a Dios, ni sabía qué cosa es Santísimo Sacramento. Que no había corazón en la casa a quien no tuviera herido, y otras cosas más pesadas. Si alguna vez quise entrar a oír misa en una tribuna de la comunidad, de allí me despedían, y decían que yo había dicho: que quitaría a la Abadesa de su oficio, y otras locuras que yo no sé de dónde salían.

Allí en la enfermería prosiguió mi enfermedad, de modo que lo más del día estaba desmayada, y en queriéndome

levantar era con tanto temblor, que caía de mi estado. Pero mi corazón te alaba y engrandece, Dios mío, porque me distes estas señas de que no tenía en mi corazón enojo ninguno, sino sólo pesadumbre y aflicción; porque entrando allí la Madre Abadesa a hacer con todo rigor salir a una sola persona que se había ido a acompañarme, yo le rogué se allegara a la cama en que estaba enferma, y le tomé la mano, como a mi madre y señora, para que viera mi mal; mas con todo crecía su enojo, y así prosiguió cada día, dando mayores demostraciones de él, por tiempo de ocho meses, hasta el día que la sacramentaron, porque había caído gravemente enferma. Entonces me envió a llamar, y me dijo: que la perdonara, con muchas lágrimas, y que todo lo había hecho con buena intención; yo lo creo así siempre, porque ella era muy buena religiosa. Procuré cuanto pude asistir a sus enfermedades, cuando podía hacerle algún alivio, porque ella fue tan larga y penosa y de tan estupendos dolores, que de todas necesitaba. Por último, dispuso Nuestro Señor, que aunque había religiosos dentro, la noche que murió, se ordenaron las cosas de forma, que sola yo le dije el último acto de contrición. En toda aquella enfermedad, le solían dar unos paroxismos que parecía que expiraba, y me llamaban por ser enfermera; cuando yo llegaba volvía diciendo: «Yo no le he hecho nada a Fulana —nombrándome por mi nombre—; yo no le he hecho nada, antes la he mirado como a las niñas de mis ojos». Tantas veces repetía esto, que yo temía que el enemigo la quería con aquello perturbar, y así se lo decía. El día que la estuve componiendo para enterrar, conocí cuán vanos son los temores de las criaturas, conforme a lo que Nuestro Señor dijo: «No queráis temer a los que pueden matar el cuerpo»,

y lo que en otras ocasiones había entendido en unas palabras que dicen: *Cogitate per generationem et generationem, quia omnes qui sperant in Domino non infirmantur*. No temáis las palabras de los hombres: *Quia hodie estolitur, et eras non invenietur, quia conversus est in terram suam*. Esto debió de ser porque mi temor por la mayor parte, era humano y nacido de cobardía y amor propio; aunque también se mezclaba él: que pues tenía así desagradada a mi Prelada, también tendría a Dios. Este pensamiento de confusión echaba el enemigo en mi corazón, para que no llevara bien los trabajos; pues si fuera de Dios, me hiciera quietar y humillar, en examinándome y confesándome.

Pues volviendo a lo de atrás, yo pasé aquel tiempo en la enfermería penitenciada, y como la fama salía fuera, trataron mi hermano y un cuñado mío de mudarme a otro convento, y escribieron a la Madre Priora del Carmen, y mi cuñado al Provisor —que era el que me había prometido los quinientos pesos—, y al Padre General de la Compañía, que era el Padre Pedro Calderón, quejándose de las cosas que se hacían conmigo; mas como yo supe lo que contenían las cartas del Provisor y Padre General, procuré ganar al sujeto que las llevaba, y las quemé, porque no quería Nuestro Señor que deseara ni pretendiera venganza. Mas en lo de pasar al Carmen, me hallaba muy inclinada, pareciéndome que quizá era esta la voluntad de Dios, y que por eso habría abierto este camino. Aquel Padre que dije me confesaba, que era guardián, ponía mucho en quitarme de este pensamiento, y me decía, entre otras muchas cosas: que no tenía por buen espíritu huir de la cruz y del padecer y desprecios, y que me acordara lo que debía a mi Padre San Francisco, etc. Con este que yo veía era verdad, y con acordarme,

o quizá repetirme Nuestro Señor aquellas palabras: «No me dejes solo en esta cruz»; y un día que andando yo muy de prisa, no sé en qué ocupación, me pareció me decía: «Bien estamos aquí». Con esto me acabé de quietar, y con acordarme que tratando eso en otras ocasiones con el Padre Juan de Tovar y el Padre Juan Martínez, me decían: que no convenía.

También me dio Nuestro Señor por este tiempo un gran deseo de pedirle el espíritu o el camino de la bendita Santa Isabel de Hungría, en particular en tolerar trabajos, en no apartarme de Su Divina Majestad, y en guiarme por el confesor; mas en todo he faltado.

También me había sucedido poco antes de estas penas que he dicho, ver en sueños a Nuestra Madre Santa Clara, que estaba sentada en una parte o asiento alto, y el enemigo andaba por allí, tomando varias figuras, unas veces de dama muy aliñada, otras de matachín, otras de religión, otras de mono; mas la santa a nada hacía mudamiento. Yo miraba aquello llena de temor, y arrojándome a los pies de la Santa Madre, repetía: Madre mía, Madre mía; mas al quererle besarle los pies se los hallaba descalzos y era tanta la ternura y devoción, que me hacía llorar con grandes ansias.

Luego a la pobre novicia, mi sobrina, la echó de su celda aquella religiosa, y se entró por mis puertas tan llena de miserias, que hube menester mucho para componerla y limpiarla. A aquella religiosa le envió Nuestro Señor una mortificación, que estando ella enferma la fui yo a ver, y me dijo: «Esto me ha sucedido por lo que hice con vos». Mas no quería yo eso, sino que Nuestro Señor me hiciera a mí buena, no que mortificara a las otras.

Pasado algún tiempo cegó la novicia y lo lleva con tanta paciencia, que creo está crucificada con Nuestro Señor.

El Padre Vicario, cuando en la fuerza de mis trabajos, le decían en algunas casas de fuera, que por qué permitía aquello, respondía: «Qué he de hacer; cuando me dicen tales cosas contra ella, bien creo que se obra con pasión, pero temo que las otras tienen brazos muy poderosos en Santa Fe, y me vendrá algún mal», y así siempre se mostró contra mí. Mas dentro de pocos tiempos, en cuanto murió la Madre Abadesa, pusieron otro Vicario, sin ser por la causa que temía. Y algunas veces, cuando hubo pasado aquella tempestad, unos muertos y otros idos, y las demás habían callado algo, solía sentir como si Nuestro Señor me dijera: «¿Dónde están los que te acusan, mujer? Ninguno te ha condenado». Ninguno, Señor y Dios mío: qué cortas son las cosas de esta vida, aunque lleguen al mayor extremo, y qué poco hay que temerlas, cuando vos no condenáis. Bienaventurados todos los que te temen, a vos, Dios mío, que andarán por tus caminos temiendo sólo el que es verdadero mal, que es perderte o disgustarte. ¡Oh, si yo, vil, miserable y tímida hubiera tomado el remedio y consejo que distes a aquella mujer pecadora!: «No quieras más pecar». ¿A dónde están los que acusan cuando vos no condenáis? ¿A dónde están pues? Todos desaparecen como el viento. La causa verdadera de mi mal, y mi dolor y mi tormento es el haberte ofendido, sumo bien, centro de las misericordias, y la misma piedad.

En el tiempo que duró mi trabajo exterior, me pasaron algunas cosas. Estaba una tarde riéndome con aquella religiosa que me amparaba, por desechar las tristezas que habían ocupado mi corazón y mi enfermedad, cuando fue llegando la noche,

me recogí en el rincón que estaba la cama, a encomendarme a Nuestro Señor, y cerré el pabellón; mas dentro de una hora me parecía estar allí el enemigo, con unos brazos tan flojos que parecían tripas, mas con muchas desigualdades, como codos o nudos; apretaba con gran fuerza el pabellón, y tenía tanta conser aquellos brazos y manos tan débiles y flojas al parecer, que me ponía en gran trabajo hasta que llena de susto y pavor, y molida, salí de allí a toda prisa. No era esto en todos mis sentidos; mas fui a dar cuando volví en mí, a donde estaba la compañera, que había buen trecho.

También me sucedió entonces, que como me durmiera a la madrugada, vi en sueños a aquella Madre Abadesa que digo debía yo mucha caridad —y conocí que había de morir breve sin saber cómo lo conocía—, vila pues, como solía andar acá, mas algo triste; yo le pregunté: «¿Qué es esto, señora, cómo han dicho que la vieron gloriosa?», porque así había corrido. Ella me respondió: «Sería por estar en gracia», y sacando del pecho un papel, me lo dio, diciendo: «Mire». Yo leí que decía así: *Señálase su destierro, por todo aquel tiempo que se le hubiera remetido, si hubiera recibido la absolución de la Bula de la Santa Cruzada, y acabado este plazo, entrará a ver a la Beatísima y Santísima Trinidad.* Y en otro rengloncito pequeño, que estaba más abajo, decía, me parece: *sub sigillo*. Volviéndoselo lo guardó en el pecho, y yo le pregunté: ¿Pues tantas misas como le han dicho?, respondió: «Sí, me han aliviado». Me parece entendí que le habían aliviado las penas, mas no acertado el plazo de la ausencia; y prosiguió poniendo las manos y diciendo con mucha ansia: «Diga que me recen el rosario de la Virgen Santísima». Yo entendí cuidaba del voto de la pobreza. Después pregunté sin decir por qué;

si la habían absuelto por la Bula, y me dijo su hermana, que era la religiosa con quien yo estaba: que no; porque cuando acordaron, ya no hubo tiempo.

También conocí cuánto puede la intercesión de la Santísima Virgen para las Benditas Ánimas, así por esto como por otra ocasión que estando en ejercicios, respondía una multitud de ellas, y algunas que yo había conocido a una letanía o elogios que yo solía decir a la Virgen Santísima con tanta ansia y prisa: «Rogad por nosotras: rogad por nosotras». Que los gritos me despertaron, y me parece que despierta los oía. También en otra ocasión me parece me despertaban diciendo: «¿Por qué duermes cuando estamos padeciendo?». En esto conozco cuánto he malogrado el tiempo y los preciosos tesoros que nos dejó Nuestro Señor Jesucristo en su sangre y tesoro de su Iglesia, perdiéndolo en cosas vanas.

En este tiempo se fue aquel religioso de San Francisco, a quien solía acudir a confesarme cuando se ofrecía alguna cosa, que no pudieran oír las otras. Porque aunque los primeros años que estuvo aquí mi Padre Juan Martínez Rubio, le di entera cuenta de mi conciencia, y le debí una gran caridad y asistencia, hasta que Nuestro Señor se lo llevó; mas por la causa que he dicho, me veía necesitada a valerme en ocasiones de otros confesores, y Nuestro Señor lo debió de disponer así, para que experimentara este género de trabajo; que en mi natural temeroso y cobarde, y de tan poca advertencia para lo bueno, estoy en que ha sido el mayor que he pasado en esta vida, tan repetido, cuantas veces ha permitido Nuestro Señor que se muden, o mueran los Padres, que por el amor y caridad de Dios, han tenido por bien de sufrirme y enseñarme, y como yo sólo me

he quietado y asegurado, con ir como los ciegos asidos de su guía, he pasado mucha pena y confusión en hallándome sola; así por esto como por ser muy grandes mis desconsuelos, y la oscuridad interior con que los padezco, que quedo tal, que sólo me queda el recurso al confesor , sin ninguna otra luz, ni consuelo. Así, pues, por haberle faltado a mi Padre Juan Martínez el oído, anduve peregrinando y experimentando muchos géneros de trabajos y desconsuelos, porque como los caminos para ir a Dios son tantos, y yo quería mudar del todo mi corazón conforme al que reconocía de parecer, o de genio en el confesor, hallé por estos tiempos mucha confusión y pena, por mi rudeza y timidez, y luego me llenaba de confusión, pareciéndome que porque había engañado a los confesores, me habían aprobado lo que ahora otros reprobaban, y tenían por acertado lo que otros por melancolías y aprensiones. Otros modos de aflicciones pasé, que me llegaron al estado que diré.

▪ CAPÍTULO XXVII

Muere el religioso franciscano que la había dirigido algún tiempo. Elígese nueva Abadesa. Vuelve al noviciado de maestra. Recibe luces para el cumplimiento de este cargo y otros favores celestiales. Renuévase la persecución de las criaturas. Se le da a entender morirá la Abadesa, como sucede.

Pues como por estos tiempos, y por las causas que he dicho, anduve haciendo varias confesiones generales, y con hartos desconsuelos y turbación de mi alma. Este Padre que digo de San Francisco era muy temeroso de Dios, y en una ocasión me parece vi a su alma, como una cruz que estaba algo levantada del suelo; era como de cristal; a un lado había luz, y en caminando así a ella se iba esclareciendo toda. Padeció mucho antes de morir, y lo probó Nuestro Señor con muchos desconsuelos, que me escribió cercano a su muerte. Decía que sólo hallaba consuelo en lo que solíamos tratar de Nuestro Señor.

Se hizo otra elección de Abadesa, y ya habían muerto tres en menos de tres años, sin acabar el oficio. Esta que digo; luego que entró a él me dijo: quería volver por el crédito que me habían quitado, y nombrarme otra vez maestra de novicias; yo le respondí: que el crédito no importaba que se perdiera, como yo acertara a hacer lo que me mandaban, y así me envió al noviciado. A mí me pareció que la compañía de las novicias me ayudaría a buscar a Nuestro Señor con más cuidado, y así

fue Su Divina Majestad servido de darme paz en mi interior, y ya no traté de buscar más confesor, viendo que no era por entonces voluntad de Nuestro Señor, pues tan varias cosas me habían pasado. Asimismo, quiso darles consuelo a las novicias, que algunas me decían habían estado para irse buscando modos sin pensar en otra cosa, y ya se hallaban quietas y deseosas de servir a Nuestro Señor. Aquí, estando con ellas, en ejercicios, me dio Nuestro Señor luz, de cómo las había de llevar, declarándome a este propósito aquellas palabras que dicen: *Venite ascendamus ad montem Domini Dei Jacob*; y Él nos enseñará sus sendas, y andaremos por sus caminos, etc. Enseñándome que más había de ser con el ejemplo, ayudando, alentando y consolando, esperando sólo de su divina luz el acierto mío y de ellas, que no mandando con asperezas, ni poniendo escándalos en el camino. Diome también a entender todo el salmo que empieza: *Beati immaculati in via*, con tanta enseñanza en su declaración, que fuera largo de decir.

Una noche de estas veía en sueños toda la redondez de la tierra, de un modo que yo no sé ahora decir, y oía una voz que continua y misteriosamente, a lo que yo sentía, iba repitiendo muchas veces: *In itineribus eternitatis ejus*. Yo quedé por mucho tiempo asombrada de lo que allí conocí, que me parece fue. Cuán poco es todo lo criado en el globo de la tierra respecto de los caminos de la eternidad.

Por este tiempo me apretó extraordinariamente aquella enfermedad, que me empezaba al caer el sol, de estar como fuera de mí, y volvía las más veces con un grande pavor y susto, porque unas veces me parecía hallarme en el juicio de Dios y en su divina presencia, y otras deshecha y vuelta polvo en la

sepultura. No sé cómo era esto, que a mí me parecía pasaba así en la realidad, y el susto me volvía en mí, con gran pavor y saltos en el corazón.

Por este tiempo, estando en ejercicios con las novicias, me parecía me amenazaba el enemigo que me daría una bofetada; yo no hice caso, mas luego me vino harta confusión y humillación, por medio de una criada que había venido a la celda, y haciendo en ella algunos daños, saltó las tapias y se huyó, diciendo afuera cosas de mí, que me fueron de mucha mortificación.

Estando un día en oración en comunidad, y a lo que ahora me acuerdo, sin poder tener fijo el pensamiento en nada, me parecía hallarse mi alma en un camino que iba a la bienaventuranza, claro y apacible, y que confortaba el alma. A entrambos lados iba cercado de rosas, como las que hay por acá, mas muy hermosas; y de espigas de trigo muy llenas, doradas y en sazón. No entendí qué fuera esto; sólo que los efectos que dejó en mi alma fueron muy grandes y buenos.

Aquel año se llevó Nuestro Señor a muchas personas que tenían opinión de santidad y virtud, y entre ellas la Madre Priora del Carmen, que me solía escribir con grande caridad; lo cual dispuso Nuestro Señor por algunos caminos que conocí ser misericordia suya, según me alentaban sus palabras y daban deseos de ser muy buena. Yo quedé que me parecía se ardía mi corazón y mi alma con los deseos de acabar bien mi camino, y hacer mientras duraba, cuanto alcanzaran mis cortas fuerzas en servicio de Nuestro Señor; mas padecía un género de martirio, que sólo pasándolo me parece se entenderá: este eran unas ansias que el alma debía de tener de Dios, que no daban espera,

ni se podían sustentar, porque parecía que el alma estaba como atada a unas cadenas, que deseaba desatar, y sin otra consideración, hacía cuanta fuerza podía, como el niño hambriento y falto de razón, que nada le puede consolar ni hacer callar, fuera del pecho de su madre: así aquel impulso no daba lugar al temor, ni a la espera. Como el agua que ha estado rebalsada y rompe aquel impedimento que la detenía, todo lo atropella y lleva por delante. Tales debieron de ser los gemidos e importunaciones del alma, o por mejor decir, tal es la piedad del gran Señor Dios y Padre Nuestro, que como vencido de las lágrimas, un día me parecía se ponía tan cerca del alma, que dejaba caer la cabeza sobre sus hombros. Estaba como cuando andaba en el mundo, mas como de edad de catorce o quince años, con tan grande hermosura, que no es cosa que se puede decir ni pensar; tenía los cabellos en muchas partes mojados en sangre. Dejó tales efectos de su amor, y deseo de padecer mucho por él, que en tres días no podía entrar en acuerdo. Otras cosas a este modo me pasaron en ese tiempo, que me hacían andar como fuera de mí, llorando continuamente unas lágrimas de consolación, que alegraban el alma y parecía la bañaban toda.

Padre mío: esto es lo que estaba escribiendo, cuando el sudor que le dije del Niño Jesús, que era como sangre.

Luego vi cumplidos los deseos que Nuestro Señor me había dado, de algunas cosas tocantes al convento, y así permitió y dispuso Su Divina Majestad que el nuevo Vicario y la Madre Abadesa que habían entrado, dispusieran todo aquello que había yo pensado en mi corazón; como la oración en comunidad por las mañanas, la lección espiritual y asistencia al refectorio, etc. Mas así lo dispuso Nuestro Señor, que permitiéndolo

Él, se cundió por la casa, que yo era quien más mal llevaba aquellas cosas, y tales cosas le debieron de decir al Vicario y a la Madre Abadesa, que un día intempestivo vino a hacer plática a la comunidad, mandando muy expresamente que me llamaran a mí, y diciendo la Madre Abadesa que no habían de empezar hasta que yo estuviera allí; mas como las novicias me habían dejado enferma le dijeron, y que no podría bajar. Yo entré a oír la plática a una tribuna que estaba cerca, y toda ella fue de las santas santimoñeras, hipócritas, descaminadas, de caminos extravagantes, errados, ilusos; y de los castigos, cepos y cárceles en que podría poner, y castigar, etc. No me parece me hizo esto alteración en mi alma, porque hallaba en ella una voluntaria resignación a hacer cuanto mis Prelados me mandaban, y veía que lo que mandaban era bueno y más conforme a religión. Lo que hacía era callar y estar como siempre, retirada en lo que no era de religión, u obediencia; porque veía que el introducirme yo con los Prelados, para más de esto, no servía de nada, y en particular con este sujeto que ahora digo, que era Vicario, tenía yo muy grandes causas de no introducirme en más de lo que fuera obediencia.

Sucedíame también que enfermé mucho por este tiempo de los dolores de estómago, y otros males, que algunas veces me veía obligada a pedir licencia, y recogerme a la cama, y aunque esto hacía pocas veces, a más no poder, mas por aquel tiempo permitía Nuestro Señor que la Prelada lo llevara ásperamente.

Un día de este tiempo, que voy diciendo a Vuestra Pateridad, tocaron a Capítulo, cosa que acá no se usaba. Yo me llené de temor, con las experiencias pasadas, y yendo a él hallé a un Notario que había enviado el Vicario con un auto, y todo

el convento, desde la primera religiosa, hasta la última criada, sobre no sé qué papel que había escrito una lega. Mas la Madre Abadesa, luego que me vio entrar, volvió todo su celo y enojo contra mí, diciendo, varias y muchas cosas; diciendo: que era infiel a la religión, y que de mí habían aprendido a escribir, etc., cosa en que jamás me ocupé, pues con particular cuidado no quise enseñar, ni a las novicias que había tenido; sólo a una le eché un renglón de su nombre, para que firmara en sus requerimientos, y eso por pedírmelo aquella monja que estaba por mi superior en la enfermería. Así que yo quedé de este Capítulo, harto corrida, y avergonzada; y tal debía de tener mi vilísimo corazón con estas cosas y otras que fuera largo de decir; que una noche rezando maitines, y llena de fatiga de ver que siempre estaban mal mis Prelados conmigo, y no sólo ellos, sino todos, y dando y tomando en esto: vi de repente, hacerse el coro donde estábamos, como un río o pedazo de mar, y a las religiosas que andaban por encima de él, como los mosquitos o gusanitos sobre el agua; y que luego algunas, en particular la Madre Abadesa, dando unas pequeñas vueltas, se hundían en aquella agua y desaparecían; yo me quedé espantada, y entendí moriría breve la Prelada, y así sucedió, que no duró dos meses. Me parece me mostraba esto Nuestro Señor porque no se me fuera todo en temer las criaturas, y en sentir verlas disgustadas de mí, y de mis cosas; mas esta mala maña no se me ha quitado, como que tiene tan profundas raíces en mi amor propio. Era esta Madre Abadesa verdaderamente religiosa y buena, mas siempre sentía mal de mí, y me notaba de inobediente, desleal a la religión —aunque con las cosas que dije—; mas esto me llena de temor, porque entre todas las cosas

terribles de esta vida, el dar disgusto a los buenos y ser como aborrecida de ellos, es el mayor desconsuelo y confusión que se puede ofrecer, y más para un corazón tímido y cobarde, y tan lleno de escuridad, y confusión, como el mío.

(En este tiempo vi a Nuestro Señor con la cruz a cuestas, que una persona pequeña, que no conocí, lo llevaba de la sogá que tenía al cuello, hacia la parte donde después sucedió este alboroto).

Esta Madre era tan humilde, que llegando la hora de salir de este mundo me llamó y pidió la perdonara, que no había hecho cosa con mala intención; y así era, porque ella era una alma santa, y su confesor, que la confesó general, decía: no le había hallado culpa grave. Ella estaba tal conmigo en aquella hora, que no se dejó olear, hasta que yo estuviera cerca de la cama.

Por este tiempo, como anduviera todo muy alborotado y lleno de novedades, vi que delante de Nuestro Señor, que estaba como en un trono en el sagrario, corría un río muy turbio, en que entraban y salían varias sabandijas o animalejos, y entendí ser los que buscan honra, y riquezas, etc. Más alto pasaba como otro río, como los átomos que descubre el sol, de caras muy hermosas, brazos y medios cuerpos; entendí la dificultad que hay en llegar a la perfección delante de Dios. Como a las espaldas, y lejos de aquel trono, corría otro río inmundísimo, de asquerosa basura; entendí ser las culpas graves o los que entran en ellas. Parecíame que mi alma se acogía a Nuestro Señor, temerosa de aquellas cosas que veía, y allí hallaba amparo y grande aliento y seguridad, y quedé muy consolada conociendo cuán poco es todo lo de esta vida, y que en sólo Dios hay firmeza.

▪ CAPÍTULO XXVIII

Deseos de padecer, de humillación y propio conocimiento. Sufre recia tempestad de tribulaciones. Dásele el destino de gradera. Purifica este lugar de antemano Nuestra Señora. Se le suscita nueva persecución y nuevo combate interior, que luego cesa. Sobreviénele una rara enfermedad corporal, con amarguísima tribulación espiritual.

Por este tiempo, dándome Nuestro Señor unos intensísimos deseos de padecer mucho, y de traer en todo un continuo ejercicio de humillación y conocimiento propio; estando un día en la oración de comunidad, me parece veía a mí misma, despojadas las espaldas, atadas las manos con cadenas de hierro y los pies, y los ojos vendados; y que Nuestro Señor mandaba azotarme, y así se hacía. Yo recibí tan gran consolación con esto, que ninguna otra cosa me la había dado tan grande. Estoy en que me deshacía en lágrimas de consuelo. Luego empezó a irse apartando aquella luz, y noticia que mi alma traía de Dios, y a ir entrando en una región y sombra de muerte; en unas tinieblas tan pesadas, que abrumaban el alma y la traían, como con una piedra de molino al cuello, y sumida en lo profundo de un amarguísimo mar. En lo exterior no había dónde poner los pies, porque no había criatura que no se me mostrara contraria, y aunque estuvieran muy amigas, fuera poca parte para remediar la pena interior, y gravísima de mi alma; y tal era, que yo no hallaba cosa a qué compararla. Hasta que un día vi a mí misma, levantada del suelo en harta

distancia, con los brazos cruzados como ponen a las difuntas. Todo lo que había en el suelo era un mar de agua, muy turbia y revuelta; y lo que descubría en el cielo, mirando arriba, sólo era una tempestad tenebrosa que amenazaba rayos con truenos, y nubes muy cerradas. Así me parece me mostró Nuestro Señor la tribulación y angustia en que mi alma se hallaba por aquel tiempo, que duró algunos meses, hasta que una noche vi en sueños a la Santísima Virgen, en la puerta que entra de la iglesia a la grada, con un velo como el que traen las religiosas, echado sobre el rostro, y que con una profundísima atención, y como elevación ardentísima de su alma santísima —a mi modo de explicarme—, recogida toda interiormente, hacía oración a la Santísima Trinidad, para que ahuyentara con su divina virtud y poder, los espíritus malos. Y esta oración, que hacía la gran Señora, Reina y Madre, era diciendo aquella oración, que decimos en completas: *Visita quesumus domine avitationem istam, etc.* Entonces entendí el romance de esta oración, y lo que en ella pedía para mi alma, mi dulcísima Señora Madre y alegría. Veía también que al decir aquellas palabras: *Et omnes insidias inimi-isi ab ea lonje repele*, se iban huyendo con grande prisa y furor, muchos espíritus malos, como arrojados de todo el circuito; y vi claro, con una vista del alma, cómo la grandeza de Dios y los atributos de su omnipotencia, bondad y sabiduría, en bien de sus criaturas, son los que más hacen arder la envidia y furiosa rabia de la antigua serpiente, y soltar un río de indignación por su boca blasfema. Así me parece iban huyendo y blasfemando contra Dios. Pues como yo desperté admirada y consolada, y libre de aquella pena y tormento que había padecido, me admiré más, cuando la Prelada me nombró aquel mismo día

para que fuera gradera, y asistiera allí aquel año, donde había visto a la Santísima Virgen haciendo oración para que fueran desterrados los espíritus malos, y lo demás que se contiene en aquella oración.

Ya se puede ver con cuánto consuelo y alegría de mi alma, tomaría aquella ocupación, para asistir en la presencia de mi Señor Sacramentado, y en lo que me había pasado, y hallaba un total deseo de acertar a agradar en todo a Dios y a su Santísima Madre. Mas breve, y en todo se ve cuán poco fundado en las verdaderas virtudes ha estado siempre mi corazón.

Un día de aquellos en que yo había recibido a Nuestro Señor, me vinieron a decir a la grada que el convento se estaba ardiendo, y que todo era por causa mía, porque una de aquellas religiosas que más mal había estado siempre con mis cosas desde que entré, y era la más estimada en el convento, por ser persona que lo merecía mucho; esta, pues, puesta al pie de la escalera que baja del coro, cuando salían todas de misa, decía a voces, llena de furor, hablando de mí: que esa mujer, ese demonio que había entrado en este convento para tanto mal de todas, que desde que ella entró no había paz, que no perdonaba Vicarios, ni Abadesas, ni hermanas, ni parientas. Ese demonio, decía: «...a quien con tanto horror he mirado y abominado desde que puso los pies en el convento, tan contra mi dictamen y parecer, etc.». Esto decía, según me referían las otras, con tan grande saña, que ponderaban cuál tenía el rostro de hinchado y encendido, que parecía salirle fuego, y fue así que luego cayó enferma. Debía de atormentarla y apurarla el enemigo, envidioso de su virtud, porque es cierto la tenía grande, y sólo él pudo prorrumpir, en algunas cosas que

allí se dijeron; como era: que yo metí discordias entre Fulana y Fulana; y que de la otra dije esto, y lo otro, cosas en que yo, por la misericordia de Dios, no me hallaba comprendida; y como lo oían las mismas de quien decían: que yo había dicho aquellas cosas, se ve qué llamas se levantarían, y más con la enfermedad que le dio luego de contado a aquella señora que todas decían que de la cólera que tuvo contra mí, y que yo le quitaba la vida; y como era persona tan estimada, no es creíble lo que hubo que tolerar y lo que decían, que ya moría y que yo era la causa. Decíame una amiga suya, en el refectorio, en público: que ya moría Fulana, y que donde yo estaba —daba a entender—, no quedaría nada de provecho, etc. Otras, me ponderaban los horrores que se habían hablado de mí; y yo entre esto estaba muy consolada interiormente porque no sabía cuál causa había yo dado, hasta que preguntándolo, me dijeron que porque había desviado una cama de una mulata, que había hallado casi sobre la mía en el dormitorio, y que a aquella religiosa le habían dicho que era de su china la cama que yo aparté, etc. Con esto la naturaleza mal mortificada, empezó a levantar otra peor guerra contra mi pobre alma, y ya lo que más me perseguía era yo misma, proponiéndoseme las cosas intolerables, y levantándose mis pasiones como unos perros hambrientos y furiosos, que todo lo quisieran despedazar y morder, aun las mismas cadenas, con que el Señor y dueño de todo las había tenido atadas. Mas en este mayor conflicto, aquel amorosísimo amor que no se olvida de la pobreza y tribulaciones de sus criaturas, como ayudador en la oportunidad de la tribulación; estando yo oyendo misa dijo a los oídos de mi alma: «Semejante es el Reino de los cielos, esposa mía, a un

grano de mostaza». Fue tal la luz, la paz, la quietud, que vino de mano de mi Señor y Dios, y Padre amantísimo, a mi corazón con estas palabras, que ya no pensaba ni deseaba más que padecer por Él, amarlo a Él, y por su amor estar tan deshecha y aniquilada como el polvo, que huellan los caminantes; y así fue pasando en mi quietud y retiro contenta con mi humillación, y mi querido Señor y esposo, a quien sentía aquellos días tan presente y con tal amor, como un finísimo amante, y regalado esposo.

Pues como muriera inmediatamente aquella Madre Abadesa que dije, cuando se trataba de hacer elección, fue esto que he dicho del enojo de esta religiosa y lo que con ella me pasó, y con Nuestro Señor. En aquellos días en que se estaban previniendo las religiosas para su Capítulo: como yo siempre haya tenido en la memoria a Nuestro Señor Sacramentado, y procurando traer presente a Su Divina Majestad, deseando amarle y no apartar mi corazón de Él; aquellos días se me representaba caído con la cruz, como cuando la llevaba al Calvario, mas con tal postura, que las palmas de las manos y la boca, tenía puesta en tierra, y a todas horas lo traía así presente; lo cual debía de disponer su divina piedad, para enseñarme y alentarme y reprender mi soberbia; y con esto me daba unos grandes deseos de seguirlo por el camino seguro de la humillación, y olvido de las criaturas, y de mí misma, que siempre lo había mostrado. Llegó el día de la elección, y eligieron a aquella señora, que se levantó de la cama, porque hasta entonces había estado enferma del enojo que tuvo conmigo. Nuestro Señor había puesto mi corazón de modo que no reparaba en la burla que algunas hacían de mí, antes, le di mi voto, y otros dos que dejaron a mi voluntad dos

religiosas que sentían mis desprecios; mas yo tenía tal voluntad de obedecerla, y la amaba tan de corazón, que algunas se espantaban del afecto y amor que me conocían. Luego le pedí con cuanto rendimiento y veras pude: que si yo le diera alguna ocasión de enojo, me lo advirtiera, con caridad, y me la castigara con rigor si me hallara culpada, y quedáramos en paz, como madre y señora con su súbdita e inferior; así me lo prometió riéndose; mas no me parece me lo concedió Nuestro Señor; antes siempre mostró señales de enojo, y las más veces sin advertirme la causa.

Tenía yo aquellos días un gran deseo que me daba Nuestro Señor de humillarme, y trabajar cuanto pudiera en su servicio, sin perderlo, con manifestarlo a las criaturas; y un día, estando en oración, me parecía que el enemigo se ponía a la vista de mi alma, como un gran gigante, con una maza de plomo muy grande, como que la quería descargar sobre mí. Yo pasé aquella Semana Santa, que a veces me faltaban los sentidos, de los sentimientos que Nuestro Señor me daba de su Santísima Pasión; y la Pascua me empezó a caer en el corazón un temor y temblor, que hasta de cosas muy leves temía y me estremecía, sin tener ánimo para pasar ni padecer nada. Al mismo tiempo me salió en la boca un tumor o hinchazón negra que iba creciendo, y todas decían era cosa muy trabajosa. La Madre Abadesa llamó al Padre Prior de San Juan de Dios, y me mandó salir, que me viera si tenía remedio; él se espantó, y compadeció mucho, y dijo: que ya era imposible curarlo, porque aunque cortaran todo el labio, no pararía allí, porque cuando aquel achaque se reconocía y salía afuera, ya tenía raíces echadas por todo el cuerpo. No era esto lo más, lo más era la congoja que cayó en

mi corazón, la oscuridad y fatiga; y más que me decían que con aquella enfermedad podría durar muchos años. Traíame el enemigo unos pensamientos tan tristes, y me daba un desflaquecimiento o desmayo en el corazón, que no me podía sufrir. Tenía presente mi desamparo para enfermedad tal y tan larga; lo poco que me había hecho atender de las monjas, el horror que les causaría, el no poder trabajar para mantenerme, junto con privarme de asistir con las religiosas al coro y demás; y que así acabaría mi vida, sin paciencia, sin consuelo, y sin conformidad, etc. Yo no me podía valer, porque la apretura de corazón era tan grande, como si cargara sobre mí una carga de hierro; y la escuridad y turbación de mi entendimiento y alma, como si no la tuviera más que para afligirme, con aquella pena sensible y pesada que me ahogaba, sin poder yo quitarla ni olvidarla por ningún camino.

Siempre a estos aprietos se ha juntado aquel argumento que debe de hacer el enemigo, que es decir: pues que no te conformas en esto con la voluntad de Dios; luego no lo amas, ni has amado; luego toda tu vida ha ido sobre engaños, ilusiones y malos fundamentos de soberbia oculta. Bien dicen que eres santimoñera, y que estás endemoniada. Tantos y tales trabajos que has pasado se han perdido, y antes has ofendido a Dios, que agradádole. Perdiste la vida temporal y la eterna, y sucederá lo que dicen las que te conocen; que innumerables demonios han de venir por tu alma cuando mueras. Y así me lo había dicho una religiosa: que más demonios habían de venir por mi alma, que átomos tenía el aire.

▪ CAPÍTULO XXIX

Figura horrible en que se le presenta Satanás amenazando ruinas; y se efectúa en parte del convento. Cesa la tribulación y enfermedad del anterior. Tiene anuncios de la muerte de su director el Padre Juan Martínez Rubio, y se verifica en efecto, dándosele conocimiento de la virtud de este sacerdote.

Pues, como digo: esta apretura de corazón me tenía tan oprimida, que no sabía qué hacer, pero no dejaba de clamar a mi Señora Madre y Reina, y andar con mi alma visitando sus santos templos. Y un día de aquellos, no sé si del todo estaba despierta, u oprimida con aquella angustia, veía venir un bruto disforme, de hierro o bronce, que al caminar le sonaban y hacían gran ruido las coyunturas, y se conocía el furor con que venía. Conocí que era espíritu malo, como también el que venía caballero en aquel bruto que parecía un gigante armado de hierro, y con grandes amenazas y rabia decía: «Todo lo he de destruir, desde los cimientos». Asombraba mucho ver a aquel caballo y caballero, y oír el ruido que traían; mas aunque mis penas se doblaron en lo sensible, me parece quedó mi alma más confortada, viendo que si aquella era persecución del enemigo, yo no tenía más que padecer y sufrir, y que él poco podría hacer, como Dios Nuestro Señor estuviera contento conmigo. Entendí en aquellas amenazas que decía: desolaría mi alma, y todos los sentimientos, luces y conocimientos que Dios le había dado desde el principio, y se

contenía en aquellos papeles que yo había escrito —y los tenía entonces, por habérmelos enviado Vuestra Paternidad cuando murió el Padre Francisco de Herrera—, y que también prometía desolar la casa en lo material, derribando los cimientos. Esto último le dije yo a la Madre Abadesa, sin saber lo que me hacía; porque un día, hablando no sé en qué, le dije que lo había soñado: que el enemigo prometía derribar los cimientos. Dentro de nada, cayó todo el cuarto de la enfermería, empezando por los cimientos y amenazando ruina todos tres altos y cuartos que estaban unos sobre otros; mas la Virgen Santísima de las Mercedes, en cuyo día fue, hizo que milagrosamente —a lo que todos decían—, se detuviera, hasta que le descargaron e hicieron cimientos. La Madre Abadesa me decía entonces que se había acordado de lo que le dije, y yo me quedé harto confusa.

Pues volviendo a mi enfermedad y aflicciones, se deshicieron y desaparecieron dentro de algún tiempo, sin más que la intercesión de la Santísima Virgen.

En todo este tiempo no había dejado de venir el Padre Rector Juan Martínez Rubio, ni yo tenía en lo humano otro recurso para alentarme a llevar la variedad de mis aflicciones, porque es increíble la caridad que Dios ponía en aquella alma santa, para consolar y aliviar mi alma, y así me consolaban y confortaban mi corazón las palabras; aunque yo no podía hablarle con la claridad, ni libertad que necesitaba.

La última vez que me vino a ver, que no pude bajar por estar sangrada; a la noche me hallaba en un suntuoso entierro, que era como una gran fiesta o procesión, en que iban predicando, confesando, dando la comunión, etc. A lo último venían unas andas cubiertas con un paño muy rico, en que conocía venir

algún difunto. Los que lo llevaban, a mí, como que fuera la de mayor duelo en aquel caso, y en descubriéndolo, veía a un Padre de la Compañía parecido mucho a mi Padre San Ignacio. Yo entendía el grande tesoro de santidad, que había estado como oculto en aquel Padre, y queriéndole besar los pies, alzando la cabeza me miró, como vivo, con grande amor. Yo entendí se llevaba Nuestro Señor al Padre Juan Martínez.

Muchos avisos tuve —de Nuestro Señor, me parece—, para saber que pasaba de esta vida a la eterna el santo Padre, y para conocer el gran mérito de su alma y virtudes, que excuso decir aquí; mas a la hora que estaba expirando, y en que murió, sentí yo en mi alma una tan gran ternura y ansia, que me hizo prorrumpir en mucho llanto, sin poder excusar el que lo vieran las religiosas, que estábamos todas en el coro; mas no dije por qué. Después me decían los Padres que un poco antes de expirar, había mandado que vinieran a avisarme cómo se partía ya de este mundo.

▪ CAPÍTULO XXX

Temores de andar errada en su camino espiritual. Destínanla a aprender el órgano. (Tiene entonces treinta y ocho años de edad). Tólera pacientemente una gravísima enfermedad, por cinco meses, junto con extremada pobreza. Recibe el viático. Redóblense sus trabajos, pero los sufre con paciencia, advertida con doctrina y aviso del Señor.

Yo quedé confesándome con el Padre Rector, que siguió en el oficio al Padre Juan Martínez, y como tan mala y tibia, no supe aprovechar este gran beneficio de la mano de Dios; mas hallaba grande consuelo y amparo en la caridad que ejercitaba conmigo.

Andaba yo por estos tiempos con un gran descontento, no sólo de mí, que esto bueno fuera, sino de mis caminos, y todas las cosas que me habían pasado y he escrito hasta aquí, me daban mayor pena, y las miraba como con horror, y como sueños e ilusiones, por donde me había ido despeñando en soberbia oculta, y que por esto permitía Nuestro Señor tanto abatimiento, tantas tentaciones, tantas contradicciones y tan grandes desconsuelos. Veía a las personas que más me habían mortificado y sentido siempre mal de mí, crecer en virtudes, y hacer grandes y buenas obras, con aceptación y acierto; y me veía a mí misma llena de miserias, caída en faltas, abominada de todas, y más de las personas que más servían a Nuestro Señor. Decían —y yo veía que es verdad—: que de nada servía en la religión, que no era más que un bulto de paja o

un poste; que la carmelita o cartuja, como no servía de nada —decían esto del Carmen habían entendido algo de lo que en aquella ocasión que dije, se había tratado—, notaban todas mis faltas, aunque fuera un volver las hojas del Diurno. Y yo a este tiempo traía un acusador contra mí en mí misma, que si hubiera servido de ser muy humilde, pensara que era bueno; porque era una vista tan clara de todas mis faltas y culpas en que caía, que no hablaba palabra, ni hacía acción, en que no descubriera muchos defectos. Todo me parecía que nacía de intención torcida y mala en mí, y si con displicencia me miraban las otras, mucho mayor la tenía yo de mí misma; mas sin el consuelo de hallar modo de enmienda, y así —porque no levantaba ni ponía mi confianza en Dios solo—, fui cayendo en un ánimo tan abatido y vil, que no osaba ponerme delante de mi Dios. Como si de otra parte pudiera venirme el remedio. Los oficios que me daban, los hacía mal, y hallaba muchas faltas que notar, comparándome a los animales inmundos.

Por este tiempo, como continuamente corrían lágrimas de mis ojos, diciendo: ¡Oh, Dios mío, cuándo se acabará mi destierro!, entendí estas palabras con gran consuelo: *Posuit fines tuos pasem*. No sé si querría decir que hasta la muerte padecería; a lo menos así lo veo hasta ahora, que cada día me hallo más llena de aflicciones interiores, etc.

Por este tiempo me mandó la Prelada aprender a tocar el órgano para que sirviera de algo, y esto me fue de mucho alivio, porque pensaba poder en aquello servir y tener ese consuelo; mas como ya yo tenía treinta y ocho años —y aunque lo había aprendido en otro tiempo, me lo habían mandado dejar, y estaba del todo olvidado—, ahora, con la edad, y no gustar

de enseñarme la religiosa que sabía —que era muy moza—, pasaba trabajo; mas lo llevaba con consuelo por ocuparme en eso, porque para nada interior no tenía ánimo, que a todo le tenía miedo, y de todo me recelaba por mí misma.

En este tiempo se fue el Padre Rector a ser Provincial, y a mí me dio una enfermedad de dolores de estómago, mayores que los había tenido nunca, tan agudos y tan continuos, que en cinco meses fueron pocas las horas que tuve de descanso. El cuerpo se ponía muy hinchado, y unas veces me ardía, y otras me helaba como para expirar. El dolor empezaba en el estómago, y atravesaba las entrañas y corazón, etc. Yo andaba lo más en pie, así para excusar los enojos, y el que me vinieran a llevar al coro, como porque había oído al Padre Juan Martínez, que era una gran merced de Dios poder llevar en pie los dolores o que ellos dieran lugar a no faltar de las cosas y ocupaciones de comunidad; y a esto me había enseñado desde el noviciado, que también lo había leído en la Madre Teresa, que no seamos fáciles en quejarnos; y así me había enseñado a pasar grandes dolores y enfermedades, en pie. Esta que digo, pasé con extraordinaria pobreza, y tal que las noches que me rendía a la cama, si había algún bocado que cenar, lo tomaba a oscuras. En una noche de estas me sucedió una cosa que yo no he podido atinar con qué sería: yo estaba como digo a oscuras, y postrada con el dolor, y que el cuerpo se hacía como plomo de pesado; cuando de repente vi aclararse la celda, y una luz del tamaño de una hacha, que estuvo alumbrando por más de una hora. Si fue alguna cosa natural, o algún engaño del enemigo, yo no lo sé, ni hizo en mí más que quedarme espantada y enterrecida. Pues pasando con el rigor de esta mi enfermedad,

permitió Nuestro Señor que habiendo recibido a Su Divina Majestad, la Pascua de Espíritu Santo, que cayó en día de mi Santa Magdalena de Pasis; esa noche rezando maitines en el coro, y sintiendo las angustias de la muerte, dispuso Nuestro Señor que reventara por la boca una máquina de sangre, o postema, que decían: no sabían en qué cuerpo pudo caber tanto. Yo quedé tan muerta, que unas —me decían después— pedían la vela de bien morir, y otras la extremaunción; mas volviendo algo me sacramentaron, y decían llegaría a las dos de la mañana, porque el pulso se acababa apriesa. No es decible el consuelo que mi alma sintió, cuando recibí por viático a Nuestro Señor, como ni el desconsuelo cuando vide amanecer y no haberse cumplido lo que me decían, que moriría esa noche.

Pues mi enfermedad se fue dilatando y recreciéndose otras, porque se me arrimó peste, y con la gran flaqueza que quedé y mucha soledad, pasaba trabajo; así estuve otros dos meses y medio, y con tan grande temor de la muerte y de la cuenta, que no sabía qué hacer. Así son las mudanzas e inconstancias de mi corazón. En levantándome de aquella enfermedad, fueron creciendo los ahogos y desconsuelos de mi alma, las contradicciones caseras, y la fuerza con que el enemigo y mis pasiones se levantaron contra mí. Traía una continua impaciencia, que parecía que el corazón me lo estaban mordiendo y despedazando. Las ocasiones que entre la celda se ofrecían, menudas y continuas, eran como llovidas. Yo misma me impacientaba de mí, y muchas veces salía afuera la amargura de mi interior, en palabras y acciones, con que crecía más mi desconsuelo; y muchas veces caía en una gran tristeza, sobre el desconsuelo que yo traía, faltándome de todo, el ánimo —como que ni esta

tentación ni otra cosa pudiera yo por mí vencer—, y pareciéndome imposible —porque no estaba bien desconfiada de mí—, poderme librar de aquel mar de amargura en que andaba. Esta tentación y guerra de la impaciencia y cólera, ha sido la que más continua y penosamente me ha combatido siempre, y en la que más he dado de ojos, aunque aun en esto ha permitido la gran bondad y benignidad de mi Señor y bien, que no saliera afuera, para con ninguna religiosa, ni fuera de la celda; antes ha hecho misericordiosamente que aunque hayan sido graves las ocasiones, antes en lo exterior se ha mostrado la paciencia, que yo en mí no he tenido. Esto veo que ha sido gran piedad de Dios, por los grandes inconvenientes que de lo contrario se hubieran seguido; y por eso Su Divina Majestad me dio siempre mucha y grande luz en orden al sufrimiento y silencio, como en muchos de aquellos papeles escribí, y desde antes de entrar al noviciado me mostraba que había de ser en la casa, como el jumento, callando, padeciendo, obedeciendo.

▪ CAPÍTULO XXXI

Nuevos temores de ir errada, en que por disposición divina, y por mayor mérito suyo es confirmada por algunos confesores. Contribuye el Padre Rector jesuíta a fortificar sus temores. Reflexiones admirables. Terrible desolación. Refuerzo celestial.

Pues volviendo a seguir, mis desconsuelos iban creciendo, y por aquel tiempo volví a hacer varias confesiones generales, ya para disponerme a morir, y ya porque no estaba con nada segura ni quieta. Volví a padecer el trabajo de antes, de llegar a donde algunos confesores, que permitiéndolo Dios, me ponían en grandes confusiones; y yo por la oscuridad, desolación y caimiento en que andaba, les debía de dar causa. Yo me veía por todas partes tan llena de temores y tan persuadida a que iba, y había siempre ido mal, que aunque todos dijeran lo contrario, no estaba en estado de dar crédito, más que a lo que sentía de mí, y así hacía esta determinación. Yo me pondré en manos de alguna persona sierva de Dios, y me dejaré llevar por donde me encaminare; y esto será mejor que sea un confesor, a quien hablaré con toda claridad mis intentos, deseos caídas y tentaciones, etc. Llegué a uno —era religioso de San Agustín—, y me dijo: que totalmente iba perdida, y que él no se atrevía a darme remedio ni camino, hasta encomendarlo mucho a Dios, que lo haría aquellos ocho días, y volvería después; así lo hizo, y yo esperaba llena de lágrimas

y confusión; lo que me dijo fue: que había gastado aquellos días en encomendarme a Dios, y que le había inspirado y alumbrado, para que conociera: que tenía mucho riesgo mi alma, y que iba fundada en soberbia, que él no se atrevía a guiarme, que si quería me haría diligencia de algún confesor, porque él conocía que el demonio tenía hecho asiento en mi corazón, etc. Otras cosas me dijo, tales, y tan espantosas para mi alma, que me dejaron como fuera de mí; y bastaba lo de la soberbia, porque a otro mal yo no he temido tanto en toda mi vida, cierta de que si le tenía en mi alma, sería aborrecida de Dios, y carecería de todos los bienes, de gracia y de gloria, que puede Dios comunicar a sus criaturas; y lo que es más, del mismo Dios y de su agrado, pues se aleja y huye del corazón soberbio, que no puede ser asiento de la verdadera sabiduría. Así, pues, crecía cada día más mi desconsuelo y aflicción, y a este paso las contradicciones de las criaturas, etc.

De lo que me pasó con este Padre tuvo noticia el Padre Rector, que estaba mal conmigo, y llamando a un Padre de allá, con quien solía reconciliarme, le dijo: que por qué dejaba condenar esa monja, que confesaba; que sin duda los Padres que no me querían confesar, era por el odio que yo tenía. El Padre que digo, vino con tanto enojo, que a voces me llamaba: «Mujer loca, insensata», y otras cosas muy sensibles.

Había entonces venido un Padre a la Compañía, a quien Vuestra Paternidad y el Padre Provincial encargaron tuviera cuidado de mi alma. Yo, como vi que otras personas de más respeto que yo, habían llamado al Padre, que era Rector, no quise serles molesta, lo uno, temerosa con las experiencias pasadas, y lo otro, porque siempre les causaba enojo con mis cosas;

mas esto que a mi parecer fue buscar la paz, se tomó de modo que se le dio el nombre de tema y rencor, y el Padre, en unas pláticas que hizo entonces, dijo tantas cosas contra las que frecuentaban los sacramentos con rencores, que como ya se había declarado en otras ocasiones, vi yo que todo era lo que sentía y pensaba de mí. También le dieron parte al Padre Vicario, e hizo la misma cuaresma otras pláticas, todas de esto. Es cierto que llegó a tanto mi aflicción y confusión, y lloraba tan amargamente, viéndome de todas partes atribulada, y como sin remedio, que me faltaba casi nada para reventar sangre por los ojos. El Padre Rector decía a los otros: que sólo sentiría que entraran otras monjas donde yo estaba, que era fingidora de males, hasta hacerme olear, que traía revuelto el convento; y estas y otras muchas cosas, que llegaban a mi noticia, me tenían en un estado de desconsuelo, que ya yo no sabía de mí. Buscaba alguna otra persona, que me diera luz en tantas congojas, y me decían que tratara de divertirme y alegrarme, y esto era para mi alma una apretura más pesada, porque jamás pude hallar consuelo ni alegría en ninguna cosa criada, aun cuando las podía tener, por estar en casa de mis padres. ¿Cómo hallaría en nada divertimento ni alivio, cuando hasta las piedras estaban brotando espinas y abrojos contra mí? Ya se habían pasado así tres años, y me mandaron volver a la portería —aquella monja mi amiga, que estuvo por mi superior cuando me penitenciaron en la enfermería, esta era ya Abadesa, y como digo, me envió a la portería—, pues esta Semana Santa estando allí se juntaron todas las pesadumbres que he dicho, y otras muchas, que no refiero; y la Madre Abadesa, luego que entró en el oficio, se empezó a mudar para conmigo, que no reparaba en

darme muchas pesadumbres; y yo, como mala, tibia y ya tan desviada de todo bien, sentía esto mucho, pareciéndome que ya no me quedaba ningún arrimo, pues aquella sola religiosa, a quien tanto había debido, ya se mostraba tan adversa para mí, cuanto de parte de las que más podían; y de ver que sentía esto, me daba mayor pena y desconsuelo, y lloraba a mí misma en tanta miseria, que lejos de la casa de mi Padre Dios, en una región de muerte, aun las sobras de las criaturas no hallaba, ni podrían ningunas satisfacer el hambre del alma, que sólo era de Dios. Quería este amorosísimo Señor, que no tuviera ningún consuelo humano, como después lo vi.

Pues, prosiguiendo mis penas, estaba yo como el que ha andado por un largo y trabajoso camino, y cuando más estropeado se halla y lleno de fatigas, con la estrechura y escuridad, le dicen todos: «Perdido vas; te has alejado del fin que pretendías en tu jornada»; y juntamente se esconde aquella luz y aliento interior que le guiaba, hallándose a este tiempo más clavado de espinas y lleno de cansancio y decaecimiento. Cuanto ve, es sombras y precipicios, y cuanto imagina, riesgos; lo que más me descaecía y afligía era lo que decía el Padre Rector, porque sólo en los Padres de la Compañía, había hallado siempre arrimo y amparo. En la oración, que no tenía ánimo para tenerla, sino era la de comunidad, y en recibiendo a Nuestro Señor Sacramentado, sólo podía decir y repetirle: Tened misericordia de mí, Dios mío; tened misericordia de mí. Mirad, Señor, si entre todas vuestras criaturas, ¿tenéis otra más necesitada y pobre?, y al paso de mi miseria, sea vuestra infinita misericordia en mi favor, etc. Mas esto decía con un corazón tan duro, seco y caído, que no hay cómo decirlo.

Pues aquella Semana Santa que iba diciendo, como hubiera llegado al extremo de estas penas, estaba tal, que en un rincón del claustro pasé mucha parte de la noche, y allí se me acordaron y dijeron aquellas palabras: *Considerabam ad dexteram, et videbam, et non erat qui cognosceret me.* Esto me volvió un poco en mí, pensando que quizás eran penas que Dios quería que pasara, y que Su Divina Majestad había padecido tanto, y decía aquello de sí mismo, y que era nada lo que yo padecía, a vista del mar de su pasión. La noche del Miércoles Santo, recogíendome a dormir, me hallaba en una ciudad de muy grandes calles, por donde andaba en seguimiento de Nuestro Señor, que llevaba la cruz sobre los hombros, aunque casi no se veía, porque era mucha la escuridad, y la tempestad que amenazaba el cielo. Las calles eran empedradas y yo iba descalza con gran fatiga, mas con aliento, porque veía que iba en busca o en seguimiento de Nuestro Señor; con esto desperté, con algún aliento.

▪ CAPÍTULO XXXII

Depárale Dios un buen director. Visión en que se le da a entender de antemano esta felicidad. Este la conforta y anima con saludables y acertadas doctrinas. Aprueba sus escritos. Torrentes de consolación. Locuciones interiores sublimes. Muerte mística. Unión perfecta. Pónela el confesor en rigurosa prueba.

Por este tiempo hizo la justicia dar garrote a un hombre, por delitos que le hallaron. Yo, como estaba en la portería, oía contar la caridad y celo santo con que un Padre misionero de la Compañía lo había ayudado y reducido a llevar aquel trabajo; que él estaba contumaz y rebelde, y aquel Padre había trabajado con gran fervor en su ayuda, hasta reducirlo, etc. Oí también decir que era rígido y de aspereza para todo lo que no eran sus ministerios. No sé cómo conocí que en aquel Padre hallaría remedio, ni sé si me animaba la caridad que había mostrado con aquel ajusticiado, a pensar no despreciaría a mí; mas era imposible en lo humano poderle hablar, lo uno por el gran retiro que decían que tenía, y lo otro, porque aun enviándolo el Padre Rector a acá, a donde una religiosa de mucha estimación y virtud; el Padre se volvió tan breve, que no dio lugar; antes cerró la puerta a que lo volvieran a llamar; esto, y el estar en su tercera aprobación, y estar el Padre Rector tan en el conocimiento de quien yo soy, y enfadado de mis cosas, me hizo quitar del todo este pensamiento. Mas cuando yo más olvidada estaba, dispuso Nuestro Señor que me reconciliara con

aquel Padre, habiéndolo enviado a una fiesta, que se hizo en esta iglesia. Ese otro día, como yo hubiera comulgado, estando con Nuestro Señor, me veía a mí misma con la significación o semejanza de un huertecito, con la puerta muy angosta y cerrada, aunque algo maltratada, como que le habían dado aguas y soles. Estaba el huerto con muy abundante agua, mas esta sin corriente ni orden, y así lo tenían como empantanado. Había muchas y buenas plantas, mas revueltas con ortigas, etc. Estaba adentro aquel Padre, que con mucho ánimo y desembarazo abría camino al agua, arrancaba aquellas yerbas, y trabajaba a vista de Dios, que estaba allí asistiendo y mandando, como señor y dueño, de aquella pobrecita tierra.

Bien se vio ser Su Divina Majestad quien lo disponía y mandaba, pues sin saber yo cómo, al cabo de un mes me hallé confesándome con aquel Padre, de tal modo que me decía después: que se ponía a pensar, que lo movió a venir, contra la determinación que tenía de no venir a monjas, y que no hallaba más de que Dios lo había dispuesto. Mas el Señor de todo, me quitó a mí aquel candado que tenía en la boca, que no hacía más que llegar llorando a los otros confesores, y les debía de decir algunas cosas tan confusas y llenas de amargura, que me ponían en mayor confusión, y quedaba más desmayada; para siquiera levantar el corazón a Dios; y al Padre le dio —a lo que yo puedo entender y experimenté—, un conocimiento tan claro de mis penas, y caminos por donde hallaría el remedio, y quería Nuestro Señor que fuera, que antes que yo le dijera nada, me decía las cosas y aclaraba lo que yo no entendía. Díjome que el vicio en que más estaba caída era el de la pusilanimidad y cobardía. Que lo mejor que podía tener para llegarme a Dios era el

padecer; y que todas aquellas contradicciones y menosprecios de las criaturas, eran señal de que iba bien, y eran cruces que Dios me enviaba, como también las tentaciones tan grandes y molestas que padecía; y que Dios también inmediatamente quería darme la más pesada cruz, que era su ausencia y retiro del alma, dejándola en aquella soledad y desamparo, donde no le queda fuera de Dios cosa con qué consolarse. Informóse muy bien del modo que tenía en la oración, y me animó mucho a volver a ella —porque, como digo, yo la había dejado casi del todo—. Díjome; que cuando más afligida, más oración había de tener, y más recurso a Dios, aunque el enemigo me pusiera mares de tribulaciones, que entrara en ellas fiada en Dios, que allí se purificaría el alma.

Yo había querido quemar aquellos papeles que Vuestra Paternidad me había enviado, porque cuando estuve para morir, temía si los veían las religiosas o los hallaban; y por otra parte, como en leyéndolos me alentaban y consolaban, no me determinaba. Díselos, para que me dijera lo que había de hacer. Díjome: que eran de Dios, y que lo que había de hacer era ser agradecida a sus beneficios, y creer que el maestro que aquello enseñaba, daría gracia para ponerlo por obra, aunque yo más sin fuerza me hallara; que lo que había de hacer era tratar sólo con Dios, porque según alcanzaba, quería Su Majestad de mi alma un sumo retiro de todo lo criado, y que sólo pusiera cuidado en ejercitar las virtudes, etc., y no temiera nada.

Nuestro Señor abrió los ojos de mi alma y conocí que esto era lo mismo que Vuestra Paternidad me había dicho siempre, y el Padre Juan de Tovar, el Padre Francisco de Herrera y el Padre Juan Martínez, etc. Y también abrió su mano liberal, como una

lluvia de grandes consolaciones; y tales que desfallecía, unas veces con la avenida de su amorosa presencia, y me faltaban las fuerzas corporales; y otras veces con esta misma presencia, me daba esfuerzo y quitaba las enfermedades corporales, y la flaqueza con que andaba. Mas como yo estaba acostumbrada a temerlo todo, todavía aunque me había dicho este Padre que digo: que no resistiera a las consolaciones que Nuestro Señor quisiera darme, con todo eso debía de temer, porque algunas veces, como hubiera recibido a Su Majestad Sacramentado, en aquella avenida de su amor entendía estas palabras, dichas con indecible benignidad y dulzura: *Ne coneris contra ictum fluvii*. Como si dijera: ¡Oh, alma mía!, déjate embriagar de la avenida poderosa de mis gracias, consolaciones y misericordias: *Ne resistas contra faciem omnipotentis*.

Diome por este tiempo tanto a entender y sentir, de aquel sermón que Su Divina Majestad hizo en el monte, de las bienaventuranzas, que fuera menester escribir muchos pliegos para decir algo. Y diome a entender que este había sido siempre el camino por donde su divina misericordia había querido llevarme, aunque por mi ruin natural y mucho desconocimiento de sus beneficios, y mucha industria de mis enemigos —permitiéndolo Dios—, tanto se me ha escurecido, en castigo de mis culpas, y yo tan remisa y tibiamente he andado en poner esfuerzo a caminar, por Él; y entendí que en queriendo extravíarlo, hallaría siempre mi alma en confusión, etc. Otras muchas cosas entendí por entonces, que algunas escribí, por mandármelo mi confesor.

Andaba mi alma como una ligera pluma, que es llevada del viento suave; así me parecía que yo no tenía parte en mí, para

nada, sino que andaba como sin alma, que mi alma se había entrado en su Dios, y que era gobernada por otro impulso, suave, dulce, amoroso y eficaz. Todo lo que veía y oía, era Dios, era sumo bien; y era un bien sobre todo sentido y conocimiento. No me estorbaba nada exterior; antes todo era como soplos que hacían arder aquella llama, y más ardía, con todo lo que era desprecio y humillación mía.

Mi confesor me mortificaba, cuanto alcanzaba su industria, y en esto se la daba Nuestro Señor muy grande, y tal, que a veces me decía: que había estado vacilando sobre qué modo hallaría de mortificarme; y que ya no se le ofrecía ninguno. Trátame mal cuanto se podía de palabra, y me respondía ásperamente. A veces, y lo más ordinario, se enojaba tanto, y tan de veras, reprendiéndome sobre cosas que a mí me parecían buenas, que me quedaba temblando y temiendo, y después me decía: que las prosiguiera; que bien iba. Algunas veces me echaba del confesonario, con tal enojo y desprecio, que parecía le había dado alguna grave causa; en particular en algunas ocasiones me escribió: que ya había echado de ver que yo y todas mis cosas, sólo para quemadas eran buenas y que estaba determinado a huir de mí, porque mi camino era perdición, y otras cosas muy duras, a que parece concurría Nuestro Señor, porque me dejaba en una oscuridad y confusión, que me parecía era así verdad, que el Padre lo decía de veras, y lloraba amargamente, sin más consuelo que la determinación que en mí hallaba, de hacer todo aquello que me dijera, era voluntad de Dios, fuera lo que fuera; mas para hallar quién me guiara en esto, se me cerraba el camino, porque el Padre me decía: no volvería más, y que mis culpas lo desterraban. Pero luego venía y me volvía

a reñir y reprender, porque no había sabido llevar bien aquella mortificación y cruz. Con todo esto y otras muchas cosas, yo veía y conocía el cuidado que tenía de mi alma y el gran deseo de mi aprovechamiento; y así aquel rigor era lo que más me animaba, porque me había puesto en sus manos con deseo de quitar de mí todo lo que fuera desagradable a los ojos de Dios. Diome licencia muy larga para todo cuanto pudiera de mortificación y penitencia, y mientras más hacía, con más salud me hallaba; porque así lo debía de querer Dios, por entonces. Quitóme todos cuantos consuelos humanos podía tener, aunque eran pocos y cortos los que yo he tenido nunca.

▪ CAPÍTULO XXXIII

Reitérase la persecución de las criaturas. Enviuda su hermana, y pretende entrar al convento, y sufre mucho por esto la Madre Francisca. Deseo de padecer males corporales. Consíguelo. Aparécese Satanás, y con especiosos racionios le causa, como a Job, tormentos indecibles.

No faltaban por este tiempo humillaciones exteriores caseras, porque de la celda me echó a la enfermería aquella monja que me había hecho bien, y era ya Abadesa, no permitiendo que ninguna llegara a mí, por una calentura que me había dado, que decían que era peste, y así, haciendo salir a las enfermeras, me mandó pasar a la enfermería. Yo, aunque sola y con el temor de lo mucho que huían de la peste, me hallaba allí como en la gloria, con la presencia de Nuestro Señor y ayuda suya. Mas luego se quejaron que estorbaba a las enfermeras, que no podían ir a su oficio, hasta que yo me viniera, con que me volví a la celda.

También se ofreció el que quiso entrar monja mi hermana, que había ya enviudado, y cargó sobre mí un tropel de cosas, que fuera largo de decir. El Padre Vicario, en las pláticas que hacía, decía tales desprecios, y las religiosas parece no se persuadían, al despego interior con que yo me hallaba en aquel particular. El enemigo urdía tales enredos, que aunque más fuera mi silencio y retiro, no me libraba de que me dieran por causa y autora de todo. La hermana, que era muy estimada

en el siglo, sentía los desprecios y la vez que yo la veía, sólo era oír sus sentimientos. Mas Dios me tenía, que no hacía más de consolarla, lo que podía, en Dios, y volverme a mi rincón.

Una mañana de esas, estándome levantando para entrarme a encomendar a Nuestro Señor, que serían las dos de la mañana, tiraron a la cama como un puñado de piedras menudas, que despertaron y pusieron en temor a las que allí estaban; a mí me dio temor, si se levantaría algún ardid del enemigo, y así se lo dije a mi confesor, que vino esa mañana; y como me dijo: que no temiera al enemigo, yo olvidé aquello, mas al medio día oí que una de las religiosas, que era Madre, y de mucha estimación, daba tales voces, y estaba tan encolerizada, que todas las monjas estaban espantadas, y ni aun se oía lo que se leía en la mesa. Yo estaba tan lejos, a mi parecer, de todo este mundo, y de tener, ni dar ocasión de tanto enojo, que al principio no entendí que era conmigo, hasta que en las palabras de desprecio que fue diciendo, y otras cosas en que casi me nombraba, lo conocí. Amenazaba muy furiosamente: que saldría como un río para vengarse, y que todo lo anegaría y arrebataría, diciendo palabras muy ignominiosas. La venganza era en orden al Padre Juan Romero, que era quien me confesaba; y así me escribieron después, que había pedido al Padre Visitador, lo sacara de este colegio, etc.

Otras afrentas y cosas padecí por este tiempo, exteriores, mas nada me hacía cuidado con la ayuda y favor de Dios, en buscando en mi retiro a Su Divina Majestad. Pues, como llegara la fiesta de la Santa Cruz de septiembre, diome Nuestro Señor unos grandes deseos de padecer en el cuerpo, y luego me los cumplió, enviándome una enfermedad muy penosa y

de grandes dolores, que todo el cuerpo estaba llagado, y de los pies, casi se arrancaban las carnes; y el día de la Impresión de las Llagas de mi Padre San Francisco, entendí: que si el comunicarle Nuestro Señor parte de su padecer en las llagas era tan gran favor, ¿por qué no apreciaba yo y estimaba como favor y beneficio de Nuestro Señor el darme parte de las penas y congojas interiores, que padeció en su santísima alma?, pues desde el huerto con más rigor empezó a tener pavor, tedio y tristeza, y una tristeza mortal. Yo le ofrecí mi cuerpo y alma, y vi cuánta razón era esta, y quedé admirada y convencida de la claridad con que esto entendí.

De ahí a unos días, estando en oración, vi junto a mí al enemigo —no con los ojos del cuerpo—, con una traza y figura muy fiera, vestido de unos andrajos negros; y aunque de esto no hice caso, empecé a sentir en mí una confusión y oscuridad tal, y tan penosa, que me parecía más amarga que la muerte, y me hallé de repente como cuando se esconde el sol, que todo queda a oscuras, y todo da horror. Parece que decía o sugería el enemigo estas voces a los oídos de mi alma, que la atravesaban toda: «¡Oh, desdichada! ¡Oh, desdichada! ¿A dónde está la luz, ni a dónde está Dios? En esta estrechez y lóbrega vivienda, has de vivir muriendo y reventando, fiada en tus engaños e ilusiones, perseguida y aborrecida de todas, hecha la piedra siempre de escándalo, y el estropajo de todas, por llevar adelante tus santimoñerías. Esto no puede ser, sino lo que es voz corriente y asentada entre las que te conocen; que estás endemoniada, y así pasarás de estas penas infernales a las eternas, porque siempre has ido con intenciones torcidas y malas, engañando a los confesores.

¡Oh, desdichada!, que de un abismo has de caer en otro. Mira cómo otras sirven más a Dios y le dan más gusto, sin tanto trabajo; hacen buenas obras, son queridas de Dios y de las criaturas; y tú en tanta miseria y abatimiento, ninguna obra buena has hecho, y siempre has andado como en un remo. ¿Esto qué puede ser?, pues Dios es fiel para los que lo buscan con verdadero corazón, sino que tú, no lo has hecho así; ni cómo has de hallar camino, pues tantos años has andado buscándolo, y siempre has topado por las paredes, o por las peñas. De un riesgo y lazo de condenación, has caído en otro, y de otro en otro. No hay más que esperar, sino que es lo que todos dicen: que la melancolía y la soberbia oculta, te ha traído a este estado. Y ahora, si te consolaba el retiro, yo te llenaré en él de pensamientos contra Dios y su Madre, y con eso desesperarás, morirás, y rabiardas, etc.» Esto último era una prensa tan horrible para mi alma, que ni todos los tormentos juntos podían atormentarme tanto; y así padecí sin comparación, por muchos días. Mas como Dios ponía en el corazón de aquel Padre, que en otras ocasiones ayudara tanto a mi alma, tenía mucho aliento, y no dejaba la oración por más atribulada que me hallara; y aunque este modo de padecer o tentación lo he puesto sólo en este lugar, ha sido tan repetidas veces por todo el discurso de mi vida, que apenas se podrían contar. Ahora entiendo, y me parece, que al paso que arroja estos pensamientos, le da Dios licencia para que mueva los humores del cuerpo, de manera que no parece sino que son penas sensibles, o que se padece parte de las del infierno. Es como si a uno le ataran los pies, y las manos, y lo echaran en un pozo o cárcel de fuego, donde no entrara luz. Y a veces suele también mover a otras criaturas,

para que estando en aquel estado de tanta aflicción y tormento, den pesares, y digan, y hagan cosas que causan irritación, y mueven las pasiones, alborotándolas también el enemigo, por medio de los humores del cuerpo, etc., con que no es decible el trabajo en que el alma se halla. Algunas veces pienso, si Dios con especial providencia no asistiera, se despedazaran hasta los huesos unos con otros. Muchas veces, aunque uno más se esfuerce, no deja de salir a lo exterior, que parece se quitan los pulsos, y se ve en el semblante algo del tormento interior; algunas veces se puede llorar, mas eso es con tanto trabajo, y apretura, que no alivia; otras, ni aun eso se puede, pues decir una lo que siente, ni halla palabras que lleguen, ni menos se puede dar a entender.

En estas ocasiones, unas veces me volvía en mí el Padre Juan, con reñir ásperamente, y me decía: «Yo soy ministro de Dios, y he de ayudar a sus intentos, que son el que padezca; ahí ha de morir, porque así lo quiere Dios». Con esto me quitaba aquel tormento.

▪ CAPÍTULO XXXIV

Purgatorio de deseos, por unirse al Sumo Bien. Doctrinas superiores. Es consolada por el Señor, el día de San Francisco Javier, con luces interiores; que explica con tan inimitable y santa sencillez, que apenas se hallará en parte alguna trozo semejante.

No sé si acertaré a decir algo de otro tormento que padecí por aquel tiempo con más extremo, aunque lo he padecido en muchas ocasiones, más o menos, como Nuestro Señor ha querido. Este es un descontento de todas las cosas de la vida; y de la misma vida, tal y tan grande, y unas ansias que el alma tiene de Dios, que parece está en purgatorio. Yo pensaba que así será el purgatorio de deseos, que dicen. Es un estar muriendo de deseos y ansias de hallar al Sumo Bien; y me parece es esto, después de un grande padecer, en que todas las cosas exteriores e interiores, se han hallado adversas, o se han vuelto cruces; y sobre eso ha dado Nuestro Señor una luz y conocimiento grande, de que Él es el Sumo Bien, descanso y hartura del alma; y con esto se encubre y esconde, y parece que se aleja y huye. No hay quién consuele en todo lo criado, ni en lo exterior, ni en lo interior; ni con ningunas dádivas, ni dones del mismo se satisficiera el alma. Todo este mundo parece como una cárcel oscura, y llena de penas. El mismo tormento, dan las cosas dulces, que las amargas, porque para el paladar y gusto del alma, todo sin Dios, sabe a amargura. Como

el haber, aunque sea en muy pequeña parte —respecto de lo que gustarán los buenos—, gustado algo de la suavidad, dulzura, hermosura y firmeza de Dios, hace conocer, cuán vanas y cuán breves, cuán sin sustancia son todas las cosas fuera de Dios. Parece que anda en ellas el alma y el corazón, en las que son forzosas, como gustando paja, o como atada a una rueda de molino, que todo le da tormento. No me parece que hay sediento que así desee el agua, ni cautivo en oscuras mazmorras, que así anhele por la libertad, etc.

Pero en esta ocasión que voy diciendo, no sólo era así, mas era un tormento tan fuerte, que me hacía prorrumper en un amargo llanto; y en estando a mis solas, en tantos gemidos, como si se arrancara el alma. Contaba los años que a más faltar, podría tener para salir de mi destierro, y los dividía en meses, en horas, y días: y con esto me consolaba, y desconsolaba, pareciéndome cada hora tan pesada, tan amarga y tan dura, que aun un momento de ella parecía intolerable. Juntamente me hallaba, como en una cárcel de amarguras interiores, que explicará mejor, el modo como me consoló Nuestro Señor en esto.

Rezando maitines de mi Padre San Francisco Javier, entendí estas cosas, como si dijera: «Este es el tiempo aceptable, este es el día de la salud, la hora presente, en que puedes vivir sola con el Sumo Bien, caminando a él con confianza, por los pasos o afectos que debes actuar en su presencia; detestando y aborreciendo la culpa, y todo aquello que puede desagradarle. Con paz del ánimo, pues no puede ser ofendido de quien no le quiere ofender. Y que si los deseos de morir eran por salir de las cosas con que me parece le ofendo: ensanchara o dilatara la

confianza; con la consideración de su suma piedad, procurando llegarme cada día más y más a Él; con el dolor de las culpas; con el amor de su bondad comunicadora de bienes; con la confianza en su omnipotencia, que puede hacer mi alma agradable a sus ojos, y librarla de sus enemigos. Con entregarme a su providencia, con una total resignación, aniquilándome y deshaciéndome en su presencia; y que no cuidara de otra cosa, ni de tiempos pasados, ni por venir». Y el entender esto era sentir y hallar estos afectos en mi alma, o ella toda embebida en ellos, donde no se descubría otra cosa que Dios.

También me trajo a la memoria todos los pasos y caminos de mi vida, no como aquí pueden ir escritos, sino como Dios los pudo manifestar al alma, sin riesgo de temores ni dudas, sin olvidos de la memoria, ni confusiones del entendimiento. Como uno que hubiera acompañado siempre en un largo y trabajoso camino, que dijera: «¿Te acuerdas que en tal parte pasamos fríos, soles y nieves, o que tales ardores tenías? ¿O que traspasada de la nieve en otras partes pasastes? ¿Qué temores, sustos y sobresaltos atormentaron tu corazón? ¡Oh!, cómo sin favor humano te saqué de todo; ya te parecía que morías, etc.».

Pero mejor los explicarán algunas palabras que entendí entonces, o digo, que escribí —no porque fueran palabras expresas, sino una luz que se imprimía en el alma, y la convenía habiendo recibido a Nuestro Señor Sacramentado—, eran como si dijera: «Mira, si todo el mundo fuera de oro purísimo, perlas y piedras preciosas, de inestimable valor, y pudieras con desearlo y suspirar por él, adquirirlo, y traerlo a ti, no te pudieras transformar en él; mas en mí, que soy verdadera riqueza

inefable, puede transformarte el amor. Y yo, suma e inmortal riqueza, comunicadora de bienes, me entraré y uniré a ti, liberalísimamente. Yo soy suma bondad, y busco aun a los que quieren apartarse de mí. ¿Cómo dejaré frustrados los deseos buenos de los pobrecitos, de llegarse a su centro, y a su Dios, no teniendo ni pretendiendo otra consolación de la vida, que hacer mi voluntad? Si para borrar, o torcer esta buena voluntad en el alma, se levantan los enemigos invisibles, las pasiones, o las contradicciones, poderoso soy para libertarte. Considera mucho y muy profundamente los atributos de mi bondad, y omnipotencia. ¿Es posible que anegándose el alma en aquel mar de inmensas aguas, podrá perecer sedienta? ¿Es posible, que arrojándose con toda su intención, en aquel fuego inmenso, podrá quedar helada? ¿El gusanito vil y miserable, que se esconde en su Dios, podrá perderse? ¿Aquella medicina, que se hizo de carne y sangre de Dios, no será suficiente, a sanar cualquiera enfermedad, o llaga? ¿El médico de infinita sabiduría, no sabrá curarte? ¿Cuando te envié, por los caminos de la tribulación, no saliste? ¿No te saqué? ¿Cuándo dejé que perecieras? ¿Si caíste: no te levanté? ¿No te dejé mi cuerpo para tu remedio? ¿No te he dado mis siervos para tu consuelo? ¿No te abrigo debajo de mis alas? ¿No enciendo tus deseos de llegarte a mí, más y más, sin dejarte consolar de ninguna cosa que de mí te aparte? ¿No te sufro? ¿No te espero? ¿No te llamo? ¿Con voces, con pasos, con golpes a tus puertas? ¿Cuando te envié pobre y peregrina, te faltó alguna cosa? Respira en aquellos aires suavísimos de mi inefable bondad; que quien por sola ella te dio lo que tienes, no te negará lo que te falta. ¡Oh, tibia y flaca de corazón: por qué no caminas por aquellos espaciosísimos campos de mis

misericordias, que allí se inclinan, donde es mayor la miseria y necesidad!

«El tiempo de la partida llegará, ahora trabaja en prevenirte para esta gran jornada, que por larga que sea la vida, para esta prevención será corta. Así como no puedes comprender mi hermosura y grandeza, mi amabilidad, y omnipotencia; así no puedes comprender, el premio que se dará al humilde, que con pura intención de agradarme se sacrifica a mí, cada hora, y cada instante, en el fuego de la tribulación.

«¿Cuántos años ha que caminas por noches, por nieves, por hielos, por asombros y espantos, por despoblados y por soledades?, y aunque cobarde y tímida, te descaminastes, ¿no te llamé muchas veces? ¿No te atajé, no te herí? No has muerto, pues todavía deseas y puedes confesar a Dios, y llegarte a Él. ¿Quién es tu bien y tu consuelo, sino el Señor Dios tuyo?

«Si ahora gusto estar contigo en tu destierro, está contenta, que no te dejaré, pues no faltó a los que esperan en mí. No me perderás como no quieras, que es infinito el peso del amor con que me inclino, a los que me aman y esperan en mí; a la alma que me desea y ama. Yo soy el Señor Dios tuyo, y si fueres fiel, no tardará el día en que ponga paz, con tu fin, a tus peleas, y el alma hecha Israel vencedor, saldrá del Egipto de sus pasiones y tinieblas, y entonces el Dragón grande como mar, huirá de ella; y los montes y collados de los ángeles y santos exultarán viendo a la presencia del Dios de Jacob, que movida, mudada, o deshecha la tierra del cuerpo, se convirtieron las piedras, sin ofender a los pies del alma, en estanques y fuentes, de agua de vida, porque la diestra del Señor hace virtud».

▪ CAPÍTULO XXXV

Rápido vuelo hacia Dios, hasta llegar a la unión, que Él mismo se digna declarar por singulares modos. Otros favores extraordinarios. Mortificala el confesor para gran provecho suyo. Oye una voz de Satanás en tono amenazador, que le anuncia la partida del siervo de Dios que la dirigía.

A sí pasaba, con aquellas fuerzas que daba Nuestro Señor a mi alma, vencidos los temores, miedos y confusiones de que había estado cercada; y tan vencida. Había fijado Nuestro Señor en mi alma, un aprecio de Su Divina Majestad, sobre todo lo criado, y sobre mi misma vida, salud, honra y consuelo exterior, e interior; y sentía tan continuas las ansias de mi alma, por irse a su Dios, que parecía levantaba cada instante su vuelo, o conocimiento, a un bien sobre todo bien, a un ser sobre todo ser; y cuando por algún espacio o causa se hallaba detenida, o como impedida de aquella corriente, o vuelo, en volviendo en sí corría con más ímpetu; como un río que ha estado detenido, y volaba; como el ave que se halla suelta de las prisiones.

Sentía muchas veces ser despertada, movida o consolada con unas palabras, que en lo más alto e interior del alma, le decían: «Francisca, ya eres mía»; y otras veces parecía, que desde una altísima cumbre o eminencia, que era entre mi misma alma, me llamaban por mi nombre; bastando aquella sola palabra a encender toda el alma, y a allanar toda dificultad o repugnancia de la naturaleza, para obrar, y entender siempre, lo mejor.

No dejaba de padecer grandes tormentos, que yo no sabía explicar. Ahora me parece, era el verse el alma en las prisiones del cuerpo, como en un cepo; y tener toda la vida, y el mundo, por una cárcel estrecha y triste. A que se llegaba una como amenaza del enemigo, o gran temor de que se me ofrecieran pensamientos contra Dios, y que me apartara de Él; lo cual era más duro de sufrir, aunque fuera un breve espacio, que todas cuantas penas corporales se pueden padecer.

Tenía por este tiempo, grandes dolores en el cuerpo, y pesadumbres, y desprecios caseros; mas en ellos me daba Nuestro Señor luz, del grande bien que traen consigo las humillaciones de las criaturas, y el inestimable tesoro, que con ellas se logran y pueden ganar. Parecíame un día, andar en un campo tan rico, y fértil, abundante, y hermoso, que no es posible llegue a comprenderlo ninguna imaginación: veía que de un principio, nacían varios arroyos de agua viva, que regaban aquel campo, por donde me parecía andaba yo misma. Allí conocía, cómo de una pequeñita semilla de humillación, nacían hermosísimos árboles, flores y frutos, etc., y me parecía, sentir mi alma, allá en lo más interior, estas voces: «Conmigo, esposa mía, conmigo». Acordábame que aquellos días antes estando enferma en la cama, me veía a mí misma muerta, y cubierta con las vestiduras del Señor, y entendía, que había de estar muerta para vivir, y viva sólo para padecer. Así lo deseaba, con unas ansias tan grandes, que me quitaban las fuerzas y alientos del cuerpo, y me parecía que mi Padre San Francisco, me sustentaba en aquel desmayo, y dábame tanto deseo de ser despreciada, que si por mí sola fuera, me hubiera fingido loca.

Ayudábame mucho el confesor que tenía, porque me hacía conocer, lo que yo era de mí, y lo que podía ser, mediante la gracia de Dios. Repetíame muchas veces: que lo que deseaba de mí era, el que mi nombre no se oyera en el mundo, y que padeciera mucho, en mucho silencio y oración, y que así iría segura. No cesaba de mortificarme rigurosamente, de tal manera, que un día me previno Nuestro Señor me parece, para lo que había de pasar. Porque como yo estuviera en grandes aflicciones y desconsuelos, una mañana me veía a mí misma, como los moribundos, que ya les falta poco, o ningún aliento, postrada en una cama, y que estando así, llegaba mi confesor, y cargaba toda la fuerza sobre mí, y sentía yo unas grandes angustias y apreturas. Así se verificó y lo experimenté aquel mismo día, porque vino y me dijo cosas de tanta angustia y pesadumbre, que casi del todo descaecieron las fuerzas del cuerpo, y en todo aquel día y noche, no pude tomar más sustento, que el de las lágrimas, porque así como él ayudaba por entonces a los intentos de Nuestro Señor, así Su Majestad ayudaba a los suyos, y me dejaba en un sumo padecer. Era más el rigor con que me trataba, que lo que yo sabré aquí decir, y el enojo que me mostraba, me hacía aterrar y temblar. Solía decirme después: que aunque se sentía inclinado a ayudarme a llevar mis cruces, más que por otra parte, no podía menos que tratarme de aquel modo; y que parecía yo insensible, porque ya no hallaba modos de mortificarme y humillarme; pero que él sólo deseaba mi mayor bien y que se limpiara y purificara mi alma para Dios, y que fiaba en Él, y en su inmensa bondad, que si así perseveraba hasta la muerte, volaría mi alma al Señor en saliendo de las prisiones del cuerpo. Este era un tan grande

consuelo y aliento para mí, que me parece me metiera en hornos de fuego, por conseguir esta dicha. Mandábame que si en dándome algún pesar, o haciéndome algún desprecio, hallaba en mi alma movimiento de impaciencia o sentimiento, tomara alguna penitencia, y trabajara en esto hasta estar del todo reducida en lo interior, a la verdadera mortificación; y yo lo ponía en ejecución, y con el favor de Dios sentía grandes bienes, y ayudas de Su Divina Majestad.

Pues como yo veía el bien que mi alma lograba por este medio: estaba un día antes de amanecer, en la presencia de Nuestro Señor Sacramentado, dándole gracias, y acordándome, cuán diferente sentía ya mi alma, con cuánto aliento y determinación de morir a mí misma, y anhelar sólo a Dios, gastando la vida en padecer y sufrir, y esperando en la muerte ir por su misericordia a gozarle libre de culpas. Entonces oí una voz casi clara y sensible, que hablando del Padre Juan Romero, que era el que me confesaba, decía, como con amenaza y venganza: «Ya él se va», alargando mucho la postrera sílaba. Como si dijera: ¿Ya él se va, y veremos qué haces?, o entonces verás. Yo me asusté, y llené de confusión, y conocí en los efectos ser aquella habla del enemigo.

▪ CAPÍTULO XXXVI

Retírase el confesor. Viene otro y exige que lo que se le haya de comunicar sea ante testigos. Vuelven los huracanes de persecuciones, por las criaturas, y en su interior, pero es socorrida de lo Alto. Anúnciasele un gran consuelo, y se efectúa viniendo su director.

De allí a quince o veinte días, supe que salía de aquí el Padre, y yo quedé aunque con grande desconsuelo y temor, con mucho aliento, fiada en Nuestro Señor, y pareciéndome, que ya no había más, que esperar el salir de este mundo y región de muerte y de sombras, a la tierra de los vivos, y región de paz.

Luego vino otro Padre de gran virtud, a quien Vuestra Pateridad había encargado me confesara; mas luego que puso aquí los pies, le dieron noticia de quién yo soy, de manera que me dijo: quería quitar mi mala fama, porque la ciudad, y el colegio, estaba lleno de ella. Luego, las religiosas, enviaron a decir al Padre Rector —que era el que estaba mal con mis cosas y conmigo— que ya aquel Padre no serviría para ninguna, porque yo trataba de confesarme con él. El Padre Rector vino con tanto enojo, y me dijo cosas tales, que a cualquiera hubiera puesto en confusión y tormento. Yo, aunque quedé confusa y corrida, oyendo las cosas que el Padre Rector me dijo, y la risa que otra religiosa —con quien yo estaba entonces en ejercicios—, tenía de esto; mas como entre las otras cosas que el

Padre Rector decía, era que aquel Padre sabía quitar siniestros, y malas mañas, me daba más aliento y deseo de confesarme con él, porque nada más deseaba, que quitar de mi alma, estas mañas y siniestros.

Pues estando en aquellos ejercicios, como me viera un día afligida, acordándome de las cosas tan sensibles, que con tanto enojo y desprecio, aquel Padre Rector me había dicho, vino aquel Padre con quien yo pensaba confesarme, y a quien Vuestra Paternidad había encargado el cuidado de mi alma, y me dijo: que habían hablado en su colegio largamente de mí, y que lo que se me ofreciera decirle, había de ser breve, y delante de todas, o algunas religiosas, porque así importaba, y convenía. Yo le respondí: que del modo que dispusiera, porque no deseaba más que agradar a Dios, y ser encaminada por parecer ajeno. Mas cuando me volví a mi retiro, me empezó a entrar una confusión y tristeza tan grande, que no me podía valer. Parece que me decían: «¡Oh, desdichada!, ¿hasta cuándo has de andar hecha el tropiezo de todos? ¿Ya no basta que dentro del convento te pase esto, y lo otro, sí que también los Padres, y la ciudad, y todo, te ha de tener por irrisión, y escarnio? ¿Siempre, siempre has de andar así? Deja la oración, y con eso no tendrás tantos desconsuelos, ni habrás menester quién te guíe ni enseñe; y ya que la tengas, no creas lo que en ella te pasa de consuelos, o desconsuelos; y ya que los creas, no des cuenta a nadie, y con eso te librarás de tanta angustia. ¿No es cosa dura acabar de padecer con el un Padre, y con todo lo que te pasa, y empezar con otro a experimentar nuevas cosas, y oprobios? ¿Piensas que así sirves a Dios? Pues no lo pienses, que otras le agradan más, sin tantos trabajos e inquietudes».

No es decible lo que me veía de affigida y turbada; mas, en la oración que era aquel día el ejercicio del juicio final, pensando, cómo vendría el estandarte y señal de la Santa Cruz, para alegría y consuelo de los predestinados; me dio Nuestro Señor luz de muchas cosas, y una gran confortación para llevar los trabajos, y no huir del padecer. Parecíame que mi alma sería recibida en aquella grande y dichosa congregación, y cuánto entonces me alegraría, de haber padecido mucho, entendiendo aquel salmo que empieza: *Laudate pueri Dominum*. Muy en particular, aquel verso que dice: «Levantas de la tierra al necesitado y del estiércol al pobre, para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo, y que por esto lo alabarán sus criaturas, etc.». Parecíame que la Santa Magdalena de Pasis, mi Madre y mi Señora, se llegaba amorosamente a mi alma, y se unía su espíritu con el mío, con un abrazo y unión muy estrecha, e íntima, alentándome, y consolándome.

Así quedé muy quieta y cuando me llamaba el Padre que digo, bajaba; y aunque no me daba lugar a más que reconciliarme, algunas veces, porque lo que se me ofreciera, decía: que delante del Padre que traía por compañero, o de otra monja, se lo había de decir; yo me volvía muy quieta y consolada a mi retiro, viendo que aquello era lo que por entonces Nuestro Señor quería, y así recurría a sólo su favor en mis aprietos, que los padecía grandes, y con mucha oscuridad y turbación, que no me sabía entender, ni me podía valer; algunas veces en las cuales acudí a Nuestro Señor como Padre amorosísimo enseñando y consolando mi alma. En una ocasión parecía decirme: «¡Ay, alma, cuánto me cuestas!». Como palabras dichas con grande amor, acordándome cuánto había hecho y sufrido por mí. En otra

ocasión entendía: «¿Qué tuve yo que no te diera?, ¿qué resta, sino que seas fiel?». Dábame por este tiempo muchas veces a entender, el bien que me hizo por mano de Vuestra Paternidad y por su medio, no permitiendo que tomara otro esposo que a su Divina Majestad, y llevándome siempre por desprecios, y camino de cruz, etc.

Así, con grandes enfermedades, y un continuo retiro, olvido de todo, y con estas y otras muchas cosas, había pasado algunos meses; cuando un día estando con un sumo desamparo, y con cosas que me daban mucha congoja, entendí esto: que breve me enviaría Nuestro Señor el remedio y consuelo como de su mano santísima, y lo entendí por estas palabras: «No duerme el Señor, ni en su memoria cabe olvido, ni en su voluntad tibieza, ni en su sabiduría ignorancia. No tiene las manos atadas, ni sus criados son descuidados, pues los hizo espíritus diligentes como fuego abrasador».

Entendí cierto, que me enviaría Nuestro Señor el consuelo y remedio, aunque entonces no conocí, que este era el venir acá Vuestra Paternidad, mas lo supe de allí a ocho o quince días, y vi claro la fidelidad con que Nuestro Señor cumple sus promesas, y la infinita misericordia con que ayuda a sus criaturas, pobres y miserables; y así dispuso Nuestro Señor que Vuestra Paternidad viniera, acrecentando siempre sus misericordias, aunque esto es para mayor confusión mía, pues tan mal las sé corresponder, ni lograr.

▪ CAPÍTULO XXXVII

Advertida por el Cielo, del corto tiempo de vida que le restaba a su hermana, la induce a que apresure su entrada en religión. Varios y particulares sucesos que le ocurren, asistiéndola enferma hasta su muerte, en que se demuestra una invencible paciencia, sufrimiento y caridad. Maltrátala Satanás visiblemente y de varios modos; pero ella se sostiene con auxilio de Dios en este combate.

Algunos meses antes, estando rezando el oficio divino, entendí claramente: que le dijera a mi hermana, que tratara de lograr el tiempo, porque era poco el que le restaba de vida, y que no pusiera dilaciones a su vocación religiosa, si la quería conseguir. Yo le hablé en eso, aunque sin decirle, por qué, más que lo que es cierto y todos vemos, de cómo se acaba el tiempo, y cuánto vale lograr las inspiraciones de Dios, y hacer por Su Divina Majestad lo que se pudiere, antes que venga la muerte, y acabe la vida. Habíame sucedido el año antes, cuando se desbarató su entrada; que como yo me recogiera, haciendo cuanto podía por desechar la pena, que esto me daba, me hallé en un lugar del convento, con Nuestro Señor crucificado vivo, y en el aire los brazos, sin haber cosa en qué los sustentara, estaba como agonizando con grandes angustias, y yo llegaba a mantenerle los brazos con los míos, teniendo con mis manos las suyas, lo cual hacía con grande trabajo, aunque con grande ánimo, y consuelo, porque me parecía, que aliviaba la fatiga y tormento con que Nuestro Señor se mostraba, hasta que al cabo de algún tiempo me hallaba sentada, y que Nuestro

Señor caía muerto sobre mí, y yo le cubría con mi mantellina, y encubría de las religiosas. Conocí, que todo esto se entendía de mi hermana, aunque no sabía, cómo se había de cumplir.

También por este tiempo, tres o cuatro meses antes de su entrada, como yo me hallara con grande dilatación y paz del alma, sólo fiada y asida de Nuestro Señor, y me pareciera, andar mi alma por unos hermosísimos campos, que entendía ser el ejercicio de las virtudes, en compañía de Nuestro Señor. Un día me pareció, que llegándose mi alma a su Señor, entendía esta pregunta: «¿Quieres tú reposar en mí, o que yo descanse en ti?». Conocía, que el descansar o reposar que llamaba en el alma, era enviarle trabajos, y se sentía inclinada, a que Nuestro Señor descansara en ella.

Luego se dispuso, por medio de las mismas personas, que antes lo habían dificultado, el que entrara mi hermana monja, y aunque todos pensaban, y yo lo pudiera esperar así, en lo natural, que con eso se acabarían mis trabajos, y soledades; porque era grande el amor, que desde niña le debí, y su capacidad y virtud, que Nuestro Señor le dio, podía ser de sombra y amparo para mí. Mas lleva Nuestro Señor las cosas, por muy diferentes caminos de lo que descubre la vista y conocimiento humano. Luego que entró, pasé el quebranto, de faltar en lo más de mi retiro y soledad, que ya en esta vida otra cosa no me consolaba. También me affligía, ver sus desconsuelos y afflicciones, que por ser yo en la ocasión, Maestra de Novicias, y hallarme cargada interiormente, de penas y ahogos, ni podía negarme, ni sabía cómo consolarla, ni consolarme. El enemigo también debía de poner mucho, en su desconsuelo y el mío; y esto entendí por algunas cosas, que me pasaron, como luego diré. Una noche me

hallaba en sueños, en una casa o iglesia hermosísima, con varias divisiones, capaces y adornadas, y que llevándome a un cuarto bajo, me decían, que aquel era la enfermería. Yo la cama que vi allí, era un horno de fuego, aunque claro y apacible. Luego le dio una enfermedad, tan rigurosa, que no sólo la postró en la cama, más día y noche, sin cesar, la hacía estar en un continuo gemido, como que le despedazaban las entrañas. Era grande la compasión y dolor que yo tenía, de verle padecer aquel riguroso dolor, sin poderle hallar ningún alivio, en cuatro meses y medio, que duró su enfermedad, hasta que Nuestro Señor se la llevó; y como yo me hallaba también enferma, y rendida, y pasábamos mucha soledad, y desamparo de las criaturas; y ella, aunque con gran paciencia y conformidad lo llevaba; mas como había sido en su casa, muy estimada y hecha a mucho cuidado, y asistencia, pasábamos muy amargamente, uniéndose el día con la noche, en los trabajos, y sustos, miedos, y soledad, etc. Oía yo cosas muy pesadas, de los Prelados, y religiosas, porque daban por yerro, el haberla recibido, y sobre esto decían hartas cosas. Como si alguno pudiera adivinar, las enfermedades que le ha de enviar Dios; mas así son las criaturas, que en tan breve tiempo olvidaron lo mucho que había hecho, y deseaba hacer más, en su servicio y del convento.

Tres días antes que Nuestro Señor la llevara, estando yo mirando a Nuestro Señor crucificado, sentía, que como si su cuerpo difunto cayera sobre mí, se llenaba mi alma de su sangre, y sentía aquel peso. Entendí que breve moriría la enferma; y así fue, a los dos o tres días.

En todo el tiempo de su enfermedad, me consolaba Nuestro Señor con que todas las veces que llegaba a alzarla, o volverla, se

me representaba, y veía mi alma a Nuestro Señor en ella; unas veces crucificado, otras en el sepulcro. Esto en particular me pasó la Semana Santa, en que crecieron los sustos y soledades, y cada rato le daban parasismos. El Jueves Santo, en que apenas tuve lugar de recibir la comunión, y al punto volver donde la enferma, entonces fue cuando más vivamente, me parecía ver a Nuestro Señor en ella; así aunque era grande el trabajo, se llevaba con aquel consuelo, aunque es cierto, que no bastaban las fuerzas corporales, por tener yo pocas en aquella ocasión, y estar muy enferma.

No es decible, lo que se hablaba, en orden, a que yo ocultaría, los bienes y alhajas, que había traído al convento; ni cuán atajada y confusa, me hallaba, de haber de entender en esas cosas, porque Nuestro Señor no fue servido, de abrir algún camino, por donde yo no entrara en eso. Mas las cruces y penas que me quedaron, mejor las sabe Vuestra Paternidad, como a quien Dios misericordiosamente, había traído en esta ocasión, para que yo conociera sus piedades y providencia; y así sabe, cómo hasta despachos sacaron, los sujetos de fuera, para apagar candelas y leer descomuniones, creyendo que yo había ocultado bienes.

Así que de muchos modos, me quedaron modos de padecer, después de su muerte, así con las esclavas, como con los bienes, herederos, etc. Mas con el consuelo de que mis trabajos, y más estos se encaminaban, a cumplir lo que parecía más caridad, y razón; y hallaba en ellos, el consejo, caridad, y ayuda grande, de Vuestra Paternidad.

Al principio que le dio la enfermedad, entendí que el enemigo tiraba a meter cizaña entre las dos, con sus acostumbradas

mañas, para hacer perder el mérito y el tiempo, como de mí en muchas ocasiones, —y quiera Dios que no haya sido en todas— lo ha logrado. Una noche, que me hallaba más rendida que otras, por haber muchas que no tomaba descanso, y andaba traspasada de aflicción y pena, con muchos dolores de estómago, etc. Pues esta noche que digo, deseaba más algún descanso, cuando empezó de nuevo a apretar el dolor y achaque de la enferma, y a pedir a toda prisa, hiciesen varios remedios que se le aplicaban. Yo con esto, hallé mi corazón movido a impaciencia, y a no poder ya más; al mismo tiempo se afligía y daba prisa la enferma, porque la gravedad de su dolor no le daba lugar a nada. Entonces me parece, vi al enemigo, en una figura muy pequeña, como raído todo el pellejo, saltando de la cama al suelo donde yo estaba, y de allí volvía a allá.

Los días antes, me había apretado tanto el corazón, que yo no me podía valer, ni saber de mí. Una noche estando con aquella congoja; lo veía en la figura de un puerco, no muy grande, que daba vueltas alrededor de mí, con tanta ligereza y velocidad, cuanto no cabe en la imaginación, y me causaba un gran tormento. Aquellos días me dio un mal de corazón, que parecía, por otras manos, me levantaban en el aire, y me daban tormentos, que no bastaban ningunas fuerzas, a detener la violencia que traía mi cuerpo. Esto fue a los principios. Una mañana de estas, era tanta la inquietud y apretura interior, con que yo estaba, que me estuve cinco horas de reloj, postrada en la presencia de Nuestro Señor Sacramentado, pidiéndole, me diera gracia para pasar aquel tormento, sin que saliera a lo exterior, ni fuera causa de desconsolar a otras, y más, a las dos enfermas que entonces tenía a mi cuidado. Pues como

pasadas aquellas cinco horas, en que clamaba a Nuestro Señor, me hallara tan atormentada, e inquieta interiormente; vi que entraban ya los Padres en la iglesia, a decir misa, y pensé si con reconciliarme volvería en mí, y podría siquiera traer el rostro sereno, para asistir a lo mucho que tenía que hacer. Pues como llegué a confesarme, comenzó el Padre con quien me reconciliaba, a decirme: que a todo su entender, yo estaba perdida, ciega del demonio, y que él no quería reconciliarme, ni absolverme; y diciendo esto, se levantó del confesonario, y me dejó allí. Yo volví a la celda más desconsolada que había ido, y en ella hallé tales cosas, que no pude menos que conocer, era el demonio el que movía aquello, para si pudiera acabarme, o hacerme caer en desesperación. Esto fue en el tiempo, que Vuestra Paternidad se había ido a visitar las haciendas, y así lo pasaba, con más desconsuelo.

A este modo, he pasado lo más de mi vida. Escribo sólo una u otra cosa, porque fuera nunca acabar, decirlas todas, que casi han sido unas mismas.

▪ CAPÍTULO XXXVIII

Dásele a entender, en diferentes maneras, el estado de salvación de su hermana después que esta murió; y también lo poco en que se deben tener todas las penalidades de esta vida, respecto de la feliz eternidad. Cuánto vale un buen confesor. Nuevo y visible ataque del espíritu infernal.

Después que murió mi hermana, estando yo con mucho desconsuelo, y soledad, porque mi interior estaba muy solo, y seco, y con la pena de haber de entender en negocios exteriores, por los bienes que quedaron en mi poder; me parecía, que tenía sobre el corazón, un montón de tierra, y también experimentaba, muy poco, o ningún consuelo, en las religiosas, porque lo más que me llegaron a decir, era: que sentían que se hubiera muerto, porque no se parecía a mí, etc. El día de la Ascensión de Nuestro Señor, me pareció verla, con los ojos del alma, debajo del brazo derecho de Nuestro Señor, y otra vez, de Nuestra Señora, puesta de rodillas, y cubierto el rostro con el velo; y me pareció entender muchas palabras de consuelo de Nuestro Señor, con que me quitaba la pena y confusión, con que me dejó su muerte.

También la vi en sueños, que iba haciendo camino, con nuestra madre, que también murió aquí, y que las guiaba un niño muy hermoso, coronado de flores.

La víspera de la Asunción de Nuestra Señora, me quedé estando rezando maitines, me quedé —no sé si dormida—, lo

que hace una Ave María, y la vi que se iba con mucha hermosura y alegría; y con la eficacia y veras, con que hablaba en vida, me convidaba a que nos fuéramos. Fue tanta la alegría de mi corazón, que saltándome en el pecho me hizo volver en mí; y dentro de breve espacio me quedé como la primera vez, y la volví a ver, que con grande hermosura y alegría, y con mucha música, se embarcaba en un hermosísimo y dichosísimo mar, y no me acuerdo, si volvió a llamarme; mas la alegría que tuve, hizo dar tales latidos a mi corazón, que me volvió en mí.

Este mismo día de la Asunción por la mañana, la vi en sueños, que se subía por la región del aire, con mucha hermosura, y un manto azul muy lindo: parece que volvió a llamarme, que nos fuéramos.

De ahí a ocho o diez días, la vi también en sueños, con grande hermosura, con el velo blanco echado por la cabeza, y cogido en la garganta, bordando con mucha gracia y alegría, una vestidura blanca, con lazos de oro, y entre los lazos, iban entretrejididos unos versos, como octavas, de la pasión y vida de Nuestro Señor Jesucristo, de admirables misterios, y consonancias; y ella decía que aquella vestidura era, para cierta persona, a quien le había debido en su enfermedad, y que había de servir, en la fiesta de San Bartolomé.

En otra ocasión me parecía, que nos hallábamnos las dos en el aposento donde murió, y que desde allí, veíamos muy cerca, una hermosísima y alegrísima ciudad, llena de muchos y muy gustosos moradores.

En otra ocasión me pareció, estar con ella conversando, fuera de la vida mortal, y que con palabras, y acciones muy significativas, me ponderaba, y decía, el sueño que fue la vida

mortal; repitiendo muchas veces: «¿Qué fue aquello, Francisca; qué fue aquello? ¿Qué fue lo que tuvimos; qué fue lo que hicimos; qué fue lo que padecimos? Nada, nada, nada; sueño, sueño». Y con un modo de admiración repetía: «¿Qué fue, qué fue?». Y esto que su vida fue de muy varias fortunas, prósperas y adversas; y todo lo reputaba, sueño, y nada.

Pues como iba diciendo: como yo en este trabajo, y en todos, tuviera, por este tiempo, la caridad de Vuestra Paternidad y el consuelo de llegar a sus pies, como a mi padre, que Dios desde el principio me dio, por su infinita misericordia. Me parece, que el enemigo, ponía mucha fuerza, para impedir y estorbar, el bien que mi alma podía sacar de su enseñanza, y quitarme este consuelo, valiéndose para esto de muchas trazas, y modos, con temores, sustos, etc.; ya en llegando al confesonario, ya antes; mas siempre Nuestro Señor me consolaba y defendía, dándome a entender muchas cosas. En una ocasión entendía estas palabras: «Yo te di a tu padre, para que guardara tu entrada, y tu salida». Por aquel tiempo, me daba Nuestro Señor tanta luz y paz interior, en mi retiro y soledad, como escribí en aquellos apuntamientos, que Vuestra Paternidad me mandó hacer, de lo que interiormente me pasaba. Mas me mostró el rendimiento, con que había de estar, y la sujeción al parecer de Vuestra Paternidad, —no obstante que en la oración recibiera tanta luz y enseñanza—, mostrándolo a mi alma, el día de mi Padre San Ignacio, —en que había yo recibido muchas misericordias de Nuestro Señor en medio de aquella luz— sentado en un asiento alto con borla blanca, y muceta como de doctor, y a mi misma veía, a sus pies, como un pequeñito gusano. Después como yo echara menos, una compañía o presencia que

solía traer del Santo Ángel de mi guarda, estando pensando en eso, entendí. Que ya me había mostrado a Vuestra Paternidad, como si dijera: que buscara este maestro y siguiera sus consejos, que esto era lo que Dios quería.

Pues habiendo pasado algunos meses, en que andaba mi alma en aquella paz y quietud, y recibía a Nuestro Señor en la oración, y por medio de Vuestra Paternidad, tanto consuelo, y enseñanza. Habiendo recibido a Nuestro Señor el día de Pascua del Espíritu Santo, me hallaba cercada por todas partes de luz; y fuera de ella, apartado de mí el enemigo, en la figura de un hombre viejo, que con cólera, y regañando, se arrancaba los dientes y los cabellos. A la noche habiéndome recogido a dormir, sentí sobre mí un bulto, pesado y espantoso, que aunque me hizo despertar, me quedé como atados los sentidos, sin poderse el alma desembarazar, aunque me parece estaba muy en mí, y procuraba echarlo con toda la fuerza, por las muchas tentaciones que me traía, y preguntándole, ¿quién era?, me respondió, con otra pregunta: «¿Y vos quién sois?». Yo le dije mi nombre, y él dijo entonces: «Pues yo me llamo...» —no sé cómo, que no se me ha podido acordar—; a mí me parecía, que metía mis manos en su boca, y la hallaba llena de dientes, y queriéndole arrancar los cabellos, los hallaba como cerdas, muy gruesas. Estaba en la figura de un indio muy quemado y robusto, y me dejó muy molida.

▪ CAPÍTULO XXXIX

Entra en una gran soledad interior. Preciosos conocimientos que en ella se le dan. Escribe un rasgo poético movida de superior impulso. Destínala a la portería, y allí se renuevan sus tribulaciones. Apariciones del mal espíritu, y contradicciones de las criaturas.

Por aquel mismo tiempo, me parece, me mostró Nuestro Señor lo que había de padecer, con algunas cosas a este modo. Estando con aquellas ansias que nada fuera de Dios me contentaba, ni aun los consuelos que podía recibir en la oración, antes todo lo rehusaba mi alma, y no podía dejar de arder, con el ansia de hallar su centro, y sumo bien. Habiendo pasado muchas horas y días, me parecía en la oración, hallarse mi alma, en una soledad tan grande, que no sé que haya términos con qué decirlo. Entendía, que por mucho que extendiera la vista a todas partes, por ninguna, ni de muy lejos, descubriría cosa que le pudiera hacer compañía, o consuelo, y sentía a mi alma, discurrir por todas partes, buscando aquel bien que deseaba, con mucha solitud, y con un modo de pena, que no se puede explicar; y conocía en aquella soledad, todas las cosas que amenazan al alma. Los vicios, como unos fieros dragones; las pasiones, como perros hambrientos y ladrones; los demonios, que las incitaban, para que trajeran al alma hacia los vicios, y ellos la echaran en el infierno; que también conocía con un modo extraordinario, la muerte,

el pecado, y el purgatorio, etc.; y que aquella soledad, estaba cercada por un lado, de un río de fuego, claro y apacible. Conociendo todos estos riesgos, le clamaba mucho al Santo Ángel de mi guarda, y me parecía entender que me respondía: *Fiducialiter agam, et non timebo*; y que escondía a mi alma en una cruz de fuego, y entendí que sólo escondida en el amor de Dios, y en el padecer, podría pasar segura; confiando en Dios, amando y padeciendo en todas las cosas: y que así como el fuego consume todas las cosas, y las transforma en sí, así el continuo ejercicio del amor y padecer, sólo podría apartarme de mí misma, y de todas las criaturas, y sus aficiones, y unir el alma con Dios, con unión verdadera, de amor y gracia; y que el estar metida, entre aquella cruz de fuego, me sería como escudo, como casa, y refugio, para pasar, hasta llegar a Dios, por todos los riesgos, segura y guardada, como todo mi descanso lo pusiera, en amar y padecer. Esto que apunté entonces, y ahora lo he trasladado aquí, como estaba, me parece fue prevenirme Nuestro Señor, para todo lo que me ha pasado, y Vuestra Paternidad ha visto, que he padecido después.

También entendí, que quería Nuestro Señor echarme al mar, y me lo hizo escribir en verso, con muchos avisos, como le di cuenta entonces a Vuestra Paternidad. De ahí a pocos días, habiéndose de hacer elección de Abadesa, en este convento, y estando yo recogida, sentí otra vez un bulto, pesadísimo sobre mí; yo hacía gran fuerza, con las manos y dientes, por echarlo, porque me oprimía demasiado; y preguntándole con grande enojo: ¿Quién eres?, me respondió: «Yo soy Crecerá-bulto». Estaba en la figura de un mulato, muy flaco y fiero. Sentí también muchas tentaciones, y quedé muy molida, y extraordinariamente

cansada. Luego se hizo aquella primera elección, en la Madre Abadesa que murió, y se ofrecieron, hartas cosas que padecer, por haberme nombrado algunas, etc.

Este año me mandaron ser portera, y así por hallarme muy enferma, como por otras razones, me fue de mucha mortificación. Habíanme dicho las Madres: que no sabían qué género de religión era la mía, que sólo estaba metida entre vidrieras; que sólo quería mi conveniencia, y aunque esto lo decían, porque en cumpliendo con las cosas a que debía acudir, por la religión y obediencia, no salía de mi retiro. Mas a mí me hizo mucho cuidado, temiendo, si sería así, que más me llevaba mi conveniencia, que el deseo de dar gusto a Dios; y por esto en nombrándome para portera, procuré aplicarme cuanto podía, a lo que las otras querían de mí, y a hacer cuanto podía, y me parecía caridad.

Mas Nuestro Señor permitió, que no acertara con nada; pues aun las que podían estar más contentas, eran las más enojadas. Y como yo había de estar de fuerza, todo el día donde ellas estaban, érame de grande inquietud y turbación, ver el enojo que mostraban en viéndome. Hasta llegar una a quien yo había procurado agradar más, a tomar tanta cólera en viéndome, que arrojaba lo que tenía delante, y lo despedazaba, etc. También con personas de fuera, padecí mucho; porque había yo oído algunos desórdenes, que había en la portería, y procuré tenerla cerrada, si no es a lo forzoso; y así oí allí, hartos desprecios, enojos y dichos sensibles. Fuera de esto, apretaron mis enfermedades, con dolores muy agudos, y estaba tal, que a veces, ni aun respirar podía, y así pasaba con la incomodidad del lugar.

Pero lo más penoso fue, lo que allí mi interior padeció; porque parece, que Nuestro Señor me echó al mar que me había mostrado, de tentaciones, desamparos, y oscuridades. Al principio leía y meditaba en la pasión de Nuestro Señor, mas de tal modo, que no podía hacer más, que quedarme asombrada y admirada del padecer de mi Señor, como si viera lo que pasó en su pasión, y dijera: ¡Dios azotado! ¡Dios muerto! ¡Dios crucificado!, etc., y no podía moverme a otro afecto, ni me hallaba para nada.

Una noche de aquellas, volvió a ponerse junto a mí el enemigo, en la figura de un hombre pequeño, y agarrándome por los pulsos las manos, me apretaba, con unos dedos delgados, pero con tanta fuerza, que me quedaron los brazos tan doloridos, como si me hubieran dado tormentos. Después me dormí, y lo vi en sueños, con una lengua muy larga, como de una cuarta, y muy aguda, y que la movía a todas partes con mucha ligereza. Esta vez no sentí tentaciones, luego de contado; pero los días siguientes, se levantaron muchos chismes, diciéndose en el convento: que yo había escrito a Santa Fe, contra el Vicario, y otras muchas cosas, muy penosas que se ofrecieron, de adentro, y de afuera; oyendo yo, hasta de las criadas, cosas muy pesadas.

De ahí a pocos días, volvió a aparecerse el enemigo, junto a la cama en que yo estaba, con una figura de negro, tan feo, tan grande y ancho, todo penetrado de fuego; que me causó más horror esta vez, que todas las otras; y tal, que pienso, si se hubiera llegado a mí, me muriera, o quedara sin sentido. Desde a cuatro, o seis días, habiéndome traído entre sueños, cuantas cosas de pesadumbres me han sucedido, y me pudieran suceder, con muy vivas y penosas circunstancias; al despertar me

amenazó, que se me metería en el cuerpo. No sé yo decir el miedo, pavor y espanto, que esto me causó, sólo tuve el remedio, de abrazarme con una imagen de la Virgen Santísima y de mi Padre San Ignacio.

▪ CAPÍTULO XL

Prosiguen las tribulaciones y es sostenida en ellas por la adhesión y obediencia al confesor. Tentación de ira en todo el discurso de su vida. Graves incomodidades que hay en no seguir en las comunidades la vida común y en la admisión de criadas de fuera.

Antes de este padecer que he dicho, me mostró Nuestro Señor, cómo había de haberme en él: parecíame que iba yo, por una ladera muy alta y arriesgada, y que más arriba y casi junto a donde yo iba, iba Vuestra Paternidad por un camino, aunque estrecho, seguro y llano, y yo no tenía más defensa cuando iba a caer, que asirme de un canto de su manto, y así iba prosiguiendo. Reparaba yo mi susto, y reparaba el sosiego, con que Vuestra Paternidad caminaba.

Luego se halló mi alma, por todo aquel tiempo, tan sumida en mares de amargura; con tan horrorosas tentaciones, que me espantaba a mí el ver, que Vuestra Paternidad tenía paciencia para oírme, y esperaba verme libre de aquellos tormentos, etc. Tenía horrorosas desesperaciones, de despechos, y tales, que en algunas ocasiones, me parecía me levantaban en el aire, y me sentía movida de otra fuerza o violencia, que yo no sé decir, cómo era. No veía con los ojos de mi alma, más, que las ofensas que se cometen contra Dios, y esto era una vista llena de pena y horror. No veía en mi alma, más que culpas y penas, y no me entendía, ni sabía de mí. No tenía más, que asirme a

aquel canto del manto, oyendo sus palabras y refiriéndole, lo que pasaba en mi alma. Y como una tarde llegara al confesionario, sin poder casi hablar, ni decir lo que tenía, porque parecía que las entrañas me despedazaban, y ni aun en lo exterior podía tener sosiego; con algunas palabras que Vuestra Paternidad me dijo, y con que me reprendió, salí tan libre de aquellas penas y tormentos, que por mucho espacio de tiempo oía mi alma, cantar aquel salmo: *Laudate dominum omnes gentes*; y me parecía, que mi Santo Ángel, alababa a Dios, por aquella libertad que había dado a mi alma, del tormento en que estaba; y yo me quedé por algunos días, en una paz y sosiego, como quien duerme un dulce sueño; mas no se acabaron los tormentos, si bien la piedad de Dios daba aquellas treguas. (Este día fue, en el que mandó poner Vuestra Paternidad la reliquia del Santo Lignun crucis).

Otra tentación padecía también, que era un continuo, y grande temor, y pavor de todo, hasta de cosas muy leves; que aunque así dicho, no parece nada, mas padecido es mucho, porque es, un continuo estar muriendo, y temblando; como los reos de graves delitos, que cada ruidito les parece, es abrir la cárcel, a notificarles, la sentencia de muerte.

No me parece, ha habido tentación, que en estos tiempos, no padeciera, ni rigor, ni horror de ellas a que no llegara. Estando a mi parecer tan lejos, y apartada mi alma de Dios, que ni aun camino para volver a Su Divina Majestad, se me ofrecía posible; tanta era la escuridad de mi alma, y el aprieto en que mis enemigos me ponían, que creo ciertamente fue especial providencia de Nuestro Señor traer en este tiempo a Vuestra Paternidad, porque no sé yo quién pudiera haber sufrido tanto, a

una pobre mujercilla miserable, sino aquel, a quien Dios me encomendó desde el principio; y así entiendo, aquel guardar mi entrada, y mi salida de estos horrores y tentaciones, en que estos tiempos me he visto: que algunas veces he experimentado, en menos de un cuarto de hora, padecer más de cuatro, y más de seis diferentes tentaciones. Y algunos días no doy paso, no he hecho acción, ni hablado palabra, en que no me hallara acometida y perseguida, de mis enemigos; ya valiéndose de cosas exteriores, ya interiores, y ya de todas juntas.

Casi por todo el tiempo de mi vida, he padecido una grande tentación de impaciencia; a veces con tal rigor y fuerza, que me parece que el corazón me lo están mordiendo y haciendo pedazos; y de una palabra, o casi de un leve movimiento, siento encenderse la cólera, y me veo en trabajos y aprietos grandes; porque en estando en aquella mala disposición, parece que se vuelca toda la celda, y se alborotan todas las personas, que suelen asistir en ella, haciendo y diciendo cosas, que me parece ser forzoso corregir; y por aquí me he hallado, en grandes confusiones y desconsuelos. A veces sucede, hallar las cosas muy forzosas —en estando como he dicho— quebradas, despedazadas, hasta el breviario y los cerrojos, y otras cosas, que por muchas, y tan menudas, como continuas, a veces no dejan respirar, por hallar a mi alma, con aquella mala disposición, que he dicho. He padecido desde que entré monja, un trabajo penoso, por parecerme grande estorbo y tropiezo para la quietud. Este es el necesitar de criada, por no poderse otra cosa, en el convento donde estoy; y siempre ha permitido Nuestro Señor, que me den grande trabajo y pena, hasta llegar a poner las manos en mí, con furor; y otras muchas cosas, que fuera largo de decir.

Y como me ha parecido en ocasiones, que debía corregirlas; verme obligada a esto, ha sido mi mayor trabajo, y más viendo el poco fruto que he sacado, de mis correcciones. ¡Dichosos los conventos, y dichosos los religiosos, que sirviéndose unos a otros, ejercitan la humildad, la paciencia y caridad, libres de una, y de muchas inquietudes, que sólo experimentadas se conocen!

Pues como iba diciendo: estas tentaciones y otras muchas, padecía con todo rigor, por estos tiempos, y me parece, toda la fuerza que el enemigo ponía, era encaminada, a que no lograra el tiempo y los avisos y consejos de Vuestra Paternidad. Y ya sabe, Padre mío, cuántas más de las que escribo aquí, han sido mis tentaciones, y trabajos interiores. En especial aquel dolor, apretura y temblor en el corazón, que no sé yo, a qué se pueda comparar, con tan grande escuridad en el entendimiento, como si fuera un bruto del todo incapaz de razón; o como si jamás hubiera tenido noticia de Dios; ni de cosa que pudiera alentar, ni consolar. Pues aun oyendo o leyendo, lo que pudiera darme mucha luz y aliento, parece que no lo entiendo, o que se percibe sólo con los sentidos corporales; y el alma y las potencias de ella, están tan lejos, que ni perciben, ni les llega nada; y así he ido como los ciegos, sólo asidos de su guía; procurando con todas mis fuerzas —si acaso tenía algunas— seguir, sólo lo que Vuestra Paternidad me mandaba.

▪ CAPÍTULO XLI

Es confortada y consolada por el Señor, previniéndola así para nuevas penalidades. Cuestiones y altercados en la comunidad para elección de Abadesa, refluendo todas contra ella. Visión consoladora de la cruz. Concluye con un acto de absoluto abandono en la voluntad del Señor.

Pues estando como he dicho: llegué un día a recibir a Nuestro Señor Sacramentado, y me parece, entendí llamarme: «Hija de David», y Nuestro Señor *Esposa suya*, dándome a entender muchas cosas, que escribí entonces: que no despreciara mi alma, ni me tuviera por perdida, por padecer tantas y tales tentaciones; pues como vería por los salmos aquel Santo Rey, hecho a medida del corazón de Dios, las había padecido en lo interior, y en lo exterior, de propios y extraños, etc. Puso patente a los ojos de mi alma, muchos salmos y versos, de ellos, a este propósito; y otros, en que dice; la ayuda y favor que Dios le dio en todo; y cómo fue su refugio en todas las tribulaciones que lo cercaban. De manera, que parecía tener ante los ojos de mi alma, mucha parte del Salterio, como cuando descubren un lienzo, en que están dibujadas vivamente, muchas cosas; tanto, que lo que en aquel rato entendí, tardara mucho en escribirlo. Yo entendí, que aquello era, por lo que estaba pasándome. Mas el día siguiente murió la Madre Abadesa, y empezaron a llover inquietudes, y a alborotarse más, el mar, y a mi parecer, todo el infierno. Yo procuraba, con el

favor de Dios, recurrir continuamente a Su Divina Majestad, y a la Santísima Virgen, no obstante lo que en mi alma, y en el convento pasaba.

Una noche de aquellas, me hallaba en sueños, a la entrada de un convento, que estaba edificado en alto; y mirando desde la puerta, junto a ella había, unos grandes y espantosos despeñaderos, de modo que me admiraba, de que allí hubiera quien viviera, y preguntaba: ¡Válgame Dios! ¿No tiene otra puerta este convento? Entonces me respondían, los que iban conmigo: «Sí, otra puerta tiene». Y andando por aquella iglesia, veíamos otra puerta, que salía, como al Oriente, a una tan grande plaza, tan quieta, tan clara, tan capaz y hermosa, que yo no sé cómo decirlo. Estaba toda cercada, de unos arcos de cristal purísimo y transparente, hermosos, grandes y altos; y me parecía, que después de ellos, había cosas más hermosas y grandiosas. Yo andaba por aquella plaza, con tal gusto, paz y sosiego, como si ya estuviera libre de las penalidades, y pesadumbres, del cuerpo y de la vida mortal; y llegando a cierta parte, hallaba una ermita pobre y aseada, donde estaba el Niño Dios, recién nacido, su Santísima Madre, y San José, y todos los que allí estaban, con un divino silencio, paz y consolación. Yo volví en mí consolada, conociendo que aquello encerraba algún misterio, y disposición de Nuestro Señor, en habérmelo mostrado en sueños, para alentar mi corazón, y levantarlo al deseo de las virtudes, y cosas celestiales. En esto quedó mi alma tan embebida aquellos días, que no atendía a otra cosa; aunque el enemigo, no dejaba de buscar caminos, para mi inquietud; y así, aun estando enferma y retirada, un día llevó allí cerca a un sujeto de fuera, que era uno de los que más mal habían

llevado, que tuviera cerrada la portería, y hablando este, con una de las monjas, le decía mis faltas, con cólera y desprecio, diciendo: ¿que si tal cosa era para la Abadesa? Decían también en aquella conversación; que parecía que yo lo deseaba, el ser Abadesa. Yo le respondí, conforme al orden que tenía: que ni lo pretendía, ni deseaba, ni era para ello. Con que luego aquella señora, fue adonde yo estaba, y me dijo, todo lo que en otras ocasiones se ha dicho, y sentía de mí. Que no sabía, cómo me ponía a los pies del confesor; que era temeraria, y había entrado al convento para desesperación de todas, etc. —Esta señora, salió por Abadesa—; con todo eso quiso Nuestro Señor, por medio de Vuestra Paternidad, ayudarme, para que yo me estuviera en paz, y quietud interior.

Aunque el enemigo, y mi natural cobarde, me ponían muchos temores de la elección, porque les había oído a muchas de las monjas; se inclinaban a mí; mas Nuestro Señor me daba confianza, que me libraría de eso, aunque fuera conmutándolo en alguna afrenta y menosprecio, y así sucedió.

La noche antes de la elección, viéndome con tanta paz, y serenidad en mi alma, y conociendo, que estos bienes me hacía Dios, por medio de Vuestra Paternidad, me parecía verlo con grande cuidado y atención, labrando, y componiendo una joya de oro, para dársela a Nuestro Señor, y entendí ser: aquel total deshacimiento de la propia voluntad, en la de Dios, y cuanto sea más conforme a ella inclinarse más a los desprecios, que me había enseñado aquellos días. Pero antes de recogerme, me parecía entrar el enemigo en la celda, con un tizón encendido, que daba un poco de luz, confusa y triste alrededor, y con ella se veían, muchas caras de condenados, que estaban como

apiñados: decía, que todos habían sido Prelados. Con todo eso Nuestro Señor me daba, mucha paz y confianza, y así me tuvo todo el tiempo de la elección; aunque allí hubo tanta guerra y gritos, que toda la ciudad, o los que asistían, estaban pasmados; y todo esto era, sobre haberme nombrado casi la mitad de los votos; y la otra señora, estaba tan enojada. Mas yo sentía en mi alma, una paz, como si no estuviera allí, y con el consuelo de haberme Nuestro Señor librado, cualquiera cosa se me hacía fácil. Después se empezó, a arder todo en chismes, y persecuciones a las que me habían dado su voto, metiendo mano en esto muchos sujetos de fuera, y diciéndoles cosas muy pesadas, ellos y las otras religiosas. Ellas venían donde yo estaba a llorar, con tanta amargura y aflicción, que no podía yo menos que consolarlas; y de aquí se tomó el decir: que me hacía cabeza de bandos: que revolvía el convento; y hasta algunas, que habían sido mis novicias, entraban a la portería donde yo estaba, escupiendo, y zapateando, y con otros modos, de harto desprecio. Hasta las criadas del convento, ponían nombres de escarnio a las religiosas que me habían dado su voto. Parece que me puso Nuestro Señor en aquella ocasión en la portería, para que pudiera oír, y tolerar los dichos, menosprecios y mofas de los seglares. Aun aquellas cosas que se decían por excusar ruidos y apaciguar las cosas, las volvían y tomaban para más incendio.

Con esto, me volví a hallar, sin aquella paz interior, y llena de tentaciones y escuridades, y volvieron mis enfermedades con más rigor; con que me empecé a curar, más por buscar alguna quietud, y dar lugar a la ira, que por sanarme el cuerpo; porque cuando Vuestra Paternidad, movido de caridad, trató de que me curara, entendí esto: «Dile a tu Padre: ¿que

quién podrá sanar, a quien el Todopoderoso quiere herir?». Con todo eso, por tomar los medios que Dios ha puesto, por obedecer, y por lo que he dicho, traté de curarme. Y me previno Nuestro Señor, para que no desmayara en lo que había de padecer; mostrándome una cruz que salía de los pies de la cama, negra y oscura; y luego en dándole la luz del cielo, se iba esclareciendo, y poniendo tan resplandeciente y hermosa, como un sol, y mucho más; y se iba levantando en alto, y caminando por el cielo al lado del sol, con más claridad que él; tenía tres coronas en los brazos y cabeza; y en las señales de los clavos, mayor hermosura y resplandor. Veía yo, que al verla tan resplandeciente las religiosas, le ponían velas alrededor del claustro alto; mas estaban las velas tan torcidas, que iban a caer abajo. Así andaba aquella cruz, por todas las partes en que yo andaba; mas cuando se llegaba a mí, volvía a estar a mi vista negra y oscura, y cuando le daba la luz del cielo, clara y resplandeciente. Esto me confortó muchas veces, en las cosas que se ofrecieron, en mi enfermedad, de graves tentaciones que padecí, ya por instigación del enemigo, ya por medio de algunas criaturas, etc. Cuán graves, cuán continuas, y cuántas, hayan sido las tentaciones y tribulaciones, que allí pasé, lo sabe Vuestra Paternidad, como quien tanto me ha consolado en mis amarguras y tribulaciones, y tanto, por el amor de Dios, me ha ayudado en todo.

Algunas veces me veía tal, que sólo tenía el consuelo, de que vieran mis enemigos, cuán justamente me castigaba y atormentaba, la mano de Dios, Nuestro Señor, y que vieran aquella justicia, acompañada de misericordia, con que castigaba a su criatura, y ponía en aquellos acerbos tormentos a mi alma, etc.

El día de mi Padre San Ignacio; como yo estuviera ya para recibir en la cama a Nuestro Señor, y se hicieran algunas demostraciones de enojo por la Prelada; yo sentí grande turbación en mi alma, y luego me parecía oír estas palabras: «Esto lo hace la serpiente antigua, llamada diablo y Satanás». Con esto me quieté, conociendo eran trazas del enemigo; y así pasé mi curación larga y penosa; y así he llegado, a los cuarenta y cuatro años, de vivir en este mundo; y así te pido, Padre mío, que pues con el favor de Nuestro Señor, yo me he vencido tanto, y pasado tantas tribulaciones en escribir esto, y darle cuenta de toda mi vida; la mire bien, y los pasos que lleva mi alma, para que no se pierda; pues de nuevo la vuelvo a poner en sus manos, que miro en ellas, las de Dios; para que libre de mí misma, pueda llegar a conseguir el fin para que Nuestro Señor nos crió, y lo veamos allá, y lo alabemos; donde espero, por la misericordia de Dios y la intercesión de la Virgen Santísima, ver a Vuestra Paternidad.

▪ CAPÍTULO XLII

Afirmase en la obediencia debida al confesor. Desecha sus temores para seguir escribiendo. Nuevos y exquisitos tormentos interiores con que es probada; y de Satanás, representándole, como culpa, haber escrito esta su vida y sentimientos espirituales. Doctrinas admirables sobre la inutilidad de los buenos deseos cuando no son seguidos de buenas obras. Aprueba el Cielo sus escritos. Acto de humillación que da a estos la indubitable marca celestial.

Padre mío: fiada en las promesas, y palabras, de aquel Señor que dijo: que quien obedeciere a sus ministros, obedece a Su Divina Majestad; y viendo que Vuestra Paternidad me manda esto, y el Padre Diego de Tapia —a quien descubrí todas mis tribulaciones, y trabajos de mi alma— viene en ello, y me escribe obedezca a Vuestra Reverencia en esto; fiada en mi Señor Dios Todopoderoso y misericordioso, y en la Madre de la vida y del consuelo, María Santísima, digo: que después que convalecí de aquella enfermedad, pasando algunas mortificaciones y desprecios, y haciéndome la Prelada, salir de la portería, y dejar el oficio en que me había puesto; con enojo me mandó que saliera de allí; y como yo jamás anduve de veras el camino de la verdadera humildad, —aunque tantas veces el Señor, Dios mío, me lo enseñó, con su divina luz y consejos, y advertencia de los Padres—, sentí con amargura mi propio menosprecio, el reparo y decires de las gentes, y la burla de las compañeras. Mas me retiré a mi rincón, a buscar en la fuente de las misericordias, el alivio y refugio, que en ninguna

criatura hallaba. Allí me dio Su Divina Majestad a entender: que en todas las palabras del oficio divino, de los salmos, etc., aplicara la consideración, a sacar motivos de confusión y humillación mía, y que hallaría copiosa, y abundante materia, para abatirme a mí, y engrandecer a mi Señor y Dios. Y así hubiera sido, si mi negligencia y olvido, de las divinas misericordias, no me hubieran siempre atado las manos, y los pies, para no andar en el camino que el Señor, Dios mío, me mostraba. Con todo eso, fue grande la luz, que el Señor de las misericordias, me dio, en aquel tiempo; que como arrojada de las criaturas, estaba en mayor retiro y soledad; aunque allí no faltaban molestias exteriores; particularmente, con alguna persona, a quien yo había hecho, cuanto bien podía, y el enemigo la debía de apretar, para que con acciones, y gritos, me affigiera, y tal vez me tirara a la cara, las cosas que le daba para vestirse, etc.

Padecí en este tiempo, enfermedades, trabajos y desconsuelos grandes, en lo exterior, e interior, y como se fuera llegando la cuaresma; me parecía ver con los ojos del alma, un mar de aguas tan turbias, y oscuras, que causaba el verlas, una gran congoja, amargura, y aprieto interior. Parecíame, que Nuestro Señor Jesucristo andaba en medio de aquel mar, y entendí, significar algún grande padecer, que quería enviarme, y quedé con grande temor a esta cuaresma, aunque entregándome de todo mi corazón, en manos de Nuestro Señor, y en su santísima voluntad. Luego empezó a entrar mi alma, en unos desconsuelos y temores, tan espantosos, que parecían los calabozos más lóbregos de la tierra; luego a padecer, tan fuertes y horribles tentaciones, que casi me sacaban de mí, sin tener recurso a ninguna cosa, pues el llegar al confesor, que en tales ocasiones es

el único, no lo tenía; pues en llegando allí, a buscar remedio, parece que los huesos se me desencajaban, y que me metían puñales, por el alma, sin acertar, ni poder concertar razón, ni saber de mí, pues mi alma parece, que andaba con sus potencias, como una pelota por los vientos, arrojada de todas partes, con violentísimos impulsos, sin saber en qué hacer pie, ni poder hacerlo, en nada; con un peso y apretura en el corazón, como si lo cargaran de plomo. El cuerpo tan estropeado, que a cada paso me parecía iba a expirar y fenecer, sin poder dejar de estar, en un casi continuo llanto, y temblor, como que con fuego me desgarraran las entrañas, o que todos mis huesos, se habían vuelto de fuego, etc. Junto con esto llevaba muchas pesadumbres y contradicciones, en las cosas más sensibles; padeciendo también, la persecución del enemigo malo, no sólo con las tentaciones graves, y continuas, sino también, con espantos malos, y aborrecibles. En llegando la noche; llegándose y cargándose sobre mí, etc., con figuras abominables, y sobre toda ponderación aborrecibles, etc. Teníame yo, ya por perdida, y que toda mi vida había sido engañada, y sólo andaba, a que me dejaran quemar, aquellos papeles, que por obediencia había escrito. Y ahora conozco la astucia del enemigo, pues sólo aquello me acordaba por culpa.

En uno de aquellos días, me abrió Nuestro Señor los ojos del alma, estando rezando vísperas, dándome luz, de que todo aquello, era padecer, y cruz, y grande misericordia suya. Hízome entender aquel verso del salmo que dice: *Beatus vir qui implevit desiderium suum, etc.* Como si dijera: Dichosa serás, feliz y bienaventurada, si el Señor llenare tus deseos, dándote ocasión, de que los pongas por obra; que así serán deseos llenos,

y no quedarán huecos y vacíos. Yo puse mis deseos en tu corazón, de padecer, de humillarte, de obedecer, e imitarme; ¿pues por qué has de querer, que se marchiten en flor, y no lleguen a ser frutos? Mira, que sólo de las obras se dice: «Vean vuestras obras, para que glorifiquen a vuestro Padre celestial»; y a las obras es, a lo que se ha de creer. ¿Qué piensas que es el alma llena de buenos deseos, sin darlos a luz, en las ocasiones, de injurias y menosprecios, de trabajos interiores y exteriores: es, como la que ha concebido en sus entrañas, y siente en ellas, la guerra de aquellos deseos, que o se han de poner por obra, saliendo a luz en las ocasiones, o han de morir, y matar a la madre, y ella padece dolores, y angustias mortales: porque anda en su interior, un espíritu vehemente que la compele a obrar; y tales angustias, le causa el espíritu contrario, y humano, y diabólico, que resiste al espíritu bueno; que a veces, con gemidos dice lo que la otra madre, con la guerra que sentía en sus entrañas. ¡Oh, si tal me había de acaecer!, ¿qué necesidad había de concebir? Pues mira, si la ausencia del mozo Tobías lloraba su madre, con lágrimas irremediables, ¿cuál será la contristación, turbación y caimiento que el alma sentirá, con la muerte de tantos buenos deseos, que como los hijos únicos de su madre, le podían dar al alma, honor, alegría, y contento? Los deseos de su corazón, le pagaste o le cumpliste dice el salmo, y no le defraudaste la voluntad de sus labios. Esta es pues para el alma, una bienaventuranza; cuando el Señor la pone en ocasiones, de que cumpla la voluntad de sus labios, en lo que propuso en su presencia, y los deseos de su corazón, llegando a la ejecución y a la obra; y así se dice alabándolo. El es el que llena en los bienes, tus deseos: así no será el alma confundida, cuando en

aquella temerosa puerta de la eternidad, que es la muerte, y el juicio, hablen sus enemigos, y se hable en sus cargos, haciéndoselos de las inspiraciones santas, de los buenos deseos, y de los propósitos, hechos a la Majestad del Juez, como palabras dadas, a su Dios, y Señor.

Por dichoso se tuviera el hombre, que cuanto deseara tener de hacienda, hallara ocasiones para conseguirlo; pues esto has de hacer, agradeciendo, y alegrándote, cuando se te ofrece, la humillación, el trabajo y el dolor.

Rey era poderoso, rico, y abundante, el que dijo: «Alegrádonos hemos, por los días en que nos humillaste, y por los años en que vimos males»; y no dice; por los días prósperos, ni por los años ricos y abundantes; porque como hombre a medida del corazón de Dios, amaba las verdaderas riquezas, queriendo ser de verdad rico, llenando en los bienes sus deseos; y así dice: «Bueno es para mí que me humillaras».

Pues como son muchos los buenos deseos, que en todo el tiempo de la vida, has recibido del Señor, bienaventurada serás, si aprovechando con la gracia ayudadora, las ocasiones de ejecutarlos, estas fueren muchas: mira que se añadirá gracia a tu cabeza, y que, cuanto abundaren las pasiones o padeceres, tanto abundarán por Cristo, las consolaciones. ¿Querrás tú, dime, llegar a la estrecha puerta de la muerte, donde se cierra el plazo, y acaba el tiempo del merecer, cargada sólo de deseos no cumplidos, que hagan mayor la cuenta para el cargo, y te llenen de confusión tal, que digas: «Yo callé y enmudecí en los bienes, y mi rostro se cubrió de confusión»? ¿No será más glorioso para el alma, que al llegar a los brazos, y presencia de su Padre Dios, después del destierro y larga peregrinación, y

ausencia, le presente sus pequeñuelas obras, como hijos que la honren y diga: «estos son, Señor, los párvulos que me donaste, y diste en la tierra de mi destierro y prisión, y en el Egipto de mi cautiverio»?

Con estas cosas, y otras, que escribí en aquellos papeles; consoló y animó la infinita piedad de Dios, entonces, mis desconsuelos, y me detuvo, a que no quemara, lo que había escrito, según yo lo había muchas veces propuesto, y pedido a Vuestra Reverencia. Especialmente, un día de Pascua del Espíritu Santo, habiendo comulgado, entendí con mucha claridad y razones, que para ello me ofreció Nuestro Señor: que ninguna cosa de las que había escrito, era mía, ni del demonio. Y cierto, cuando leo y me acuerdo, de las razones tan claras, y abundante doctrina, que Nuestro Señor me ha dado, en orden a sufrir los trabajos, interiores, y exteriores; a humillarme y buscar sólo su amor, y el olvido de todo lo criado, etc., y lo poco o nada que yo hago, por Su Divina Majestad: no puedo dejar de temer, que se cumpla en mí, lo que dice la Escritura: vide otro mal debajo del sol: esto es. aquel a quien Dios le dio *divitias, et substantiam, et honorem*, que todo lo pudiera tener mi alma en los avisos de Dios, sin quedarle qué desear, para no alegar ignorancia; y parece que por mis culpas y ser yo como un monstruo y aborto de la naturaleza, *nec tribuit ei potestatem Deus, ut comedit ex eo, sed homo extraneus vorabit illum*, porque siendo verdades, de que cualquiera se podría aprovechar; yo pobre, ciega y vil, me quedé por mi culpa en mi ignorancia y miseria.

Mejor, Padre mío, hablaran en este caso, las lágrimas que corren de mis ojos; pero aún vive el Señor, Dios Omnipotente, que ha reducido a la amargura mi ánima; que en Él espero,

no dejarlo de buscar, como pudiere, hasta el postrer suspiro de la vida, aunque sea arrastrando, y revolcándome en mi propia sangre. Ni me parece que podrán dejar de llorar mis ojos, hasta que el alma desampare al cuerpo, y la mano piadosa del Todopoderoso, quite el llanto de mis ojos.

▪ CAPÍTULO XLIII

Por una aparición visible de Satanás, descubre la ocasión en que se hallaba de pervertirse una joven, y la remedia. Raro suceso acaecido en el coro con toda la comunidad a la sierva de Dios. Es fortalecida con otro nuevo favor del Cielo.

En este tiempo, una mañana me parecía, que el enemigo, en figura de una culebra, con la cabeza como de culeca, haciendo el sonido que ellas suelen hacer, salía de un rincón de la celda, y llegaba hasta la puerta, volviendo luego a la misma parte de donde había salido, como suelen hacer las culecas, a defender y echarme sobre su nido. Yo no hice caso de aquello, mas luego pedí un escritorio, que estaba en aquel rincón, y haciéndolo abrir, hallé allí unos papeles de cosas profanas, con que personas de fuera, inficionaban la inocencia de una niña, que se criaba para religiosa. Fue mi sentimiento, a medida del daño, que no había yo imaginado. Quiso Nuestro Señor que se remediará, y no pasara adelante aquella distracción; que tan ofensivas son al Hijo de la Virgen, que las previene y toma por esposas, y luego el enemigo procura divertir las y perderlas, con las conversaciones vanas de seculares; pero en esta ocasión no lo logró, porque Nuestro Señor le hizo que se descubriera, y sacó de allí Nuestro Señor, el bien de que aprisa le dieron sus padres, el hábito.

De allí a pocos días, estando yo con la comunidad en la oración, que tienen de noche; en habiendo dicho los maitines, estaba con harta negligencia y pereza, algo ocasionada de enfermedad, cuando de repente, empezaron a gritar todas las religiosas, y cercándose de mí, unas me exhortaban a que hiciera actos de contrición, otras a que dijera el Credo, otras me echaban agua bendita, y traían imágenes de santos, y me los ponían encima, exhortándome cada una, con desentonadas y diferentes voces, y todas a un tiempo, a lo que a cada una le debía de mover su devoción, o su turbación. Yo me llené de un pavor y temor indecible; y el juicio que allí hice, fue, de que ya se había llegado el fallo de mi vida, y que Dios quería, que mi castigo fuera, ejemplar y público, y así lo había mostrado a sus esposas; porque desde la Prelada, hasta la última, todas me exhortaban a un tiempo, a diferentes actos de contrición, y a que dijera: Jesús. Yo estaba de rodillas, sin atreverme a levantar los ojos, temblando y temiendo; y con la voz, cuanto baja podía, sólo les decía algunas palabras, que las movieran a rogar a Dios por mí. Duró mucho espacio, aquella confusión y alboroto. Cierto que me da risa acordarme, cuál estaba aquel alboroto; debió de mover el enemigo, porque fue cosa extraña. Y yo quedé tal, que luego se agravaron mis enfermedades, y caí en la cama con varios accidentes, de achaques, desconsuelos y temores. Duró tres meses, y más, el estar en la cama padeciendo en el alma, y en el cuerpo: y más, cuando por aquellos días, cuando apenas empezaba a volver en mí de la enfermedad, vinieron nuevas, de que Vuestra Reverencia se iba de esta ciudad, a la de Santa Fe. Aquí fueron mis mayores desconsuelos, porque, a un tiempo me

faltaba todo el consuelo, y el arrimo y aliento en mis grandes temores, necesidades y trabajos de mi ánima. Quedé como el que, en una noche muy oscura y trabajosa, pierde su guía, o se le esconde; porque juntamente era grande el desamparo interior que tenía y padecía mi alma; y como me hallaba ya, tan cansada, de trabajos, y enfermedades, y tan poco fundada en las virtudes, se me hacía aquel nuevo trabajo, y mi desamparo, más intolerables, y el cielo se me juntaba con la tierra.

En medio de estas penas, me hallaba una noche —que me quedé dormida— en una iglesia grande y bien aliñada, donde se hacía una fiesta de San Bartolomé. Yo veía salir, como de una capilla o sacristía, un religioso grave, y de muy amable presencia con el hábito de Santo Domingo, sin manto, como que estaba en su propia casa, y reconociendo que era algún gran santo, casi me parece, me quería yo esconder; mas llegándose a mí, yo me arrodillaba, y él echándome los brazos, con grande caridad y majestad, me decía: «¿Es posible, Francisca, tanto olvido de Dios y de sus misericordias?». Era esto una como queja y reprensión, muy fuerte, aunque suavísima, y en ella me traía a la memoria, todo lo que he debido a Nuestro Señor de beneficios particulares, aunque no me los acordaba con palabras expresas; mas yo le entendía. Quedé con esto, un poco más fortalecida a llevar mi trabajo, y no morir por entonces, lo cual había yo harto deseado; y así lloraba amargamente, aunque conforme con la voluntad de Nuestro Señor, y fiada en Él, y en la Santísima Virgen.

▪ CAPÍTULO XLIV

Varias alocuciones o hablas interiores, con doctrinas provechosas. Destinanla de nuevo a ser Maestra de Novicias. Sufre mucho en esta época. Inestimable precio de los trabajos. Explica algunos de los que sufría entonces. Recibe una carta de un religioso, que la reprende y amenaza, y luego se retracta.

Yo quedé, en aquella soledad y trabajo, en lo interior, con grandes desconsuelos, y en lo exterior, con cosas que me mortificaban mucho. En especial, andaba vivo el pleito, del colegio, y convento, y todo cargaba sobre mí: decíanme muchas cosas muy sensibles. Una noche de estas, me parecía hallarme en una fiesta, donde habían puesto muchas luces, y que todas se empezaban a arder, por de dentro los pabilos, de manera, que los corazones de la cera se ardían, y levantaban un incendio grande. Yo viendo que aquel fuego, llegaba a querer quemar la guarnición, del Santo Padre Francisco Javier, lloraba tanto, que con mis lágrimas, se apagaban los pabilos, que como digo, por el corazón habían empezado a arder. No lo entendí por entonces, hasta que la experiencia me lo dio a conocer, pues el apagarse aquel fuego, fue a costa de muchas lágrimas mías; o fue señal de que él se acababa, cuando creció mi llanto.

Tenía por este tiempo, cosas que me fatigaban mucho, porque temía en ellas culpa; hasta que un día me pareció, que el alma veía o sentía, a Nuestro Señor, como cuando anidaba en

el mundo, en medio de la celda donde vivo, y que arrimando a su pecho mi cabeza, la recibía con amor. Quedé con esto fortalecida y mejorada, en aquellas cosas que tanto me afligían.

El día de Ramos, no me acuerdo si al tiempo de comulgar, o poco después, sentí en lo más interior de mi alma unas palabras —me parece que claras y distintas— que decían: «Francisca: ¿quieres ver la inconstancia de los corazones humanos?». Aquí pararon, porque yo no sé qué entendí, ni qué fue aquello, que toda el alma, y las entrañas se me conmovieron, y empezaron a correr de mis ojos dos corrientes, que no podían cesar, ni detenerse, y me parecía que en ellas quería exhalar el alma. Bien sé yo, —porque me lo han enseñado— que no se ha de estribar en estas cosas, sino sólo en lo que enseña la fe; pero he experimentado, que hacen raras mudanzas en el alma, en orden a plantar el bien, y quitar el mal. Esto que digo del día de Ramos fue, como cuando una persona va a decirle a otra, cosas de mucha pena, y en viendo que cuando las empieza a oír, es mucho su sentimiento, para y no prosigue, aunque ya, a quien las oyó, queda aquel dolor en el alma; así quedé yo aquellos días, que frecuentemente me acordaba, y continuamente lloraba.

Aquel año, me nombraron por Maestra de Novicias, y yo tuve hartó que tolerar; porque llegó caso, en que alguna puso en mí las manos, con gritos e ignominia; aunque yo no lo llevé como debiera. Quizás tuve algún engaño, en parecerme, que debía corregir lo que estaba a mi cargo, por un lado, o por otro. Aquel año fue una continua cruz y tormento, y llegaba a puntos de morir con la dureza de alguna, y con los pesares que me daba, etc.

Hubo por este tiempo, algunos disturbios, castigos, y pesares en el convento, y permitió Nuestro Señor, que todo el peso de ellos, cargara sobre mí, y todo el enojo de la Prelada, no siendo cosa, que de ninguna manera me tocara, ni tuviera, en ello parte por ningún lado; porque como Nuestro Señor por sus santísimos y justísimos juicios, siempre me ha tenido ocupada interiormente, en una rueda de tormentos y desconsuelos; poco lugar me ha dado para atender a lo exterior, y mucho menos, a lo que no me tocaba. Con todo eso, por otros pecados míos, padecí harto en aquella ocasión; hasta llegar a prometerme en comunidad, azotes y castigos, y hacerme cargo de que comulgaba todos los días, y salía al locutorio, lo cual hacía yo, por alguna cosa precisa, o con aquella santa señora, mi parienta, que casi me crió, y la tenía yo por madre. Decían: que me quería alzar con el convento, y quitarle las llaves de él, que lo traía revuelto y abanderizado; y que mi jarcia —que así llamaban a mis parientes— de día y de noche, lo destruían, etc. Era grande el enojo que mostraba en todas ocasiones, no sólo en los capítulos de culpas, mas en todas partes.

En especial, un día en que yo había entrado en ejercicios, con las novicias, y subiendo de comulgar, al coro alto, estaba ya junta allí la comunidad, y mandando salir a las novicias fuera, como cuando hay capítulo de culpas. Las cosas que allí se dijeron, y el enojo y furor de la Prelada, yo no lo sé explicar, las voces, no sólo se oían en la iglesia, mas pudieran mucho más lejos. Allí se prometieron castigos, y se hicieron los cargos de la comunión, y algunos, que me affigieron harto; como era, el que me encerraba en los locutorios, a contar cuanto pasaba en el convento. En todas estas cosas, yo procuraba poner los

ojos de mi pobre y miserable alma de Nuestro Señor, y aquel día, como era el primero de ejercicios, y yo les decía a las novicias, algo de lo que entendí, del altísimo fin para que Dios nos crió, y el destierro en que estamos; lo decía con hartas lágrimas, quizá que serían del amor propio. Así proseguía en el retiro de los ejercicios, y el día que meditábamos las penas del infierno, me parecía, que mi Padre San Francisco me cubría con su manto, y así sentía grande alivio, de la congoja, con que meditaba aquellas penas. Después entendí, que había sido enseñarme, que el camino, para no ir a allá, es la humildad, y guarda de la regla. El día que meditábamos en el juicio final, me parecía encontrarme con aquella ciega pobre, simple y despreciada, que murió aquí; y que con inefable alegría me abrazaba, como cuando después de mucho tiempo se ven dos, que salieron bien de un gran trabajo, a puesto feliz, se dan los parabienes. Sentí grandísimo consuelo y aliento, para abrazar cualquiera trabajo, etc. ¡Oh, si yo fuera predicador, o confesor, cómo les dijera a las almas que desean el camino de Dios, y Su Divina Majestad les hace el bien, de que en este mundo sean humilladas y despreciadas. «Ten lo que tienes, ten lo que tienes». Mira no huyas, y arrojes tu corona, y la reciba otro. ¡Estos son los mejores dones, de que habíamos de tener emulación! No porque yo, como mala, loca e insensata los he sabido apreciar, como debiera, hasta que conozco y lloro, que me faltan en mucha parte, no sé si es, porque ya no los siento, ni si en esto estoy engañada. Valedme vos, dulcísimo Jesús, hijo de María, verdadera vida de mi corazón; ¡cuánto dulce y suave será andar peregrinando con vos y padeciendo, que poseer todos los imperios de la tierra, no estando vos presente! ¿Qué

cosa era padecer algo, de mano de las esposas de Dios, almas en gracia; y más de los Prelados, que siempre irán con buen celo, —suponiendo que padecieran algún engaño— quien tan merecido tenía padecer en el infierno?

Yo sentía mucho, que me taparan la tribunita, que cae, de la celda a la iglesia, por ser todo mi refugio y mi vida, asistir en ella; y una de las cosas que más me movía a ser monja, poder vivir donde está Nuestro Señor Sacramentado. Mandáronla arrancar y tapar, con algún rigor en el modo; mas valiéndome en secreto del carpintero, y pagándole alguna cosa, porque me dejara algún agujerito hacia el altar mayor, para poder oír misa, lo hizo así; aunque esto también dio alguna pena, según me enviaron a decir. Luego mandaron arrancar aquel arbolito frutal, que tenía en el huertecito, y el enemigo bullía las cosas de manera, que se atravesaban circunstancias de harta mortificación: no porque las criaturas de Dios, ni religiosas, ni sirvientes, lo harían con intención de mortificar; que antes, una de las cosas que más me han afligido en esta materia, es conocer la bondad de los sujetos que me han afligido, y no acervar a darles contento.

No han dejado de salir fuera del convento, las noticias de quién yo soy, pues no sé, si en esta misma ocasión, o poco después, me escribió un religioso de cierto convento, de mucha virtud, —aunque yo no me había confesado con él— una carta bien dilatada —era de una letra bien menuda, medio pliego cuajado hasta las márgenes, por todos lados—, diciéndome: que Dios le había inspirado que me avisara de mi perdición, engaños, y soberbia, y que estaba ilusa: que Dios, que hablaba por su boca, me lo decía. Lo que se me acuerda es, que me

amenazaba mucho con la Inquisición, y me daba mucho en rostro con los confesonarios, decía: que mi vida y mi trato, era murmurar y roer las vidas ajenas. Amenazábame mucho, con las penas eternas, y el juicio de Dios, y traía para ello —a lo que yo entendí— muchas cosas de la Escritura, y dichos de mi Padre San Francisco. No me acuerdo si me turbé demasiado, a lo menos temí mucho.

Llamé al Padre Rector Juan Manuel Romero, con quien entonces me confesaba, y le pregunté: ¿qué haría en esto? Mandóme que callara, y así lo hice. Después me envió este santo religioso a decir: que le perdonara.

▪ CAPÍTULO XLV

Muere una religiosa, su sobrina, dejándola consolada con fundadas presunciones de su salvación. Sublimes doctrinas sobre la caridad fraterna. Suspiros del corazón, anhelando por diferentes virtudes. Padece una grave enfermedad y sana con unos sentimientos semejantes a los del apóstol, cuando deseaba verse libre del cuerpo de muerte y unido a su Dios.

Pasaba yo en mi soledad y trabajos, y en aquellos días se llevó Nuestro Señor a aquella religiosa mi sobrina, que en otras partes he dicho, me costó tantos pesares; y ella murió muy bien dispuesta; con muchas señales de su felicidad, y de que la inmensa piedad de Dios, la llevó a premiar sus trabajos; pues además de ser ciega, que no veía la luz, padecía perlesía y otros muchos achaques, y con todo andaba en pie, sin faltar a los actos de comunidad, en coro y refectorio, etc. Era grandemente humilde, y paciente, y andaba ya muy unida a Nuestro Señor. En la última enfermedad, que fue de un dolor tan violento de cabeza, que le quitó la vida, le dio un parasismo, y cuando volvió de él, dijo: que venía de él muy cansada, porque había andado un camino muy pedregoso, donde le habían dado las manos dos señoras muy lindas, que la una era con hábito del orden; y que encontrando a un hombre como Jesús cargado con un madero muy grande, le había dicho: que se volviera a quitarse las piedras que llevaba, y que entonces fuera: llamó al confesor, y estuvo con él, mucho espacio de tiempo, y aquella noche murió. Era sumamente pobre,

y humilde; y había sacado despacho de la sede vacante, para no tener voz activa, ni pasiva en el convento, con que yo quedé consolada con la esperanza de su descanso, aunque me faltó su compañía apacible y buena. Luego vino el Padre Rector a mandarme; diera los bienes, porque había ido el Vicario del convento, a pedirle, me persuadiera a ello. A mí me causó admiración, de dónde salió aquello, porque sobre ser suma y manifiesta su pobreza, no había yo querido disponer, ni aun del velo que dejó, sino que lo hiciera la superiora. Nuestro Señor, con su infinita misericordia, ha querido por todos lados humillar mi soberbia, ya por medio de las criaturas racionales, y ya de otros muchos modos; y quiera Su Divina Majestad, que alguna enmienda haya en mí, humillándome en su divina presencia, para no ser aborrecible a sus divinos ojos.

Dábame Nuestro Señor por este tiempo, muchas luces de cómo había de haberme en la caridad, para con mis hermanas las religiosas; en especial, se encaminaba a esto, todo lo que entendía en particular. Pondré una cosa de las que entonces conocí, como si dijera: no seas lince para ver los defectos de tus hermanas, porque la caridad cubre las culpas ajenas; antes debes ser como el topo, que ciega —para las que no te tocan— sólo cabes en la vileza de tu tierra, de tu propia miseria y culpas, y cuando te tocare el remediar las ajenas, y curar las llagas de tus hermanas —que llagas son en el alma las culpas— lo has de hacer, con aquel amor y tiento, que cura la madre a su tierno y querido hijo, aplicando la medicina, más para la salud, que para el dolor, antes en cuanto puede tomar para sí el dolor, etc. ¿Cuánto más cuidado se ha de tener, con el alma y sus enfermedades, que con el cuerpo y las suyas? Cuanto

se estima más, cuanto vale más, cuanto se arriesga más. Cuando enfermo, entonces soy poderoso, decía el apóstol, porque las enfermedades del cuerpo, no quitan, antes suelen dar valor al espíritu, y perfeccionarse en ellas la virtud; mas las enfermedades del ánimo, pesan tanto, que por ellas, y por su salud se hizo hombre Dios, y derramó toda su sangre, y dio su vida, y se quedó en comida y manjar. Así, pues, que no imagine la soberbia humana, hacer a fuerzas, lo que la sabiduría divina, hizo con tanta costa suya, suavidad y amor; y después de eso, se mueren muchos, con la muerte eterna. ¡Teme, pues, y tiembla, o polvo y lodo!

Estas cosas, y otras muchas, que largamente escribí entonces, daba Nuestro Señor a conocer a mí alma: todas se encaminaban, al modo de tratar a los prójimos, yo no sabía por entonces a qué se encaminaban, porque aunque me viniera al pensamiento, temía el gobernar a otras; conocía también, con muy particulares modos, cuánta vanidad es, todo lo que no es Dios, cuán fácil le es a Su Divina Majestad, hacer, y deshacer, en los orbes de la tierra, cualquiera cosa, y cuán dichoso es el pobre, y despreciado a los ojos de los hombres. ¿Cuántos riesgos tiene el alma, en aquellas cosas que las criaturas quieran alabar o estimar? Sentía mi alma un grande deseo, de su Dios y Señor, tal que me parecía sobre las fuerzas; porque al paso que su piedad misericordiosa, daba luz al alma, para conocer su propia desnudez, pobreza y necesidad; crecía la sed, hambre, y deseo de llegarse al centro de todo bien: deseaba mucho amar a mi Dios, más y más, y padecer por Su Divina Majestad cuanto pudiera; pedíalo así continuamente, a la Madre y puerta de todo el bien, mi Señora la Virgen María.

Pedía yo con todo mi corazón a Nuestro Señor —aunque con temor, pareciéndome mucho atrevimiento— me concediera, sentir y padecer algo, de los dolores que sufrió en su Santísima Pasión, el cual beneficio, deseaba más que la vida. Deseaba también, acertar a dar gusto a Nuestro Señor, de manera que me hiciera digna, de morir de su divino amor, y esto le clamaba con íntimas ansias, que Él mismo ponía en mi corazón.

Cada vez que levantaba los ojos de mi alma a Nuestro Señor crucificado, me parecía o sentía, que mi alma caía como desmayada en sus brazos, y en su pecho, como sin aliento. Esto me sucedía repetidas veces, y habiendo pasado así algunos días, me dio una enfermedad mortal, con graves dolores y quebrantos, que por último, resultó en tabardillo, tan fuerte, que luego me desahuciaron, y trataron de sacramentarme y olearme; tenía yo grandísimos deseos de salir ya de esta vida, y me parecía tardaba la muerte, porque en aquella ocasión borró mi Señor, el temor de mis pecados, o la memoria de lo que me podía hacer temer, y sólo me acordaba de su infinita piedad y la compañía de los justos; especialmente me consolaba con la memoria de los Padres de la Compañía, que me habían procurado enseñar el temor de Dios, desde niña, y ya yo esperaba verlos en el cielo. Hice confesión general, con el Padre Rector Juan Manuel Romero, y con ser tal la fuerza del achaque, y calentura, nunca perdí el juicio, a lo que me parece, y a lo que el Padre Rector decía después; que se admiraba de eso. Animábame con mucha caridad, a dar aquel último paso del tiempo a la eternidad, y yo esperaba fiada en mi Dios, con grande alegría y deseo, el fin de mi destierro; pero este gozo, se convirtió en llanto, y llanto amargo, cuando me vi empezar

otra vez a vivir, mejor diré a morir sin acabar. Yo confieso, que en esto faltaría en algo, a la conformidad que debía tener, con la voluntad y disposiciones del Señor Dios mío, y dueño poderoso de todo; mas luego que me vi, que no moría, cargaron en mi alma tantas penas, como las olas del mar, y decía llorando sin alivio, a mi confesor, y al Padre Capellán del convento. Yo sé que quedo, a grandes trabajos y penas.

▪ CAPÍTULO XLVI

Refiere con circunstancias notables cómo obtuvo la salud por la intercesión del gran Patriarca Santo Domingo.

Actos de humillación profundísima. Moléstala Satanás en la convalecencia, y las criaturas, por varios modos.

Contradicciones que sufre al acercarse el Capítulo y por la profesión de una sobrina suya. Trabajo interior.

En lo más fuerte de aquella enfermedad, veía yo, que en un teatro o junta de gente grande y santa se trataba de mi enfermedad; y que mi Padre Santo Domingo, estaba arrodillado ante la gran Reina y Madre de Dios, pidiéndole por mí; y alguna de aquellas personas que allí asistían, que me parecía ángel, aunque yo no le veía presencia corporal, me decía: «Encomiéndate mucho a este glorioso santo, que es tan amado de la Reina de los Ángeles, que cuando nació, tuvo sus pañales en las manos, y los bendijo». El santo me decía: que rezara yo el rosario, de los misterios dolorosos; y así lo hice, aunque la calentura o fiebre era mortal, y los dolores grandes sobremanera. El santo pedía a la gran Reina por mi miserable.

En aquel mismo tiempo, estaban algunas religiosas, en otra celda, diciendo o cantando la Salve a Nuestra Señora por mí, ante un cuadro de la Santísima Virgen del Rosario, que tenía a Santo Domingo arrodillado a sus pies, como a mí se me había mostrado; y fue tan copioso el sudor del santo, que todas se admiraron, que corría hasta el marco del cuadro, según todas lo decían después; y una criada que habían dejado a que me

cuidara dijo: que sudó el santo al mismo tiempo que ye lo llamaba, en aquella profundidad de mal.

No sé yo lo que ahora voy a decir, cómo fue, ello me parece, que allí había varios pareceres, que por una parte se decía; que convenía que me muriera, porque si vivía sería Abadesa, de allí a siete meses, y correría riesgo, etc., por otra; que aunque viviera, podría Nuestro Señor disponer las cosas de manera, que no fuera Prelada, y que aunque lo fuera, podía Su Majestad hacer, que redundara en servicio suyo, y librarme del mal de la culpa. Aunque después se me ha propuesto lo que pudo ser... No lo digo, Padre mío, porque no estoy con aquella certeza que cabe en estas cosas. —Esto pasaba en el alma parecíame que eran los Santos Ángeles—. Pues después de haber llegado a estar las religiosas, esperando a que tocaran agonía, porque los parasismos eran grandes, y los Padres de San Francisco esperaban, velándome ya como a moribunda; como digo volví en mí. ¡Ay, Dios mío! ¡No sé ya cómo pasaré de aquí, con la confusión que me causa, y el dolor; con la memoria de lo que por mí ha pasado, y con el temor de lo que me faltará! ¿Qué diré, Señor, Dios mío? Sólo que vos sois refugio de los miserables; y que no te habéis de airar, sobre la caña quebrada, ni sobre las plagas de los miserables; que no habéis de mostrar tu furor, Dios de Israel, contra un perro muerto. Tú habitas en las cosas santas, alabanza de Israel, en ti esperaron nuestros padres y fueron hechos salvos. En ti espera el gusano, y desprecio de las cosas más ínfimas.

Cuando empecé a volver en mí, me parecía ver con los ojos del alma, a Nuestro Señor Jesucristo, como en edad de joven, con una túnica toda compuesta de unas flores, del modo

y color de las violetas de la tierra; y pensando yo, ¿por qué, Señor mío, tenéis unas flores tan despreciables y tristes, tan cerca de vos? Entendí me respondía estas palabras: «Por su buen olor para convidar a los amigos». Después de seis años que esto pasó, oí a un predicador decir; que las violetas significaban la humildad, y que Nuestro Señor se llama flor del campo. Ojalá, me enseñe Su Divina Majestad, esta virtud de tan buen olor, y de que yo tanto necesito, como sabe Vuestra Paternidad. Me parecía que aquellas flores significaban, lo que había padecido en aquella enfermedad, que fue como un martirio, que duró en su mayor rigor, casi tres meses.

No permitió Nuestro Señor que el enemigo me atormentara en ella, con las cosas que suele; que es poniendo a los ojos sus abominaciones; mas cuando empezó la convalecencia, salió como de represa; ya como un negro muerto, amortajado de blanco, ya como mastín, y otras peores figuras, más horribles, etc.

De la enfermedad quedé con grande melancolía, que no me podía yo valer, y con tantos quebrantos en el cuerpo, que apenas podía vivir. Las criaturas humanas, también se conjuraron a afligirme, porque Dios así piadosamente lo disponía, y yo tenía más materia para llorar mi destierro. Las pobres alhajas de la celda, como ya me tenían por muerta, se habían faltado. Las religiosas y criadas, huían de mí, con harto extremo. Hasta al médico le mandaron, que no me entrara ya a ver. Aquella novicia que Vuestra Paternidad sabe que se crió en la celda, mi parienta, me afligía por muchos modos. Luego empezaron a darme unas noticias, que me atormentaban mucho; de que a mi hermano lo llevaban preso, y que sin duda, se ejecutarían en él, muy afrentosos castigos. Y como esto, me parece,

lo movía el enemigo, no había seglar, clérigo, mujer, ni niño que no lo dijera. Y una noche estando yo sola, sin que persona humana llegara junto a mí, me dijeron: «Ya el despacho para llevar preso a tu hermano está en Tunja, y a ruego de los Padres de San Francisco lo han suspendido y ocultado, hasta que pase el día de mañana, que profese su hija». Era esto con tales efectos, como del padre de la mentira y tinieblas, reventando, y turbando, mi corazón; y de la misma manera que a mí me lo contó por permisión de Dios, lo cundió por el convento, de modo que algunas religiosas compasivas, lo lloraban ya por muerto por justicia, y con afrenta; de modo que lo que a mí me admiró después fue, que sin que le faltara circunstancia, de las que a mí me dijeron sin saber quién, ni haber nadie, de ese mismo modo lo cundió por el convento, y por la ciudad el mensajero de males, según después yo supe.

Fue grande mi afrenta y pesadumbre, con las cosas que pasaron en el Capítulo, todas muy penosas para mí. Juntáronse también pesares en el convento, estorbando por cuantas maneras podían, el que profesara aquella novicia; ya negándole los votos, ya escribiendo al Arzobispo, que no diera la licencia, ya enojándose con las personas que hacían alto, y haciendo otros extremos, etc. Todas estas penalidades, como me hallaban tan sin aliento, me fatigaban harto; y miraba tan de nuevo mis penas, como que jamás las había pasado, o como que venía de nuevo a la vida mortal, y penalidades de ella. No tenía a dónde volver mis ojos, porque hallé por entonces una novedad grande en mi interior; que era no serme posible pensar en la pasión de Nuestro Señor, ni aun ver imágenes de ella, porque me daba un modo de pena tal, que no la podía tolerar, era

pena con grande espanto y temor, y sin aquella dulzura y ternura apacible, que el alma halla en la meditación de la pasión del Señor, con que vive y con que se acompaña en sus penas. Esto no era así, sino un modo de pena, con terror y espanto, y que totalmente no la podía tolerar; con que andaba sin tener dónde hacer pie, como quien ha perdido su compañía, sólo llena de terror y espanto, de desconsuelos y enfermedades, de sustos y temores, y también de pesares, por todos modos, en la celda, en el convento, etc., y fuera.

▪ CAPÍTULO XLVII

Trátase de elección de Abadesa. Dásele a entender por modo extraordinario que ella lo será. Temores que se le originan de esto. Verifícase en ella la elección, contra el empeño y maniobras de muchos. Experimenta varios desprecios y oprobios en su Prelacia. Estado infeliz en que halla el convento. Dificultades y obstáculos para repararlo. Socórrela Dios abundantemente. Confusiones que la cercan.

S ucedió por aquel tiempo, que la persona que gobernaba el convento, trataba de hacer Abadesa —porque se acercaba la elección— a una religiosa, que en la ocasión era sacristana. Pues como llegó el Viernes Santo, habiendo entrado la procesión en esta iglesia, cayó un aguacero tan grande intempestivo, que hubo de quedar aquí por muchas horas, el Santo Sepulcro, y la Purísima Virgen de la Soledad, mi Señora. No sé qué anuncios fueron estos para mi corazón; o que le dijeron a mi alma, que se deshacía en ternura, y se prevenía para algún padecer. Al mismo tiempo estaba viendo los aplausos, que ya le hacían a aquella religiosa, que había de ser Abadesa, y algunas religiosas la trataban, como a tal. Pasaron algunas horas, y yo metida en mi continuo desprecio, me quedé dormida, y luego me hallé andando a toda prisa un camino —porque había oído la campana de comunidad—, algún espacio anduve caminando, y luego me hallé volando, anduve así algún poco con descanso, y luego me hallé en una pieza del convento, tan trabajosa de andar, que parecía cocina, toda desbaratada,

y tan desigual el suelo, que me veía obligada a ir arrastrando más que de rodillas; mas entonces con grande consuelo interior, decía entre mí, muchas veces: *Eleji abjectus esse in domo Dei mei, etc.*; por último me hallé, sin saber cómo, en un antecoro o casita, que toda por todos lados amenazaba ruina: las vigas y maderas del entresuelo se estaban cayendo y temblando, y cuando yo con aquel temor de verme en tanto riesgo, quería tenerme del techo o de los lados, todo lo hallaba falso, débil, y carcomido; descubría entonces un corto agujero, y con un bordón que llevaba en la mano —que era sólo el que en tanta tribulación me mantenía— lo desembarazaba de algunas cosas que impedían la entrada por él, después del cual, y en lugar más adentro, estaba una religiosa de aquí: puesta de rodillas —esta fue la que después me siguió en el oficio—. Yo en todo esto que me pasaba, entendía claramente, y sin ninguna duda, la cruz del oficio; y así sucedió todo muy puntualmente. Yo daba aquel día, tristísimos ayes y gemidos, y sin poderme ir a la mano decía: ¡Oh, quién nunca hubiera nacido! Llevada de la aflicción y congoja.

Luego fue Nuestro Señor servido, de alentar mi corazón arrojándome en sus divinas manos, fiada en su providencia, y olvidando aquello, fui pasando consolada, con la experiencia de mi propio desprecio. Y así, aun con este aviso, ni con otros con que Nuestro Señor me previno: como fue un día, hallar de repente una estampa, de una monja, con una vela en la mano, y en la otra, un libro y unas llaves; y al mismo tiempo entender claramente lo que aquello significaba, y que Nuestro Señor me lo mostraba, y con ello me enseñaba, la regla, la clausura, el buen ejemplo. Mas como digo: a todo esto cerraba yo los

oídos de mi corazón, teniéndolo por tentación, y asegurando mis temores, en lo humano, con ver que según corrían las cosas, estaba bien segura; porque el Vicario del convento, pedía a las religiosas que por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, no intentaran darme sus votos, y que de suceder así, él dejaría el oficio. Lo mismo decía el Síndico, según supe después, porque en aquel tiempo, yo me estaba, como siempre, sola, y sin tratar con ninguna, salvo en cuidar las novicias.

La persona que gobernaba el convento hacía —según dijeron las religiosas— extremos, arrancándose las tocas y el velo, diciéndoles: que los demonios habían cegádaslas para hacer tal elección, que si me hacían Prelada, verían destruido el convento: que delante de aquel Señor crucificado las ponía, para que el día del juicio, dieran razón del mal que en esto hacían, etc. En fin, contra la voluntad de todos los que más podían, y con hartos oprobios y desazones, me pusieron en aquella cruz y tormento; y luego todas me volvieron las espaldas, y cada una quería, no hacerse cargo de aquel mal, y así, todas huían de mí, desde el día que se hizo la elección.

A los dos o tres días, fue forzoso hacerle una pregunta a una religiosa, en cosa que conducía al gobierno del convento, porque yo pobre, inútil y convaleciendo de una tan penosa enfermedad ¿qué podía saber? Para esto le pedí: entráramos a la celda, y a pocos lances, me dijo: que era mucha desvergüenza que yo la preguntara a ella, y que enhoramala. Lo decía esto con tanto enojo y cólera, que parecía quería reventar: Nuestro Señor me dio paciencia, que sólo estaba admirada de ver aquello, y así aunque ya con el oficio de Prelada la procuré apaciguar, abrazándola con cuanto amor y respeto podía, levantándome a darle

agua, porque el enojo la tenía medio ahogada. Como todos se habían conjurado contra mí y sentían tanto esto, yo no hallaba amparo en lo humano, y lo sentía más que todos, sin tener más desahogo que los ojos para llorar, y más cuando veía, que ya ni aun de los desprecios me era lícito gozar, o pasar en ellos con la seguridad que antes, porque no la hallaba, en dejar ultrajar el oficio, que Dios había puesto en mi vil persona.

No puedo yo, Padre mío, decir las cosas en particular que tuve que padecer, porque fuera alargar mucho; las mofas y burlas, los enojos, hasta darse maña algunas religiosas a hacerme salir huyendo, y con harta vergüenza e incomodidad del dormitorio donde estaba, porque no hallé otro camino de quietar las cosas; y así me iba sola a una pieza despoblada, donde lo pasaba sentada en una estera, hasta que una noche de aquellas, una buena criada me llevó allí un colchón suyo, para que tomara algún descanso.

Hallé que el convento a toda prisa se iba acabando; por lo que tocaba a sus rentas, empeñado en muchas cantidades, el archivo, sin ningún papel, ni de dónde poder tomar noticia de nada, porque todo corría por el Síndico, y él decía, que no tenían nada, y que si se había de comprar una carga de leña, había de ser empeñando la capa o la espada. Había pleitos muchos y muy penosos, y todo tan confuso, y a mi parecer tan sin camino, que yo no sabía más que clamar a Nuestro Señor y a la Madre de la vida y de la misericordia, María Santísima. Yo me hallaba del todo ignorante, ni aun el estilo de hablar con los seglares sabía; porque sacado de mis confesores, para buscar remedio en mis aflicciones, y mis hermanos; yo no había tratado desde que me entré monja, otras personas.

Sólo un clérigo que había sido capellán del convento, me animó, prometiéndome ayudarme, fiando o prestando para el gasto, porque el Síndico se iba a Santa Fe a proseguir los pleitos; mas a pocos días, murió de repente aquel clérigo, y antes de haberme ayudado en nada, se acabó aquella esperanza en lo humano. Lo que a mí me desconsolaba de muerte era, una persuasión fija que tenía en el corazón, de que por mis pecados, había de permitir Nuestro Señor, que estando el convento en mi poder, se aniquilara y se acabara de atrasar, que no hubiera para darles un bocado de pan a las monjas, aunque por otra parte me consolaba, que por castigarme a mí, no había Nuestro Señor de dejar perecer a las monjas, siendo esposas suyas.

No puedo, Padre mío, dejar de decirle, que en llegando aquí me confundo, porque no sé cómo decir las cosas, y disgustos que llovían sobre mí, la soledad con que lo pasaba, etc.: que me parece más fácil callarlo todo, que decir algo.

El día que se fue el Síndico para Santa Fe, me dejó para el gasto veinte reales, en una deuda que no pude cobrar, y cuatro o seis pesos en otra deuda, de la misma imposibilidad. Aquella tarde pidieron en la portería, la limosna que acostumbran los Padres de San Francisco, y de ninguna manera pude hallar un cuartillo para dárselo. Estas cosas pasaba con grande aflicción; mas aquella inmensa piedad de Dios, dispuso, que nada les faltara a las religiosas, ni aun en aquellos tiempos de tanto aprieto; y con doce pesos y medio, que acaso me trajo un buen hombre, se fue bandeando todo, que parecía cosa imposible; mas la providencia de Dios lo debía de acrecentar, y luego llamé al Padre Procurador de la Compañía, y me alivió y consoló, con

que cuando el Síndico volvió de Santa Fe, ya yo corría con el gasto, y no le pedía nada.

Andaba en medio de esto mi corazón tan triste, tan fuera de su centro, tan seco y lleno de amargura, como si jamás hubiera tenido alguna luz de Dios, sólo me consolaba el mismo trabajo y padecer. Era preciso estar continuamente oyendo dependencias de seculares, engaños, codicias, etc., y olvido de lo eterno, con que asistía a aquella reja con tanto tormento, como si con crueles cadenas, me tuvieran atada a ella. Lloraba continuamente, y sólo con esto me consolaba: parecíame que se hallaba mi alma, como una persona que de todo punto perdía el camino que siempre había buscado, y por ningún lado atinaba con él. Las cosas que tocaban a estimación me aterraban, hacían temblar y secaban mi corazón; los desprecios ya me eran sospechosos por el oficio; y con mi propia ignorancia, inhabilidad y culpas, me confundía.

▪ CAPÍTULO XLVIII

Visión que la fortalece y otros auxilios celestiales. Renuévanse los pesares y desprecios. Suceso extraordinario y muerte repentina del Síndico. Visita del Arzobispo. Entra su hermano de Síndico y se halla en abundancia el convento. Visión que la conturba extremadamente.

Estando en estos desconsuelos, nacidos de ser del todo inhábil, ignorante, y de ninguna virtud, veía en sueños me parece, o despierta, un globo o bala de hierro, dura, fría, y oscura, y que llegando allí una persona poderosa, y venerable, le daba un pequeño soplo, como quien echa el aliento o anhelito, y luego empezaba toda a arder y resplandecer. Algo me volvió en mí, la esperanza de que aquello podría hacer la piedad de Dios, y su inmenso poder, con mi alma pobre, fría, pesada, y oscura.

No sé si el mismo día, o poco después, trajo Nuestro Señor a un siervo suyo, a quien por el oficio de Prelada, me fue forzoso salir a ver, y a pocas palabras me habló tan al alma, que luego perdía los sentidos, y quedaba el alma anegada en un mar de gozo; y esto me sucedió cuantas veces me hablaba; porque parece, si yo no me engaño, hallaba en él a Dios, o por mejor decir, hablaba Dios en él. Así pasé algunos días que ya todos los trabajos me parecían gloria. Cuando estando rezando maitines, la víspera de la Purísima Concepción de la Virgen Madre de Dios, yo estaba, como fuera de mí, con la abundancia de

aquel gozo, o presencia del amor de Nuestro Señor, o yo no sé lo que era, y me parecía, que me hallaba en un dormitorio solo, a donde ya asistía de noche, por lo que dije arriba, y que Nuestro Señor, como cuando andaba en el mundo, me preguntaba, llamándome: «¿Duermes, Francisca; duermes?». Y que yo, como asustada, le respondía: No, Señor; yo estoy aquí velando. Quedé con esto, a lo que me puedo acordar, prevenida, que no buscara descanso, que tenía de qué cuidar, y trabajos que sufrir.

Volviendo a ver a aquel siervo de Dios, hallé que ya lo habían informado, de suerte que me puso grande temor, y desconsuelo. Luego inmediatamente se alborotó el mar de mis penas, y más con las noticias de pérdidas de pleitos, y olas que descargaron sobre mí; que bien conocí yo no había sido en vano, ni falsa aquella prevención. Fue tal el enojo que conmigo tenían, que me dijo a gritos una religiosa en el coro: «Bien les decía yo a estas señoras que no hicieran tal, de hacerla Abadesa, porque se había de perder el convento; bien haya yo que le juzgo, como el infierno de los infiernos»; y otras muchas cosas decía, que mi affligieron tanto, que sin saber lo que me hacía, me arrodillé hacia el Santísimo, y dije: Señor mío: esto ya no es conmigo, sino con vos. No me parece, decía yo esto con venganza, o pidiéndola; que nunca tal Su Majestad permitiera; si para que volviera por la verdad, y la declarara, de que no podía yo, ni con diligencias, ni de ningún modo, vencer aquel pleito.

Otro día, estando retirada en aquel dormitorio, solo y lóbrego, adonde me habían hecho ir; me parecía, que mi madre Santa Clara venía al convento, el cual estaba muy triste y oscuro, o con una claridad muy melancólica; y todas las monjas, en especial

algunas, la recibían con muchas acciones de reverencia en el coro, y muy festivas; mas la santa se mostraba, como severa, o displicente, por no hallar allí a la Abadesa, o porque la tenían como abandonada; y así se mostraba como confusa. Esto no era en sueños, ni lo veía con los ojos del cuerpo.

Dábanme de fuera avisos, de que mirara por el convento quitando el manejo de sus rentas al sujeto que lo tenía, porque iba todo muy mal; a mí me lo decían, y yo lo veía: mas no hallaba remedio, más que llorar mi desamparo, y el del convento. Un día estando oyendo misa, y llorando mucho con Nuestro Señor por esta causa, me determiné, con algún impulso interior, a llamar al sujeto que decía la misa, y valerme de él, para que me buscara algún remedio. Hícelo así, y viendo mi fatiga me dijo: que por aliviarme tomaría el cuidado del convento, si no temiera la enemistad del que era Síndico. Esto fue sábado, y el domingo me vinieron a avisar, que aquel pobre hombre se cayó muerto de repente; con que entró en el oficio, el sujeto que digo, y me ayudó, y consoló mucho, en la venida del Arzobispo, que yo temía mucho, por las amenazas que su criado me había escrito, y el enojo que tenía conmigo; y asimismo, me prometía alguna religiosa, con enojo, que había de hablarle, y escribirle, y aunque la conciencia por entonces no me acusaba de ninguna cosa, me crucificaban siempre mis temores, y la cobardía de mi corazón. De donde verá Vuestra Paternidad, Padre mío, cuán fuera he ido yo de camino, y de estar bien fundada en Dios, y en su voluntad, pues nada me había de suceder sin ella.

Había yo puesto en el refectorio —que también se tienen allí los Capítulos que llaman de culpas— una hermosísima

hechura de Nuestro Señor crucificado, que por ser muy grande con extremo el retablo, no había cabido en otra parte del convento, en el cual se levantó un alboroto grande y escandaloso, diciendo: que había yo traído allí a aquel Santo Cristo para condenarlas. Porque solía decirles: que no miraran a mí, sino a aquel Señor a quien todas habíamos de dar cuenta. Esto fue el día antes que el señor Arzobispo hiciera la visita secreta; yo no sé cómo fue aquello, que derecho fue a mandar quitar de allí aquel Santo Cristo, aunque se veía, que no había otra parte del convento a donde cupiera. Yo andaba en todas estas cosas con un corazón muy atormentado, viendo las risas y celebridades que tenían mis hermanas y madres; sólo me alentaba acordarme de cuando mi Señor y Dios verdadero andaba por las calles de Jerusalén, llevado ante los príncipes y señores.

Este fue el Santo Crucifijo, que entrando yo un día muy afligida en el refectorio —cuando ya había servido de muchas maneras a las monjas, y experimentando ingraticudes— entendí en el Señor, aquellas palabras: *Tota die expandi manus meas, ad populum non credentem et contradicentem*; con que me consoló y animó, y me convenció.

Informaron de manera al Prelado, en un particular que me tocaba, que en tratándole de aquel negocio se tapaba los oídos.

Y así quiso Su Divina Majestad, que lo que no se había podido en ningún tiempo, desde la fundación del convento, se hiciera entonces por su sola piedad; porque aunque aquel sujeto que dije, entró por Síndico, por la muerte repentina del otro; se cansó muy breve, y me dejó sola. Luego movió Dios a mi hermano, y me ayudó tanto, que sobraba para todo, y no sólo se mantenían las religiosas con mucho cuidado; mas se les

dio de vestir, y quedó impuesto, y se hicieron otras cosas que costaron muchos reales, para lo cual hacía la misericordia de Dios, maravillas como tuyas. En particular cuando se doraba la media iglesia, que faltaba por dorar, hallé un día cincuenta pesos que no imaginaba, debajo de cincuenta libros de oro, que aquel día había comprado.

Así pasé aquel tiempo, dándome algunas veces enfermedades graves, y padeciendo en mi interior grandes penas, y en lo exterior hartos trabajos y contradicciones.

Una noche, estando enferma, mientras las religiosas estaban en maitines, tuve un asombro, o qué sé yo qué fue, que me demolió la salud y me dejó inhábil más de lo que yo lo era, que aun para escribirlo, Padre mío, me lleno de pena. No sé yo, si aquello fue dormida o despierta. Veía a una persona que conocí cuando vivía, diciendo cosas espantosas, decía: «Yo fui mala, pero no me pesa; ahora estoy en un lugar, donde sólo dejan entrar a los rejoneadores: tengo sobre los ojos dos guijarros, con que continuamente me están dando golpes, etc.». Lo que yo comprendía, o lo que me llenaba de pavor y espanto, con ningunas palabras se podrá decir. Sólo me consolaba que pudiera ser, que el enemigo añadiera aquella palabra: No me pesa: mas de cualquier modo, ello fue cosa horrible. Toda la noche lo pasé llorando, cercada de la gente de la celda, y dándome unos desmayos, que me quedaba como muerta. En cuanto amaneció, envié a llamar al Padre Rector, a rogarle me diera algún medio, para quitarme del oficio de Abadesa, aunque fuera muriendo en un cepo, porque no tuviera parte en los divertimientos, que tan caro cuestan.

▪ CAPÍTULO XLIX

Temores de continuar escribiendo. Sosiégala el Señor. Declamación contra la falta de recogimiento en las religiosas, remedio del desorden de una de ellas, interviniendo un caso rarísimo. Sufre treinta años de contradicción de una monja. Esta se convierte y muere al cabo de un año. Nuevas enfermedades, trabajos y tormentos interiores.

Proseguiré, Padre mío, obedeciendo por la voluntad de Dios, que es el único fin que yo en esto pueda tener para atropellar mi repugnancia y vergüenza, y las muchas cosas con que se affige mi corazón, en esta obediencia. Y si quisiera decir cuántas se me ofrecen para no proseguir, llenara mucho papel, y lo gastara en balde.

Sólo le diré aquí: que ofreciéndoseme que esto era compararme con las personas santas, cuyas vidas están escritas, y sintiendo en mi corazón con esto, la turbación y congoja que si me viera caer al infierno, y despedir para siempre de los maestros de la vida, y de la humildad, Jesús y María; me parece alumbró Nuestro Señor los ojos de mi alma con estas razones, como si dijera: «No hay por qué temer, porque aunque te hubiera hecho grandes favores, que se pudieran comparar con las más favorecidas, te doy juntamente a entender para que te defieras de tu enemigo; que con las mismas manos que lavé los pies de San Pedro, y di mi cuerpo sacramentado a él, y a los otros discípulos, lo di al que me fue ingrato. Ni tampoco cabe seguridad o vana confianza cuando te doy a conocer, que el cordel

que no se quebró al principio, o al medio, puede quebrarse al fin; y más cuando te he dado a conocer con tanta claridad, el polvo, nada, y lodo de todo lo que no es Dios; la mentira y vanísima vanidad de los juicios humanos, y sus estimaciones; el sueño y sombra de la vida mortal, y el océano inmenso de la vida eterna; el peso y fruto que trae al alma un agrado de Dios inmenso, y la nada y daños irreparables, de poner la mira en la aceptación de las criaturas: ¿qué utilidad tendría en esto tu sangre, cuando descienda a la corrupción?». —No dice, te he hecho favores; mas aunque te hubiera. Ni dice, que sea conservada sin culpa, sí, que sólo el que acaba bien, es feliz—.

No digo yo por esto, que Nuestro Señor me habla, con el modo que lo haría con las personas santas; mas da esta luz clara, cuando menos se esperaba. Pues prosiguiendo lo que iba diciendo; no hubo persona alguna, o ya me fueran gratas, o hubieran sido contrarias, que no conociera la mano poderosa de Dios, en hacer bien al convento, cuando lo vio Su Majestad tan desamparado, y así iba bien en lo temporal y espiritual: y cierto se me acuerda aquí, lo que siendo recién profesa, se me dijo: «Sobre una gran casa, sabe Dios poner una araña, sin que ella deje de tener en sí su vileza, ni pueda por sus manos edificar la casa del gran Rey». Lo que yo conocí fue, que como Nuestro Señor vio entonces su casa tan sola, y en manos de una tan vil criatura, quiso misericordiosamente, tomar la mano para ampararla.

Pues como yo estuviera atemorizada, con el espanto que dije aquella noche, y el Padre Rector, a quien envié a llamar para rogarle, viera algún modo de quitarme de aquel oficio, no hallara ninguno más que, el de pasar hasta la elección.

Yo quedé tan atemorizada, y temblando, que no podía estar sola, y en acordándome de aquello, me daba un gran temblor. ¡Válgame Dios! ¡Cuánto debe de ser, lo que Nuestro Señor aborrece estos divertimientos malditos de las monjas, con los de fuera; y qué desdichados deben de ser los conventos, donde libremente se permiten: y qué de trazas y rodeos busca la maldita serpiente para enlazarlas en eso; y qué de apoyos hallarán las pobrecitas, y más donde hay mucha gente de servicio! Yo no hacía aquella noche más, de clamar: ¡Pobrecitas!, ¡pobrecitas! Viendo el gran mal que traen aquellos disparates, tan nocivos; y cómo a veces los que fueron causa se quedan riendo; y Dios les suele quitar a ellas la vida, en lo mejor de sus años, y hallarse en penas tales, que si no son de infierno, lo parecen. Luego me sucedió, lo que diré.

Una noche, estando en una parte del convento, sola y a oscuras, vi una luz que me alumbraba todo el brazo derecho, y esto lo vi con los ojos del cuerpo, luego me dieron noticia, de que una religiosa andaba en algunas visitas, que no convenían. Aquí fue mi morir, y mi acabar, más que con cuantos trabajos yo había pasado; hice las diligencias que alcanzó mi cortedad e ignorancia, hasta llegar a arrodillarme a pedirle, por la sangre de Dios, y por la Santísima Virgen, me quitara aquella pena, de haberlo de remediar con rigor. Fue tal mi tribulación y tormento, que desde entonces empecé a sudar sangre fina, y que todos la veían, por el hombro derecho, y por donde respira, o late el corazón. Si ello era efecto de mi pena y tribulación, o lo causaba alguna enfermedad corporal, no lo puedo yo saber de cierto; mas todo esto que digo, fue a un mismo tiempo.

Había una persona aquí, muy capaz y virtuosa, y así de grande estimación en el convento, y fuera de él, por las buenas prendas de que Nuestro Señor la dotó; —esta Madre, había sido dos veces Prelada, y siempre gobernaba el convento—, y como yo he sido, no menos aborrecible a los ojos de otras, que a los míos, sin que para dejar de conocer esto, haya sido poderoso el amor propio. Esta que digo, como más capaz, tenía a lo que parecía mayor repugnancia a mis cosas, la cual había mostrado, por largo espacio de tiempo en obras y palabras, y como yo no podía ignorar, ni dejar de amar la bondad del sujeto, fue para mi corazón un continuo torcedor ver cuánto reprobaba mis cosas, y que ningunas había, en que no se ofrecieran tropiezos, y esto había sido por espacio de treinta años, sin pasar día, sin algún pesar; temía yo mucho, no se engendrara en mi corazón algún rencor, que pusiera en peligro mi alma; y así, un día llena de amargura, me determiné a poner en la presencia de Nuestro Señor, mi pena, por mano del Santo Ángel Gabriel, pidiendo a la Divina Majestad, mirara mi larga aflicción, y si era servido, de librarme de ella, o darme algún modo de pasar en paz.

Pues una tarde, que subía yo, de celar el silencio del convento, cerca de las oraciones, la encontré, que me iba a buscar, y metiéndome en una parte excusada, cerró la puerta, y se quedó sola conmigo: entonces, quitándose el tocador, y arrastrándose por los suelos, empezó a pedirme perdón, con tales extremos, con tales demostraciones, que como que hubiera venido sobre mí un rayo del cielo, quedé aturdida y medio muerta, por la cortedad de mi natural: viendo una persona que era la estimación del mundo, queriendo besar los pies, de una tal vil, como

yo, que ni aun me atrevía a mirarle al rostro. Tanto como me edificó su humildad, me dejó triste y confusa el temor, de si tendría yo miserable, en mi corazón, la maldita soberbia, tan aborrecida de Dios.

Aquella santa religiosa, murió de allí a un año, y desde aquel día que he dicho, hasta que murió, lo que le duró la vida, —que fue como digo tan poco—, fue todo mi alivio y consuelo, en mis penas y trabajos, de aquel oficio, que fueron grandes los que pasé en muchos modos; y aun después de muerta, en una ocasión de mucha pena, me fue de mucho alivio, como diré adelante. El día que la sacramentaron, en la última enfermedad, volvió a repetir los perdones, y lágrimas, a que le correspondía mi corazón y mis ojos, hechos fuentes de lágrimas, como que adivinara las penas que me venían, y también sentía la falta que haría al convento.

Quedé yo sola, y gravemente enferma, y el día de su entierro, sudó abundantísimamente una imagen de Nuestro Señor, como cuando andaba en el mundo. De esta santa imagen, diré después.

Prosiguió mi enfermedad, y se fue adelantando con varios accidentes, hasta llegar a estar desahuciada. Yo temblaba a la muerte en aquella oportunidad, por tener a mi cargo, tantas cuentas y dependencias del convento, y parecerme, moriría con mucha inquietud, y deseaba que me hallara esta hora, desembarazada de todo negocio humano, como si en eso consistiera el morir bien; mas yo toda mi vida, he sido una tela de ignorancias y culpas. Pasaba en un continuo desvelo, sin poder tomar sueño, de día, ni de noche, y estaba continuamente gustando las amarguras de la muerte. Sentía en mi corazón y alma, propiamente aquellas ansias, y angustias, que se escriben de los

moribundos; y en este estado, había de dar forma, a todo lo que era menester en el convento, y cuidar desde la cama, de todo lo interior, y exterior del convento, donde se había encendido peste, y me hallaba yo sola, por estar mi hermano, —que era el que únicamente me ayudaba—, en la ocasión, con grandes trabajos de pleitos, ausente de aquí. Algunas religiosas, que trataban de dejarme en el oficio de Abadesa, se desengañaron, con la perseverancia de mi enfermedad.

▪ CAPÍTULO L

Recrecen extraordinariamente sus enfermedades, suspendiéndose sus síntomas para el cumplimiento de las cosas de obligación. Sale de la Prelacia. Padece más duras persecuciones y trabajos, interiores y exteriores.

No convalecía, ni se mejoraba mi enfermedad, antes se mudaba con diferentes accidentes, y tales, que cada uno que venía de nuevo, parecía el postrero, y que había de acabar con la vida; tenía grandes desmayos, y tanta debilidad, que ni aun paso podía dar, ni aun echar la respiración; juntamente eran mis desconsuelos interiores, cuales los tendrán los que ya sólo ven sobre sí, el sepulcro.

Padecí en aquella misma enfermedad, un dolor en un lado de la cabeza, por dos meses continuos, tan agudo, y violento, como si con una espada de fuego, me la estuvieran partiendo, de día y de noche, sin poder volver la cara, ni echarme, ni sentarme, sólo dando gritos, que eran imposibles de detener, con el espantoso dolor; que parece era de los mayores que se pueden padecer en el cuerpo mortal. Calmó a fuerza de penosos y muchos remedios, o se apartó, para dar lugar a mayores padeceres, porque eran en el alma, que me parecía estar, como separada del cuerpo, como si estuviera esperando la última sentencia, y viera ya todo este mundo acabado, y la eternidad presente. Como no podía dormir, no cesaba mi tormento, de día,

ni de noche, y al mismo paso crecían los cuidados exteriores, con la cercanía de entregar el oficio: todo lo cual me parece, lo hacía yo, fuera de mí. Y para dar la profesión a algunas novicias, que en aquel tiempo profesaron, era necesario bajarme en brazos al coro bajo, y volverme así, a la cama, más muerta que viva, como dicen. Lloraban las religiosas, y yo sentía tanto como mi mal, su desconsuelo. Llegaba ya a los últimos alientos de la vida, y luego volvía, tanto cuanto bastaba para atender al ajuste de cuentas, y dar lo necesario.

No diré aquí, lo que tuve, de persecuciones y acusaciones en la visita secreta, ni el furor con que un sujeto empezó a afligirme; porque ya parece molestar a Vuestra Paternidad con esto, ni fuera posible referir en particular las cosas, sin ser sumamente pesada.

En fin, se hizo la elección, en la religiosa, que dije, había yo visto, que me había de suceder en el oficio. Todas lloraban aquel día, y se lamentaban abrazándome, y refiriendo, los bienes que yo les había hecho, etc.

Salieron de allí, y me dejaron agonizando, con mis males, y no volví a ver el rostro de ninguna, ni criada, ni monja; sólo oía las alegrías y bailes que tenían, fuera de lo que aquí se ha usado nunca. Gastaron todo aquel tiempo en juegos y regocijos sin que hubiera quién de mis males volviera a tener memoria. Persona hubo, que sólo entró allí, a darme gritos y maldecirme a voces. Las criadas del convento se vengaban, de lo que les había apretado, a la guarda del silencio, y hacían cuanto ruido podían, donde me atormentaban bien la cabeza, tocando tambores en la puerta, etc. Las más beneficiadas, mostrábanme más rigor, y en tantas como son, no hubo una, que no me desamparara;

y con mi hermano, que tanto las había cuidado, y servido, hicieron peores cosas, porque todo lo permitía Dios para mi mortificación; y esto último, era lo más que me mortificaba, como yo sabía, el cuidado y amor, con que él les había servido; y como halló el convento, y como lo dejó de bien puesto. Mas, todo esto era nada, respecto de las penas de mi alma. Hallábame en un desierto de todo bien, tan lejos de Dios, y de su amor, como cercada de miedos y temores, de tedios, y desconsuelos, y sin poder dar un paso, ni valerme, con la fuerza de los desmayos. Estuve así, un mes y algunos días, en aquella soledad, oyendo sólo de lejos el bullicio que traían; hasta que un día, envié a llamar al Padre Rector, que ya lo era el Padre Diego de Tapia, y dándole cuenta de mis desconsuelos y enfermedades, me dijo algunas cosas, que abrieron los ojos de mi alma, y alentaron mi corazón, y con su parecer, me retiré a la celdita, donde he vivido siempre, y a donde me esperaban, nuevas y mayores cruces. Bendito sea Dios para siempre. Amén.

▪ CAPÍTULO LI

*Con extraño tormento, se le caen todos los dientes y muelas.
Otras persecuciones y tribulaciones. Amenaza de Satanás.
Desposorios de Jesús Sacramentado con su alma y otras
finezas. Siente una voz interior que la llama. Dispónese a todo
lo que sea voluntad de Dios.*

Aquí vine con todos mis males, en particular, que todas las muelas y dientes, desde la primera, hasta la última, se empezaron a mover de sus lugares, y a darme tanto tormento, que con cordeles, con hierros, o como podía, no hacía más, que írmelos sacando de raíz, con cuanto trabajo se puede echar de ver, de modo, que no hacía más, que estarme todo el día sacando muelas y dientes, que daba horror a las personas que los veían todos juntos, fuera de la boca. Así pasaba mis penas, interiores y exteriores, con el consuelo de verme en el retiro y soledad, de la pobre celda. Procuré con toda determinación, abstraerme de todo trato y comunicación, haciendo cuenta; que ya para mí todo había muerto, y deseaba yo morir para todo.

Cuando pude salir al coro, no hallé algún lugar a donde ponerme a rezar ¡quién lo creerá!, pues fue así; porque a cualquiera lado que me ponía, se levantaban las religiosas huyendo, con acciones tan reparables, como si mis males fueran contagiosos, o huyeran de alguna víbora. En todo esto ninguna me hablaba, antes excusaban cuanto podían, el que yo me llegara

a ellas; y si tal vez les hablaba, me respondían de modo, que quedaba escarmentada; o con algún apodo, o risa, etc. A mí me dio Nuestro Señor por entonces, una cortedad de ánimo, mayor que la que he tenido siempre, y tanta vergüenza de estar entre las religiosas, que no me atrevía a levantar los ojos. No diré ahora tampoco en particular, las cosas que llegaban a mis oídos: de que yo hacía, y decía cosas, que ni en el pensamiento me pasaban; mas así lo decían, y así lo creían, y así se enojaban; como si todo aquello fuera verdad, y me lo vieran, y oyeran decir, y hacer. El enemigo, no se descuidaba en atormentarme, llenándome el corazón de temores de muerte; proponiéndome; que ahora en mi retiro, y soledad, me traería al pensamiento, o imaginativa, cosas más aborrecibles a mi corazón, y a mi alma, que la muerte más cruel que se pudiera padecer, o que las penas mismas del infierno; con que echaba acíbar, o hiel de áspides, en el consuelo de mi retiro, y llenaba de una noche de tinieblas espantosas, el día que podía ser de mi descanso.

Un día en particular, estando pensando en mí Señor Jesucristo, me pareció oír —aunque no con los oídos del cuerpo— una voz, o amenaza, que decía: «Yo te quitaré ese Cristo que tanto amas». Quedé turbada y confusa, temiendo las trazas del enemigo, y mi propia vileza, miseria e ignorancia. Mas como ya Nuestro Señor había tenido conmigo, la providencia de llevarme a los pies del Padre Rector, allí hallaba alivio, y aliento en mis penas.

Acordábame entonces Nuestro Señor una misericordia, que había usado conmigo, en el tiempo de mi noviciado, o siendo recién profesa. Esto era, que pasando por el coro, a las cosas

que se ofrecían, sentía en mi alma, una fuerza suave, y una voz fortísima, como que saliera de Nuestro Señor Sacramentado, y de mi alma, que decía: *Quis nos separavit?* ¡Oh, cuánto mejor le hablaran, Padre mío, en este caso mis ojos...! Y si aquí me diera licencia la obediencia, para no proseguir, y sólo anegar mi corazón en un mar de llanto. ¡Oh, si el fin de mi destierro, será ver propicio el rostro del Señor! ¿O, qué será? No sé cómo puede haber descanso, hasta no salir de este gran cuidado; único, grande, y terribleísimo.

En uno de aquellos días, rezando maitines, me parecía, o sentía en mi alma, como que se le decían aquellas palabras: «¡Oh, mujer! Haremos en ti misericordia». Como que salían del Señor, Dios, trino y uno. Quedó mi alma anegada en un mar de consuelo y de llanto; en un profundo abatimiento y agradecimiento, a mí, Señor Dios; y en un grande deseo, y ansia de llorar mis culpas, y gastar en eso, lo que me durara la vida.

Diré aquí una cosa, que no me acuerdo bien, por qué tiempo me pasó; mas cuando voy diciendo, la traía muy presente. Parecíame, que desde una altura, muy grande, o una alteza muy interior, me llamaban por mi propio nombre, sin decir otra alguna palabra, y esto era, repitiéndolo algunas veces, con algún intervalo, entre una, y otra. Yo no entendía a qué se encaminaba en particular; mas deseaba que mi alma estuviera dispuesta, para ejecutar la voluntad de su Señor, y pensando ¿en qué conocía ser aquella voz de Dios? Se me declaró, con lo que sucede a los corderitos, que entre variedad de balidos, conocen el de sus madres.

Crecía en lo interior del alma, el conocimiento y aprecio de las verdades eternas, conforme nos las enseña la santa fe, y

la Iglesia Santa, en particular; el horror y temor a la culpa; el deseo de la limpieza del alma, y el desamor a todo este mundo, y a lo que en él hay, etc., que todas estas cosas, ponía Nuestro Señor patentes, como si las viera, etc.

Traíanme a la celda, el Señor en la Santa Comunión, los días que por mi enfermedad no podía bajar a la grada, y diré, si pudiere, cómo empezaron mis tormentos. Dios sea alabado, y bendito por todo.

▪ CAPÍTULO LII

Llénase de dolor, sabiendo el desarreglo de una persona su conocida; y por no haber podido recibir a Nuestro Señor Sacramentado en la celda. Anuncio de muy grande tribulación. Ansia por unirse a Dios. Nuevos y misteriosos anuncios para la gran tribulación. Ventajas de la comunión sacramental sobre todos los otros favores celestiales. Lo restante del capítulo, más bien puede admirarse que compendiarse.

Legó a mi noticia el divertimiento en que andaba una persona, a quien he deseado y procurado, con todas mis fuerzas, el bien y perfección de su alma; y aunque a mí no me lo decía nadie, mi corazón lo sabía y lo lloraba, aunque no le daba crédito, hasta tener certeza, que no pudiera dudar. Entonces fue, tan íntimo, y grave mi sentimiento, que me dio una enfermedad muy peligrosa, de que en muchos días no me pude levantar de la cama —de esta enfermedad sané, por el glorioso Padre y Señor mío San José—. En uno de ellos, que fue el día de San Antonio de Padua, sucedió, permitiéndolo así Nuestro Señor, que me dejaran sola en la celda, y no pudiendo yo levantarme a componerla y asearla, para que entrara el Señor en la Santa Comunión; y cuando vi, que se venía acercando, hube de levantarme, como pude, a cerrar la puerta, para que no entrara, con tan poco, o ningún aliño; y así pasó a otra enferma, sin entrar a donde yo estaba. Los efectos que esto hizo en mi alma, ¿quién los podrá decir? Aquel arrancarse las entrañas, y quedar en una noche oscura y amarga; mi llanto, mi dolor, y lo que mi alma concibió de penas, no lo acierto yo a explicar. ¡Sólo pienso, cuál

será, el dolor de los réprobos, cuando claramente conozcan; que ellos mismos cerraron la puerta a su bien! ¡Y sepan, qué bien fue el que perdieron, cuando ya no lo puedan hallar!

Sucedíame por aquel tiempo, cuantas veces tomaba algún sueño, ver en él, que se prevenía la cruz, para clavarme en ella; y muchas veces despertar, con el susto, estremeciéndome; en particular algunas, que parecía llegar a las manos, los hierros con que había de ser clavada, me estremecía, y despertaba el temor. También tenía cada día, más y más deseos de hallar el agrado de Dios, y limpiar mi alma. Conocía una Majestad infinita, toda limpieza, todo poder, toda firmeza purísima, toda sabiduría purísima; y a ese paso conocía, cuanto disuena de este Ser divino, y de su amor y comunicación, la fealdad y horror de la culpa. Deseaba el alma, aquel bien dulce, puro y amable, y temía y aborrecía este mal, con una pena o temor, que resultaba en el cuerpo, y era, como un río caudaloso, que nada es bastante a detener, ni a moderar sus avenidas.

A todo esto, no hallaba la presencia de Nuestro Señor, por ningún camino, ni volvía el alma los ojos, a parte, que no la hallara ofuscada, de sombras y temores, que habían crecido, desde el día que dije, me pareció oír aquella amenaza: «Yo te quitaré ese Cristo que tanto amas». Pues andando así, viviendo, como sin vida; por el mes de mayo, me parecía hallarse el alma movida fuertemente, a desembarazarse de todo; con la semejanza de un pobre labrador, a quien le mandaran desocupar su pobre casa, porque una persona grande, y gran señor, quería morar en ella; me parecía abrir puertas y ventanas, y sacar todo lo que allí había, hasta el polvo; y yo no deseaba otra cosa, sino es morir ya del todo, a todo cuanto hay, fuera de Dios, y a

mí misma, y sentía gran contento con aquella semejanza de la casa; que me parecía, sólo descansara de mi pena, con no ser ya nada mía, ni hallarme a mí, en ninguna parte de mí, entregando a tan buen dueño, todo mi ser, con una entrega tan total y tan firme, que ya jamás volviera a saber yo de mí. En fin, Padre mío: yo no sé cómo esto explique: Vuestra Paternidad tenga paciencia, pues Dios me la da para vivir.

Estando un día de aquellos, en la cama enferma, que ya se había llegado las vísperas de mi Padre San Ignacio, me parecía; que entraban a la celda una cruz muy ancha, y la tendían en el suelo, como para clavar en ella, y que Nuestro Señor estaba allí presente. Yo no sabía a quién habían de clavar en ella, ni entendía más, sólo reparaba, que era muy ancha, y decía yo: en esta cruz, bien caben dos personas. No me acuerdo, en particular, qué hice, más de que me quedé muy confusa. Esto fue despierta, y tuve gran temor.

La víspera de mi Padre Santo Domingo, me hallaba en sueños, en el coro bajo, donde estaba el Arzobispo muy venerable, de la misma orden del Padre Santo Domingo, y un santo lego, que lo acompañaba. Llegábanme allí cerca, y me mandaron descubrir las espaldas, y luego, con un licor u óleo confortativo, me ungían, en la parte alta de las espaldas, hacia los hombros. Esto hacía aquel santo Arzobispo y el santo lego asistía con grande devoción, y ministraba lo necesario. Yo entendía, que aquello era para algún gran padecer. Luego pasó aquel santo a darme el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado, y el santo lego, me advertía; que antes de recibirlo, me postrara en tierra muy profundamente. Yo lo hice así, y en habiendo recibido a Nuestro Señor, de mano de aquel santo

Arzobispo, sentía en mi alma, unos efectos tales, que toda fuera de mí, prorrumplía en palabras de admiración y espanto; y el santo lego, viéndome así tan admirada, decía: «¡Oh!, ¡pues qué será recibirlo mañana!». Era así, que había de comulgar el día siguiente; de donde yo saco; cuánto más deba apreciar el alma, la realidad de este gran beneficio, que todos los consuelos sensibles, por grandes que sean.

¡Oh, Señor, Dios mío!: Si se me diera licencia para no pasar de aquí, para no entrar en el mar amargo de mis penas; pues sólo el amagar a decirlas, es un nuevo, e intolerable tormento, y temo, y se estremece mi corazón, con su amarga memoria, y tiembla mi alma. ¡Oh, Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Endulzaré con tu santo nombre, un tan amargo lago de tormentos, una creciente como el mar de penas, una quintaesencia de todos los males.

Haré memoria de lo que sintió mi alma, el día del nombre de Jesús, antes del mayo, que dije: que bajando a comulgar, sentí aquella fragancia tal, y tan confortativa, y la percibía con el sentido corporal del olfato, deshaciéndose mi alma en llanto, de ternura, como que veía prendas de la patria.

No sé yo, Padre mío, si lo que ahora voy a decir, lo habré dicho en otras ocasiones; mas porque en el tiempo de mis tormentos, que voy a referir, lo traía muy presente, lo diré aquí.

Luego que entré en el convento, sin haber tomado el hábito, y siendo devota, asistía al coro con las religiosas; y como una noche en maitines, la Maestra de Novicias, me mandara apartar de allí, con grande afrenta y vergüenza mía; porque, como venía del siglo acostumbrada a aquellas vanas estimaciones, y me veía entre tantas extrañas, fue mucha mi turbación, y congoja. Rezaba enfrente de un Santo Cristo, que hay en el coro,

y aquella noche se decían maitines, de la dedicación de la Iglesia: yo no sabía leer bien el latín, porque no lo había leído nunca; mas aquella noche, que digo, llegando al salmo 87, que comienza: *Domine Deus salutis me, in die clamavi, et nocte coram te.* Lo entendí todo hasta el fin, como si lo leyera en aquel Santo Crucifijo, y en él viera, lo que el Señor padeció en el discurso de su vida, desde su niñez, y más en su rigurosa pasión; y me parece, ponía patente a mi alma, que aquel había de ser mi camino; y la animaba y encendía, en deseos de conformarse con él, y que no extrañara ningún padecer interior, ni exterior, por grande que fuese, pues ya el Señor lo había pasado, y nos había mostrado este camino. No sé yo, cómo es este modo de entender el alma, o de enseñar Nuestro Señor: que es reduciendo la voluntad, aun más que el entendimiento. Ahora pienso, que como es Señor de todo, puede entrar a puerta cerrada, y que estando Él adentro, toda la casa se llena de buen olor, mas sin Él, todo es muerte, tormento y tinieblas. Unas veces, con lo que siente el corazón, o voluntad, se hallará el entender, y otras, al contrario, con el entender, se enciende el alma.

Reparaba yo mucho aquella noche, en aquel: *Quia repleta est malis anima mea, et vita mea inferno apropinquavit,* y en diez y nueve versos que tiene aquel salmo, no hallé uno, que no viniera a lo que me parecía había de padecer, y a las tribulaciones que me esperaban, y ya había algunas padecido. Claro está, que esto se ha de entender, en el modo que cabe en una tan vil pecadora, siempre loca e insensata; y más, como no es todo uno, enseñarnos el camino, y andar por él. Aunque mis tribulaciones en todo género, han parecido tan grandes a mi miseria y vileza; el llevarlas como debiera, no sé yo qué haya sido, sino como quien yo soy.

Pues volviendo a lo que iba diciendo: para empezar a referir mis penas, en estos últimos años. Yo estaba, como sola, sola en este mundo, con grandes ansias de hallar mi centro, y de despojarme, y alejarme de todo, y de mí misma; envidiaba mucho aquellos pobres de espíritu, cuyo es el Señor, que es sólo Reino de ellos. En particular, deseaba la pureza del alma; el amor de Jesús y María, y la suma pobreza religiosa. Toda la vida humana, y acciones de ella, el trato y conversación que no era en el Sumo Bien, me era tormento y muerte.

En esta oportunidad, me envió una parienta mía unas pinturas de papel, para que les pintara las guarniciones. Yo viendo que eran de cosas profanas indecentes, tuve grande enojo, y haciéndolas pedazos, las quemé; puse en su lugar algunos santos de mi devoción, y pintados, los volví a su dueño: porque sentía que en casa donde había tanta familia, hubiera pinturas tales. Harto lo debió de sentir el demonio, según lo que empezó a atormentarme. En particular un día, que aquella mi parienta, me envió a pedir mucho, bajara a verla al locutorio; cuando yo fui, hallé a las religiosas que allí estaban, turbadas y con pena, y me dijeron: «¡Oh, si hubiera estado aquí!: qué cosas tan abominables ha dicho a gritos un loco; todo el infierno ha estado en su boca: ¡qué cosas tan abominables, usted se libró de oírlas!». No les respondí yo más, que decir: Bendito sea Dios que no lo oí, porque en ese caso, más quisiera estar en el infierno. Decía esto, de todo mi corazón, y me parecía, que en toda mi alma, habían derramado, veneno, y veneno, no comoquiera, mas de aquel que habrá, en las tristes y espantosas cavernas del infierno. Procuré con la Prelada, no se permitiera, y así se desterró a aquel loco.

▪ CAPÍTULO LIII

Entra en la gran tribulación y desamparo interior; efectos que redundaron en lo exterior por este gran tormento. Pinta el abismo de pena en que se vio sumergida. Vuelve en sí del tormento, que duró siete meses. Cita a la Abadesa para el sepulcro, y efectivamente, muere a los quince días de la cita.

Entré en fin, o me hizo entrar el Señor Dios mío omnipotente, en aquella tierra tenebrosa, cubierta de oscuridad de la muerte, tierra de toda miseria, donde habitan las sombras de la muerte, donde no había más orden, que un sempiterno horror. El temor y el tremor, vinieron sobre mí, y las tinieblas me tejieron un apretado y lóbrego capuz; los lazos de la muerte, y los dolores del infierno me cercaron. Toda la composición interior de mi alma, y aun la exterior, me parece, del cuerpo, se descompuso. Parece que dio mi Señor, permiso, a aquellos leones infernales, para que estrenaran el rigor de sus furias; y parece, que abrió el pozo sobre mí su boca, y me sorbió el profundo de todos los males, en un solo mal, que era verme a mí misma —a lo que entendía— separada del Sumo Bien, y entregada al sumo mal; no porque sintiera, ni tuviera inclinación al vicio, antes tanto horror a ellos, cuanto no se puede explicar, y entre aquel pavor y asombro, me parecía, que estaba cercada, de todos cuantos pecados puede haber en el mundo, o maquinarse en el infierno. Y pues en las cosas que pasan en el alma, no soy yo capaz de explicarlas, ni de entenderlas; diré algunos efectos que me causaban.

Luego caí rendida a un mortal temblor, y llamando a un médico, que pasaba, de esta ciudad, a esa de Santa Fe, le pareció mi enfermedad mortal, y dijo: que me dispusiera, porque sería muy breve el morir, que apenas llegaría a dos días. Yo respiré algún poco con esto, aunque se me hacía muy largo el término de dos días, confiando que la muerte, me sacaría de la pena atroz en que estaba; y así le tomé las manos, y con copiosas lágrimas de agradecimiento, se las besaba, como fuera de mí. Lleváronme aquella tarde a la enfermería, y yo pedía con grandes ansias a Nuestro Señor, por su purísima Madre, no permitiera, el que ya más se alargara mi destierro. Salí de la celda para la enfermería, con esperanzas de no volver más; y bien sabe Nuestro Señor, que a todo lo que puedo entender, era bueno el motivo que yo tenía, para desear la muerte.

Aquí mostró Nuestro Señor a otra persona, aquella cruz que dije, tan ancha y grande, y que la llevaba una persona, que apenas se veía debajo de ella, con grande soledad; díjomelo acaso, y yo conocí la cruz.

Allí estuve cuatro meses, en que se probaron cuantos remedios hubo, para mí penosos, en que sólo me consolaban los tormentos que el cuerpo recibía, por si acaso divertían, mientras estaban en su rigor, algo de lo que el alma padecía.

Permitió Nuestro Señor, que allí muriera una criada, que me había asistido, y socorrido, con grande caridad, más de diez y seis años; y murió con circunstancias sumamente penosas para mi corazón. Las personas que por caridad u obligación habían ido a asistirme, riñeron entre sí, y se descompusieron, de manera, que hasta en aquello tenía un nuevo tormento.

Sólo tenía respiración, y aliento, el rato que venía el Padre Rector, y cuando lo estaba oyendo; mas no sé yo, cómo era aquello, que aquellas razones de consuelo servían para mantener el alma, pero no para sacarla de su pena. Siempre me había dado Nuestro Señor tolerancia, aun en grandes penas, para pasar en silencio; mas en esta ocasión, se rompieron los diques, y como un mar que saliera de sus términos, toda me veía anegada. ¡Oh, Dios mío! Yo tenía asombrado el convento, porque los lamentos, llantos y gemidos, en que pasaba las noches enteras, y los días, que para mí todo era noche, las horrorizaba, y huían de verme, u oírme, aun las que más caridad me tenían.

Cuando daba aquellos gemidos, y decía aquellos lamentos, tan lastimosos, lloraba tan amargamente, que corrían las lágrimas, como arroyos; pues hubo vez, que arrimada al pecho de una religiosa, corrieron mis lágrimas por el escapulario, desde allí, hasta la falda o ruedo de él; y así lo más continuo era, mojar la almohada de manera, que era menester mudarla, o volverla.

Sabiendo el Padre Rector, el desabrigo de aquel aposento de la enfermería, me mandó volver a la celda. Yo tenía tanto horror a uno, como a otro, porque todo se volvió para mí, como un espantoso infierno; mas luego salí de allí, y vine otra vez a la celda, donde yo no le hallo otra explicación a mis tormentos, que me parecen las penas del infierno.

Tenía un conocimiento, sobre lo que se puede entender, y más sobre mi corta capacidad, de aquel bien sumo, y con tanta propensión del alma a ir a él, que me parece bastara a acabar cualquiera vida; mas era detenida y arrojada, con espesísimas, y aborrecibles sombras y tinieblas, más de lo que se puede decir. Aquella fuerza, sobre cuanto se puede entender poderosa, me

traía así, arrancándome las entrañas y el alma, y yo no podía caminar a mi centro, ni salir de mi espantoso sepulcro. Conocía una Majestad infinita, digna de infinito amor; y los ojos de mi alma enfermaban y descaecían, por mi pobreza; pues veía claro, que todas las cosas criadas, comparadas con el Criador y Señor, eran y son, como un poquito de polvo despreciable; mas este conocimiento, o estos afectos, que en las almas santas, son toda su paz y descanso, porque reducidas a su nada, se anegan en aquel mar inmenso de infinito bien; en mí eran, como una espada cortadora de dos filos, que dividía el alma, de su alma, y me hallaba a mí misma, nada más que contraria a aquel bien único y sumo; y a mí misma veía, como a uno de los dañados; siéndome tan mortal tormento, habitar conmigo misma, como si estuviera en las cavernas más profundas del infierno; y aun aquellas tenebrosas moradas, me parece, me fueran refugio, si allí me escondiera el Señor, hasta que pasara su justo enojo.

Veía a todos, servir al gran Rey y Señor, y conocía su suma felicidad, en ocuparse en esto; y me veía a mí separada y apartada, de la compañía dichosa de los justos, en aquella tierra del olvido, en aquella muerte, y sepulcro donde me hallaba, a todo mi sentir, ya incapaz de contar sus misericordias, ni conocer en aquellas tinieblas sus maravillas; porque clamándole todo el día, volvía de mí su rostro, y arrojaba lejos mis ruegos.

Clamaba con continuos lamentos; y sin poderme ir a la mano, estaba hecha pregonera, o predicadora del bien o del mal; y asombrada, cómo vivían las gentes contentas, teniendo pendiente un tal cuidado, como ganar o perder a Dios para siempre. Sentía yo en mí aquella ignominia, y vergonzosa confusión, que se sentirá, el día del universal juicio.

El cuerpo estaba rendido a un mortal pavor, y temblor, parecíame a mí, que ya me asaba, y ya me helaba; que ni sabía, si eran penas sensibles en el alma, ni sabía cómo era. Con pequeña causa, se ponían las carnes de mi cuerpo, como si las vistieran de terciopelo negro, muy oscuro. En tocándome las manos, que tantico las apretaran, reventaba sangre, y sin ninguna causa, parecía el cuerpo, como mordido a bocados, lleno de cardenales, que en parte reventaba la sangre. Los desmayos continuos, más parecían parasismos, que se veían obligadas las que me veían, a llamar aprisa al Padre Rector, a veces juzgando que no me hallaría viva; venía con grande caridad, y en oyéndolo yo, volvía en mí, y tal vez quedaba por algún espacio, como buena y sana, con las esperanzas que me daba, y cosas que me decía; y yo procuraba confesarme lo mejor que alcanzaba, y darle cuenta de todos los tormentos que pasaban por mi alma; y de todas aquellas cosas, que me parecía eran causa, de estar Nuestro Señor enojado conmigo.

La Madre Abadesa, a quien yo siempre debí obras de madre, y —cuando Dios no disponía otra cosa— se dolía de mis trabajos: en esta ocasión llamó cuantos médicos pudo hallar, que fueron ocho, con algunas mujeres, y todos probaron sus remedios, dándole cada uno, varios, y diferentes nombres a mi mal; todos se retiraban y me dejaban, como a imposible de curar; y era así, que sólo la mano poderosa que me hirió, me podía sanar.

Una noche apretó tanto, que echándome de la cama, me quedé puesta fuertemente en cruz, pegada con el suelo. Vino entre las otras religiosas, la Madre Abadesa, y yo llorando amargamente, le decía: Vámonos, señora, vámonos a la sepultura. Viendo que echaba alguna sangre por la boca, y que el temblor

y flaqueza del pulso era grande, y tal, que decían los médicos, que era vida sobrenatural la que vivía, me dio el Padre Rector los sacramentos, y en otro aprieto mayor, el Santo Óleo.

Un día que yo esperaba fuera el último, y ya como en las últimas agonías, tomé el Santo Crucifijo, para entregarle el alma, mientras una religiosa me leía la Pasión de Nuestro Señor; me parecía, que ya entrando las puertas de la eternidad, me proponían: que para aquella vida eterna no sería mucho vivir a acá otros años, aunque fuera pasando asperísimos tormentos. Yo no sé, cómo esto fue; mas me hallé con un aliento tal, que volviendo con el cuidado, que se había ido el Padre Rector, me halló con un grande aliento, y estuve más de media hora hablando con Su Reverencia, como buena y sana, aunque descaecía luego.

A la Madre Abadesa le dio el mal de la muerte; y yo con espanto de todos, me hallé con alientos para asistirle, sin desnudarme, tres días, y tres noches, que duró su enfermedad. Como yo estaba en tan amargas penas, y aquella santa señora me había sido propicia, en muchas ocasiones de mis trabajos, viéndola morir, y que yo quedaba en tantas penas y riesgos, de perder a Dios, lloraba amargamente con ella, y le rogaba: en viendo a Nuestro Señor, le pidiera, fuera ya servido de sacarme de tanto mal, como soy yo para mí misma. Ella que moría con la paz de un ángel, y con la alegría, de quien sale de prisiones; que así parecía, según su serenidad y conformidad; me lo prometía mucho, y me consolaba. Como yo la había convidado a voces para la sepultura, quince días antes, sin saber lo que me decía, y estando ella buena y sin enfermedad ninguna, quedé con alguna esperanza, de que la seguiría breve; mas no fue así,

porque del gran Señor y Dios, son muy diferentes los juicios, de los nuestros, siempre errados, y tímidos.

Después de un mes que murió; la vi en sueños, buscando con mucha fatiga y cuidado a una religiosa, con quien en vida había tenido disgustos, y diciendo, había pasado sus penas en su cuerpo difunto, y en él enterrarla, —fue cosa rara, lo que se vio corromper el cuerpo—. No me hablaba palabra en los encargos que yo le había hecho, ni en sus promesas, ni en mi vida o muerte. ¡Qué diferentes pasan allá las cosas, y qué otro mundo que es! Válgame Dios.

Por las mismas penas que pasé en siete meses, que estuve en la cama, rendida a fuerza de tormentos, pudiera yo sacar, qué será; ¡qué será el carecer de Dios!, pues ni con ninguna lengua pudiera explicar algo de lo que padecía. Paréceme fuera alivio: —y así lo deseaba— que en las plazas públicas, me sentenciaran a cualquiera suplicio, y todo me parecía nada, en comparación de aquel tormento, donde me sentía a mí misma separada de Dios, y moría con una muerte vivísima, conservadora de mi pena. Solía clamar a voces, algunas cosas muy desatentadas; como una vez, viendo reír algunas, les decía: ¡Oh, dichosas las que pueden vivir sin Dios! No quería yo decir, las que lo enojaban y perdían, que ya se ve, es el mal de los males; sí decía, las que podían respirar en su ausencia, o no pasaban aquel duro suplicio.

Mas, para qué me canso, y lo canso, Padre mío, queriendo reducir a palabras, lo que es sobre todo lo que yo puedo alcanzar.

Muerta pues aquella señora Abadesa, que como dije, en muchas ocasiones, me había servido de madre, me hallé en lo exterior, con un aliento impensado, para asistir a todo lo que

▪ Francisca Josefa del Castillo ▪

lleva la comunidad, aún más que cuando tenía pocos años; y así va un año que ando en pie, y a veces, como en el aire, sin hallar en nada, bien, ni mal, sino es en tener, o carecer de Dios.

▪ CAPÍTULO LIV

Consuélala el Señor en sus tribulaciones, de diversos modos. Es destinada a cuidar y dirigir a las novicias. Refiere otros favores del Cielo. Deja un sacerdote por su medio, una ocasión próxima de pecar, en que vivía. Siendo ella estimulada por impulso superior, a representarle su infeliz situación.

Parécame, su infinita piedad nunca cansada de hacer bien, aun a los desagradecidos, y tales cual yo soy: me ha consolado a veces en la fuerza de mis congojas y temores, con algunas cosas que diré, dejándolas al juicio de Vuestra Paternidad, como todo lo que llevo referido. Un día pareciéndome imposible, el verme libre de tal tormento, sentía, o entendía estas palabras: «¿No seré yo más poderoso para consolarte, que lo ha sido el demonio para afligirte?». Con esto cobré algún aliento.

Otro día, que se había ido mi santo Padre Diego de Tapia, a las haciendas del colegio, y yo quedé sola, en mis amarguras, me vi tan apretada una noche, que propuse con toda determinación, no comulgar ese otro día, porque me parecía más ofensa de Nuestro Señor, que agrado suyo, el recibirlo; pero apenas me quedé dormida, entre aquellas angustias mortales, cuando me hallé con aquella Madre difunta, que dije en el número 49, que murió, pidiéndome aquellos perdones, y siéndome ya, todo alivio de mis penas. Esta noche que voy diciendo, me llevaba al coro bajo, por la escalera que suele bajar para

comulgar; era de noche, cuando bajábamos por allí, las dos; mas apenas entramos en la grada, cuando entró la luz, y yo me llegué a la reja a ver al Padre Capellán, que ya venía a dar la comunión; él me saludaba, preguntándome: cómo me había ido. Ya en viéndolo, Padre mío —le respondía yo—, muy bien me va, muy bien me va, decíale yo esto, porque me había de dar la sagrada comunión. Entonces un hombrecito enano y feo, que había aparecido allí en la iglesia, decía con malicia, y escarnio, o rabia: «Qué bien la entiendo yo». Yo no me curaba de él, sino pasaba a la gráticula con el deseo de reconciliarme, para que me dieran la Santa Comunión, y al llegar, veía una cosa prodigiosa; el Pisis allí patente, descubierto, limpio, y puro, y lleno de una riqueza inefable, no de formas, sino de un tesoro divino, de perlas y piedras preciosas, en particular esmeraldas, engastadas en finísimo oro, y tan unidas con él, que parecían una misma cosa; no como son las de por acá, mas todo aquello era, como espiritual. Yo admiraba, y como fuera de mí, exclamaba: Dios mío: ¿quién te ha puesto aquí, tan patente?, ¿quién te dejó aquí, Señor mío? A esto me respondían: que en el confesonario lo habían mandado. Aquel hombrecito feo y enano, luego que me vio pasar a la gráticula, se fue de la reja diciendo: que él venía vendiendo chicha, y se apartó de allí. La monja difunta que me acompañó, luego que me dejó en la grada, no la vi más. El Padre Capellán, tampoco supe a dónde fue. Sólo hacía cuenta de aquella riqueza que había hallado, y cuando volví en mí, conocí, la gran piedad, con que mi amantísimo Padre Dios me enseñaba, y consolaba, dándome esperanzas, de que Su Majestad gustaba de que lo recibiera, y que no hiciera caso de las pinturas de aquel maldito vendedor de

chica; y más en habiéndolo mandado mi confesor, que fue lo que entendí por el confesonario. Desde aquel día, cobró la pobrecita alma, un poco de aliento, y más cuando se acordaba, de esto que he referido.

Cuando se hizo nueva elección, me dio Nuestro Señor otro consuelo, lo uno, porque aunque yo estaba en tan profundas penas, y casi muerta, aunque andaba ya en pie, quiso Su Majestad servirse de un tal cadáver o esqueleto, para componer algunas cosas que convenían a su santo servicio; y lo otro, porque con algunos oprobios, testimonios, y desagradecimientos de las criaturas para conmigo, respiré un poco, y eché de ver, que no me tenía Nuestro Señor del todo abandonada, o arrojada de sí.

Luego me mandó la Madre Abadesa, cuidar de las novicias, que eran once, y tuve la confianza en Nuestro Señor, que por la obediencia me lo mandaba; y el deseo de refugiarme entre ellas, pensando que así hallaría más, el favor de Dios; que por estas almas de sus esposas, me miraría con piedad, y el enemigo huiría de ellas.

Así, después de aquellos siete meses, de mayor rigor, he pasado ya otro año, no sé cómo; porque, aunque los trabajos sean grandes, los temores y pavores, los desconuelos, etc.; mas es grande la providencia de mi Señor, con que me ayuda y anima; y sólo quisiera el alma, no apartarse de él, ni lo que hace una respiración.

Por mucho tiempo, y no sé si diga, lo más ordinario, en llegando el cuerpo a tomar el sueño, quedarse el alma en oración, con más encendidos afectos que pudiera despierta, y con grande paz; unas veces abrazándose con la Santísima Virgen; que el alma le quisiera entregar, y ella deseando irse con su señora y

amantísima Madre. Ya en procesiones muy devotas, y misteriosas; y ya con su Santísimo Hijo. En particular, una noche, que me parecía verlo, desnudo, y arrodillado sobre la cruz, y que una nubecita muy leve, le iba enlazando, y subiendo por el cuerpo, y mi alma deshaciéndose en afectos de su Señor, entendía; que ella era aquella nubecita, y me parece que he entendido, que el mostrar Nuestro Señor estas cosas en sueños, es la causa, el estar continuamente con tantas turbaciones y temores, además, de lo que Su Majestad sabrá también.

Estando en ejercicios con las novicias, me pareció verlo —esto no era en sueños— en el lugar de aquella imagen del Salvador —que dije que sudó en el entierro de aquella monja— con un manto azul de color de un cielo, más claro y lindo que el mismo cielo, y quejándome yo con todo mi corazón a Nuestro Señor, en esta su santa imagen —que es todo mi consuelo— del rigor de mis penas, sudó otras dos veces; y yo entendía que era mostrando acompañarme en mis penas.

También me parecía, que el Santo Ángel de mi guarda, con otros muchos, entraban al aposento, y se ponía calada la celada, y cargado sobre la espada, como que estaba de guardia; no sé yo si acierto a decir esto, porque no sé como se llaman esas armas.

Un día que estaba en grandes agonías, entendí esto: «Tú vives muriendo en mí, y yo estoy viviendo en ti». Como palabras de Nuestro Señor, dichas a mi alma.

Otro día, que ya parecía acabar con las penas y congojas, y el furor del maldito; me pareció, que el alma oía una voz, que le decía alentándola: «Ea, alma, que ya tocamos las márgenes de la Ciudad Santa». Parecíame del Santo Ángel de mi

guarda, porque era, como cuando de dos caminantes, el que guía, anima al que desfallece. No entendí si moriría breve; mas por larga que sea la vida, será corta, y lo más está pasado.

El día de San Antonio de Padua, a quien mucho me he encomendado en mis tribulaciones, cuando desperté hallé que un Santo Cristo, bien grande, que tengo siempre entre la cama, se había puesto sobre mi cabeza, tan bien acomodado, que el un brazo de la cruz tenía echado sobre ella; y lo mismo de ahí a dos o tres días, y desde entonces, todas las noches cuando despierto, me hallo abrazada con él, que debo de alcanzarlo dormida.

En medio de estas penas, me envió Nuestro Señor un nuevo trabajo, con la ida del Padre Diego de Tapia; tuve el desconuelo que Vuestra Paternidad puede conocer, pues me ayudó con tanta caridad, en el tiempo de tantos trabajos; mas conforme con la voluntad de Dios, le ofrecí esta pena, y me quedé sola, fiada en Nuestro Señor.

Algunas cosas me sucedían, que parece hay en ellas, alguna luz de Nuestro Señor, como lo que diré: había yo hecho una sobrepelliz, para un sacerdote, que supe que la necesitaba. El día que la acabé, y algunos antes, en la oración, me parecía, que me notaban un papel, que le escribiera, cuando se la enviara; diciéndole: que advirtiera lo que aquella vestidura significaba, y la grande limpieza, y pureza, que para tratar con las manos, al Hijo de la Virgen María, se necesitaba, etc., y otras cosas a este modo. No porque había, por donde yo temiera ningún mal; mas me veía fuertemente instada a esto. Luego llegó a mí noticia, no sé qué cosa, y una mañana lo envié a llamar a un locutorio oculto; y en llegando allí, me hallé fuera

de mí, puesta de rodillas, y hablándole con una voz, y enojo, que yo misma desconocí. Ya él tenía ensillado, para salir fuera del lugar, a la ocasión de su mal; mas como yo le repetía, con tanta turbación y enojo: ¿A dónde quiere ir?, ¿a dónde va?, dejó aquel viaje, y la ocasión de caer, y cuando volvió de conmigo, a su casa, al abrir una caja donde guardaba su ropa, y había dejado cerrada con llave; vieron todos, y él también, salir de ella un perro muy grande. Cuando yo estuve bien en mí, quedé con harta pena, de si habría disgustado a Nuestro Señor en alguna cosa, y llevé hartos oprobios al principio: de santimoñera, harta de comer y soñar, etc.; mas por último, ello se remedió, por la gran piedad de Dios.

Otras cosas me pasan, que me consuela Nuestro Señor con ellas; como es, no hacer ninguna cosa que no me la retornen con alguna ingratitud; digo, por la mayor parte, como lo que le referiré. Estaba una persona quejándose, que estaba desnuda; yo me quité la saya que tenía puesta, y se la di; mas apenas se la había puesto; cuando se le embistió un furor contra mí, que no había parte del convento, donde no se quejara amargamente, culpándome en hartas sinrazones, y así estuvo, no sé si dos meses, que no había cosa que la pudiera aplacar conmigo, en las demostraciones de enojo que hacía: más que bien, Dios y Señor mío, se entiende aquel, *in tribulatione dilatasti michi*; pues a vista del padecer del alma, cuanto pudieran hacer y decir las criaturas contra mí, es regalo, y no ocupa lugar, ni parezco capaz de sentir.

▪ CAPÍTULO LV

Deseos y suspiros humildes para lograr la íntima unión con Dios. Enséñala el Santo Padre Ignacio, sublimes lecciones de la humildad, manifestándole que mientras más creciere el alma en ella, más crecerá en la caridad. Alocución interior, divina y admirable con que es instruida y confortada, por el Señor. Devoción que siempre tuvo a los Santos Arcángeles. Dirige al confesor sus escritos, temiendo haber errado mucho en ellos. Dice que se siente casi muerta a lo irascible, y pide al mismo Padre sus oraciones.

Al presente, siento una grande violencia en el corazón y alma, que me parece, anhela a su Dios, no por la gloria y descanso, me parece, sí por lo que es el centro de todo el bien, santidad y limpieza. Desea con increíble ansia, estar anegada en aquel mar de amor, limpiísimo, purísimo, vivífico y vivificador. En él halla, aquella santísima humanidad, con los dolores, sangre y amargura de su pasión; juntamente con todas sus mansedumbres y finezas. Allí a la Madre de la misericordia, alta y levantada en santidad y pureza, sobre todos los coros de los ángeles, y hombres.

Deseo con todo mi corazón, gastar lo que resta de vida, en conocer a Dios, y conocerme a mí. Y como claramente me ha dado Nuestro Señor casi a experimentar, el abismo de males que yo soy; y a conocer, cómo todos los bienes, útiles, deleitables, y honestos, están en Su Majestad, y que puede de repente

enriquecer al pobre; deseo estar a sus puertas continuamente, sin apartarme de ellas, poniendo a los ojos de su misericordia, y al abismo de sus piedades, el abismo de mi miseria, para que sin cesar lo invoque y llame.

Siento grande alivio, en la memoria de la pasión de Nuestro Señor, y que me hace compañía en mi destierro, trayéndole presente, y más, amándole de todo corazón; deseando del todo huir de mí misma, por vivir en Él. Me es amarguísima la compañía de las criaturas, y estoy en el trato con ellas, como violenta y forzada. Cualquiera conversación que no es de Dios, o se encamina a Él, me es amarguísima, y a veces intolerable.

Sólo se aplacan las penas de mi alma, con humillarme, considerarme a mí misma, y confundirme, en la soberana presencia de la tremenda Majestad de Dios. No hallo nombre, que le venga a mi vileza, y a lo que yo soy. También me alivio, en humillarme ante las criaturas de Dios; y tal vez deseo fingirme loca, por ser despreciada, porque conozco, que Dios aborrece la soberbia, como contraria a su suma verdad, porque toda la soberbia se funda, en mentira y falsedad.

Deseo anegarme cada hora, y cada instante, más, y más, en el mar amargo de la pasión, y dolores de mi Señor, y en los dolores y amarguras, del limpio y puro corazón de su Beatísima Madre, y Señora de mi alma; y para agradar, y complacer a esta alta y soberana Emperatriz, deseo y le pido, me alcance de su Hijo precioso, una grande pureza, pues es virtud tan amada, de esta Madre Virgen, y de su Hijo Dios.

Un día, me pareció, que mi Padre San Ignacio, me enseñaba —no porque yo veía al santo; mas me parecía estaba presente a mi alma, enseñándola— cómo la humildad es amor de Dios,

y cómo mientras más humildad, habría más amor. Entendía, cómo la humildad, es conocer y amar la verdad; y cómo la verdad, es lo que tiene ser; y cómo en lo que tiene ser, está Dios. Cómo la soberbia es mentira, y la mentira no tiene ser, ni tiene a Dios; y lo que no tiene a Dios, es todo mal, porque carece de todo bien; y así, que cuanto el alma estuviere más vacía de la mentira, que es la soberbia, estará más llena de Dios.

Conocí, cómo aquellos espíritus malos infelices, cuánto hubieran sido capaces del bien, por la alteza de su naturaleza, no estando Dios en ellos, son capaces del mal. Cómo un vaso muy grande en que cupiera mucho buen licor, si no se le echa sino veneno, también cabe mucho; que los poderosos, poderosamente serán atormentados; y así lo conocía de la culpa, poderosos para la iniquidad. Y sabiendo, que cayeron de todos los nueve coros, tenía gran dolor, de ver, cómo persiguen a los hombres, y gran deseo, de que hubiera muchos predicadores, etc., que hagan las causas de Dios; y muchas almas santas, que rueguen, y aplaquen a Su Majestad; y más, tenía una grande compasión, de los que son tentados, y perseguidos de estas potestades de tinieblas.

Por donde las culpas, y faltas ajenas, si algunas viere, más me han de mover a compasión, y a pedir a Dios, etc., que no a escándalo. Tengo también gran temor de que mi alma, no sea vaso envenenado con la soberbia: que los beneficios de Dios, los malogre con la soberbia; porque un tal vaso, que lo que echaran en él, lo volviera veneno, claro está, que habían de arrojarlo al muladar, o curarlo a fuerza de fuego. De donde veo, que no puedo extrañar mis tribulaciones, por grandes que fueran; mas pedir al Señor *Ure igni cor meum. Cor mundum crea in me Deus.*

Como el alma conoce, porque Dios lo quiere, cuánto necesita de la luz de Dios, para no estar por todos modos comprendida de las tinieblas; cuánto de su calor vivífico, para no ser todo hielo y muerte, y corrupción; cuánto de su favor, para cualquiera acción vital, como el cuerpo, del alma; como el día, del sol; como el ciego, tullido, sordo, desnudo, y hambriento, etc., de quien lo lleve, guíe, alumbré, vista, y mantenga, etc. Así ve, cuánta ignorancia y temeridad, es ofender o descontentar, a quien sólo puede hacerle todos los bienes, y librarla de todos los males.

Y volviendo los ojos a lo que hasta aquí he recibido, y al amor, y benignidad del Dador, conoce, cuánta y cuán fiera ingratitud es ofenderle, y viendo que aun ofendido, da todos los bienes y tan liberal, y mansísimo, tan inclinado a hacer bien, que liberalmente se da a sí mismo, siendo Rey Supremo, de tremenda majestad y poder; se admira y duele, cómo ofendió a un tal Señor, tan digno de ser amado, servido y adorado, por ser quien es.

Un día, estando con grandes congojas, llamando a Nuestro Señor, que me parecía el alma se arrancaba, importunándolo mucho; me parecía que estaba cerca de mí, como cuando andaba en el mundo, y que tenía a las espaldas, los instrumentos de la pasión; y tocando con la mano derecha, el clavo de la izquierda, le decía: «Aquí estoy, alma; ¿qué quieres?». Con un modo de severidad, como si dijera: «¿Quieres gozar?, pues ahora es tiempo de padecer».

También escribiré aquí, algunas razones de consuelo, que recibía el alma; no porque yo piense que me hablaba Nuestro Señor como a las almas justas; mas para explicarme es, como

si dijera: «Pobrecilla: combatida de la tempestad, sin ninguna consolación, no temas, no morirás. Yo soy el Señor Dios tuyo; mira que yo te adornaré con piedras preciosas. Yo te daré aquella corona y diadema de diamantes, que es mi fiel, piadosa, y amorosa Madre. Yo pondré en tu pecho aquella cruz de rubíes, que soy yo, tu esposo, humanado, amantísimo, y ensangrentado. Yo te daré aquella piedra, que siendo blanca, toda es fuego, que te adorne y abraze en el sacramento, y sea para ti, un rico tesoro, de esperanza y amor.

Sufre la vida, suspira por la muerte, sujeta siempre a mi voluntad, y encerrada en el fiel y fuerte muro, de mi eterno querer. Más son por ti, que contra ti. El dragón soberbio, arrastró la tercera parte de las estrellas; y el poder de mi brazo omnipotente, triunfará de él, con una paja, pobre, flaca y débil—esto fue el día del Señor San Miguel—.

Bienaventurados, dije, que son los que tienen hambre, y sed de la justicia —que es toda santidad, y que soy yo—, porque ellos serán hartos. Pues, ¿cómo puede ser que te deje, hambrienta y sedienta, y que yo mismo avive tu sed, para dejarte perecer? Momentáneas son las tribulaciones, que han de obrar un peso eterno de gloria, que cuando apareciere, serás saciada; y cuanto mayor fuere la carestía, hambre y sed en la vida mortal; tanto será más abundante, crecido y lleno, el peso de gloria, en que yo seré más glorificado en el alma, y .ella estará más íntimamente unida a su principio.

Ea, alienta tu corazón, pobrecilla mujer: anégate en el mar de las misericordias mías. Mira que vendrá la aurora, y se acabará la lucha y batalla, y se dará fin a las tinieblas, en entrando la aurora María, fuerte, suave, apacible y misericordiosa; terrible

para los espíritus malos, como un ejército bien ordenado. ¿No es tu Madre y Madre de su esposo?, ¿pues qué temes? ¿No es escogida, como el sol, para alegrar, beneficiar y vivificar, desde el águila real, hasta la más pequeña avecilla; desde el león coronado, hasta el animalito más pequeño; desde el cedro del Líbano, hasta el hisopo, y yerba más humilde? Pues, oh gusanito pobre, también gozarás de las beneficencias de esta aurora, y sol clarísimo, hermosísimo, y purísimo. Arrójate a sus pies, escóndete en este mar de piedades, bebe de esta fuente purísima, cuando recibas a su Hijo Sacramentado, etc. Con estas razones, se alienta y respira mi corazón, en la fuerza de los desconsuelos y angustias».

También, con darme Nuestro Señor a entender muchas cosas, en el salmo que empieza: *Espectans expectavi Dominum, et intendit mihi*. Como si dijera: espera al Señor con larga esperanza, no te canses de esperar, que Él entiende tu tribulación, y entiende en tu remedio; no te ha olvidado, ni echará en desprecio tu pobreza; oirá tus ruegos y gemidos, sacándote del lago de miserias, y del lodo podrido, en que ya te miras, como anegada, y sumergida. Él te sacará, de todo lo que es tu lodo, y tu barro, y pondrá firmes tus pies, en su verdad y misericordia: en las verdades de la fe, como en la firme piedra, y no tu ignorancia y tinieblas. Mas el Señor, dirigirá tus pasos, y enviará a tu boca y a tus labios, un cantar nuevo, en que todo el bien confieses de Dios, y todo el mal conozcas de ti; y este será cántico de tu Dios, himno de su amor y alabanza. Tu bienaventuranza, será esperar en el nombre del Señor, y no mirarás, ni estribarás en tu vanidad, insania y falsedad, que es todo lo que tienes de ti, y dirás y conocerás, y sentirás,

que son muchas en número y grandeza, las maravillas de las obras de tu Dios, y grandemente las conocerá tu ánima. Esto sabrás y hablarás, en los beneficios y grandezas tuyas, que son sobre todo número. El sacrificio, la oblación, el holocausto, de todo tu ser, harás a Dios, y perfeccionando Él, los oídos de tu alma, para que recibas sus voces, y ejecutes su voluntad, diciendo con firme entrega de ti misma: aquí estoy, Señor Dios mío; y aunque cada instante sea arrojada de tu presencia, comprendida de mis iniquidades, y cercada de males, sin número, y no pueda ver la luz, ni el camino, iré a ti llevada de tus miseraciones, de tu misericordia y de tu verdad; y diré: mira que vengo a ti, y quiero que todo el compendio, toda la sustancia de mi vida, y de mi ser, sea hacer tu santísima voluntad, y tener tu santa ley, amándola en medio de mi corazón. Cuando se multiplicaren sobre los cabellos de mi cabeza, los que me atribulan, y mi corazón me desamparare, quedando como sin virtud, sin jugo y sin aliento; séate, Señor, agradable el librarme. Mira, Señor, en ayudarme, y serán confundidos con el favor y ayuda del Señor, los que buscaban tu ánima para perderla, y serán vueltos para atrás con fuga y confusión, los que te querían los males, y los que te decían, con mofa y escarnio; alégrate, alégrate; y te movían a buscar fuera de Dios, tu alegría o gozo en la vanidad, que es todo lo que no es Dios. El Señor Dios, puede hacer que vivas, y mueras de manera, que se alegren por ti, los ángeles y santos, y los justos, que han querido la salud de tu alma, y engrandezcan a Dios, en la vida eterna, por sus misericordias, con que libró al pobre de las manos de los fuertes. Tú sólo eres mendiga y pobre, mas el Señor era solícito de ti. Tu ayudador y tu protector es tu Dios, no tardará.

He tenido grande socorro y alivio, con el favor de los Santos Ángeles, en particular, los tres Príncipes San Miguel, San Gabriel, San Rafael, llamándolos en mis mayores aprietos y congojas; señalándoles un día de la semana. Rogué a mi Padre Diego de Tapia, me diera alguna noticia de estos Santos Ángeles, y me la dio, cual mi corazón la deseaba. He entendido un ejercicio, que pueda traer por los días de la semana, distribuidos por los atributos de Dios, pasos de la pasión de Nuestro Señor, Nuestra Señora, santos y ángeles; mas siempre, mi negligencia y torpeza para todo lo bueno, es indecible. Nuestro Señor por su infinita misericordia, enderece los pasos de mi alma, y me saque de lo que yo soy, para que no sea más ofendido de mí. Jesús y María Santísima, nos ayuden. Amén.

Padre mío: hasta aquí he cumplido mi obediencia, y por el amor de Nuestro Señor, le pido, me avise, si es esto lo que Vuestra Paternidad me mandó, o he excedido en algo, y si será este camino de mi perdición, como me afligen algunas veces terribles temores, que me parece, me atan de pies y manos; puede ser lo haga el enemigo, para que no corresponda con el agradecimiento que debiera, a los beneficios de mi Señor y Dios. Me propone, que todos son engaños, e ilusiones mías; y estas noches que estaba escribiendo, me ha afligido el enemigo, poniéndose tres noches arreo; una, atajándome el oratorio, y riéndose mucho; otra, diciéndome hartos oprobios, y entre ellos, que era, una habladora, que no callaba nada; otra haciendo unas acciones de extraordinario desprecio, y asco; y aunque de esto no hago caso, por ser en sueños; pero los modos que él tiene de afligirme y atormentarme, sólo Nuestro Señor lo sabe; y sólo Él, por intercesión de su Santísima Madre, me

puede librar y dar aliento, y paciencia, para no haber desfallecido. Bendito sea Dios, y alabado.

Mi Padre San Ignacio, me ha amparado mucho; y en un día de estos, me parecía oír unas palabras, que decían: «Esta es una alma muy favorecida del gran Patriarca San Ignacio». Esto me parecía, por los confesores que me ha dado de su Compañía. Avíseme en todo esto ¿qué será?, o cómo lo debo recibir o creer; y que ruega por mí.

En lo que Vuestra Reverencia me dice, de aquella mi tan grande y continua impaciencia, o tentación de ella: ha dos años casi, que Nuestro Señor, me parece, la ha extinguido en mi corazón, de modo que por muchas ocasiones que haya, apenas alguna rara vez siento, un primer movimiento, como si prendieran una leve estopa, que luego se apaga. Estos días que aún las novicias me ponen nombres y llaman loca, y en el convento corre por cosa asentada, que me escondí, y apliqué para mí, una grande cantidad de plata, y otras cosas; no ha permitido Nuestro Señor que tenga, ni aun sentimiento, antes me consuelan mucho esas cosas, para las penas de mi alma, porque me dan esperanza, que Dios, no estará enojado conmigo.

Sólo quisiera hallar y tener a mi Señor Jesucristo, y el favor de su purísima Madre, y Señora de mi alma; y así lo paso por ahora, lo más que puedo sola, y llorando por mi destierro, como un cautivo, que no sabe si volverá a la patria, o verá el rostro de su amado Señor.

Veo todo el tiempo pasado de mi vida, tan lleno de culpas, y tan descaminado, que ojos me faltaran para llorar en esta región, tan lejos de vivir como verdadera hija de mi padre Dios; y así sólo quisiera sustentarme de lágrimas: ¿y cuáles

fueran bastantes a borrar tanta inmundicia? Sólo la sangre de Nuestro Señor, a quien pido a mi amantísimo Padre, me encomiende, para que no se pierda en mí, el precio de su santísima pasión y muerte.

AMÉN, JESÚS, MARÍA Y JOSÉ.

FIN

Al fin del cuaderno original, se halla de otra letra la certificación siguiente:

Estos cuadernos, escribió de sí, la venerable religiosa y observantísima Madre Francisca Josefa de la Concepción, por mandado de sus confesores, en su Real Convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja, y se halló incorrupto su cuerpo, al año de enterrada. De lo cual, doy fe, como ocular testigo.

DIEGO DE MOYA

O. S. C. S. R. E.



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2015. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital se utilizó tipografía de la familia Baskerville (John Baskerville 1706–1775).

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ · EQUIDAD · EDUCACIÓN